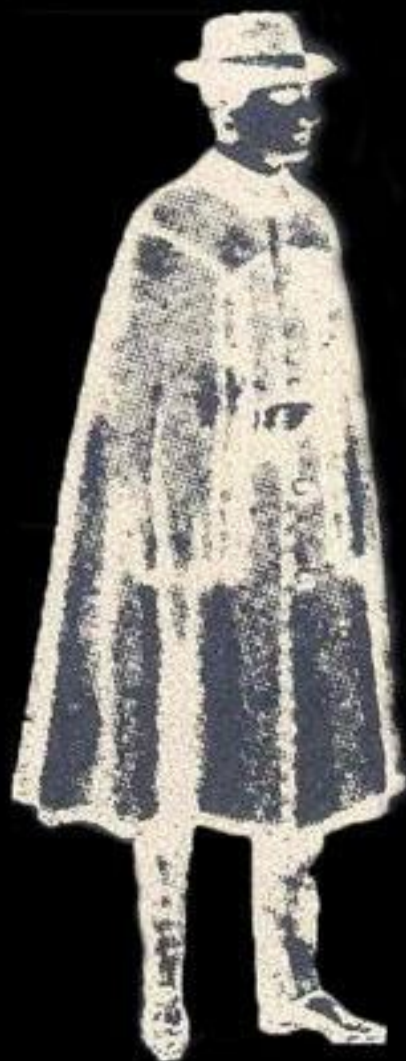




---

# LOS RIVALES DE SHERLOCK HOLMES

---



Varios Autores

EDITADA E INTRODUCIDA POR HUGH GREY

Lectulandia

Los años que median entre 1891, en que comienzan a publicarse *Las aventuras de Sherlock Holmes* en el Strand Magazine, y 1914 marcan un gran período para la novela policial. Mientras que Sherlock Holmes sigue cautivando a centenas de millares, de lectores y a millones de televidentes, sus émulos o competidores permanecieron durante mucho tiempo en la sombra del gran maestro.

Algunos de ellos eran unos hombres honrados, mientras que los demás no eran sino unos viles estafadores; empero, todos ellos no dejan de ser realmente formidables. Desde los barrios orientales de Holborn y de Temple hasta el occidental suburbio de Richmond, esos hombres dominaban el mundo del hampa londinense a todo lo largo de —la época victoriana y eduardiána—, a veces rescatando a sus clientes y eliminándolos otras veces. Era afortunado el hombre que, en momento de apuro, llamaba a la puerta del despacho de Martin Hewitt o del Dr. Thorndyke pero si se desviaba e iba a parar a la oficina de Dorrington o de Hicks, podía darse por muy venturoso si lograba escapar con vida de sus garras.

Hugh Green, desde hace mucho tiempo apasionado coleccionista de las tempranas novelas policiales, ha conseguido reunir a algunos de los autores más sobresalientes de aquella época. Entre mis libros destacan *The Spy's Bedside Book*, escrito en colaboración con su hermano Graham Greene, y *The Third Floor Front: A view of Broadcasting in the Sixties*, publicado por The Bodley Head en 1969.

**Lectulandia**

AA. VV.

# **Los rivales de Sherlock Holmes**

ePub r1.0  
mandius 22.09.14

Título original: *The Rivals of Sherlock Holmes* (Bodley Head)

AA. VV., 1971

Traducción: Melitón Bustamante

Editor digital: mandius

ePub base r1.1

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

## AGRADECIMIENTOS

Por haberme autorizado a reeditar algunas de estas novelas, estoy sumamente agradecido a los herederos de Max Pemberton y a Ward Lock and Co. Ltd. por *Sazonados rubíes*; a los herederos de Arthur Morrison y a Ward Lock and Co. Ltd. por *El caso del desaparecido Laker* y *El asunto del Avalanche Bicycle and Tyre Co. Ltd.*; a los herederos de Clifford Ashdown y a Ward Lock and Co. Ltd. por *El rejuvenecedor asirio*; a los herederos de Clifford Ashdown por *El submarino*; a los herederos de la Baronesa Orczy por *La misteriosa muerte del Metropolitano*; a los herederos de R. Austin Freeman y a Hodder and Stoughton Ltd. por *La clave moabita*; a los herederos de la Baronesa Orczy y a Cassel and Co. por *La mujer del gran sombrero*; a la Sra. Watt y a Methuen and Co. por *Juego en las tinieblas*.

Le estoy también muy agradecido a la Sra. Petra Lewis, de A. D. Peters and Co., y a Miss J. Houlgate, bibliotecaria de la Sala de lectura de la BBC, por su ayuda en las investigaciones biográficas. Asimismo debo expresar mi agradecimiento al Sr. Bruce M. Brow, bibliotecario de la Colgate University, Hamilton, N.Y., propietaria de la correspondencia de Arthur Morrison que cito en la introducción.

Todas las novelas que se hallan incluidas en este libro están en mis estanterías tanto en volumen como en revistas o en ambos a la vez. De todas maneras, en ellos he encontrado los datos bibliográficos que necesitaba para comprobarlos con la obra *Victorian Detective Fiction* de Dorothy Glover y Graham Greene (Bodley Head, 1966), con *The Detective Short Story* de Ellery Queen (Boston: Little, Brown and Company, 1942) y con *Queen's Quorum* de Ellery Queen (Gollancz, 1953).

Hugh Greene

# INTRODUCCIÓN

## 1. LAS NOVELAS

Los rivales de Sherlock Holmes han permanecido durante mucho tiempo a la sombra del maestro.

Algunos de ellos eran hombres honrados, mientras que otros no eran sino viles estafadores; sin embargo, todos ellos no dejaban de ser realmente formidables. Desde los barrios orientales de Holborn y Temple hasta el occidental suburbio de Richmond, esos hombres dominaron el mundo del hampa londinense durante toda la época victoriana y eduardiana, a veces rescatando a sus clientes y, otras, eliminándolos. Era afortunado el hombre que, en un momento de apuro, llamaba a la puerta del despacho de Martin Hewitt o del Dr. Thorndyke, pero si se desviaba e iba a parar a la oficina de Dorrington o de Hicks, podía darse por muy venturoso si lograba escapar con vida. Los años que median entre 1891, cuando comenzaron a publicarse *Las aventuras de Sherlock Holmes* en el *Strand Magazine*, y 1914, marcan el gran período de los escritores de novelas cortas policiales, pues se daban por esos años todas las circunstancias económicas imprescindibles para estimular sus talentos: un público ávido de lectura y un vasto mercado para el libro. El *Strand Magazine* no era el único, pues existían asimismo el *Pearson's*, el *Cassell's*, el *Harmsworth's*, el *Windsor* y el *Royal Magazine*, y todos se disputaban las novelas policiales que se escribían.

Bajo la forma de libros, el principal editor de novelas cortas policiales fue, durante una década, Ward Lock, que las publicaba generalmente con ilustraciones de maestros como Stanley L. Wood, Sidney Paget, Gordon Browne, Sydney Cowell, Fred Barnard y Harold Piffard. Algunas de las ediciones originales de Ward Lock, como la obra de Max Pemberton *Jewel Mysteries I Have Known*, resplandecientes en sus encuadernaciones azules, plateadas o doradas, constituyen magníficos ejemplares en la edición del libro, e incluso las baratas ediciones de brillantes coloridos tenían que ser, en los escaparates de las librerías de las estaciones, una verdadera delicia para los ojos.

En las mejores novelas de este tipo, especialmente en las de Arthur Morrison, Austin Freeman y Clifford Ashdown, el Londres de aquella época recobra plenamente su vida. La acción discurre en unas calles verdaderas, resonantes del golpear de los cascos de los caballos, los personajes están relacionados con algún crimen mezquino, tienen un negocio a punto de arruinarse en los trasfondos de las calles de la City y fuera del Strand y la línea divisoria entre el estafador y el detective suele ser de las más tenues. El ferrocarril es el medio de transporte más rápido, y, en caso de apuro, siempre está a punto de salida un tren especial<sup>[\*]</sup> en la estación de cualquier condado, pues los horarios son de fiar y si un tren lleva siete minutos de

retraso es cosa alarmante.

El lugar donde se sitúa la acción de la mayoría de las novelas de este libro, se halla mucho más cerca de las «calles principales» de Raymond Chandler recorridas por Philip Marlowe, que de cualquier casa de un condado o de una antigua aldea, o sea del mundo en que transcurrían las novelas policíacas inglesas de los años de entreguerras mundiales, cuando Agatha Christie, Margery Allingham, Ngaio Marsh y Dorothy Sayers ponían en acción sus monstruosos regimientos de mujeres. En este libro sólo tenemos a dos escritoras, ambas resueltamente metropolitanas y a la baronesa Orczy, la creadora de *Pimpinela Escarlata*, que, por muy sorprendente que parezca, solía calar mucho más hondo a la hora de escribir sus relatos policíacos.

Sólo en una de estas novelas, escrita por William Hope Hodgson, en las calles de la ciudad no resuena el golpear de los cascos de los caballos. Pero es preciso recordar que los años eran también la gran época de las historias de fantasmas.

En este libro me he limitado a relatos en que los detectives cuentan con direcciones identificables o casi identificables en el Londres de nuestros días. Esto, a mi juicio, imparte a los personajes rasgos de exactitud y de realidad que los aproximan aún más al N.º 221 b de Baker Street. El paseo de King's Bench, Bedford Street, la posada del 33 Furnival (a la izquierda cuando se llega de Holborn) y la Norfolk Street, el Strand, la sucursal de la «Aerated Bread Company»<sup>[\*]</sup>, tienen o tuvieron también sus fantasmas.

## 2. LOS ESCRITORES

**Max Pemberton**, el autor de *Jewel Mysteries I Have Known* (*Los misterios de joyas que he conocido*), nació en 1863 y murió en 1950. Era, a mi juicio, uno de los ahora casi extinguidos periodistas pertenecientes a la casta de los *clubman*, un poco dandy (Lord Northcliffe admiraba mucho sus chalecos de fantasía), quien se movía alegre y elegantemente entre Fleet Street y el *Savage Club*. Dirigió la revista *Chums*, una revista juvenil, en sus años mozos, y más tarde, de 1896 a 1906, estuvo a la cabeza del *Cassell's Magazine*. Allí publicó las primeras novelas de Austin Freeman, Clifford Ashdown, William Le Queux y las suyas propias. Entre su inmensa producción literaria cabe recordar dos libros: *The Iron Pirate* (publicado en 1893), que relata la historia de un gran acorazado movido por gas y capaz de aventajar a todas las flotas del mundo, y que sembraba el terror por las aguas del Atlántico, y su continuación, *Captain Black* (publicado en 1911). Fundó la Escuela de Periodismo de Londres en 1920, escribió una *Vida de Lord Northcliffe* y fue nombrado Caballero.

**Arthur Morrison**, el autor de las historias de Martin Hewitt y de *The Dorrington Deed-Box*, es un escritor mucho más interesante y que inmerecidamente cayó en el

olvido. Nacido en el mismo año que Max Pemberton, falleció en 1945. Además de novelas policiales, ha escrito un gran número de relatos y novelas cortas sobre el East End de Londres y la región del condado de Essex. El primero de sus libros, que él hubiese querido que se recordase, era *Tales of Mean Streets (Cuentos de las calles principales)*, publicado en 1894. Fueron reeditados ocasionalmente *A Child of the Jago* (1896) y *The Hole in the Wall* (1902). Este último relato, acerca de las aventuras infantiles en Dockland a mediados del siglo xix, lo acreditó para pasar a la posteridad como un clásico de rango menor. En una carta a un amigo suyo, escrita a comienzos de los años 30, Arthur Morrison hace algo así como una referencia enigmática a sus obras más tempranas, al decir: «*Tales of Mean Streets* no era el primer volumen que publiqué, pues ya conoce una compilación de mis artículos, escritos en mi juventud para ganarme el pan y que desearía dejar en el olvido».

Solía decir que la obra que más valía para él, y de la que no se avergonzaba era *Tales of Mean Streets*. Hasta hace poco, temía que la «compilación de artículos» pudiera ser la primera colección de historias de Martin Hewitt, o sea, *Martin Hewitt, Investigator*, que, al igual que *Tales of Mean Streets* apareció en 1894 y fue seguida por *The Chronicles of Martin Hewitt* y *The Adventures of Martin Hewitt*. Sin embargo, últimamente encontré un pequeño volumen, impreso en un papel gris de embalaje y titulado: *Shadows Around Us, Authentic Tales of the Supernatural*, de Arthur Morrison. La segunda edición, que obra en mi poder, se publicó en 1891, al precio de un chelín, por la casa Hay Nisbet & Co. de Londres y Glasgow. Y ésta es, si cabe, una obra mucho más «para ganarse el pan» que los tres primeros volúmenes de historias de Martin Hewitt; nos referimos también a una colección posterior, *The Red Triangle (El triángulo rojo)*, publicado en 1903 y muy inferior a las anteriores. Arthur Morrison estuvo a punto de lograr su deseo de que *Shadow Around Us* cayera en el olvido, pues la única bibliografía que conozco de sus obras no la menciona en absoluto. Morrison colaboró en el *National Observer* de W. E. Henley, junto con Rudyard Kipling, J. M. Barrie, R. L. Stevenson y Thomas Hardy, y se guarda la impresión de que esperaba que sus libros tuviesen una vida tan larga como los de sus compañeros de pluma. Arthur Morrison era un gran coleccionista de pinturas chinas y japonesas, que vendió al British Museum, y se enorgullecía del hecho de que en su cargo de Inspector Jefe de la Policía Especial en Epping Forest, fuese el primero en telefonar avisando del primer *raid* de los zepelines germanos sobre Londres en mayo de 1915.

A **Guy Boothby** se le recuerda, sobre todo, por sus novelas del *Dr. Nikola*. Nació en Adelaida en 1867, donde escribió una serie de comedias carentes de éxito, y ocupó el cargo de secretario del alcalde de aquella ciudad, capital de la Australia meridional. Se estableció en Inglaterra en 1894 y desde entonces hasta su fallecimiento a causa de la gripe o *influenza* en 1905, en Bornemouth, escribió más de una cincuentena de



libros entre los que, si tengo buena memoria, solamente se cuentan cuatro novelas policiales.

**Clifford Ashdown** es el seudónimo utilizado al comienzo de su carrera de escritor por R. Austin Freeman, el creador del Dr. Thorndyke y, en mi opinión, uno de los mejores autores de historias policiales de todos los tiempos. Dos series de relatos suyos sobre Romney Pringle aparecieron en el *Cassell's Magazine* en 1902 y 1903, y fueron escritas en colaboración con el Dr. James Pitcairn, un médico del servicio penitenciario. La primera serie de relatos, titulada *Las Aventuras de Romney Pringle*, apareció bajo forma de libro en 1902 en la editorial Ward Lock y constituyen uno de los más raros relatos del género policial.

La segunda serie, de la cual hemos extraído *El submarino*, no se editó nunca en volumen. Clifford Ashdown vuelve a aparecer en las páginas del *Cassell's Magazine* entre diciembre de 1904 y mayo de 1905 con una serie de seis relatos de crímenes médicos titulada *From a Surgeon's Diary*, que se parece mucho al estilo de Mrs. L. T. Meade. Esta serie tampoco llegó a editarse en forma de volumen. En los últimos años de su vida, Austin Freeman parece olvidarse, o bien avergonzarse, de sus primeros pasos como Clifford Ashdown. En un artículo que escribió para el *Twentieth Century Authors*, afirma que se dedicó a escribir en el año 1904 en forma permanente debido a su mal estado de salud, no habiendo publicado hasta entonces, según él, nada más que un libro de viajes por Africa. Esto nos deja otra singularidad sin aclarar: en 1902<sup>[\*]</sup>, R. Austin Freeman colaboraba en el *Cassell's Magazine* bajo su verdadero nombre con tres novelas cortas de carácter medianamente humorístico, y con un artículo sobre los faros y señales marítimas de Inglaterra. Estos escritos eran infinitamente inferiores a *Las Aventuras de Romney y Pringle* aparecidas en ese mismo período bajo el seudónimo de Clifford Ashdown. Uno no deja de asombrarse ante el hecho de que un oscuro colaborador como el Dr. Pitcairn, acerca del cual no he podido descubrir nada fuera de su profesión, pudiera contribuir, más de lo que uno podía esperar, al desarrollo de R. Austin Freeman como gran escritor de novelas policiales.

**Mrs. L. T. Meade**, la autora de *The Sorceress of the Strand* (*La bruja del Strand*), hija de un rector del Condado de Cork, nació en 1854 y murió en 1914. Ha sido uno de los autores más prolíficos de cuantos en los años 80 y 90 del siglo pasado y comienzos de este siglo se dedicaron al género policial; escribía generalmente sobre temas médicos o científicos, en colaboración con facultativos. Es difícil hojear una revista de aquellos tiempos sin encontrar algún testimonio de su obra, la cual suele ser siempre muy amena aun cuando no alcance la cumbre del arte. En la publicación original de *La bruja del Strand* por el *Strand Magazine*, aunque no en el libro, se acredita a Robert Eustace como colaborador. Robert Eustace no deja de ser una figura

misteriosa. Ya colaboraba con Mrs. Meade en los años 90 del siglo pasado, cuando se puso a escribir con Edgar Jepson la famosa novela corta *The Tea Leaf*, que figura en la antología de Dorothy Sayers *Tales of Detection*, y colaboró con la propia Dorothy Sayers en la obra *The Documents in the Case* en 1930, o sea un larguísimo y extraordinario período en el que se limitó a desempeñar un papel claramente secundario. Su verdadera identidad no deja de ser harto evasiva. Ciertas personas que al parecer estaban enteradas del asunto, me han asegurado que su verdadero nombre era E. Rawlins (me dijeron que era novelista, pero me ha sido imposible encontrar la menor huella de sus libros), y también me aseguraron que se trataba del propio marido de Dorothy Sayers. De hecho, resulta que ha existido un Dr. Eustace Robert Barton, Miembro del Real Colegio de Cirujanos, médico diplomado, quien después de servir en el Cuerpo de Sanidad del Ejército británico, se retiró a Cornwall donde vivió durante la década del 40. La Dirección Médica lo describe en 1947 como «Retirado del trabajo y viajante». Y a partir de entonces se pierden sus huellas. En ninguna publicación médica figura la noticia de su muerte.

**Mrs. Meade**, que estaba casada con Alfred Toulmin-Smitn, era, igualmente, según confesó, una prolífica escritora de libros para muchachas, con títulos como *A World of Girls*, *Sweet Girl Graduate*, *Bashful Fifteen* y *Girls of Merton College* (desgraciadamente no me ha sido posible encontrar ningún ejemplar de estas obras). He de agradecerle a un librero de ocasión que pensaba que *La Bruja del Strand* era un libro para muchachas y lo puso en una estantería equivocada, lo cual me permitió adquirir la primera edición por unos cuantos chelines.

**William Le Queux** (nacido en 1864 y fallecido en 1927) fue quizás uno de los escritores más prolíficos de todos los tiempos. Apenas si Edgar Wallace puede comparársele al respecto. Tengo en mis estanterías 60 obras suyas (con el sello de 15 editores diferentes), y estoy casi seguro de no poseer más de la cuarta parte de su producción total. William Le Queux solía proclamar que todas eran de su puño y letra, pues nunca dictaba ni se servía de la máquina de escribir. Tras un principio bastante desalentador (los editores de uno de sus primeros libros, la «Power Publishing Company», se declararon en quiebra), sus novelas se vendieron bien. Una de sus grandes admiradoras fue la princesa, y más tarde reina, Alexandra, y es muy posible que en algún olvidado rincón de la biblioteca de la Familia Real siga encontrándose aún la colección completa de primeras ediciones dedicadas. En la cima de su fama, a comienzos de siglo, ya tenía unas villas en Florencia y en Signa, en las estribaciones de los Apeninos, una casa en Londres y otra en las cercanías de Peterborough, en el sudeste del Ontario, Canadá. En Londres, fue Encargado de Negocios de la República de San Marino, una agradable sinecura, que le permitió llenarse el pecho de brillantes condecoraciones. Su pasión era el espionaje, y los

peligros de una invasión a Inglaterra era la abeja que no dejaba de rondarle la cabeza constantemente. Quizá su mejor libro sea *La Gran Guerra de Inglaterra en 1897* (publicado en 1894 con el respaldo de Lord Roberts), en el que describe la invasión de Inglaterra por Francia y Rusia, saliendo en ayuda de la nación inglesa las fuerzas germanas e italianas. En 1899 publicó la obra *England's Peril* en la que la guerra con Francia apenas se perfila, y en 1906 se editó una nueva obra, *The Invasión of 1910* (igualmente respaldada por Lord Roberts), en la que los invasores son ya los alemanes.

William Le Queux se consideraba a sí mismo como una especie de agente secreto internacional, aficionado, pero muy serio, y como el amigo de las cabezas coronadas de la época (principalmente de los Balcanes, que por entonces ofrecían una riquísima selección); así lo pone de manifiesto en su autobiografía *Las cosas que conocí* (*Things I Know*) como reza su título inglés. Una verdadera curiosidad de tipo editorial es la biografía de Le Queux por N. St. Barbe Sladen, en la que un capítulo tras otro repite largos pasajes de la autobiografía trasladados de la primera a la tercera persona. Le Queux fue un motorista apasionado y uno de los pioneros de la radio (tengo algunas cartas suyas que le escribía a un amigo igualmente aficionado a la radio en 1921). Entre sus primeras obras cabe reseñar títulos como *The Mystery of a Motor Car* y *The Lady in the Car*, y hacia el final de su carrera de escritor publicó *Tracked by Wireless* y *The Voice from the Void*.

No deja de ser curioso que este autor de historias fantásticas, quien supo dar muestras de tanta fantasía en su vida privada como periodista joven en París, y más tarde en Londres, después de sus primeros fracasos, fue estimulado a proseguir su carrera de novelista por el propio Zola.

**Emmuska**, baronesa Orczy, nació en 1865 en Tarna Ors, en Hungría; según su propia afirmación, era hija de una noble familia cuyos antepasados se remontan a la época de Arpad y figuran entre los caballeros que entraron en Hungría 200 años antes de la Conquista de los Normandos.

En 1867, sus padres, campesinos, al verse perjudicados por la introducción de la maquinaria agrícola, prendieron fuego a sus cosechas y a sus casas, y junto con su familia se fueron a vivir primeramente a Budapest, luego a Bruselas y finalmente, cuando la baronesa Orczy tenía ocho años, a Londres. No cabe sorprenderse pues de que la imaginación de Emmuska, en cualquier caso en sus novelas históricas, y muy especialmente en la serie de Pimpinela Escarlata, sea siempre tan desbordante. Sus novelas policiales de la serie *Old Man in the Comer* (El anciano de la esquina), son mucho más sobrias, y representan una genuina innovación por su método indirecto de narración. Su historial en cuanto a publicar no deja de ser un verdadero misterio. La primera serie de la obra *Old Man in the Comer*, apareció en 1901 y 1902 en el *Royal Magazine*, y los relatos que hemos escogido para este libro pertenecen a 1901. Estas

novelas no se publicaron en volumen hasta 1909. Mientras tanto, una segunda —y muy inferior— serie apareció igualmente en el *Royal Magazine*, y se editó en 1905 en forma de volumen bajo el descolorido título de *The Case of Miss Elliott*. En esta obra no se refleja el menor signo de lo que la baronesa Orczy había logrado con *El anciano de la esquina* al crear un verdadero clásico, aunque menor, de la ficción policial. Ella prefería sobre todo a Sir Percy Blakeney y es un hecho que éste le valió mucha más fama y dinero. La baronesa Orczy falleció en noviembre de 1947 a los quince días de la publicación de sus memorias, *Links in the Chain of Life* una biografía de Pimpinela Escarlata que la autobiografía de su creadora. En ellas cita dos veces a *El anciano de la esquina* y ni una sola vez a Lady Molí, pero afirma que la creación de *Pimpinela Escarlata* le fue inspirada directamente por Dios.

**Richard Austin Freeman**, nombre que surge del muy talentoso Clifford Ashdow, creó, a semejanza de Conan Doyle, un mundo. El doctor John Thorndyke y su amigo el doctor Jervis, su asistente de laboratorio Mr. Polton, y el recio policía que tan a menudo se dirige a ellos en busca de consejos, el inspector Miller, de Scotland Yard, aún siguen rondando por King's Bench Walk, donde Thorndyke tenía sus habitaciones y su laboratorio. Thorndyke, abogado de los tribunales y experto en jurisprudencia médica, es un personaje aún mucho más realista que Sherlock Holmes. Puede creerse sin dificultad en su existencia como consejero de la policía y detective privado.

Austin Freeman, nacido en 1862, era médico de profesión, y tras haber ejercido en el Middlesex Hospital marchó a la Costa de Oro en 1887 como Médico Asistente Colonial. Tuvo una distinguida carrera como médico y como político (fue miembro de una de las Comisiones anglo-alemanas encargadas del trazado de fronteras), antes de retirarse del servicio colonial debido a la malaria. Durante cierto período fue Médico de la Cárcel de Holloway; trabajó también con las Autoridades del Puerto de Londres (sobre lo cual podemos hallar ciertos rastros en sus novelas). Como facultativo privado era otorrinolaringólogo.

Dedicado plenamente a escribir, su primer libro fue *The Red Thumb Mark* (*La señal del pulgar rojo*) que se publicó en 1907. Desde las primeras páginas, nos encontramos con el Dr. Thorndyke, tan vivo como Holmes en *Estudio en Escarlata*. Tal vez no sea pura coincidencia que al igual que Conan Doyle, Austin Freeman modelara su personaje principal bajo el aspecto de un antiguo profesor de jurisprudencia médica o forense, y que tuviese un laboratorio en el que realizaba los experimentos descritos en sus libros.

Austin Freeman vivió hasta 1943, y casi todos los años, aun c ido nunca alcanzara un auditorio muy extenso, publicó una nueva novela de las aventuras del doctor Thorndyke, manteniendo siempre un asombrosamente elevado nivel en su obra. Tanto Thorndyke como su amigo Jervis parecen seguir deambulando por las calles

alumbradas por las farolas de gas del eterno Londres eduardiano, aun cuando su creador murió bajo las bombas que caían sobre el barrio de Temple.

**William Hope Hodgson** nació en 1877 y murió en el Frente Occidental el 17 de abril de 1918, cuando ostentaba el grado de segundo teniente del 40.º Regimiento de las tropas británicas durante la Primera Guerra Mundial. En su juventud pasó varios años en la Marina Mercante y se dio a conocer al principio como autor de misteriosos relatos marinos. William Hope Hodgson era un verdadero atleta, boxeador y estupendo nadador, distinguido con la medalla de la Royal Humane Society por salvar vidas en el mar. Su obra *Carnacki the Ghost-Finder* es una colección de novelas policiales en las que uno no deja de advertir su admiración ante el valor y el arrojo en los momentos de gran peligro. Cuando estalló la guerra, en 1914, Hodgson vivía en el sur de Francia desde donde regresó inmediatamente a Inglaterra para ingresar en el Batallón de la Universidad de Londres con el grado de oficial de artillería. A consecuencia de un grave accidente durante un ejercicio fue dado de baja del Ejército en 1916, pero estaba decidido a pelear en el frente y se reintegró en marzo de 1917. Un año más tarde, encontró la muerte durante una misión como oficial de observación. Su comandante escribió acerca de su actuación: «Era la vida y el alma de la mesa de oficiales, siempre voluntarioso y querido por todos. Siempre se presentaba como voluntario para las misiones más peligrosas y probablemente encontró la muerte por su total falta de temor ante ella».

**Ernest Bramah Smith** (así reza su nombre entero), nació probablemente en 1869 (es curioso que solamente dos de los escritores presentados en este libro no nacieron en los años 60 del siglo pasado) y murió en 1942. Decimos «nació probablemente» por cuanto se desconoce la fecha exacta de su nacimiento. No es casual que en uno de los libros de referencia se le describa como «uno de los autores modernos que más le gusta permanecer retraído». Su primer libro, publicado en 1894, llevaba por título *English Farming and Why I Turned it up (La agricultura inglesa y como volví a ella)*. Creó los personajes de Kai Lung y de Max Carrados, el detective ciego, sobre el que escribió tres volúmenes de novelas cortas. Únicamente, parece haber dejado tras sí la reputación de ser un «hombrecito calvo con unos ojos negros muy brillantes» y de inmensa bondad.

Y con ello hemos llegado al final de nuestra lista de autores.

### 3. DIRECCIONES DE LOS DETECTIVES

*Carnacki*: Cheyne Walk, Chelsea.

*Max Carrados*: «The Turret's», Richmond.

*Dorrington y Hicks*: Bedford Street, Covent Garden.

*Duckworth Drew*: Guilford Street, Bloomsbury.

*Martin Hewitt*: En las afueras del Strand, a unas 30 yardas de la Estación de Charing Cross.

*Klimo alias Simón Carne*: 1, Belverton Terrace, Park Lañe (cerca de la puerta de Porchester House).

*Lady Molly*: Scotland Yard.

*El Anciano de la esquina*: Salón de té A.B.C., Norfolk Street, Strand.

*Romney Pringle*: 33, Furnival's Inn (a la izquierda conforme se entra viniendo de Holborn).

*Bernard Stutton* (joyero): Bond Street.

*Dr. John Thorndyke*: King's Bench Walk.

*Eric Vandeleur* (Médico de la policía del Distrito de Westminster): 192, Victoria Street.

Hugh Greene

## SAZONADOS RUBÍES

---

Max Pemberton

---

—El hecho real —dijo Lady Faber— es que estamos manteniendo a los ladrones. Y esto me lleva a sentir auténticos escalofríos al mirar a mis propios huéspedes y pensar que algunos de ellos podrían ser verdaderos criminales.

Nos hallábamos juntos en el invernadero de su casa, en Portman Square, haciendo caso omiso de la deslumbrante sala de baile, llena de destellos del color y del brillo de las innumerables joyas que las damas lucían. Lady Faber me había llevado allí, después del cuarto vals, para decirme que uno de los más finos colgantes de su famoso cinturón de rubíes había desaparecido cortado con unas tijeras. Y me hacía ver, sin la más mínima posibilidad de duda, que aquella pérdida no era accidental sino uno de los asombrosos robos que estremecían frecuentemente a la capital londinense durante la temporada de 1893. El suyo no era ni mucho menos el único caso, pues aunque sólo llevaba en su casa una hora escasa, había escuchado muchas otras quejas: la condesa de Dunholm había perdido un broche de brillantes en forma de luna creciente; mistress Kenningham-Hardy había notado la desaparición de un ramillete de perlas y de turquesas; Lady Hallingham afirmaba que le faltaba un medallón de esmeralda que, según decía, llevaba en su collar, aunque, tal y como lo confesó con una duda sinceramente femenina, no estaba tan segura que su sirvienta se lo hubiera entregado. Y todas estas desgracias, rebasadas y colmadas con el robo del colgante de Lady Faber, me movieron a pensar que las terribles historias de ladrones que había conocido, harían de aquel baile un relato extraordinariamente interesante.

Todas esas cosas y muchas más afluían a mi mente al sostener en mis manos el mutilado cinturón y examinar la parte cortada, mientras mi anfitriona permanecía en pie junto a mí, con el rostro compungido, esperando mi sentencia. La sola inspección de aquella fruslería me reveló al momento su inmenso valor y la forma como se las habían apañado para sustraer el colgante.

—Si mira usted con atención —dije— se dará cuenta de que esta cadena de oro ha sido cortada con un par de tijeras. Y aunque no conozcamos el nombre de la persona que las utilizó, lo que si podemos afirmar es que se trata de unas tijeras de ratero.

—Ello significa que estoy manteniendo a un ratero —exclamó Lady Faber, sonrojándose de sólo pensarlo.

—O a una persona en posesión de un instrumental de ratero —sugerí.

—¡Qué espantoso! —gritó, y añadió—: No por mí, aunque esos rubíes tienen realmente un gran valor, sino por los demás. Este es el tercer baile durante esta

semana en el que se han robado joyas a los invitados... ¿Cuándo terminará todo esto?

—Las cosas acabarán —dije— tan pronto como usted y las personas que como usted pueden mostrar el camino avisen a la policía. No cabe la menor duda de que, a estas alturas, ciertos individuos están metidos en una campaña de robos en serie. Y mientras exista una tonta delicadeza que nos impida sospechar de nuestros huéspedes y registrarlos en lo más mínimo, los tipos que digo creerán vivir en un paraíso terrenal, que mucho se acerca al séptimo cielo de las delicias. Seguirán robando impunemente a mansalva y agradeciéndonos nuestra generosa conducta que nos impide echar una ojeada a sus sombreros o inspeccionar sus botas, en las que muy bien pueden haber escondido su botín.

—Habla usted con mucha soltura —interrumpió Lady Faber mientras yo seguía con su cinturón en las manos—. ¿No sabe que mi esposo valora estos rubíes, en cada uno de los colgantes, en ochocientas libras?

—Lo creo sin dudar —dije— si son tan claros como éstos; pero le rogaría que hiciese un esfuerzo de memoria y me los describieran con la mayor exactitud.

—¿Es que ello ayudará a recuperarlos? —preguntó mi interlocutora con el rostro ansioso.

—Es muy posible que no nos sirva de nada —contesté—, pero es posible que los vengan a vender a mi tienda, y mucho me gustaría tener la posibilidad de devolvérselos. Ya sabe que suelen ocurrir cosas muy extrañas...

—Sí, lo sé —dijo Lady Faber—; ¿le gustaría encontrar usted mismo al ladrón?

—No tendría la más mínima objeción —exclamé con toda sinceridad—, pues si estos robos continúan ninguna mujer de Londres querrá lucir joyas, y yo saldré perdiendo.

—También he pensado en ello —replicó Lady Faber—; pero ya sabe, guárdese mucho de intentar cualquier cosa contra mis huéspedes dentro de mi casa; lo que usted pueda hacer fuera de ella ya no me importa.

—Bien —contesté—; pero en este caso puedo hacer muy poco en ambos lados; nos enfrentamos con gente muy hábil e inteligente y, si no me equivoco, se trata de toda una banda a la que hay que atrapar. Pero hábleme de los rubíes, por favor.

—Ahora mismo: el colgante robado tiene la forma de una rosa. Como usted sabe, el cinturón me lo trajo Lord Faber de Birmania. Además de la hilera de rubíes que lleva cada colgante, la rosa robada está formada de siete piedras que los nativos llaman rubíes sazonados, pues se trata de una mera superstición, claro, aunque cada piedra está llena de fuego y brilla como un diamante.

—Conozco muy bien esas piedras —dije—; los birmanos son capaces de venderle a uno rubíes de todos los colores que uno quiera comprar, aunque la variedad azul no sea otra cosa que un zafiro. ¿Y cuánto tiempo hace que notó la pérdida del colgante?

—No hace ni tan sólo diez minutos —contestó Lady Faber.



—¿Significa esto que su anterior pareja pudo ser el ladrón? —sugerí—. En verdad que el baile se ha convertido en una distracción de capital importancia...

—Mi pareja anterior fue mi marido —dijo ella, sonriendo por primera vez— y le suplico que, cualesquiera que sean las cosas que haga, no le diga ni una palabra de esto. Nunca me perdonaría haber perdido los rubíes.

Tan pronto como Lady Faber se hubo marchado, yo, que había acudido a su baile con la única intención de que una palabra o un semblante pudiera echar un rayo de luz sobre el asombroso misterio de los robos de la temporada, volví adonde se encontraban los que miraban, quedándome entre ellos mientras las parejas seguían bailando los aburridos pasos del llamado «*square*» o figura de a cuatro. Allí mismo podía contemplar ante mí el centenar de tipos que uno puede ver en cada sala de baile de Londres —tipos especiales o que pretendían darse un carácter: ancianos que aparentaban ser jóvenes y jóvenes aparentando ser viejos; mujeres bien vestidas y mujeres mal ataviadas; dandys y pelmazos; muchachas adolescentes y mujeres ya maduras. Metido en medio de aquella *melée* deslumbrante o contoneándose al compás de una melodía de *music-hall*, era posible contemplar la forma enjuta de los muchachos, el aspecto robusto de los hombres, las graciosas caras de las chicas; las caras no tan graciosas de las matronas, quienes en cuanto a lo pintoresco, muy bien hubieran podido quedarse metidas en casa...

A medida que las imágenes desfilaban con rapidez y las caras bonitas sucedían a los rostros sombríos, y los ojos coquetones de las hermosas mujeres pasaban como un relámpago para ceder el puesto a las miradas sin interés de los varones que bailaban, me preguntaba qué esperanza podría abrigar el más astuto de los espías de descifrar el misterio que tanto me intrigaba en un salón semejante. ¿Cómo podría nombrar en un instante al hombre o a la mujer que había participado poco o mucho en los sorprendentes robos que tanto asombraban a la ciudad? Y si aceptaba que nada podía hacerse, ello significaría que la venta de joyas alcanzaría en Londres el más bajo de los niveles que tal comercio hubiera experimentado, y que yo, personalmente, iba a sufrir unas pérdidas realmente cuantiosas y difíciles de calibrar.

He dicho en muchas ocasiones, al anotar en mi libro algunos de los casos más interesantes que habían llegado a mi conocimiento, que no soy ni mucho menos un detective ni tengo en lo más mínimo el don de penetrar los secretos de mis semejantes. Cuantas veces tuve que ocuparme de algún problema lo hice por motivos muy personales o con la esperanza de servir a alguien que luego pudiera ayudarme de alguna manera, pero nunca me he valido de ninguna arma que no fuera una cierta dosis de sentido común. En la infinidad de asuntos en que intervine, la más pura buena suerte solía facilitarme la única clave existente para solventarlos; un incidente fortuito me encarriló por la vía a seguir cuando un centenar de pistas se presentaban ante mí.

De manera que había ido a casa de Lady Faber con la idea de que la visita de algún forastero, escuchar una palabra o tal vez un mero impulso, una simple intuición, pudieran proyectar un rayo de luz sobre las tinieblas en que venía moviéndome desde hacía varias semanas. Sin embargo, cuanto más duraba mi estancia en la sala de baile, más fútiles se me antojaban todas las cosas. Aunque sabía que un *gentleman* de ágiles dedos podía muy bien hallarse junto a mí, y que media docena de tipos del mundo del hampa podían estar bailando en aquella sala a la que su modo de vivir les atrasa, no tenía ni la menor pizca de sospecha, pues no contemplaba ningún rostro que no fuera el de los habituales idiotas de los salones de baile o las elegantes figuras de la capital; en una palabra, no observaba ninguna cara singular que me permitiera arriesgar una pregunta, despertar en mí cualquiera duda o sospecha.

Finalmente, mi disgusto fue tal que opté por salir del salón de baile; estaba desesperado. Sin darme cuenta llegué al invernadero de Lady Faber, donde las palmeras ondeaban agradablemente y el descorcharse de los tapones de las botellas de champaña producía la más armoniosa de las músicas...

Allí se encontraban varias personas, por lo visto fieles familiares de la casa: el viejo general Sharard, al que nunca se había visto abandonar una mesa de refrescos hasta que sirvieran la cena; el Reverendo Arthur Milbank, vicario de St. Peter, tomando té; un esbelto joven comiéndose un helado con el apetito de un colegial, y la omnipresente o ubicua Sibyl Kavanagh, que solía figurar como una coqueta corriendo siempre tras los militares. Era una mujer que contaba con mucha admiración varonil, que no se perdía un baile aunque luego se preguntase cómo había llegado hasta allí; en una palabra, una mujer con suficiente atractivo para hacer olvidar que ya estaba algo *passée* o marchita, y con el salero suficiente para ofrecer un agradable momento a cualquiera. Yo mismo, por atenerme a la regla, había bailado una vez con ella, pero luego me había escabullido tanto de su carnet de baile como de su interminable habladuría, pero esta vez caí de pronto sobre ella. Sibyl Kavanagh dejó escapar un grito de deliciosa y afectada ingenuidad, y con gran ostentación me hizo sitio a su lado.

—Por favor, deme otra taza de té —dijo—. He conversado durante diez minutos con el coronel Harner, que acaba de regresar de la tierra de la gran sed, y le atrapé...

—Se va a destrozar los nervios con tanto té —le advertí al ir a buscar una taza— y además, se perderá la próxima danza.

—Me quedaré sentada junto a usted —exclamó efusivamente—; en cuanto a mis nervios, no los he tenido nunca; los debí perder junto con mis primeros dientes. Pero deseo hablarle, dígame: ¿está enterado de lo que se dice por ahí? ¿No es espantoso?

Pronunció esas palabras con un hermoso aire de tristeza y por un segundo no supe a qué se refería. Pero de pronto se me ocurrió que ella había oído lo que le acababa de

pasar a Lady Faber.

—Sí —le contesté—. Se trata del misterio más impenetrable que he conocido.

—¿Y no se le ocurre ninguna explicación? —preguntó Sibyl Kavanagh al tiempo que tomaba de un trago su taza de té—. ¿No es posible sospechar de alguien antes de que sea demasiado tarde?

—Si es usted capaz de sugerirme a alguien, con mucho gusto lo haremos.

—Bueno, en esta estancia no hay nadie en quien pensar, ¿verdad? —preguntó con una risa cristalina—. Naturalmente no podemos registrar los bolsillos del vicario, a no ser que lo que falten sean sermones en lugar de rubíes.

—En este caso se trata de «sermones de piedras» —repliqué—. Y de un caso muy serio. Lo que me extraña es que usted saliera bien parada con todos esos brillantes que lleva en las muñecas.

—Pues no lo crea, yo tampoco escapé a los robos —exclamó Sibyl, airada—. ¿Acaso no está enterado? ¿No sabe que la otra noche, en el baile de los Haye, perdí un broche de turquesa? Y mi marido no quiere saber nada al respecto, pues no cree ni por asomo que lo haya podido perder entre esa gente.

—¿Y usted misma cree...?

—¡Que me lo han robado, naturalmente! Acostumbro a sujetar mis broches demasiado bien como para perderlos; alguien me lo hurtó de un modo tan cruel como a Lady Faber sus rubíes. ¿No es terrible pensar que en cada una de las fiestas a las que vamos, los ladrones nos acompañan? Esto basta para que una piense en emigrar hacia los condados.

Volvió a caer en su humor impertinente, pues no podía abstenerse del mismo en absoluto; estaba claro que no era el momento apropiado para sonsacarle, y me quedé escuchando su tremenda e inaguantable cháchara.

—Pero estábamos tratando de sospechar de alguien —prosiguió de pronto— y no lo hemos hecho. Como quiera que no podemos comenzar por el vicario, veamos lo que parece ese esbelto joven que tenemos frente a nosotros. ¿Acaso no se parece a lo que Sheridan llama...? pero no sé cómo decirlo; ya sabe, algo así como un apuesto desheredado.

—Está comiendo demasiadas tartas de confitura y bebiendo demasiada limonada para ser un delincuente —repliqué—; además, no está preocupado en lo más mínimo. Debe mirar en el salón de baile, quizás allí encuentre al sospechoso.

—Apenas si logro divisar la punta de la cabeza de los hombres —dijo Sibyl, alargando el cuello hacia la sala con esfuerzo—. ¿No se ha dado cuenta de que cuando un hombre está bailando, o bien sueña extasiado, como si se encontrase en el cielo, o bien contempla sus zapatos como si se tratase de algo muy diferente?

—Es muy posible —concedí—. ¡Pero no pretenderá constituirse usted misma en el Tribunal de la Santa Vehma al mirar la punta de la cabeza de la gente!

—Claro que no —exclamó mi interlocutora—, pero eso demuestra lo poco que sabe usted de estas cosas: hay mucho más carácter en la coronilla de un anciano que sueños en su filosofía o como se llame. Fíjese, por ejemplo, en ese cráneo reluciente que asoma por allí: lleva la aureola de la honestidad y el buen porte, pero tropieza con grandes dificultades al bailar la polka. ¡Oh, ningún enemigo mío podría bailar una polka, y menos aún siendo tan corpulento!

—¿Es que tiene de veras un enemigo? —pregunté al tiempo que ella se reía vulgarmente de su propia ocurrencia. Pero Sibyl contestó:

—¿Que si tengo un enemigo? Salga y hable de mí con las demás mujeres, eso es lo que les digo a todos mis compañeros, y luego vuelva aquí y cuénteme lo que le han dicho. ¡Eso es tan divertido como un buen juego!

—Puede que así sea —contesté—, pero no dejará de ser una extravagancia. Sus enemigas terminaron su ejercicio y se aprestan a bailar un vals. ¿Habré de mortificarlas?

—Sí —exclamó—, y no se olvide de hablar de mí. ¡Oh, esas aplastadoras!

Dijo eso al tiempo que íbamos a través del gentío que se apretujaba en el ángulo de la escalera que conducía al salón de baile; de pronto Sibyl se vio empujada violentamente contra la barandilla. El furioso movimiento de la polka había lanzado toda una tropa de bailarines hacia el invernadero, y durante unos minutos no pudimos ni subir ni bajar. Tan pronto como la gente se dispersó, Sibyl hizo un esfuerzo para seguir adelante, pero en aquel preciso instante su vestido se enganchó en un clavo de la barandilla y uno de los faldones de seda que colgaba de un lado se desgarró y quedó lastimosamente en vilo. De momento no se percató de la desgracia, pero como quiera que el faldón de seda seguía colgando de la parte más sustancial de su vestido, me di cuenta sin quererlo que en la parte anterior del mismo llevaba, prendido con una lana, un gran broche de diamantes en forma decreciente. En aquel preciso momento, ella se volvió de espaldas con increíble presteza, como si quisiera arreglarse el desgarrado faldón; pero el rostro se le había puesto terriblemente colorado y se quedó mirándome unos segundos con ojos interrogadores.

—¡Qué miserable accidente! —dijo recobrando su naturalidad—; he estropeado mi mejor vestido.

—¿De veras? —dije con simpatía—. ¿Supongo que no será culpa de mi torpeza, aunque por lo visto el daño no fue muy grande; se le rompió por delante, verdad?

Tuve que hacer un gran esfuerzo para contenerme al decir aquellas palabras. Aunque me había quedado plantado, palpitante de asombro y lanzando alguna ojeada para examinar su vestido, sabía que cualquier palabra desacertada podía arruinar en el acto todo lo bueno de mi sorprendente descubrimiento y privarme de continuar adelante con lo que parecía ser una de las historias más extrañas asombrosas del año.

Para poner punto final a la conversación, le pregunté riendo si no quería pedir

ayuda a una de las sirvientas de la casa; ella se aferró a la excusa que le ofrecía, dejándome en el acto en el descansillo, desde donde la vi subir a toda prisa hacia las habitaciones del piso superior.

Tan pronto como Sibyl Kavanagh hubo desaparecido, volví al invernadero y me tomé una taza de té, pues siempre había sido el mejor esclarecedor de mis ideas. Durante unos diez minutos estuve dándole vueltas al asunto en mi cabeza. ¿Quién era Mrs. Sibyl Kavanagh y por qué se había cosido un broche de brillantes en el interior del faldón de su vestido, y cosido además en un lugar donde quedaba tan seguramente disimulado a la vista como si estuviese escondido en las aguas del Támesis? Un niño podría darme la respuesta, pero un niño también habría comprobado muchas de las cosas que no dejaban de ser vitales para llegar a la ineludible conclusión de aquel descubrimiento inesperado. El broche que acaba de contemplar correspondía perfectamente con el que le habían robado a Lady Dunholme, pero tratábase también de una joya que un centenar de mujeres hubieran podido poseer. Si hubiese ido en aquel mismo momento donde estaba Lady Faber y le hubiera dicho que el ladrón que había invitado era Mrs. Sibyl Kavanagh, ésta no habría dejado de desencadenar una acción judicial por calumnia y las cosas se complicarían endemoniadamente. Sin embargo, habría dado cien libras por poder inspeccionar completamente el faldón de su vestido y habría apostado una cantidad igual de que allí mismo hubiera encontrado el colgante de rubíes sazonados; el colgante que me parecía ser la llave maestra capaz de poner coto a la serie de robos de joyas y al colosal misterio del año. Pero ahora, evidentemente, la mujer se había metido en alguna habitación del piso superior para esconder lo que llevaba encima y, por lo pronto, parecía muy improbable que una brusca e inmediata inspección de su vestido agregase algo a lo que ya sabía.

Otra taza de té me ayudó a continuar pensando en mi pista. Me parecía claro que aquella mujer era la depositaria de las joyas robadas más que el verdadero ladrón de las mismas. Evidentemente ella no podía haber utilizado las tijeras que sirvieron para cortar el colgante del cinturón de rubíes de Lady Faber. Era más probable que eso hubiera sido obra de un hombre muy experto en la materia. Pero, ¿quién era ese hombre? ¿Y no se trataría tal vez de varios ladrones? Desde hacía tiempo sospechaba que los hurtos de aquella temporada no podían ser sino obra de muchas manos. La suerte me había deparado poder descubrir un par de ellas, pero era mucho más importante conocer las restantes. El castigo de esa mujer muy difícilmente podía poner fin a una vasta conspiración; las sospechas estaban harto fundadas, pero la detención de Sibyl Kavanagh por la posesión del broche de brillantes, escondido sospechosamente, planteaba un problema: esa joya pertenecía a un modelo que abunda en cada tienda de joyas desde Kensington hasta Temple Bar, y detenerla hubiese sido una verdadera locura.

Naturalmente, yo podía coger un cabriolé e irme a Scotland Yard a relatar el

hecho, pero sin otros fundamentos que los que tenía, ¿de qué me habría valido? Si la historia de este asunto tan extraño debiera escribirse, sabía perfectamente que yo mismo debería escribirla y sin perder ni un solo minuto.

En aquellos momentos contaba con suficientes cabos en mis manos, dominaba bastante la situación como para actuar resueltamente; de modo que mi primer paso fue reintegrarme en la sala de baile y buscar pareja para el siguiente vals. Dimos varias vueltas antes de descubrir que Mrs. Kavanagh había regresado a la sala y bailaba con su habitual impetuosidad y, al parecer, sin que su reciente desgracia la hubiera afectado en lo más mínimo. Al pasar junto a ella, hasta me sonrió, como diciendo: «¡De nuevo desplegué todas mis velas!», y su aspecto me convenció de que estaba segura de que yo no había visto nada de sospechoso cuando se produjo el desgarrón de su vestido.

Al terminar el vals, mi pareja, una linda muchacha vestida de rosa, me dejó con esta observación:

—¡Está usted desmesuradamente tonto esta noche! —y prosiguió—: Le he preguntado si ha visto *Manon Lescaut* y lo único que me dice es: «Desabrochar el faldón, en eso estoy pensando...».

Esto me percató de que era peligroso seguir bailando, por lo que estuve esperando en el salón hasta que sirvieran la cena. Mrs. Kavanagh pasó por mi lado del brazo del general Sharard. Había estado vagando por el salón para poder ver qué tipo de joyas lucía en su vestido, y tan pronto como me hube cerciorado, tomé nota de ellas y me deslicé, procurando que no me vieran, hasta la puerta principal de la casa para tomar un cabriolé que me llevara a mi domicilio en Bond Street.

Al segundo campanillazo, el portero me abrió la puerta; mientras permanecía de pie, mirándome con profunda sorpresa, fui directamente a uno de los cajones donde guardábamos nuestras joyas y cogí un ramillete de diamantes y me lo metí en el bolsillo de mi abrigo. Seguidamente mandé al portero a que fuese a despertar a Abel y, al cabo de cinco minutos, mi sirviente estaba vestido a mi lado frotándose los ojos todavía llenos de sueño.

—Abel, tengo buenas noticias para ti. Estoy sobre la pista de la banda que andamos buscando.

—¡Por Dios, no me va a decir que...! —exclamó con asombro.

—Precisamente; para empezar tenemos a una mujer, una tal Mrs. Sibyl Kavanagh, y ella misma ha birlado un par de ramilletes de diamantes y un colgante de rubíes esta noche en casa de Lady Faber. Sé que uno de los ramilletes lo lleva ella misma; si pudiera encontrar el colgante encima de esa mujer el asunto quedaría cerrado.

—¡Vaya! —soltó Abel, con cara reluciente ante la idea del negocio—. Ya sabía yo que en todo ese asunto estaba metida una mujer; pero, ¿ésa debe ser una mosca de

tamaño regular, no? ¿Qué me dice, señor?

—Hemos de descifrar la historia inmediatamente. Voy a volver en el acto a Portman Square. Tú me sigues en un cabriolé y cuando llegues a la casa, me esperas dentro del coche, en mi cupé, hasta que yo salga. Pero antes de llegar allí, has de pasar por la comisaría de policía de Malborough Street y pedir que tengan a diez o doce hombres listos para vigilar una casa en Bayswater hasta las seis de la mañana.

—¿De manera que va a seguir a esa mujer hasta su casa?

—Exactamente, y si mi espíritu me brinda la manera de hacerlo, pienso ser su huésped a los diez minutos de que esa mujer haya salido de la casa de Lady Faber. Estoy seguro de que podrás conseguir los hombres que necesitamos en Malborough Street o en la comisaría de Harrow Road, pues este desgraciado asunto lleva preocupando a la policía desde hace ya demasiado tiempo.

—Es cierto, señor; el inspector King me dijo ayer mismo que de no ocurrir algo bien pronto, escondería su cabeza en la arena. Pero estoy pensando, señor, que no me ha facilitado las señas exactas de esa Sibyl.

—Porque aún no las tengo. Sólo sé que esa mujer vive en algún lugar cercano a la iglesia de San Esteban, y que pertenece a una de sus vicarías. Si puedes conseguir su dirección preguntándole a su cochero, hazlo. Pero corre y procura estar en Portman Square lo antes posible.

No debía faltar mucho para la una de la madrugada. Efectivamente, dio la una cuando pasé por delante de la capilla de Orchard Street. Al llegar a Portman Square, encontré a mi propio cochero esperando con el cupé en la esquina de Baker Street. Antes de entrar en la casa le dije que esperase a Abel y que por ningún motivo se estacionara delante de la puerta de Lady Faber. Seguidamente subí tranquilamente al salón de baile y estuve observando a Mrs. Kavanagh, de la cual no diré que bailaba sino que estaba furiosamente entregada a realizar la última figura de la danza de los lanceros. Era evidente que aún no se marcharía y por lo tanto la dejé hasta que hubieran servido la cena y fui a sentarme cerca de la puerta del comedor, para no perder de vista a quienes pasaran por allí.

No llevaba más de diez minutos en mi puesto, cuando para mi gran sorpresa, la vi aparecer de pronto en el vestíbulo, enfundada en su abrigo; pero no me vio pasar. Esperé hasta oír cerrarse la puerta del vestíbulo y salí inmediatamente para recoger mi abrigo. Ya se habían ido muchos huéspedes pero en la plaza quedaban aún unos cuantos coches y cabriolés y un portalinterna parecía estar muy atareado en distribuir un sinfín de bebidas. Se me ocurrió que si Abel no hubiera conseguido la dirección de la mujer, ese hombre tal vez me la facilitase, y fui a preguntarle.

—Esa señora que acaba de salir, ¿tenía un coche o un cabriolé?

—¿Se refiere usted a Mrs. Kevenner? —contestó el de la linterna con recia voz—. Sí, tiene un cabriolé, pero ha cogido un cupé, señor, para ir al 192, Westbourne Park,

aunque no sabría decirle cuándo ha sido, señor.

—Muchas gracias. Esa señora ha dejado caer una joya en el *hall* y creo que tendré tiempo de alcanzarla y devolvérsela.

El buen hombre me miró asombrado, sin duda pensando que nadie devolvía nada de lo que pudiera encontrar en un baile de Londres. Lo dejé en medio de su asombro y me metí en mi coche. Dentro de él me encontré con Abel, quien, acurrucado en el asiento que tenía frente al mío, me dijo, excusándose tristemente, que esa mujer no tenía ningún cochero y que por consiguiente no había podido averiguar sus señas.

—No te preocupes —le contesté, y salimos a todo galope—. ¿Qué te han dicho en la comisaría?

—Querían mandar una patrulla de policía y detener a todos los que se hallaran en casa de Lady Faber, señor. Tuve muchas dificultades para convencerles de que no lo hicieran, créame. Les dije que nosotros estaríamos allí para impedir que hicieran alguna trastada y entonces se conformaron. Quedamos en que una docena de hombres estarían alertas en la comisaría de Harrow Road hasta la madrugada esperando nuestra llamada. Tienen plena confianza en usted, señor.

—Lástima que no la tengan mucho más en sí mismos, pero de todas maneras estamos de suerte. La dirección de esa mujer ya la tenemos: vive en el número 192 de Westbourne Park y, si mal no recuerdo, es una plaza con jardín.

—Estoy seguro de ello, señor; se trata de una plaza ajardinada de forma triangular, y el número 192 cae por la parte de Durham o un poco más allá; podremos vigilar estupendamente la casa desde la empalizada.

Al cabo de unos diez minutos de carrera con el coche, llegamos a la plaza y me di cuenta que tenía, como dijera Abel, forma triangular. El número ciento noventa y dos era un gran caserón cuyos exteriores parecían caerse en pedazos. Pero el segundo y tercer piso estaban iluminados. Por cuanto pude ver, ya que las persianas del salón estaban levantadas, allí no parecía moverse nadie. Sin embargo esto no me hizo desistir de mi empeño y con Abel fuimos hasta la misma esquina del jardín donde dos grandes árboles nos ofrecían el más seguro cobijo. Allí permanecimos en silencio varios minutos, para asombro del policía de servicio con el cual pegamos pronto la hebra para mayor satisfacción suya.

—Ah, ya sé que por aquí andan unos tipos muy raros; deben catorce libras de leche y no le pagan al carnicero; toda la noche entran unos tipos jóvenes... ¡Miren!, ahora mismo llega uno.

Miré a través de los árboles y efectivamente vi que el guardia tenía razón. Un joven con sombrero de copa y abrigo negro subía la escalinata de la casa; el resplandor de la farola de la calle hirió su rostro y pude reconocerle: era el muchacho que se estaba atiborrando de tartas de confitura en casa de Lady Faber, el joven que Sibyl Kavanagh pretendía no conocer cuando conversaba conmigo en el invernadero.



Al verle, supe que había llegado el momento.

—Abel, es hora de que vayas a la comisaría. Diles que traigan una escalera corta. Tendrán que entrar por el balcón, pero solamente cuando yo les dé la señal. Y la señal será el crujido del cristal de la lámpara que puedes divisar encima de aquella mesa. ¿Trajiste mi pistola?

—¿Imaginaba que me la olvidaría? He traído dos. ¡Y tenga mucho cuidado! ¡Vaya con mucha atención con esos tipos!

—No te preocupes; pero no olvides que dependo totalmente de ti. Espera hasta el último segundo posible y no hagas nada mientras yo no te dé la señal: cuando lo oigas significará que ya tenemos toda la clave del asunto.

Abel asintió con la cabeza y desapareció prestamente en dirección al coche. Entonces me fui directamente hacia la casa y llamé fuertemente a la puerta. Para mi sorpresa se abrió en el acto; un hombre rechoncho vestido de librea estaba ante mí y no parecía sorprendido al verme ni mucho menos.

—Ahí están las escaleras, señor, ¿quiere usted subir?

—Naturalmente —dije, cogiéndole la palabra—, enséñeme el camino.

—Perdóneme, señor, pero creo haberme equivocado —replicó el lacayo—. Voy a avisar a la señora Kavanagh...

Antes de que pudiera contestarle, corrió ágilmente escaleras arriba, pero inmediatamente me lancé tras él; al llegar al descansillo, pude ver en el salón de enfrente que la mujer estaba sentada y que junto a ella había un hombre ya viejo de largos bigotes y patillas negros, y el joven que acababa de entrar en la casa. Pero la habitación del fondo, que daba a la otra por una puerta de doble batiente, estaba vacía y sin luz. Todo eso pude verlo en una rápida ojeada, pues tan pronto como el lacayo le hubo hablado, la mujer empujó al joven hacia el balcón y salió corriendo hacia el descansillo, cerrando la puerta tras ella.

—¡Señor Sutton —exclamó al verme—, qué sorpresa! Ahora mismo me iba a dormir.

—Temí que ya estuviera usted en cama —contesté con la sonrisa más sencilla posible—, pero he encontrado un ramillete de diamantes en casa de Lady Faber, en el *hall*, después de que usted se marchara. El lacayo me dijo que podía ser suyo y como quiera que mañana he de marcharme de la capital, he pensado que podía arriesgarme a traérselo esta misma noche.

Al tiempo que hablaba le entregué el ramillete de diamantes que había sacado de mi propia vitrina de Bond Street; pero mientras lo examinaba, me echó una mirada escrutadora con sus ojos resplandecientes, y sus gruesos labios sensuales se apretaron uno contra otro. Al segundo, volvió a reírse y me devolvió la joya.

—Le estoy sumamente agradecida —exclamó—, pero precisamente acabo de poner mi ramillete en su estuche. Quiere usted darme algo que no me pertenece.

—¿De veras no es suyo? —exclamé a mi vez, fingiendo decepción—. Lamento sinceramente haberla molestado.

—La que ha de lamentarlo soy yo, por haberlo hecho venir hasta aquí —replicó—. ¿No desea tomar un brandy con seltz o cualquier otra cosa antes de marcharse?

—Nada en absoluto, señora; se lo agradezco. Permítame excusarme de nuevo por haberla molestado y desearle que descanse bien.

Entonces me tendió la mano, al parecer mucho más sosegada, y tan pronto como empecé a bajar las escaleras, volvió a entrar en el salón con la idea, de ello estaba seguro, de sacar al joven del balcón.

El grueso lacayo ya me esperaba en el *hall* para abrirme la puerta, pero yo andaba muy despacio pues, en verdad, todos mis planes parecían haber fracasado y de momento no se me ocurría la menor idea. Mi propósito al llegar a aquella casa era el de descubrir, y de ser posible echarles el guante, a los cómplices de aquella mujer, cogiéndola a ella, tal como lo esperaba, por sorpresa. Sin embargo, a pesar de que mi cadena estaba bastante completa, le faltaban los eslabones esenciales aunque me hallara muy cerca de poderla completar. Lo que tenía que decidir en el espacio de diez segundos era: ¿Ahora o mañana?, pues podía alejarme tranquilamente de aquella casa y esperar hasta que la banda entera cayese en la trampa o dar un golpe atrevido capaz de acabar con el asunto allí mismo y en aquel preciso momento. Y elegí la segunda alternativa, pues mañana —declame a mí mismo— toda esa gente podía estar a salvo en París o Bélgica, y nunca volvería a encontrarse una pista como la del colgante de rubíes, nunca se daría una oportunidad como aquélla para atrapar a tres de los individuos que desde hacía tanto tiempo veníamos persiguiendo. Ese pensamiento hizo que bruscamente se proyectara en mi mente todo un plan de acción, que me apresuré a ejecutar silenciosa y rápidamente, con una celeridad que hasta hoy me sigue asombrando.

Me encontraba ya ante la puerta del *hall* que el lacayo había dejado abierta. Una simple mirada sobre aquel hombre me convenció de que mis designios eran válidos. El lacayo era un ser obtuso y condescendiente, pero probablemente honrado. Al llegar frente a él, agarré bruscamente la empuñadura de la puerta y la cerré con fuerza, permaneciendo dentro del *hall*. Seguidamente le puse el cañón de mi pistola en la frente (aunque sabía que por esta amenaza un juez me habría condenado a un mes de cárcel) y le grité fieramente:

—Esta casa está rodeada por la policía, si pronuncia una palabra hago que le condenen a siete años como cómplice de esa mujer que está arriba y que vamos a detener. Cuando llame, conteste que ya me fui y vuelva aquí inmediatamente para recibir mis instrucciones. Si se comporta como le digo no le inculparemos, de lo contrario irá a parar a la cárcel.

Al oír mis palabras el pobre diablo palideció y tembló tanto que podía percibir su

temblor a lo largo del brazo por el que lo tenía agarrado.

—Déjeme, déjeme explicarle, señor —balbuceó—. Yo no pensaba, se lo aseguro, no pensaba que pudiera estar sirviendo a semejante caterva.

—Está bien; pues ahora mismo me voy a esconder, ¡rápido!, en esa habitación que parece oscura. Y ahora suba las escaleras y vaya a decirle a su ama que ya me marché.

Conforme iba diciendo esas palabras, me metí en el pequeño cuarto contiguo al comedor, colándome sin vacilar debajo de la mesa redonda que allí se encontraba. El lugar estaba completamente a oscuras y tenía la ventaja que desde allí podía observar la escalera sin ser visto; pero antes de que el lacayo hubiera subido la escalera, la mujer se adelantó hacia él y mirando al vestíbulo preguntó:

—¿Ya se ha marchado ese señor?

—Ahora mismo acaba de salir, señora.

—Bien, entonces ya puede irse a dormir, y que sea la última vez que deja entrar a un extraño como ése en la casa, ¿entendido?

El ama volvió a su habitación, mientras el lacayo, volviéndose hacia mí, me preguntaba:

—¿Qué he de hacer ahora, señor? Le advierto que no haré nada si no interviene usted en mi favor, señor. He estado sirviendo veinte años en casa de Lord Walley sin la menor queja de su parte. ¿Quién iba a pensar que esta mujer fuese tan mala? ¡Es increíble!

—Le prometo que intervendré en su favor si hace exactamente lo que le ordene. ¿Quedan por llegar aún más hombres?

—Sí —contestó el lacayo—, aún quedan dos: el capitán y el sacerdote. ¡Valiente sacerdote debe ser!

—No se preocupe. Espérelos y hágalos entrar. Luego suba las escaleras y apague la luz como si fuese un descuido. Después puede marcharse a dormir.

—¿No olvidará decirle a la policía que nada tengo que ver con el asunto? ¿Ya han llegado? —preguntó con su ronco bisbiseo.

A lo cual contesté:

—Sí, los policías están en todas partes: en el tejado, en la calle y en los balcones de la casa. Si oponen la más mínima resistencia toda la casa hormigeará de polizontes.

Lo que acababa de decirle al lacayo no tuvo respuesta de su parte porque en ese mismo momento volvieron a llamar a la puerta de la casa y fue a abrirla rápidamente. Dos hombres, uno vestido de sacerdote y el otro, que parecía un señor poderoso, ataviado con un abrigo de Newmarket, subieron ágilmente las escaleras seguidos del lacayo. Al rato la luz se apagaba en la escalera y no se escuchaba más ruido que el eco de la conversación del salón delantero.

Acababa de llegar un nuevo momento crítico de mí noche de trabajo. Me quité los zapatos, puse el seguro de mi revólver y me lancé por las escaleras con paso felino para meterme en el pequeño salón trasero. Uno de los batientes de la puerta de la pequeña habitación donde me hallaba estaba entreabierta, por lo que el menor movimiento falso de mi parte podía costarme la vida, pues no podía afirmar con certeza si la policía se encontraba realmente en la calle o en camino hacia la casa de Sibyl Kavanagh. Pero tuve la buena fortuna de que los hombres allí reunidos hablasen en voz alta y como si estuviesen disputando. Lo primero que observé al mirar a través de la puerta abierta, fue que la mujer había dejado solos a los cuatro hombres. Tres de ellos estaban sentados alrededor de la mesa sobre la cual se encontraba la lámpara, mientras que el hombre rechoncho y vejete de bigotes negros ocupaba un sillón. Pero la visión más agradable de todas era sin duda la del gran pañuelo extendido en la mesa y casi totalmente cubierto de broches, medallones y ramilletes o piochas de diamantes, y, para infinita satisfacción mía, pude divisar el colgante de rubíes de Lady Faber yaciendo esplendorosamente entre aquellas ricas joyas refulgentes bajo la luz.

Allí estaba la clave de toda la historia. ¿Pero cómo utilizarla? Se me ocurrió en el acto que aquellos cuatro canallas consumados no irían desarmados. Si daba un paso hacia el salón donde se encontraban, podían disparar sobre mí y, si la policía aún no había llegado, aquello podía ser el fin de todo. Tenía necesidad de esperar unos minutos más para asegurarme de que Abel no estaba solo en la calle. Pero no tuve tiempo ni siquiera de pensarlo: antes de haberme decidido, la luz de una lámpara brilló en las escaleras y a los pocos segundos la señora Kavanagh en persona estaba en el marco de la puerta mirándome. Vaciló unos segundos, pero éstos bastaron para ayudarme en mi propósito; en el preciso momento en que un grito iba a escaparse de sus labios, con el corazón latiendo fuertemente en mi pecho me lancé por la puerta del salón y disparé directamente sobre el cristal de la lámpara que proyectaba una aureola de luz sobre las joyas robadas.

En el momento en que el cristal volaba en mil pedazos —mi reputación de buen tirador de pistola no se desmintió en aquel momento tan crítico—, Mrs. Kavanagh corrió sollozando histéricamente hacia su dormitorio del piso superior mientras los cuatro hombres corrían gritando ferozmente hacia la puerta en la que me habían divisado; al verlos lanzarse sobre mí, rogué a Dios para que Abel viniese en mi ayuda. Pero mi plegaria fue superflua; apenas los hombres habían dado dos pasos cuando los cristales de las ventanas de los balcones volaron estrepitosamente y toda la habitación pareció llenarse de policías.

No recuerdo exactamente las sentencias que cayeron sobre aquella importante banda (conocida en la historia policial como el *gang* de Westbourne Park) de ladrones de joyas, pero la historia del caso es lo bastante interesante como para que valga la

pena contarla. El marido de Sibyl Kavanagh —el de los bigotes negros— era un hombre llamado Whyte, antiguo administrador en la casa de Tames Thorndike, los Grandes Almacenes que están cerca de Tottenham Court Road. El negocio de Whyte consistía en facilitar todos los artículos indispensables para los bailes y, aunque me asombra el escribirlo, se ocupaba incluso de encontrar parejas masculinas para las señoras que contaban con pocas amistades. Al dejar ese trabajo se estableció por su cuenta y se le ocurrió la brillante idea de encontrar entre los invitados a los bailes a unos hombres capaces de meterse en el sombrero con la seguridad que el baile ofrecía, fruslerías como ramilletes, colgantes y medallones de brillantes. Después Whyte se casó con una mujer hábil y despierta que le ayudó en sus propósitos. Bajo el nombre de Kavanagh la mujer se relacionó con cierto número de jóvenes cuyo negocio y ocupación eran los bailes y, cuando era necesario, ella misma iba a las casas importantes.

El juicio dio luz el extraordinario hecho de que no menos de veintitrés hombres y ocho mujeres andaban metidos en esa gigantesca conspiración y que la Kavanagh actuaba como vendedora de las joyas hurtadas por ellos y a los que se entrenaba solamente lora tercera parte de los beneficios y, por lo tanto estafándoles descaradamente.

Según tengo entendido. Whyte está ahora tomando aires en el penal de Portland mientras que los jóvenes ladrones practican el ejemplar ejercicio de romper piedras para las carreteras, trabajo destinado a manos ociosas.

En cuanto a Mrs. Kavanagh, las cosas terminaron dramáticamente. Según me dijo el inspector King, insistió en que se la detuviera en la cama.

## EL CASO DEL DESAPARECIDO LAKER

---

Arthur Morrison

---

En toda una serie de grandes bancos y de compañías de seguros, Hewitt ejercía algo así como el cargo de consejero policial, en virtud de lo cual se le consultaba generalmente con respecto a las medidas a tomar en asuntos de fraude, falsificación, robos y otras estafas, etc., con los que ciertas firmas tenían la desgracia de enfrentarse. Los casos más importantes e intrincados solían llegar a sus manos y gozaba de los más amplios poderes para solventarlos por los procedimientos usuales. Una de las sociedades más importantes de ese tipo era la General Guarantee Society, una compañía aseguradora, que entre otros riesgos solía cubrir los relacionados con la integridad de secretarios, empleados y cajeros. En caso de desfalco por parte de alguna de las personas garantizadas por la compañía, los directivos de la firma ansiaban naturalmente la rápida captura del culpable y, muy especialmente, del botín antes de que se hubiera gastado gran parte del mismo. Para este tipo de trabajo, contrataban frecuente a Hewitt, tanto para aconsejar a los directivos de la firma damnificada como para perseguir al ladrón y dar con el botín.

Aquella mañana, Hewitt llegó a su despacho un poco más temprano que de costumbre y encontró sobre su mesa un mensaje urgente de la General Guarantee Society, en el que lo llamaban para ocuparse personalmente de un robo cometido la víspera. Hewitt ya estaba enterado del asunto a través del periódico matutino, en el que había llamado su atención el breve suelto que rezaba como sigue:

*IMPORTANTE ROBO EN UN BANCO. —Durante el día de ayer, un empleado de Mrs. Liddle, Neal & Liddle, los conocidos banqueros, desapareció con una importante cantidad de dinero, perteneciente a sus patronos, y que asciende, según dicen, a más de 15.000 libras esterlinas. El empleado estaba encargado de recoger el dinero, en su calidad de cobrador, en diferentes bancos y casas comerciales, cosa que realizó durante la mañana de ayer como acostumbraba hacer a diario, pero esta vez no regresó, como era de esperar, a la hora acostumbrada. Un gran número de letras de cambio entregadas al citado cobrador han sido abonadas por el Banco de Inglaterra antes de que surgieran las sospechas. Al parecer, el asunto se halla en manos del inspector Plummer, el conocido detective de Scotland Yard.*

Según el mensaje, el empleado se llamaba Charles William Laker y había sido asegurado por la General Guarantee Society; y requerían la inmediata presencia de

Hewitt en las oficinas de la compañía para tomar las medidas del caso con la mayor rapidez y tratar de detener al culpable del robo y, en cualquier caso, la mayor parte posible del botín.

Hewitt salió rápidamente con un cabriolé para Threadneedle Street, adonde llegaba menos de un cuarto de hora después, y al cabo de unos minutos de conversación con el director de la compañía de seguros, Mr. Lyster, ya estaba enterado de los elementos esenciales del asunto, que no dejaba de ser de lo más sencillo. Charles William Laker tenía 25 años de edad y llevaba más de siete en casa de Mrs. Liddle, Neal & Liddle, en realidad desde que salió de la escuela, y hasta el día en que había desaparecido nunca se habían producido quejas de su conducta. Su obligación como cobrador consistía en efectuar cada mañana una gira, que iniciaba a eso de las nueve y media. Había un cierto número de Bancos importantes con los cuales Mrs. Liddle, Neal & Liddle realizaban transacciones diarias y toda una serie de pequeños Bancos privados y firmas comerciales que operaban como agentes financieros y con los cuales las relaciones de negocios eran de menor cuantía y regularidad. Laker las visitaba una tras otra, recogiendo el dinero adeudado en letras de cambio u otras parecidas formas de pago. Llevaba consigo una gran cartera, sujeta a su cinturón por una cadena, y en ella iban las letras y los billetes de Banco. Habitualmente, al terminar su gira, cuando la totalidad de las letras de cambio habían sido convertidas en dinero contante y sonante, solía llevar cantidades muy importantes. Esta tarea, y responsabilidad son asumidas corrientemente por todos los cobradores de Banco.

El día del robo, Laker había salido como de costumbre, quizá un poco más temprano si cabe, y las letras de crédito y demás valores que llevaba representaban la considerable suma de más de 15.000 libras. Las primeras investigaciones demostraron que había sido pagado como siempre en cada uno de los establecimientos por donde había pasado, que su último cobro lo había efectuado alrededor de la una y cuarto de la tarde y que llevaba en su cartera, sin duda alguna, todo el dinero representado por las letras que había negociado. Mr. Lyster para terminar, agregó que los informes que se tenían desde la víspera eran más o menos esos. Sin embargo, esa misma mañana había llegado un mensaje según el cual Laker habría salido del país, hacia Calais; al menos así se creía. Y los directivos de la compañía de seguros deseaban que Hewitt se encargase personalmente del asunto a fin de recuperar lo máximo del dinero robado y, naturalmente, de echarle el guante a Laker, por cuanto siempre resulta moralmente provechoso para una compañía de seguros, aunque no fuera más que para escarmiento, que el ladrón fuese detenido y castigado. De modo que Hewitt y Mr. Lyster harían lo más rápidamente posible cuanto pudieran para iniciar la investigación en beneficio de Mrs. Liddle, Neal & Liddle.

El edificio del Banco quedaba bastante cerca de allí, en Leadenhall Street. Al llegar a él, Hewitt y Mr. Lyster se dirigieron directamente hacia los despachos privados del Banco. Al pasar por una sala de espera, Hewitt advirtió a dos mujeres. Una de ellas, la de más edad, iba vestida de luto, la cabeza cubierta por un velo negro, y estaba sentada con el brazo descansando en un pequeño escritorio. Aunque llevaba el rostro cubierto por el velo, toda su postura denotaba a una persona abrumada por una pena inaguantable; la mujer sollozaba silenciosamente. La otra mujer era joven, aparentaba unos 22 ó 23 años de edad. También estaba de luto y su espeso velo dejaba ver tan sólo que sus rasgos eran pequeños y regulares y que tenía el rostro pálido y cansado. Su mano se apoyaba en el hombro de la mujer más vieja y ambas volvieron la cabeza cuando vieron pasar a los recién llegados.

Uno de los directivos del Banco, Mr. Neal, las recibió en su propio despacho.

—¡Buenos días! —dijo cuándo Mr. Lyster le presentó al detective—. Nos hallamos ante un caso realmente serio —prosiguió—. Crea que lo siento mucho más por Laker que por cualquier otra cosa, incluidos nosotros, aunque también es verdad que mucho lo siento por su madre. Está esperando ahí mismo para ver a Mr. Liddle tan pronto como llegue, pues son conocidos de la familia desde hace mucho tiempo. La señorita Shaw está también con la madre. ¡Pobre muchacha! Es institutriz o algo parecido, y creo que Laker y ella iban a casarse muy pronto. ¡Todo esto es verdaderamente triste!

—Por lo visto —observó Hewitt— el asunto está en las manos del inspector Plummer, ¿no es así?

—Así es —contestó Mr. Neal—; en realidad, ya se encuentra aquí, examinando el contenido del pupitre de Laker y otras cosas que puedan interesarle. El inspector cree que Laker puede tener algún cómplice. ¿Desea verle?

—Inmediatamente; el inspector Plummer es un viejo amigo. Ultimamente anduvimos juntos en el asunto del camafeo de Stanway, de ello hace ya unos meses. Pero, en primer lugar, ¿quiere usted decirme desde hace cuánto tiempo trabajaba Laker como cobrador?

—Desde hace apenas unos cuatro meses, aunque trabajó con nosotros unos siete años en total. Fue ascendido a cobrador a comienzos de este año.

—¿Sabe algo acerca de sus costumbres, y de lo qué sola hacer en sus ratos de ocio?

—No sé gran cosa al respecto. Aunque sí estoy enterado de que era aficionado al remo. También he oído decir que tenía un par de gustos muy costosos, bueno, costosos tratándose de un joven de su posición —aclaró Mr. Neal haciendo un gesto digno con la mano, que movía de manera particular. Mr. Neal era un señor corpulento y aquel ademán le sentaba muy bien.

—Si mal no entiendo, ¿ustedes anteriormente nunca sospecharon de la falta de



honradez de Laker?

—Pues no. Es cierto que una vez se notó un fallo en la rendición de cuentas que se tardó mucho en comprobar, pero las cosas no pasaron de ahí; al fin y al cabo, pudo tratarse de un error burocrático, el mero error de un empleado.

—¿Sabe alguna cosa que pudiera interesarnos en relación con sus compañeros de trabajo?

—No, ¿cómo lo sabría? Creo que el inspector Plummer ha estado efectuando las indagaciones pertinentes al respecto. ¡Precisamente aquí llega, por lo menos eso espero! ¡Adelante!

Efectivamente, era Plummer quien acababa de llamar a la puerta del despacho, y entró al oír la voz de Mr. Neal. El inspector Plummer era un hombre de mediana estatura, ojos pequeños, de aspecto impenetrable y que, además, no tenía una gran reputación de hombre fuerte. Algunos de nuestros lectores recordarán quizá su conexión con aquel caso tan misterioso que tuve ocasión de desarrollar en otro lugar bajo el título de *The Stanway Cameo Mystery*.

Plummer llevaba su sombrero en una mano y unos cuantos periódicos en la otra. Saludó a Hewitt, puso el sombrero sobre una silla y extendió los periódicos sobre la mesa del despacho.

—La prensa no trae grandes noticias hoy —afirmó el inspector—, pero una cosa es evidente y es que Laker es noticia. ¡Y miren esto! —Sacó algunas cartas del paquete que llevaba en la mano y las enseñó. —Dos cartas de un corredor de apuestas acerca de la liquidación de las mismas; el buen hombre está asombrado de haberse fiado de un empleado. Aquí tenemos una serie de telegramas de quienes se dedican a facilitar informes confidenciales sobre las carreras de caballos, y también hay la carta de un amigo, que sólo firma con sus iniciales, pidiendo a Laker que apueste un soberano a un caballo en su nombre tal «como lo hace con su propio dinero». He de guardar esta carta, pues puede resultar interesante para entrevistar al amigo, si es que podemos dar con su paradero. Tal vez lo encontremos en los sitios de apuestas, ¿no le parece, Mr. Hewitt? Pero por ahora no tenemos ninguna noticia de Francia.

—¿Está usted seguro que salió para allí? —preguntó Hewitt.

—Le diré lo que hemos estado haciendo hasta este momento. En primer lugar, claro está, me di yo mismo una vuelta por todos los Bancos. Pero nada nuevo pude averiguar en ellos. Todos los cajeros lo conocían de vista y uno de ellos era su amigo. Había efectuado los cobros como de costumbre, sin decir nada de particular; cobró las letras por el procedimiento normal y terminó en el Eastern Consolidated Bank a eso de la una y cuarto. Después no hay nada digno de mención. Durante ese tiempo envié a un par de hombres a que indagaran en la estación de ferrocarril y otros lugares parecidos. Apenas salía de la Eastern Consolidated cuando uno de mis hombres llegó hasta mí con algunas informaciones. Había estado en la Agencia

Turística Palmer, aunque pareciera ser el lugar menos indicado, y allí encontró una pista.

—¿O sea que Laker estuvo allí?

—No solamente había estado en la agencia, sino que además sacó un pasaje para Francia. Desde luego se trata de una buena jugada; compró esa clase de billete que permite hacer lo que desea, puesto que puede escoger entre dos o tres itinerarios distintos para iniciar el viaje y puede interrumpirlo cuando quiera y efectuar toda clase de combinaciones. De tal forma que un individuo con un billete de ese tipo puede, al cabo de unas horas de haber salido, desviarse por algún camino remoto y tomar otra dirección, totalmente distinta, con el mismo billete, mientras nosotros andamos indagando acerca de los diferentes itinerarios que pudo haber cogido. El juego no está mal para un novato; sin embargo, incurrió en un grave error, como los que siempre cometen los principiantes y que tratan de evitar cuidadosamente los delincuentes experimentados: ¡fue lo bastante loco como para dar su propio nombre, C. Laker! Aunque ello no tiene gran importancia, puesto que las señas particulares bastan sobradamente para identificarle. Allí se presentó con su cartera tan pronto como saliera del Eastern Consolidated Bank. Del Banco fue directamente a la agencia Palmer, probablemente en un cabriolé. Así opinamos por el tiempo que empleó en llegar hasta la agencia turística, ya que dejó el Banco a la una y cuarto y se hallaba en la oficina de la agencia Palmer a la una y veinticinco; o sea que tardó diez minutos. El empleado de Palmer recordó la hora porque precisamente en aquel momento estaba ansioso por irse a almorzar y miraba el reloj esperando al empleado que debía relevarle. Laker no llevaba gran cosa de equipaje, así por lo menos lo imagino. Estuvimos indagando cuidadosamente por las estaciones, preguntando a los mozos si recordaban a los viajeros a quienes hubiesen llevado las maletas, pero no apareció ninguno que tuviera que ver con nuestro hombre. De todos modos, no cabía esperar otra cosa al respecto. Laker llevaría consigo lo mínimo posible, pues podría comprar lo que necesite en el camino o al llegar a su escondite. Naturalmente, he telegrafiado a Calais, puesto que llevaba un billete de Dover a Calais, y mandé a un par de los hombres más diestros en el tren que sale a las 8.15 de la estación de Charing Cross. Espero que algo sabremos de ellos hoy mismo. Yo me quedo en Londres porque hay trabajo en el cuartel general. De no ser así, yo mismo hubiese emprendido el viaje.

—¿De modo que esto es todo cuanto sabemos por ahora? ¿Tiene algo más a la vista?

—Por ahora esto es absolutamente todo lo que tengo. En cuanto a lo que pienso hacer —una ligera sonrisa asomó a los labios de Plummer—, bueno, ya veremos. Llevo en la mente un par de ideas.

Hewitt sonrió levemente a su vez, pues acababa de reconocer en Plummer ese atisbo de celos profesionales que le caracterizaba.

—Muy bien —indicó Hewitt al levantarse de la silla—; ahora voy a efectuar yo mismo una o dos indagaciones. Quizá Mr. Neal permita que uno de sus empleados me vaya indicando correlativamente los Bancos visitados por Laker el día de ayer. Pienso que he de comenzar por ahí.

Mr. Neal ofreció poner a disposición de Hewitt cuantas cosas y personas estaban en el Banco y así terminó la reunión.

Cuando Hewitt, acompañado por el empleado, atravesó las habitaciones que separaban el despacho de Mr. Neal de la oficina exterior, tuvo la impresión de ver a las dos mujeres cubiertas con los velos negros salir por una puerta lateral.

El primer Banco estaba muy cerca de la firma Liddle, Neal & Liddle. Allí, el cajero que había conversado con Laker el día anterior no recordaba nada en particular de la conversación. Muchos otros cobradores habían estado en el Banco esa misma mañana como solían hacerlo diariamente y las circunstancias relacionadas con las visitas no ofrecían nada nuevo salvo las cifras de los cobros registradas en los libros. El cajero no había identificado a Laker hasta que el inspector Plummer lo mencionó durante la investigación de aquella misma mañana. Todo cuanto pudo recordar el cajero, era que Laker se había mostrado mucho más cortés que de costumbre, lo cual tampoco agregaba gran cosa a la investigación. El cajero se había preocupado principalmente de las letras de cambio, pero describió a Laker de una manera que correspondía exactamente con la fotografía que Hewitt había pedido que le entregaran en el Banco. En ella se veía a un hombre joven de bigote oscuro y rostro de facciones regulares y agradables, mejor arreglado quizá que los demás empleados, pues vestía chaqué negro, chistera, etc... Los números de los billetes cobrados por Laker ya habían sido entregados al inspector Plummer, pero esto no parecía preocupar a Hewitt en absoluto.

El siguiente Banco estaba en Cornhill y allí el cajero era amigo personal de Laker, en todo caso un conocido, y lo recordó mucho mejor. Los modales y la manera de comportarse del cobrador habían sido los acostumbrados y, según declaró el cajero, no parecía preocupado ni excitado en lo más mínimo. Estuvo hablando de que el sábado había remado en el río y de otras cosas parecidas, y luego se marchó como de costumbre.

—¿Podría recordar *todo* cuanto le dijo? —le preguntó Hewitt—. Si puede hacerlo, me gustaría saber exactamente todo lo que hizo y dijo hasta en sus más mínimos pormenores.

—Bien, Laker estuvo a poca distancia de mí, yo me encontraba ahí, detrás de uno de esos pupitres; me tendió la mano preguntándome: «¿Cómo está?», y después se acercó y recibí las letras como de costumbre y conversé con él unos instantes. Laker llevaba un paraguas nuevo que dejó sobre el borde de la taquilla; tratábase de un paraguas elegante y le hice una observación acerca del mango. Lo cogió para

enseñármelo, diciendo que era un regalo que acababa de hacerle un amigo. Era un mango de raíz de ginebra muy hermoso, con dos tiras de plata incrustada, una de las cuales llevaba su monograma C. W. L. Le dije que era un mango estupendo y le pregunté si el sábado había tenido buen tiempo en su distrito. Me dijo que sí, que estuvo en el río y que allí el tiempo era espléndido. Creo que eso fue todo.

—Gracias. Ahora, dígame, ¿llevaba el paraguas cerrado y enrollado? ¿Podría describírmelo detalladamente?

—Lo intentaré. Ya le he hablado del mango que tenía, en cuanto a lo demás, parecía un paraguas corriente. No lo llevaba enrollado, sino aflojado levemente, ya sabe... aunque, le repito, el mango era realmente muy singular por su forma. Si quiere puedo tratar de dibujárselo en la medida en que pueda recordarlo.

Así lo hizo, con lo que Hewitt obtuvo un esquema hecho a grandes trazos que representaba un mango encorvado con una tira de plata cerca del extremo; y otra, con el monograma, a unas pulgadas más abajo. Hewitt guardó el esquema en el bolsillo y se despidió del cajero.

En el Banco siguiente, las cosas estuvieron igual que en el primero, y nadie recordaba más hechos que los puramente rutinarios. Hewitt y el empleado que lo acompañaba llegaron a un estrecho patio pavimentado y se metieron en Lombard Street para realizar la visita siguiente. El Banco Buller, Clayton & Co. estaba en la misma esquina, al final del patio, y en esos momentos se estaban realizando obras en el portal del citado Banco para volverlo aún más ancho e imponente de lo que era, por lo que el paso se hallaba obstruido por una serie de escaleras y andamios. Solamente quedaba un angosto paso para penetrar en el Banco. Allí Hewitt escuchó el cuento de siempre, que volvió a repetirse a todo lo largo del recorrido: los cajeros conocían a Laker de vista, pero no muy especialmente. Las relaciones con los cobradores eran un asunto tan rutinario que muy poco solían fijarse en la persona de los empleados y, generalmente, sólo los conocían por el nombre de las firmas, y eso sólo cuando había necesidad de llamarles por un nombre. Laker, según decían, se había mostrado más cortés que otras veces. Eso era todo por lo que cuando al fin Hewitt y su acompañante dejaron el Eastern Consolidated Bank no conocían más detalles de los que ya sabían acerca del nuevo paraguas.

Hewitt, tras despedirse del empleado de Mr. Neal, estaba a punto de meterse en un cabriolé, cuando advirtió, a unos pasos atrás de donde se encontraba, a una mujer cubierta con un velo de luto que detenía a otro coche. Reconoció su rostro y ordenó al cochero:

—Rápido, a la agencia turística Palmer, pero no quite los ojos del coche que viene tras el nuestro y avísame si continua siguiéndonos.

El cochero fustigó su caballo y después de haber pasado un par de esquinas, abrió el techo encima de la cabeza de Hewitt y gritó:

—¡El otro coche nos está siguiendo, señor, y guarda casi la misma distancia desde que salimos!

—¡Está bien, eso es cuanto deseaba saber! Y ahora, ¡derechos a la agencia Palmer!

En la agencia, el empleado que atendió a Laker lo recordó y describió perfectamente. También se acordó de la cartera, y creía recordar el paraguas, de lo cual estuvo seguro tras una breve reflexión. No había apuntado el nombre, pero recordaba muy bien que se trataba de Laker. En realidad nunca se preguntaba el nombre en aquellos casos, pero con Laker fue diferente, pues el cobrador parecía desconocer el procedimiento habitual, y también tener mucha prisa, y al pedir el billete dio su nombre de golpe, pensando sin duda que se lo pedirían.

Hewitt regresó a su cabriolé y se dirigió directamente a Charing Cross. Durante el trayecto, el cochero volvió a levantar el techo para decirle que el coche con la mujer del velo los estaba siguiendo de nuevo, y que había estado esperando mientras Hewitt estuvo en la agencia. Al llegar a Charing Cross, Hewitt despidió el cabriolé y se fue andando hasta la oficina de objetos perdidos de la estación. El empleado de la oficina lo reconoció en el acto, pues las ocupaciones del detective lo habían llevado en varias ocasiones hasta allí.

—Creo que ayer alguien perdió un paraguas en la estación —dijo Hewitt—. Se trata de un paraguas nuevo, de seda, con un mango de raíz de ginesta y que lleva dos tiras de plata, algo parecido a este dibujo. Tiene un monograma en la parte de abajo. Las letras son C.W.L. ¿Acaso lo han traído aquí?

—Ayer nos trajeron dos o tres paraguas —contestó el empleado—; ahora mismo voy a mirarlo. —Se llevó el dibujo hacia un rincón de la oficina y regresó al minuto con una alegre exclamación:

—¡Aquí está! ¿Es éste? ¿Lo reclama usted?

—No, no lo voy a reclamar, me conformaré con echarle un vistazo si usted me deja. Ah, veo que está enrollado. ¿Lo trajeron así?

—Pues no señor, el tipo que nos lo trajo lo enrolló después de haberlo encontrado. Se trata de un mozo de cuerda. Una de sus manías es enrollar los paraguas lo más estrecha y limpiamente posible. Y además se siente muy orgulloso de ello. A menudo trata de quitarle el paraguas al primero que encuentra para enrollárselo si ve que está un tanto desmañado. ¿Un tipo raro, no le parece?

—Desde luego, pero cada cual suele tener sus pequeñas manías. ¿Y dónde lo encontraron? ¿Cerca de aquí?

—Pues sí señor, ahí mismo, casi frente a aquella ventana, en ese pequeño rincón.

—¿A eso de las dos de la tarde?

—Sí, esa hora sería más o menos.

Hewitt levantó el paraguas, lo desenrolló y sacudió la seda. Luego lo abrió y, al

hacerlo, un trozito de papel cayó del interior del paraguas. Hewitt lo agarró como un rayo. Seguidamente, tras haber examinado cuidadosamente la prenda por dentro y por fuera, se la devolvió al empleado, quien no se había fijado en la caída del trocito de papel.

—Bueno, ya está —dijo el detective—, sólo quería echarle una ojeada pues se trata de un pequeño detalle ligado con un caso que llevo entre manos. Adiós y gracias por todo.

Hewitt se volvió bruscamente y vio, mirándole con una expresión aterrada, desde la puerta de enfrente a la mujer que lo había estado siguiendo en el cabriolé. El velo se le había caído y pudo percibir el rostro antes de que se cubriese rápidamente. Se detuvo un momento para permitir que la mujer se alejara y seguidamente salió de la estación para dirigirse hacia su despacho, situado muy cerca de allí. No habría andado ni treinta yardas cuando tropezó con el inspector Plummer.

—Voy a continuar de mucho más cerca mis indagaciones a lo largo de toda la línea hasta Dover —dijo Plummer—. Me han telegrafiado de Calais que aún no encontraron ninguna pista y deseo asegurarme, de ser posible, que Laker no se ha apartado de la línea en algún lugar entre Londres y Dover. —Y agregó con tono muy confidencial—. Hay un hecho muy singular. ¿Se ha fijado en las dos mujeres que estaban esperando para ver al socio de la firma Liddle, Neal & Liddle?

—Desde luego que me fijé en ellas. Según me dijeron se trata de la madre y de la novia de Laker.

—Justamente. Pues bien, ha de saber que la muchacha, que se llama Shaw, me ha venido siguiendo todo el rato desde que salí del Banco. Naturalmente me di cuenta de ello desde el principio, esos aficionados no saben nada sobre cómo seguirle a uno, y ahora precisamente, esa muchacha está detrás de mí, metida en la puerta de aquella joyería, haciendo como si mirase las cosas que hay en el escaparate. No deja de ser extraño ¿no le parece?

—Realmente —contestó Hewitt— se trata de un detalle a no descuidar. Si mira con cuidado hacia la esquina de Villiers Street, pero fingiendo no mirar hacia allí, creo que tendrá la posibilidad de observar alguna señal de la madre de Laker. Me está siguiendo a mí.

Plummer miró furtivamente hacia el punto señalado, e inmediatamente volvió los ojos a otra parte.

—La he visto —contestó el inspector—, está mirando a su alrededor en la esquina. Esto tampoco habrá que descuidarlo. Naturalmente la casa de Laker está vigilada, ayer mismo pusimos allí a un guardia. Pero habré de mandar a uno de mis hombres para que también vigile la casa de Miss Shaw. Telefonaré a la firma Liddle; sin duda deben saber dónde vive. Y también será preciso vigilar a las dos mujeres. En realidad, tengo la idea de que Laker no anda solo en este asunto. Y es posible, sabe

usted, que haya mandado a un cómplice con su billete de tren para hacernos bailar mientras él está corriendo en otra dirección. ¿Hizo usted alguna cosa?

—Desde luego —replicó Hewitt, fingiendo la misteriosa sonrisa con la que Plummer había comenzado su investigación a primeras horas de la mañana—. Acabo de estar en la estación y he encontrado el paraguas de Laker en la oficina de objetos perdidos.

—¡Ah! Así que probablemente se ha marchado. He de recordarlo y tal vez hable con el empleado de esa oficina.

Plummer marchó hacia la estación mientras Hewitt se dirigía a su despacho. Subió las escaleras y entró en la habitación en el preciso momento en que yo, desilusionado por no haberle encontrado, me disponía a salir. Había ido con la idea de invitarle a comer en mi club, pero declinó la invitación.

—Tengo un asunto importante entre manos —dijo—. Mire esto, Brett, mire este trozo de papel. ¿Usted conoce los caracteres de imprenta de distintos periódicos, verdad?

Y me tendió un pedacito de periódico. Se trataba de un fragmento de anuncio que había sido desgarrado por la mitad y en el que se leía lo siguiente:

*oast. You 1 st. Then to-  
3rd L. No. 197 red bl.  
straight time.*

—Me parece —dije— que se trata de un anuncio del *Daily Chronicle* a juzgar por la clase de papel. Procede, sin duda; de la columna de anuncios privados, aunque todos los diarios suelen utilizar el mismo tipo de papel para tales anuncios salvo el *Times*. Si no estuviese desgarrado le diría inmediatamente de donde procede pues las columnas del *Chronicle* son más bien estrechas.

—No se preocupe, ahora mismo enviaré por todos los periódicos. —Hewitt llamó y ordenó a Kerrett que trajera un ejemplar de cada diario matutino del día anterior. Seguidamente sacó de un gran armario ropero un sombrero de copa bastante usado aunque decente todavía; cogió asimismo un abrigo algo viejo y lustroso en el cuello y, tras cambiar su limpia y blanca corbata por una vieja, se mudó de abrigo y sombrero. Para terminar de disfrazarse se calzó unas botas manchadas de barro. Luego sacó un gran cuaderno de apuntes, sujetado con una ancha cinta elástica, y digo—: ¿Qué le parece? ¿Puedo hacerme pasar por un recaudador de contribuciones, un inspector sanitario o un empleado del gas o del servicio de aguas?

—Estupendamente bien —le contesté—. ¿Pero de qué asunto se trata?

—Bueno, ya le contaré todo tan pronto como haya salido de él, ahora tengo mucha prisa. ¡Ah ya está aquí, Kerrett! Yo salgo ahora mismo por la puerta de atrás. Espera diez minutos o un cuarto de hora después de que me haya marchado y

entonces sal, atraviesa la calle y ve a decirle a aquella señora vestida de luto y con un velo en la cabeza que está esperando en la acera de enfrente, que Mr. Martin Hewitt le manda saludos y le aconseja que no siga esperando porque ya se fue de su despacho por otra puerta hace un buen rato. Eso es todo. Sería lamentable dejar a la pobre mujer esperando en vano todo el día. Y ahora, Kerrett, vengan los periódicos. El *Daily News*, el *Standard*, el *Telegraph*, el *Chronicle*... Bien, aquí está, en el *Chronicle*. —Todo el anuncio decía lo siguiente:

*YOB. H.R. Shop roast. You 1st. Then to night. 02. 2nd top 3rd L. No. 197 red bl. straight mon. One at a time.*

—¿De qué se trata? ¿Acaso de un criptograma? —pregunté.

—Ya veremos —contestó Hewitt—, pero no le podré decir nada hasta más tarde, de manera que ya puede irse a almorzar. ¡Kerrett, tráeme la guía de la capital!

Eso era todo cuanto yo supe directamente de aquel asunto. El resto pude relatarlo gracias a las informaciones que me facilitó el propio Hewitt, de la misma manera que he escrito sobre otros de sus casos anteriormente.

Resumiendo, de momento me quedé en aquel punto y perdí de vista el asunto. Hewitt salió por la puerta trasera y llamó a un cabriolé desocupado que pasaba por allí en ese instante y le dio al cochero la dirección de Abney Park Cemetery. Al cabo de unos veinte minutos el coche bifurcó por Essex Road, siguiendo hacia Stoke Newington, y otros veinte minutos más tarde, Hewitt hizo parar el carruaje en Church Street, esquina de Stoke Newington. Dejó el cabriolé y bajó una o dos calles hasta llegar a otra cuyas casas estuvo observando cuidadosamente a medida que pasaba delante de ellas. En el lado opuesto de la acera en que estaba, había una casa que estuvo mirando mientras fingía consultar su gran libro de notas. Era un edificio más bien grande, elegante y mucho más pretencioso que las demás casas de la calle, con una pequeña y flamante cochera que se divisaba a un lado de la entrada. De las ventanas de la fachada colgaban unas cortinas rojas atadas con gruesas cintas y, detrás de una de aquellas cortinas, Hewitt pudo vislumbrar el resplandor de un gran candelero de gas.

Sin vacilar, subió rápidamente la escalinata y llamó fuertemente a la puerta de la casa. Al asomar una doncella pulcramente vestida, Hewitt, con su libro de notas en la mano, preguntó si allí vivía Mr. Merston.

—Sí señor, aquí vive.

—¡Muy bien! —Hewitt entró en el vestíbulo y se quitó el sombrero—: Se trata solamente del contador. Hay un fuerte escape de gas en este barrio y vengo a echar un vistazo al contador para asegurarme de que esté en buenas condiciones. ¿Dónde lo tienen?



La muchacha vaciló:

—He de..., he de decírselo a mi amo...

—Bueno, bueno, no me voy a llevar el contador, sólo quiero pegarle unos golpecitos, ya sabe...

La doncella se fue al fondo del vestíbulo y, sin dejar de mirar a Martin Hewitt, transmitió su petición a una persona invisible, pues estaba en una habitación trasera y desde donde sólo salió un gruñido a guisa de contestación:

—¡Está bien!

Hewitt siguió a la doncella hasta la bodega, aparentando mirar delante de él, pero en realidad observando todos los detalles de la casa. El contador de gas estaba metido en un gran armario de madera debajo de la escalera de la cocina. La doncella encendió una vela y abrió la puerta del armario. El contador se hallaba en el suelo, que estaba cubierto de cestas, cajas y de unas extrañas hojas de papel oscuro; pero lo que llamó inmediatamente la atención de Hewitt fue un vestido hecho de una especie de reluciente paño azul, grandes botones de cobre y que estaba tirado desunidamente en un rincón del armario; era el único objeto que no parecía cubierto de polvo como los demás. Sin embargo, Hewitt no pareció preocuparse por aquella prenda y, agachándose, se puso solemnemente a pegar golpecitos sobre el contador con su lápiz y a escuchar con mucha gravedad con el oído pegado a la tapa del contador. Luego levantó la cabeza y volvió a golpear. Finalmente, manifestó:

—Tengo una pequeña duda. Le rogaría a usted, señorita, que tuviera la bondad de encender un momento el gas en la cocina. Tenga la mano en el grifo y tan pronto como yo se lo diga lo cierra en el acto, ¿de acuerdo?

La doncella se fue a la cocina y Hewitt cogió inmediatamente la levita azul — pues era una levita— para inspeccionarla. Llevaba un respunte de un color rojo deslucido en las costuras y en realidad se trataba de una levita de librea, con faldones de ala de golondrina. La estuvo mirando unos segundos, examinando la forma y el color y, tras enrollarla, lo volvió a dejar en el rincón del armario.

—¡Muy bien, ya puede cerrar el grifo! —gritó a la doncella.

Hewitt salió del armario mientras la doncella se asomaba por la puerta de la cocina.

—Bueno, ¿está usted satisfecho?

—Totalmente, gracias —replicó Hewitt.

—¿Todo marcha bien? —continuó la sirvienta, señalando hacia el armario.

—Pues no todo estaba tan bien, algo no marchaba como debiera y me alegro de haber venido. Si desea le puede decir al señor Merston que confío en que el próximo trimestre el gasto de gas no será tan cuantioso. —En el tono de Hewitt se notaba un acento burlón cuando cruzó el vestíbulo para marcharse, pues siempre le agrada a un empleado de la compañía del gas haber encontrado lo que venía buscando.

Las cosas habían salido mucho mejor de lo que Hewitt esperaba. Acababa de hallar la clave del misterio en aquella levita azul, pues se trataba del uniforme de los porteros de uno de los Bancos que había visitado aquella mañana, aunque no recordó el nombre en ese momento. Entró en una estafeta de correos y envió un telegrama a Plummer dándole instrucciones y pidiéndole que se encontrase con él. Seguidamente subió en el primer cabriolé libre que halló y salió a todo galope hacia la City.

Bajó en Lombard Street y estuvo mirando la puerta de todos los Bancos hasta llegar al de Buller Clayton, Ladds era el Banco que buscaba. En los demás Bancos los porteros vestían levitas moradas, color ladrillo u oscuras, mientras que en el de aquí, detrás de las escaleras y andamios que obstruían la entrada, pudo ver a un hombre con levita azul, respuntes rojos y botones de cobre. Dio rápidamente unos pasos, empujó la puerta giratoria y pudo alegrar su vista al contemplar de cerca la levita, para gran asombro del que la vestía. Seguidamente volvió a la calle pavimentada y anduvo a todo lo largo de la fachada del Banco, tras lo cual se metió en un pasaje lateral y allí estuvo meditando un rato.

El Banco no tenía puertas ni ventanas que dieran al pasaje y los dos edificios contiguos eran muy viejos y estaban apuntalados con gruesos maderos. Ambos estaban vacíos y un gran cartel anunciaba que los demandantes serían atendidos dentro de un mes si deseaban adquirir los viejos materiales con los cuales habían sido construidos; asimismo anunciaba que una parte del solar podía ser alquilada por un largo tiempo.

Hewitt inspeccionó las sucias fachadas de los viejos edificios. Las ventanas estaban cubiertas por una espesa capa de suciedad; todas estaban igual, menos la ventana inferior del edificio junto al Banco, que estaba muy limpia y parecía recién lavada. La puerta de esa casa también estaba mucho más limpia que las otras, aunque la pintura parecía algo deteriorada. Hewitt advirtió un grueso clavo en forma de gancho que salía a unos dos metros del suelo del montante izquierdo de la puerta. Era nuevo y no estaba herrumbroso, y el detective advirtió asimismo que una pequeña astilla había saltado del montante al clavar el gancho pues la madera aparecía limpia alrededor del agujero.

Tras observar estos detalles, Hewitt volvió atrás y leyó al pie del gran cartel el nombre «Windsor & Weekes, ingenieros y Peritos Tasadores, Abchurch Lane». Luego se volvió a meter por la Lombard Street.

Dos cabriolés se detuvieron cerca de la estafeta de correos; del primero bajó el inspector Plummer acompañado por otro hombre. Este hombre y los dos que bajaron del segundo coche, eran, sin la menor duda, policías vestidos de paisano: su aire, el modo de andar y las botas lo revelaban plenamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Plummer al acercarse a Hewitt.

—Creo que lo verá muy pronto. Pero dígame antes de todo, ¿mandó vigilar el No.

197 en Hackworth Road?

—Sí. Nadie podrá salir de allí sin ser detenido.

—Muy bien. He de marchar ahora mismo a Abchurch Lane por unos minutos. Deje a sus hombres lejos de aquí; que se metan en el pasaje que hay junto al Banco Buller, Clayton & Ladds y que no dejen de vigilar la primera puerta de la izquierda. Me parece que pronto encontraremos algo. ¿Logró deshacerse de Miss Shaw?

—No, viene detrás de nosotros con la señora Laker. Las encontramos en el Strand y nos siguieron en otro coche. ¿Muy divertido, no? ¡Deben imaginarse que somos novatos! Pero no deja de ser cómodo a la vez, ya que mientras continúen siguiéndonos no tenemos que preocuparnos por vigilarlas. —Al decir esto el inspector guiñó el ojo y se echó a reír.

—Perfectamente. No se olvide de vigilar esa puerta. Volveré muy pronto. —Tras estas palabras, Hewitt se fue hacia Abchurch Lane.

No tuvo ninguna dificultad en recibir la información deseada en la oficina de Windsor & Weekes. Las viejas casas estaban destinadas a ser derribadas muy pronto, pero hacía un par de semanas habían alquilado temporalmente un despacho y un sótano a un tal Mr. Westley. Este no presentó ninguna referencia; como había pagado por adelantado quince días de alquiler no se le pidió ninguna dadas las circunstancias del caso. Quería abrir en Londres una sucursal de una gran firma de sidra —declaró— y sólo deseaba por unas semanas cualquier oficina y un sótano fresco para almacenar las muestras hasta que las instalaciones definitivas estuvieran listas.

Esta era una nueva pista y, sin duda, sería conveniente entrar en aquel edificio a inspeccionar. Martin Hewitt supo razonar de tal modo en apoyo de su demanda que el empleado principal de Windsor & Weekes, sacó inmediatamente una llave y acompañó al detective al lugar.

—Creo que sería preferible que tuviera a sus hombres listos para intervenir —dijo Hewitt al inspector Plummer tan pronto como hubo regresado. Un silbido fue suficiente para hacerlos aparecer en el acto.

La llave fue introducida en la cerradura pero por más vueltas que le dieron la puerta seguía cerrada. Por lo visto el pasador estaba corrido. Hewitt se agachó y miró por debajo de la puerta.

—Se trata de un pasador vertical —manifestó el detective—. Por lo visto el último individuo que salió por esta puerta dejó el pasador en vilo y al pegar el portazo se deslizó hasta ponerse en su muesca. Intentaremos levantarlo con un alambre o un trozo de cuerda...

Uno de los agentes trajo un pedazo de alambre y, tras algunas maniobras, Hewitt consiguió pasarlo alrededor del pasador y levantarlo poco a poco hasta que pudo sujetarlo con la punta de su navaja de bolsillo. Finalmente el pasador salió de la muesca y, tras un empujón, la puerta se abrió.

Los hombres inmediatamente entraron en el viejo caserón. La puerta de la pequeña oficina que se hallaba al principio estaba abierta, pero en aquel despacho no había nada, salvo un tablero de un par de pies de largo tirado en un rincón. Hewitt lo cogió y se lo enseñó a Plummer. En el tablero, recién pintadas en blanco sobre fondo negro, aparecían las siguientes palabras:

«BULLER, CLAYTON, LADDS & CO.,  
ENTRADA PROVISIONAL».

Hewitt se volvió hacia el empleado de Windsor & Weekes y le preguntó:

—El hombre que alquiló este despacho se llama Westley, ¿no es cierto?

—Sí, así se llama.

—¿Es un jovenzuelo, de cara afeitada y bien vestido?

—Efectivamente, así es.

—Me lo imaginaba —afirmó Hewitt y, volviéndose hacia Plummer, prosiguió—: Me figuro que uno de sus viejos amigos, Mr. Sam Gunter, anda metido en este lío.

—¿Quiere decir que «Hoxton Yob»...?

—Me parece por un lado que pueda ser Mr. Westley y por otro alguna otra persona. Pero vayamos al sótano.

El empleado de Windsor & Weekes los condujo hacia las escaleras que llevaban a un oscuro pasillo subterráneo, por el que pudieron abrirse camino encendiendo cerillas. Al cabo de unos pasos el pasillo torcía hacia la derecha, y tan pronto como el grupo de hombres se puso a avanzar en esa dirección, un espantoso grito de angustia llegó a sus oídos desde el fondo del sótano:

—¡Auxilio! ¡Auxilio! ¡Abran la puerta! ¡Me estoy volviendo loco, loco! ¡Ay, Dios mío!

Una voz llena de tremenda desesperación resonaba por todo el tenebroso sótano. Hewitt y sus compañeros se detuvieron un segundo y volvieron a avanzar apresurando el paso.

—¡Vamos, más cerillas! —gritó el detective lanzándose hacia la puerta del fondo del pasillo.

La puerta estaba cerrada con un candado y un barrote.

—¡Sáquenme de aquí, por el amor de Dios! —gritó la voz ronca y angustiada del interior del sótano—. ¡Sáquenme de aquí!

—¡Ahora mismo llegamos! —gritó Hewitt—. ¡Hemos venido por usted; un momento!

La voz se apagó con un murmullo sollozante. Hewitt probó varias llaves de su propio llavero en el candado, pero ninguna de ellas resultó adecuada. Sacó el alambre que había utilizado para levantar el pasador de la puerta de entrada del edificio, lo enderezó y lo torció por uno de sus extremos formando una especie de gancho agudo.

—¡Acerquen una cerilla! —ordenó brevemente. Uno de los policías se acercó al detective con una cerilla encendida.

Hewitt tuvo que probar repetidas veces, modificando el ángulo de su improvisada llave hasta que por fin consiguió abrir el candado y la puerta del sótano.

Una forma macabra y vacilante se lanzó sobre el grupo de hombres apagando las cerillas de golpe...

—¡Hé! —gritó Plummer—. ¡Cuidado con caerse! ¿Quién es usted?

—Déjemosle salir —gritó Hewitt—. Ahora mismo no sabría decir quién es pero me parece que es Laker.

—¡Laker! ¿Aquí? ¡Cómo es posible!

—Eso creo. ¡Cuidado, no vayan a tropezar con él! Me parece que está bastante lastimado ya.

Realmente daba lástima verlo. Llevaba el cabello y el rostro llenos de polvo y barro, y las uñas rotas y ensangrentadas. Hewitt envió a uno de los policías por agua y brandy.

—Bien —dijo Plummer vagamente, mirando primero al desvanecido cautivo y luego al detective—, ¿y el botín?

—Usted mismo habrá de encontrarlo —replicó Hewitt—. Creo que mi tarea termina aquí. Yo actúo únicamente al servicio de la Guarantee Society, ya lo sabe, y si se demuestra que Laker es inocente...

—¿Inocente? ¿Cómo?

—Pues tal y como me lo imagino, las cosas han podido ocurrir así. Pero antes haría mejor en aflojar el cuello de ese pobre hombre. Como venía diciendo, creo que las cosas debieron suceder de esta manera: nos hallamos ante una hábil y cuidadosamente preparada conspiración en la que Laker no es el delincuente sino la víctima.

—Así que su opinión es que a Laker le robaron. Pero, ¿de qué manera y dónde?

—Ayer por la mañana, cuando sólo había estado en tres Bancos. De hecho, aquí mismo le desvalijaron.

—Es posible. Pero ¿de qué manera? Su hipótesis carece de un sólido fundamento. Nosotros sabemos que Laker efectuó todo el recorrido de los Bancos y todas las recaudaciones; luego estuvo en la agencia Palmer, y también tenemos el paraguas; ¿cómo puede ser...?

El hombre seguía inconsciente.

—No le levanten la cabeza —aconsejó Hewitt—, sería mucho mejor que uno de ustedes fuese a buscar a un médico; este hombre ha recibido un golpe tremendo. —Inmediatamente después se volvió hacia el inspector Plummer:

—En cuanto a lo que se refiere a cómo organizaron este golpe, le diré lo que pienso. En primer lugar, a un individuo muy hábil se le ocurrió que podría conseguir

una buena cantidad de dinero desvalijando al cobrador de un Banco. Este individuo sagaz pertenece a una banda muy experimentada de ladrones, tal vez al «gang» de Hoxton Row, como ya sospechaba. Usted sabe tan bien como yo que esa banda es muy capaz de entretenerse un buen tiempo preparando un golpe que prometa un rico botín, y que para dar ese golpe se necesita siempre un capital importante. Y no faltan personas muy respetables que viven por todo lo alto en los suburbios y cuyo principal negocio estriba en financiar esas aventuras para sacar luego la tajada del león en los beneficios. Pues bien, aquí tenemos un plan cuidadoso e inteligentemente ejecutado: vigilan a Laker, estudian el recorrido que efectúa y sus costumbres. Se dan cuenta de que solamente existe un empleado de los que ve diariamente con el que tiene cierta amistad y que dicho empleado trabaja en el Banco que viene en el segundo lugar del recorrido de Laker. El tipo más agudo de la banda, y creo que en todo Londres no hay otro individuo capaz de hacerlo mejor que el joven Sam Gunter, estudia detenidamente la vestimenta y las costumbres de Laker de la misma forma que un actor estudia al personaje que ha de interpretar. Luego la banda alquila este despacho y este sótano, *porque están en la casa cuya puerta se halla junto a la entrada del Banco que se halla en reparación*, hecho que Laker no puede ignorar por sus visitas diarias. El tipo, pongamos que se trata de Gunter, y tengo buenos motivos para creer que es él, se disfraza exactamente como si se tratase de Laker, con bigote falso, atuendos y cuanto pueda llevar encima, y con el resto de la banda lo esperan en este lugar. Uno de los bandidos está vestido con una levita azul de botones de cobre igual a la del portero del Banco Buller. ¿Se da cuenta?

—¡Ya lo creo! ¡Ahora las cosas están mucho más claras!

—Pues sigamos. Uno de los tipos de la banda se queda vigilando en la parte superior del pasaje, y cuando Laker entra en dicho pasaje, viniendo de Cornhill, lo cual significa que ya estuvo en el único Banco donde es tan conocido que el ladrón disfrazado no hubiese podido hacerse pasar por él. Tan pronto entra en el pasaje, repito, el que estaba acechando al cobrador da una señal, y este tablero —dijo Hewitt apuntando al cartel de letras blancas— es colgado inmediatamente en el gancho que hay en el montante izquierdo de la puerta de la casa. El falso portero se halla en el umbral de la puerta y cuando Laker se acerca, le dice: «Por aquí se entra esta mañana, señor. La puerta principal está cerrada a causa de las obras». Sin la menor sospecha, y suponiendo que el Banco ha habilitado una entrada provisional por el edificio vacío, Laker entra. Inmediatamente, cuando apenas da unos pasos, quitan el cartel que colgaba de la puerta y cierran ésta... Probablemente le pegarían un golpe en la cabeza, pues la tiene ensangrentada, y le quitan la cartera con todo el dinero que había recaudado. Gunter agarró la cartera así como también el paraguas, puesto que llevaba el monograma de Laker y por lo tanto era un signo más para identificarse. Gunter no tuvo más que completar el recorrido, haciéndose pasar por el propio Laker,

comenzando por Buller, Clayton & Ladds en la misma esquina. Sólo se trata de una labor rutinaria, rápidamente ejecutada, y nadie se fija en él, pues lo que miran los cajeros es únicamente las letras. Mientras tanto, al desgraciado de Laker le encierran en el sótano del fondo del pasillo subterráneo, desde donde, por mucho que grite, nadie le oirá en la calle; además, la celda está rodeada de sótanos vacos y casas desiertas. Entonces los ladrones cierran la puerta de la calle y se dan a la fuga. Lo demás es sencillo. Al terminar su recorrido, Gunter ha cobrado unas 15.000 libras o más, se gasta unas cuantas libras en un billete que compra en la agencia Palmer dando el nombre de Laker para engañar a la policía. Luego deja el paraguas en Charing Cross, en un lugar muy a la vista, enfrente de la oficina de objetos perdidos donde está seguro que alguien lo recogerá, con lo cual se completa la falsa pista.

—¿Y quién es la persona que vive en el número 197 de Hackworth Road?

—Allí vive el capitalista, el financiero, y tal vez la cabeza rectora de todo este asunto. Merton es el nombre que suele usar allí, y estoy seguro de que cada sábado desempeña un papel muy imponente en la capilla. Tiene que ser rico por sus robos, y apostaría que éste no es su primer negocio.

—Bien, pero ¿qué me dice acerca de la madre de Laker y de Miss Shaw? — insistió el inspector Plummer.

—¡Qué puedo decirle! Las pobres mujeres andan próximas a la locura, presas de terror y vergüenza. Eso es todo. Pero aunque pensaran que Laker es un criminal, nunca lo abandonarían. Nos han venido siguiendo con la vaga esperanza de desconcertarnos y desviarnos de nuestra pista o de ayudarle si lo atrapábamos, o algo así, pobrecitas. ¿Acaso conoce a una verdadera mujer que abandone a su hijo o a su amante por ser un criminal? Bueno, pero aquí llega el médico. ¿Tan pronto como lo haya atendido ordenará a sus hombres que acompañen a Laker a su casa? Yo he de irme inmediatamente para informar a la Guarantee Society.

—Pero —preguntó Plummer con perplejidad—, ¿cómo consiguió la pista? Debieron facilitarle algún informe confidencial. No es posible que diera con la pista gracias a su clarividencia. ¿Quién le informó?

—El *Daily Chronicle*.

—¿El qué...?

—El *Daily Chronicle*. No tiene más que echarle una ojeada a la columna de anuncios privados del número de ayer en la mañana, y leer el mensaje a «Yob», en realidad, a Gunter. Eso es todo.

En ese mismo momento, un cabriolé estaba esperando en Lombard Street y dos de los hombres de Plummer, bajo la dirección del médico, llevaron a Laker hasta él. Apenas habían asomado por el pasaje cuando las dos mujeres, que habían continuado al acecho, se lanzaron sobre Laker con gritos histéricos y los policías tuvieron grandes dificultades para convencerlas de que no lo llevaban a la cárcel. La madre no

dejaba de gritar: «¡Hijo mío, hijo mío! ¡No se lo lleven! ¡No se lo lleven! ¡Han matado a mi hijo! ¡Mirad su cabeza, ay, su cabeza!», abrazándose desesperadamente a los policías mientras Hewitt intentaba apaciguarla, prometiéndole que le permitirían ir en el coche si se calmaba. La muchacha no hizo ningún escándalo; se conformó con llevar cogida entre sus manos las del lastimado Laker.

Aquella noche, Hewitt y yo cenamos juntos, y el detective me estuvo relatando uno por uno los acontecimientos que he descrito. Sin embargo, al terminar su relato, no me hallaba, ni mucho menos, en condiciones de ver claramente por qué método de razonamiento había logrado llegar a las conclusiones que le dieron la clave del misterio, ni tampoco comprendí lo del mensaje en la columna de anuncios privados, y así se lo manifesté.

—Desde un principio —me explicó Hewitt— lo que más me llamó la atención fue el hecho de que Laker hubiese dado su nombre en la agencia Palmer al comprar el billete de viaje, pues lo primero que se le ocurre al más novato de los delincuentes es cambiarse el nombre, de manera que el hecho de que Laker diera el suyo no dejaba de ser sumamente sospechoso. Aunque tampoco podía descartarse que hubiera incurrido en ese error, como bien lo sugirió el inspector Plummer al afirmar que los delincuentes suelen cometer un error en algún momento, en realidad, así fue. Sin embargo se trataba del error en el que menos podía pensar, sobre todo si se tiene en cuenta que Laker no esperó a que le preguntaran su nombre sino que él mismo lo dio sin que nadie se lo pidiera. Y esto está vinculado con otro error más bien extraño, o que lo hubiera sido si Laker fuese verdaderamente el ladrón: ¿por qué tuvo tanto interés en mostrar su cartera, un objeto tan revelador, para que el empleado la viera y pudiera recordarla? ¿Por qué no se deshizo de la cartera en lugar de conservarla? ¿No era probable suponer que alguien pretendía hacerse pasar por Laker? De todos modos, yo no estaba dispuesto a dejarme influenciar en lo más mínimo por lo que había oído decir sobre las apuestas de Laker en las carreras de caballos. Un hombre muy bien puede aficionarse a las apuestas sin ser un ladrón. Ahora bien, supongamos que se tratase realmente de Laker. Pudo no haber dado su nombre ni enseñar su cartera de cobrador, etc... y comprar un pasaje para Francia con la intención de orientar la investigación sobre él en aquella dirección mientras tomaba otro camino cambiándose de nombre y disfrazándose. Esta hipótesis era plausible. Siempre podía suceder que cualquiera que siguiese esa pista encontrase otra un poco más lejos. Charing Cross era el punto más cercano a investigar, y allí fui. Ya sabía, a través de Plummer, que nadie había reconocido a Laker en la estación. Entonces había que seguir la pista de otra manera. ¿Tal vez por algún objeto perdido que llevara el nombre de Laker? Inmediatamente pensé en el paraguas con su monograma y, dando un salto, fui a preguntar por él, como ya sabe, en la oficina de objetos perdidos. Mi esperanza se colmó, la suerte estaba conmigo: dentro del paraguas, ya se lo dije,



encontré el pedazo de periódico. Este papel, pensé, se le ha caído de la mano al individuo que trajo el paraguas. Habría roto el papel por la mitad para tirarlo y uno de los trozos cayó dentro del paraguas desenrollado. Esto suele suceder a menudo con los billetes de omnibús, como muy bien sabe. Además, se demostró que el paraguas iba desenrollado cuando lo encontraron y que lo enrollaron inmediatamente después. Por consiguiente se trataba de un pedazo de periódico que inadvertidamente dejó caer la persona que trajo el paraguas a Charing Cross. Como ya sabe, completé todo el anuncio y lo estudié detenidamente. Veamos lo que decía: en *back-slang*, o sea según la jerga secreta consistente en cambiar el orden de las letras de las palabras, *Yob* significa *boy* (muchacho) y se utiliza a menudo como apodo para designar a un ladrón joven y zalamero. Gunter, el hombre del que sospechaba, es conocido precisamente como *Hoxton Yob*. Por consiguiente, el mensaje estaba dirigido a un individuo conocido por ese apodo. Después venía la frase *H. R. shop roast*. Nuevamente en la jerga de los ladrones, la palabra *roast* significa vigilar una cosa o persona. Así que también se puede calificar de *shop*, por ejemplo, a una guarida de ladrones. Lo que significa que había que vigilar algún sector, quizá el de «Hoxton Row». La frase *You Ist then tonight* quedará aclarada al comprender lo demás. Estuve meditando bastante acerca del resto del anuncio y se me ocurrió que podría ser la dirección de cualquier otra casa y que se prevenía a alguien que sería vigilado. Además, teníamos el número 197, y las palabras *red bl.*, que muy probablemente significaban «cortinas o persianas rojas» a fin de identificar claramente la casa. Con todo lo que acabo de decir, el plan queda muy claro. Ya se habrá dado cuenta — prosiguió Hewitt— de que el mapa de Londres que acompaña la Guía de Correos, está dividido para mayor comodidad en la búsqueda de datos, en cuadrados numerados.

—Es cierto, cada cuadrado lleva su letra correspondiente en la parte superior del margen y los números en la parte inferior. De manera que si uno consulta la Guía y encuentra una casa marcada, pongamos por ejemplo, D 5, hay que buscar la división vertical D y seguir con el dedo hacia abajo hasta dar con la intersección horizontal de la división 5, y ya se tiene lo que se buscaba.

—Exactamente. Tomé mi Guía y miré el 02; estaba en la parte norte de Londres y caía entre Abney Park Cemetery y Clissold Park. La frase *2nd top* era la señal siguiente. Muy bien. Conté la segunda calle que cortaba la parte superior del cuadrado, partiendo según se hace habitualmente, de la izquierda, y encontré Lordship Road. Luego había que mirar lo de *3rd L*. Desde el punto en que Lordship Road cruza la parte superior del cuadrado, seguí con el dedo hacia abajo hasta llegar a la *Tercera L* o sea, dicho con otras palabras, hasta la tercera calle a la izquierda: Hackworth Road y entonces me enteré que en el número 197 vivía Mr. Merston. Con todos estos elementos llegué a la conclusión de que debía celebrarse una reunión en

*H.R. shop*, pero en el último momento se dieron cuenta de que ese lugar por algún motivo estaba vigilado por la policía, y que había que hacer otra cita en la casa de los arrabales. Luego estaba la frase *You 1st. Then to-night* que significaba que la persona interesada había de llegar primero y las demás por la noche. Habrían de preguntar por el inquilino cuyo nombre verdadero, o *straight moniker*, era Mr. Merston. Y debían presentarse de uno en uno.

—Entiendo, pero ¿de qué se trataba, que teoría se desprendía de ello?

—Supongamos que se trataba de un robo, dirigido a larga distancia por el autor del anuncio. Supongamos que el día antes del robo se diera cuenta de que la casa elegida para el reparto del botín estaba vigilada. Y cabe suponer que el principal actor fue prevenido tal como lo habían acordado para un caso de emergencia. El protagonista principal del robo, el *Yob* al cual el anuncio estaba dirigido, tenía que acudir en primer lugar con todo el botín, mientras que los demás cómplices se presentarían más tarde, y de uno en uno. De cualquier modo, las cosas eran ya bastante claras como para seguir un poco más adelante, y resolví probar en el número 197 de Hackworth Road. Ya le he dicho lo que encontré allí y cómo se me abrieron los ojos. Estuve allí, claro, contando con que la suerte pudiera ayudarme. Y la suerte me favoreció y encontré aquella levita, que habían llevado enrollada hasta allí la noche siguiente del robo. Sin ninguna duda la llevó el ladrón que la había utilizado y la metió sin ningún cuidado en el armario del contador de gas. Y ese fue el error de la banda.

—Muy bien, le felicito. Supongo que ahora atraparán a todos esos canallas.

—Creo que sí, puesto que ahora ya sabe la policía dónde debe buscar. En todo caso, Merston muy difícilmente se les escapará. En realidad, hubo muy poco que hacer en este asunto en cuanto cogí el hilo, desde luego muy tenue, que me llevó hasta los ladrones. El resto ya le incumbe al inspector Plummer. Una de las peculiaridades de mi trabajo es que puedo elegir entre atrapar al culpable con todo el botín o probar la inocencia del sospechoso. Habiendo escogido esta segunda alternativa, mi trabajo estaba terminado, aunque lo dejé en un punto en que Plummer pudiese concluir perfectamente el caso.

Plummer cumplió su tarea. Sam Gunter, Merston y un cómplice fueron detenidos. El primero y el último eran viejos conocidos de la policía, y Laker los identificó. En cuanto a Merston, tal como Hewitt sospechaba, se había guardado la parte del león; entre lo que se recuperó en casa de Merston y lo que llevaban los otros dos ladrones, se salvaron cerca de 11.000 libras de la firma Liddle, Neal & Liddle. A Merston lo detuvieron cuando se disponía a marcharse al extranjero con el dinero robado, cuidadosamente empaquetado en legajos de mil libras dentro de su maleta. Como muy bien lo había predicho Hewitt, la nota del gas fue mucho más reducida el trimestre siguiente, por cuanto Merston lo pasó metido en la cárcel.

En cuanto a Laker, se reintegró en su puesto con un aumento de sueldo para compensarle del golpe sufrido en la cabeza. El pobre hombre se había pasado veintiséis horas encerrado en el sótano, sin comer y sin que nadie pudiera escuchar sus gritos. Repetidas veces se desvaneció, y en sus momentos de lucidez se lanzaba alocadamente contra la puerta, gritando y arañando la madera hasta caer exhausto con los dedos destrozados y las uñas ensangrentadas. Durante varias horas antes de la llegada de sus rescatadores, permaneció sentado en medio de una especie de estupor del que despertó al oír los pasos y voces. Estuvo en cama una semana y necesitó el resto del mes para recuperarse y reanudar su trabajo. Mr. Neal le reprendió por su afición a las apuestas, y creo que Laker renunció a esa práctica. También me he enterado que ahora está de cajero, un considerable ascenso desde luego.

# LOS DIAMANTES DE LA DUQUESA DE WILTSHIRE

---

Guy Boothby

---

Para una mente reflexiva, puede resultar asombroso la velocidad con la cual los habitantes de las mayores capitales del mundo se aferran a una idea o un nombre, y se familiarizan con él. Para ilustrarlo, citaré el caso de Klimo, el detective privado más famoso del momento, quien se granjeó el derecho a ser considerado tan grande como el propio Lecocq y hasta el llorado Sherlock Holmes.

El caso es que, hasta cierto día, Londres nunca había oído ese nombre ni tenía la más remota idea de quién o qué podía ser. La gente era tan ignorante y descuidada al respecto como pudiesen serlo los habitantes de Kamtchatka o del Perú. Sin embargo, en el transcurso de veinticuatro horas las cosas cambiaron diametralmente. El hombre, la mujer o el niño que no hubiese visto su nombre en los periódicos o lo hubiese oído en la calle sólo podía ser calificado de burro, indigno de relacionarse con los seres humanos.

Los príncipes se familiarizaban con Klimo cuando se dirigió al palacio de Windsor para almorzar con la reina; los aristócratas comentaban sus hechos al circular en sus coches por la capital; los comerciantes, y los negociantes en general, podían leer los titulares que la prensa dedicaba al gran detective cuando iban en los omnibuses o en el metro hacia sus tiendas o despachos; los muchachos de los arrabales gustaban de darse aquel apodo tan célebre como misterioso; los artistas de music-hall lo introducían en sus cuplés y hasta se rumoreaba que, en el Stock Exchange, en la misma Bolsa de Londres, habían hecho una pausa en medio de toda la oleada de negocios para desentrañar la clave de aquel enigma.

Lo cierto es que Klimo sacaba pingües ganancias de su profesión, lo cual demostrábase en primerísimo lugar por el elevadísimo precio de sus consejos, y, en segundo lugar, por la casa que había alquilado en Belverton Street, Park Lañe, puerta contigua a la de Porchester House, donde, para mayor consternación del aristocrático vecindario, anunciaba que la estaba preparando para recibir y aconsejar a sus clientes. La invitación fue correspondida magníficamente y, desde el primer día, de las doce a las dos de la tarde, toda la acera situada en la parte norte de la calle estaba bordeada de carruajes ocupados por personas deseosas de comprobar la habilidad del gran detective.

Relatamos todo esto para explicar en qué condiciones se hallaban los asuntos en Belverton Street y en Park Lañe cuando Simón Carne llegó o estaba a punto de llegar a Londres. Si mi memoria no me engaña, fue el miércoles 3 de mayo cuando el conde de Amberley se dirigió en su coche hacia la estación Victoria para recibir y saludar al

hombre que había conocido en la India en circunstancias muy peculiares, y bajo cuyo encanto y fascinación se encontraba al igual que toda su familia.

Al llegar a la estación, el conde se apeó de su carruaje y fue hacia el andén especial en que se esperaba al expreso continental. Su señoría andaba con paso alegre y parecía estar muy contento consigo mismo y con el resto de la humanidad. ¡El conde no sospechaba ni por asomo de la trampa en que tan ingenuamente iba a caer!

Para mayor satisfacción del conde, el tren asomó a los pocos minutos de esperar en el andén. Lord Amberley se situó de manera que no pudiese perderse la llegada del hombre que deseaba ver, y estuvo aguardando pacientemente hasta divisarlo. Naturalmente, Carne no se encontraba entre la primera hornada, y la mayoría de los viajeros desfiló ante la vista del conde.

De todas maneras, el hecho real es que habría sido muy difícil equivocarse con la figura de Simón Carne, pues padecía de una deformación física y su rostro, de belleza muy singular, lo hacía fácilmente reconocible. Es probable que su larga estancia en la India le hiciera sentir el frescor de la mañana londinense, pues Carne hizo su aparición enfundado en un largo abrigo de piel, con el cuello levantado hasta las orejas, que enmarcaba perfectamente su delicado rostro. Al percibir a Lord Amberley, aceleró el paso hacia él.

—Ha sido muy amable y amistoso de su parte venir —dijo al darle la mano al conde—. ¡Un día espléndido y Lord Amberley esperándome! Muy difícilmente podía imaginarme mejor recibimiento.

Mientras ambos conversaban, uno de los servidores hindúes de Carne se acercó e inclinó ante ellos. Carne le dio una orden y obtuvo una respuesta en indostaní; luego se volvió hacia Lord Amberley:

—No se figura lo ansioso que estoy por ver mi nueva residencia. Mi servidor acaba de decirme que el carruaje está aquí y espero que se dignará regresar conmigo para que pueda percatarse personalmente de lo estupendamente que estoy alojado.

—Estaré encantado de hacerlo —contestó Lord Amberley, quien solamente aguardaba esa oportunidad.

Los dos hombres salieron al patio de la estación donde estaba esperándolos un cupé tirado por un par de magníficos caballos y, en el pescante, Nur AH, en toda la gloria de su blanco atuendo y encofetado turbante.

El conde mandó regresar a su cabriolé modelo «victoria» y tan pronto como Jowur Singh ocupó su sitio en el pescante, junto al otro servidor, el carruaje salió de la estación en dirección a Hyde Park.

—Espero que la señora condesa esté bien —manifestó muy cortésmente Simón Carne cuando el coche entraba en Gloucester Place.

—Está muy bien, muchas gracias —contestó Lord Amberley—. Me ha encargado que le saludara en su nombre y el mío a su llegada a Londres, y le confieso que está

deseando verle.

—Es muy amable de su parte y tendré el gran honor de visitar a la condesa tan pronto como las circunstancias me lo permitan —contestó Simón Carne—. Le ruego transmita a Lady Amberley mi agradecimiento por haber pensado en mí.

Mientras ambos hombres intercambiaban estas palabras de cortesía, el coche iba acercándose rápidamente a una gran empalizada sobre la cual se podía ver un gran cartel ostentando el nombre del nuevo y famoso detective Klimo.

Simón Carne, inclinándose hacia fuera, estuvo contemplando el cartel y tan pronto como lo perdió de vista, se volvió hacia su amigo:

—En la estación Victoria y en todas las empalizadas que hemos pasado, he visto siempre ese enorme cartel con el nombre «Klimo». Por favor, ¿qué significa?

Lord Amberley se echó a reír:

—Me acaba de formular una pregunta que hace tan sólo un mes apenas estaba en los labios de un londinense de cada diez. Solamente en la última quincena nos hemos enterado de quién y qué significa «Klimo».

—¿Por favor, quién es?

—La explicación no puede ser más sencilla. Es ni más ni menos que un muy destacado y astuto detective privado, cuya fama se ha vuelto tan grande que la mitad de Londres lo ha apadrinado. Personalmente no he tenido que relacionarme con ese hombre, pero un amigo, Lord Orpington, ha sido víctima del más audaz robo, y como la policía falló en resolver el misterio, llamó a Klimo para encargarle del asunto. Dentro de pocos días, espero, podremos enterarnos de lo que el detective ha podido hacer. Pero supongo que muy pronto usted sabrá mucho más acerca de él que cualquiera de nosotros.

—¿Cómo! ¿De qué manera?

—Por la sencilla razón de que ha alquilado el n.º 1 de Belverton Terrace, la casa vecina a la de usted, y allí van a consultarle sus clientes.

Simón Carne frunció los labios y pareció entregado a reflexionar.

—Espero que no nos molestará tenerlo tan cerca —manifestó finalmente Carne—. La agencia que me ha encontrado la casa hubiera debido informarme de ese hecho. No me parece muy deseable tener como vecino a un detective privado, por muy famoso que sea, sobre todo para un hombre tan amante de la quietud como soy yo.

En ese momento llegaban a la residencia de Carne. En el mismo instante en que el coche se detenía en Belverton Street, Lord Amberley señaló la larga fila de vehículos que estaba estacionada en fila frente a la puerta del detective:

—Usted mismo puede percatarse del negocio que está haciendo. Esos son los carruajes de sus clientes y es muy probable que más del doble lleguen a pie.

—Tendré que hablar a la agencia inmobiliaria de este asunto —replicó Carne con

una sombra de molestia en el rostro—. Considero que tener a ese individuo tan cerca de mí es un serio inconveniente para mi valorización de la casa.

Jowur Singh bajó del pescante y abrió la puerta para que su amo y su huésped pudiesen bajar del coche mientras el majestuoso Ram Gafur, el mayordomo, bajaba las escaleras de la entrada y saludaba a los recién llegados con una obsequiosidad oriental. Carne saludó a sus sirvientes con amable condescendencia y, acompañado por el antiguo virrey, entró en su nueva mansión.

—Creo que puede felicitarse por haber encontrado una de las residencias más agradables de Londres —dijo Lord Amberley al cabo de unos minutos, tras explorar las principales habitaciones.

—Mucho me alegra oírsele decir —contestó Carne—. Confío en que su señoría recordará que siempre será bienvenido en esta casa mientras sea mía.

—Muy amable de su parte —contestó Lord Amberley con afecto—. Durante meses será usted la más agradable de nuestras relaciones. Pero ahora he de marcharme. Mañana, si sus ocupaciones no se lo impiden, estaríamos muy complacidos de tenerle como invitado a cenar. Su fama ya se extendió por todas partes, e invitaremos a nuestra casa a algunas personas escogidas para que lo conozcan, incluyendo a mi hermano y su esposa y a Lord y Lady Gelpington, a Lord y Lady Orpington y a mi prima la duquesa de Wiltshire, cuyo interés por el arte chino e hindú a lo mejor ya conoce usted.

—Será para mí un placer acudir a cenar en su casa.

—¿Podemos contar pues con verle en Eaton Square a las ocho?

—Si estoy vivo, puede contar con que allí estaré. Ah, ¿pero se marcha usted? Bien, entonces hasta mañana y agradecido una vez más por haber ido a recibirme.

Tan pronto como Lord Amberley se hubo marchado, Simón Carne subió las escaleras y se dirigió al cuarto de aseo, que encontró —hay que decirlo— sin tener que buscar, y tocó tres veces el timbre que estaba junto a la chimenea. Mientras llegaba el criado, Carne echó una mirada por la ventana hacia la larga fila de carruajes que se estacionaba en la calle.

—Las cosas están saliendo magníficamente —dijo para sus adentros—. Amberley no sospecha nada, igual que los demás. La mejor prueba de ello es que me ha invitado a cenar mañana por la noche y a entrevistarme con su hermano y su esposa, dos de sus amigos y, sobre todo, con la duquesa de Wiltshire.

En ese mismo momento la puerta se abrió y entró en la habitación su criado, el grave y respetable Belton. Carne se volvió para saludarlo, diciendo con tono impaciente:

—¡Adelante, adelante Belton! Hemos de apresurarnos. Son ya las doce menos veinte, y si no nos damos prisa el gentío se va a impacientar en la puerta de al lado. ¿Conseguiste realizar lo que te encargué la noche pasada?

—Todo se hizo como me lo ordenó, señor.

—Me satisface oírlo. Ahora cierra la puerta y trabajemos. Mientras me visto puedes darme tus informes.

Belton abrió la puerta de un gran armario-ropero que ocupaba todo un muro de la habitación, y sacó una serie de atuendos, entre los que se encontraba una chaqueta de terciopelo bastante usada, un par de pantalones muy anchos tan viejos que solamente un mendigo o un millonario se hubiese atrevido a ponerse, un chaleco de franela, un cuello Gladstone, una corbata de fina seda y un par de zapatillas bordadas por las que el más arriesgado comerciante en ropas viejas de Petticoat Lane no habría adelantado ni medio penique. Y Belton se dispuso inmediatamente a ayudar a su amo a mudarse de ropa.

—Ahora pásame la peluca y desabrocha las correas de mi joroba —ordenó Carne mientras su criado colocaba la ropa recién sacada del armario sobre el respaldo de una silla.

Belton cumplió la orden de su amo y ocurrió un hecho totalmente increíble: al soltar las correas sujetas en los hombros de Simón Carne, el criado deslizó su mano por debajo del chaleco y extrajo una gran joroba de *papier mâché* que su amo llevaba y fue a colocarla cuidadosamente dentro de un cajón del escritorio. Aliviado de aquel fardo, Simón Carne se enderezó, con el cuerpo tan recto como el del varón mejor conformado de los dominios de Su Majestad. La malformación, por la cual tantas personas, incluidos el conde y la condesa de Amberley, sentían tanta compasión, no era más que una mistificación encaminada a causar un efecto que le ayudase a disfrazarse con mayor facilidad.

Sin joroba y con la peluca gris cuidadosamente fijada en su cabeza, a fin de no dejar ver ni un mechón de su propia cabellera, Carne adornó sus mejillas con un par de enormes patillas rizadas, se puso el chaleco de franela y la chaqueta de terciopelo, se calzó las zapatillas, se puso un par de gafas con cristales ahumados encima de la nariz, y manifestó que estaba listo para comenzar el negocio.

La persona que hubiese reconocido en aquel hombre a Simón Carne habría sido sumamente astuta, tan astuta, digámoslo, como el mismísimo Klimo.

—Van a dar las doce —dijo Carne dándose una ojeada final al espejo del tocador y arreglándose la corbata con satisfacción—. Si alguien pregunta por mí, dile a Ram Gafur que le diga a quien sea que he salido y que no volveré hasta las tres de la tarde.

—Entendido, señor.

—Y ahora ábreme la puerta y déjame salir.

Al oír estas palabras, Belton se dirigió hacia el vasto armario que, como ya dijimos, cubría toda una parte de la habitación, y abrió la puerta central. Dos o tres trajes estaban colgados en el interior; el criado los apartó y empujó el panel del fondo del armario hacia la derecha. Entonces apareció una amplia abertura en la pared que



separaba a las dos casas. Carne se deslizó por ella cerrando tras de sí el panel.

En el número 1 de Belverton Terrace, la casa ocupada por el detective cuya presencia en la misma calle parecía molestar tanto a Carne, tenía en la entrada una especie de confesionario en el que Klimo recibía invariablemente a sus clientes y cuya puerta trasera se abría del mismo modo que el panel del armario ropero del cuarto de aseo. Le bastaba, al entrar en aquel recinto, cerrar el panel, sentarse en la silla, tocar el timbre eléctrico para avisar al portero que estaba preparado, y luego despachar a sus clientes con la misma celeridad con que habían llegado.

Las consultas terminaban a las dos en punto. Luego de cosechar una buena partida de honorarios, Klimo volvía a Porchester House para convertirse nuevamente en Simón Carne.

Quizá porque el conde y la condesa de Amberley multiplicaran los elogios acerca de su persona, o porque había corrido el rumor de que era tan rico y tenía más millones que los dedos que uno tiene en la mano, lo cierto es que a las veinticuatro horas de su encuentro con el bueno del conde en la estación Victoria, Simón Carne se había convertido en la comidilla no sólo de la gente más encopetada y selecta de Londres, sino también de la gente común.

Entre los *canards* o infundios que corrían por la capital acerca de su persona, no eran los mayores aquellos que afirmaban que su servidumbre, salvo una sola excepción, eran nativos de la India; que por la mansión de Porchester House pagaba una renta que alcanzaba cinco números; que era una de las mayores autoridades en arte chino e hindú, y que estaba en Inglaterra en busca de una esposa.

Al día siguiente durante la cena en casa de los condes de Amberley, Simón Carne hizo cuanto pudo para agradar a los comensales. Estaba sentado a la derecha de su anfitriona y a la izquierda de la duquesa de Wiltshire. Dedicó muy especial atención a esta última y con tanto éxito que cuando las señoras volvieron al salón al terminar la cena, la duquesa se deshacía en elogios sobre él. Carne y ella habían estado hablando de todo tipo de arte chino, y él le prometió un objeto por el cual la duquesa había estado suspirando toda su vida, pero sin conseguirlo; a cambio, Lady Wiltshire prometió enseñarle un cofrecito hindú de joyas, singularmente labrado, dentro del cual se guardaba el famoso collar del que, sin lugar a dudas, Carne había oído tanto hablar. La duquesa tendría a bien lucir dicha joya en el baile que, según le informó, ofrecería la semana siguiente, y si él tenía interés en contemplar el cofrecito cuando lo trajeran del Banco ese mismo día, ella tendría el máximo gusto en mostrárselo.

Al regresar a su domicilio en su lujoso cupé, después de la cena en casa de los condes de Amberley, Simón Carne no dejaba de sonreír al pensar en el éxito de su primera tentativa. Dos de los invitados, administradores del Tockey Club, habían escuchado con mucho agrado su idea de comprar un caballo con el fin de participar en el próximo Derby. Por su parte, otro de los comensales, al escuchar que deseaba

adquirir un yate, le ofreció ingresar en el R.C.Y.C., para lo cual serviría de proponente. Como coronando todo ello, lo mejor fue, sin duda, que la duquesa de Wiltshire le prometiera enseñarle sus famosos diamantes.

«Por muy satisfactorios que hayan sido mis progresos hasta ahora —decíase Simón Carne—, la dificultad estriba en cómo apoderarme de esas piedras preciosas. En este momento sólo he podido descubrir que el famoso collar será sacado del Banco el mismo día en que la duquesa se propone ponérselo, y que será devuelto por Lord Wiltshire a la mañana siguiente».

Y Simón Carne continuó su razonamiento: «Tan pronto como se haya puesto el collar de diamantes será totalmente imposible apoderarse de él. Y cuando se lo quite, lo volverá a meter en su cofrecito, el cual irá directamente a descansar en la caja fuerte construida en una de las paredes del dormitorio contiguo, que precisamente está ocupado por el mayordomo y uno de los servidores subalternos, y cuya única llave la tiene el propio duque, lo cual significa que también sería una locura pensar en apoderarse en ese momento de la joya. De manera que por ahora el hecho de saber cómo me apoderaré de los diamantes rebasa mi comprensión. Sin embargo, lo cierto es que es factible conseguirlos y que ello ha de intentarse, dentro de lo que cabe, durante la misma noche del baile. Mientras tanto, tendré que aguzar mis cinco sentidos para elaborar un buen plan».

Al día siguiente, Simón Carne recibió la invitación para el baile y, dos días después, se presentaba en la residencia de la duquesa de Wiltshire, en Belgrave Square, con su plan ultimado. También llevaba consigo el pequeño jarrón que prometiera cuatro días antes. La duquesa lo recibió con la mayor gentileza y la conversación se encaminó en el acto por el tema habitual. Tras examinar la colección, y encantar a la duquesa con un par de apreciaciones críticas muy juiciosas, Carne pidió permiso para insertar fotografías de algunos de los tesoros en su próximo libro, y luego, paulatinamente, fue desviando hábilmente la conversación hacia el tema de los diamantes.

—Puesto que estamos hablando de piedras preciosas, Mr. Carne —dijo Lady Wiltshire— a lo mejor le interesaría admirar mi famoso collar. Afortunadamente en estos momentos lo tengo en casa porque mis joyeros deben efectuar en el cierre una pequeña modificación.

—No sabe cuánto me gustaría verlo —contestó Carne—. En varias ocasiones he tenido la suerte de admirar las joyas de los principales Príncipes de la India, y me gustaría poder afirmar también que he contemplado el famoso collar de Wiltshire.

—Pues ciertamente tendrá ese honor —contestó la duquesa con una sonrisa—. Si quiere hacer el favor de tocar esta campanilla, ordenaré que lo vayan a buscar.

Simón Carne tocó la campanilla tal como acababan de pedírselo, y cuando el mayordomo se presentó la duquesa le entregó la llave de la caja fuerte diciéndole que

trajera el cofrecito al salón.

—No podremos tenerlo mucho tiempo —observó la duquesa mientras el mayordomo se retiraba—. Ha de devolverse al Banco dentro de una hora.

—Por lo visto —replicó Carne—, soy muy afortunado —y volvió a la descripción de una curiosa talla en madera hindú sobre la que estaba escribiendo una reseña especial para su libro. Explicó a la duquesa que había estado cosechando ilustraciones en las puertas de los templos de la India, en los portales de los palacios, en los viejos objetos de cobre labrado y hasta en sillas y cajas esculpidas que había encontrado en toda suerte de lugares. Lady Wiltshire se mostraba interesadísima.

—Todo cuanto acaba de explicarme es muy sorprendente —manifestó la duquesa—. Si los cofres labrados le interesan, es muy probable que el mío también le pueda interesar. Creo haberle dicho durante la cena en casa de Lady Amberley, que el cofrecito proviene de Benarés y que en él están esculpidas las figuras de casi todos los dioses del panteón hindú.

—Está usted despertando tremendamente mi curiosidad —dijo Carne.

Al cabo de unos minutos, el mayordomo regresó con un cofre de madera de unas dieciséis pulgadas de largo por doce de ancho y ocho de alto, que dejó encima de la mesa junto a la duquesa, retirándose después.

—Este es el cofrecito del cual le hablaba —dijo la duquesa cogiéndolo en su mano—. Puede observar de qué manera tan exquisita está labrado.

Disimulando a duras penas su excitación, Simón Carne acercó su silla a la mesa y estuvo examinando el cofrecito.

Con mucho acierto había afirmado Lady Wiltshire que se trataba de una obra de arte. Aunque Carne no pudiera decir con qué madera estaba elaborado, era muy pesada y oscura, y se parecía mucho a la teca, aunque tampoco lo era. Estaba totalmente cubierto de extrañas esculturas y era, en su género, un objeto de arte incomparable y único.

—Es tan curioso como hermoso —reconoció Carne después de haberlo examinado—. Con toda mi experiencia puedo asegurarle que nunca he contemplado una pieza igual. Si me lo permite, mucho me gustaría incluir en mi libro su descripción e ilustración.

—Claro que sí, me alegraría mucho que lo hiciera —contestó Lady Wiltshire—. Si ello puede ayudarle en su labor, con gusto se lo dejaría unas horas para que pudiera dibujarlo.

Eso era lo que Carne estaba deseando y, por lo tanto, aceptó la oferta con prontitud.

—Muy bien —dijo la duquesa—, el día del baile, cuando lo vuelvan a traer del Banco, sacaré el collar y le entregaré el cofrecito, pero he de ponerle una condición, y es que deberá devolvérmelo ese mismo día.

—Le prometo que así lo haré —aseguró Carne.

—Y ahora, veamos cómo es por dentro —dijo la duquesa.

Sacó el llavero que guardaba en su bolso, escogió una llave, abrió el cierre del cofrecito y levantó la tapa. Por muy acostumbrado que estuviese a contemplar joyas durante su vida, las que ahora tenía ante sus ojos casi le cortaron el aliento. Ambos lados y el fondo de la alhajera estaban forrados con el más fino de los cueros de Rusia y, sobre este lujoso lecho, yacía el famoso collar. Los destellos de los diamantes heridos por la luz, cegaban la vista.

Carne pudo percatarse de la perfección de cada brillante. El collar lo formaban no menos de trescientas piezas. El engaste era el más fino ejemplar del arte de joyería y el valor de toda la prenda debía alcanzar más o menos unas cincuenta mil libras: una bagatela para el hombre que se lo había regalado a su esposa, pero una fortuna para cualquier otra persona.

—Y ahora que acaba de contemplar mi collar, ¿qué le parece? —preguntó la duquesa mirando a su huésped.

—Es realmente hermoso y no me extraña que se sienta tan orgulloso de él. Sí, los diamantes son extraordinariamente finos, pero creo que lo que más me ha fascinado es el lugar donde descansan. ¿Tendría la bondad de dejarme medir el cofrecito?

—Si ello le ayuda en algo, por favor, hágalo —contestó Lady Wiltshire muy amablemente.

Carne sacó una pequeña regla graduada de marfil de su bolsillo y, midiendo la alhajera, fue anotando sus dimensiones en su libreta.

Diez minutos más tarde, cuando el cofrecito hubo vuelto a su lugar en la caja fuerte, Simón Carne se despidió de la duquesa tras agradecerle su gentileza y prometiéndole regresar la mañana del día del baile para llevarse el cofrecito vacío.

Al llegar a su casa, pasó inmediatamente al estudio y, sentándose ante su escritorio, sacó una hoja de papel y se puso a dibujar la alhajera que acababa de ver lo mejor que pudo recordarla. Seguidamente se recostó sobre el respaldo de la silla y cerró los ojos.

«En mi vida he cascado muchas nueces duras —pensaba—, pero ninguna me pareció a simple vista tan dura como esta. Tal como ahora lo veo, el asunto se presenta de la siguiente manera: la misma mañana del día del baile, sacarán el cofrecito del Banco para llevarlo a casa de los Wiltshire. Me permitirán guardarlo, sin el collar, evidentemente, durante un tiempo que durará desde las once de la mañana hasta las cuatro o cinco de la tarde, en cualquier caso no más allá de las siete. Después del baile, el collar volverá a la alhajera, la cual será encerrada en la caja fuerte, bajo la vigilancia del mayordomo y de un criado. Intentar penetrar en aquella habitación durante la noche no solamente es demasiado arriesgado, sino físicamente imposible; por tanto hay que descartarlo. Asimismo resulta imposible robarle el collar

a la duquesa durante el baile. Por otra parte, el propio duque es quien va a sacar y también devolver el cofrecito al Banco; de manera que sigo estando muy lejos de una solución para mis propósitos e intentos».

Transcurrió una media hora y Carne siguió sentado ante su escritorio, mirando el dibujo que había hecho sobre la hoja de papel. Pasó media hora más. El ruido de la calle no llegaba hasta el estudio. Finalmente, Jowur Singh entró para anunciar que el coche estaba listo y, con la intención de que alguna idea podría ocurrírsele cambiando de escenario, Simón Carne salió a dar un paseo por el parque.

Por entonces, el elegante faetón arrastrado por magníficos caballos y con un criado hindú en el asiento trasero, era ya tan conocido como el propio equipaje de Su Majestad, y llamaba mucho la atención. Por tal razón, aquel día todo el mundo aristocrático que paseaba por el parque, pudo darse cuenta de que Simón Carne estaba preocupado por algo. Seguía pensando en el problema, pero sin éxito. De repente, y sin saber de qué manera ocurrió, una idea le vino a la mente. No acababa de nacer en su cerebro cuando ya estaba dejando el parque y regresando con la mayor rapidez a su casa.

No habrían transcurrido diez minutos desde que dejara el parque, cuando ya estaba de nuevo en su estudio ordenando que Wajib Baksh acudiese inmediatamente.

Tan pronto como se presentó, Carne le tendió el papel sobre el que había dibujado el cofrecito de los diamantes.

—Mira este dibujo y dime lo que ves en él.

—Veo un cofrecito —contestó el hombre, acostumbrado desde largo tiempo a los modales de su amo.

—Como bien dices, se trata de un cofrecito. Esta hecho de una madera pesada y espesa, aunque no sé decir de qué clase. Las dimensiones están al pie del dibujo. En su interior, los lados y el fondo están forrados de piel fina, com muy bien lo puedes ver. Y ahora, Wajib Baksh, has de reflexionar mucho pues en este caso debes valerte de todos tus sentidos. Dime si eres capaz, tú, el más astuto de todos los artesanos, de insertar en esta caja unos tabiques suplementarios y sujetos con muelles, de tal forma que queden tan bien disimulados que no puedan ser vistos por ninguna persona corriente. Has de arreglarte de tal manera que, cuando el cofrecito esté cerrado, los tabiques caigan sobre el fondo, pero cubriendo y sujetando firmemente lo que se halle debajo de ellos, y además haciendo que la caja, al mirar en su interior, aparezca como si estuviese vacía. ¿Serás capaz de hacer lo que te pido?

Durante unos segundos, Wajib Baksh no contestó. Su instinto le indicaba lo que su amo deseaba y no estaba dispuesto a responder apresuradamente pues sabía que también su fama de ser el más hábil artesano de la India estaba en juego.

—Si Su señoría me concede esta noche para reflexionar —contestó finalmente Wajib—, tan pronto como se levante de su cama vendré y le diré lo que puedo hacer y

entonces podrá indicarme lo que le plazca.

—¡Muy bien! Mañana por la mañana esperaré tu dictamen. Piensa mucho para que el trabajo salga bien y como recompensa tendrás muchas rupias. En cuanto a la cerradura y la manera en que ha de funcionar, déjasele a Hiram Singh.

Wajib Baksh se inclinó ceremoniosamente y se retiró, mientras que Simón Carne, de momento, trataba de alejar el asunto de su mente.

A la mañana siguiente, mientras Simón Carne se vestía, Belton le informó de que dos artesanos deseaban entrevistarse con él. Ordenó que entrasen inmediatamente y a los pocos segundos estaban en la habitación. Wajib Baksh traía consigo una pesada caja que colocó encima de la mesa antes de que Carne se lo indicara.

—¿Reflexionaron sobre el asunto? —preguntó al ver que los artesanos esperaban para hablarle.

—Hemos pensado en él —contestó Hiram Singh, quien siempre solía hacer de portavoz de la pareja—. Si Su Señoría se digna mirar, verá que hemos fabricado un cofrecito de las mismas dimensiones y forma del que figura en el dibujo.

—Efectivamente, es una excelente réplica del original —asintió Carne, condescendiente, después de haberlo examinado.

Wajib Baksh enseñó sus níveos dientes en señal de satisfacción por el cumplido, y su compañero Hiram Singh acercóse a la mesa.

—Ahora, si el *Sahib* quiere abrirlo, podrá decirnos con su gran sabiduría si se parece al cofrecito que lleva en la mente.

Carne abrió el cofrecito y comprobó que el interior era la exacta réplica de la alhajera de la duquesa de Wiltshire, incluido el almohadillado de piel que formaba una de sus principales características. Afirmó que la similitud era tal y como la deseaba.

—Puesto que está satisfecho —dijo Hiram Singh—, es probable que el Protector de los Pobres se digne probar el cofrecito. Mire, señor, aquí tenemos este peine. Lo meteremos en la caja, y ahora verá lo que pasará.

Un ancho peine chapado en plata, que yacía sobre el tocador, fue colocado en el fondo del cofrecito, se bajó la tapa y la cerradura quedó cerrada con llave. Tras esta operación, con el cofrecito bien cerrado, Hiram Singh se dirigió hacia su amo.

—Supongo que ahora he de abrirlo ¿verdad? —dijo Carne al coger la llave y meterla en la cerradura.

—Si mi amo lo desea —contestó Hiram.

Carne accionó la llave, levantó la tapa y miró en el interior. Para su asombro, y en contra de lo que había pensar, la alhajera estaba vacía. El peine había desaparecido y, sin embargo, los lados y el fondo del cofrecito eran exactamente los mismos que los que había estado examinando unos minutos antes.

—¡Esto es asombroso! —exclamó. Realmente se trataba del truco y el escamoteo

más hábil que podía imaginarse.

—No, es de lo más sencillo —replicó Wajib Baksh—. Su Señoría me recomendó que no hubiera el menor riesgo.

Cogió el cofrecito en sus manos y deslizando sus uñas hacia el centro del forro, dividió el falso fondo en dos partes; las levantó y el peine reapareció descansando sobre el auténtico fondo inferior.

—Como puede observar Su Señoría —explicó a su vez Hiram Singh—, los costados están sujetos en sus respectivos lugares con estos dos muelles. Así, cuando se da vuelta a la llave, los muelles se relajan y los costados son empujados hacia el fondo, donde la costura del forro disimula su juntura. Sin embargo existe un inconveniente y es el siguiente: cuando las piezas que forman el fondo se levantan para que Su Señoría pueda sacar lo que se esconde debajo, los muelles necesariamente han de descubrirse. Pero evidentemente, cualquier persona que conozca suficientemente el funcionamiento de este cofrecito como para levantar el falso fondo, retirará fácilmente los muelles y los esconderá.

—Ya que dices que es cosa fácil —dijo Carne— trataré de no olvidarlo. Y ahora otra pregunta: suponiendo que pueda poner en vuestras manos el auténtico cofrecito durante, digamos, ocho horas, ¿pensáis que eso os dará tiempo para prepararlo de manera tal que impida cualquier observación de la trampa?

—Seguramente, señor —replicó Hiram Singh con absoluta convicción—. Habrá que fabricar la cerradura y efectuar el montaje de los muelles; bastarán tres horas para hacerlo.

—Estoy muy satisfecho de vosotros —afirmó Carne—. Como testimonio de mi reconocimiento, tan pronto como el trabajo haya terminado cada uno de vosotros recibirá quinientas rupias. Y ahora, ya podéis iros.

Cumpliendo con su promesa, a las diez de la mañana del viernes siguiente, Carne iba en su cabriolé hacia Belgrave Square. Estaba un tanto preocupado, hecho que cualquier observador momentáneo habría notado en seguida. La magnitud del juego que estaba llevando adelante era suficiente como para quebrantar los nervios de un maestro del oficio, aunque fuese Simón Carne.

Al llegar a la casa de los duques de Wiltshire, vio a unos obreros instalando un toldo encima de la entrada, con miras al baile que tendría lugar aquella misma noche. Carne no tardó mucho en encontrarse en el *boudoir* de la duquesa para recordarle su promesa de permitirle hacer un dibujo de la famosa alhajera. Naturalmente, la duquesa estaba ocupadísima, y al cabo de un cuarto de hora, Simón Carne se hallaba de regreso en su coche con el tan deseado cofrecito colocado junto a él en el asiento.

«Ahora —pensaba al acariciarlo con buen humor—, si el truco de Hiram Singh y Wajib Baksh sale bien, los famosos diamantes de Wiltshire estarán en mi poder antes de que transcurran muchas horas. Mañana, a esta misma hora, todo Londres estará

sobresaltado con la noticia del robo».

Al llegar a su casa, dejó el carruaje y llevó consigo el joyero a su despacho. Tocó el timbre y mandó llamar a Hiram Singh y Wajib Baksh. Tan pronto como llegaron, les enseñó el cofrecito sobre el cual habrían de ejercitar todo su ingenio.

—Traed vuestras herramientas aquí mismo —ordenó Carne—. Váis a trabajar delante de mí. Tenéis nueve horas ante vosotros, lo que significa que os ha de sobrar tiempo.

Los dos artesanos fueron por sus herramientas e inmediatamente se dedicaron a la tarea. Trabajaron sin desmayo y, como resultado de su labor, a las cinco de la tarde las modificaciones estaban terminadas y el cofrecito listo. Cuando Carne regresó de su paseo en coche por el parque, el joyero estaba listo para desempeñar el papel que le había sido asignado en el plan. Tras agradecerles su trabajo, despidió a los dos artesanos y cerró tras ellos la puerta del despacho. Luego volvió a su escritorio y abrió uno de sus cajones, del que sacó una alhajera de piel; contenía un collar de falsos diamantes, quizás un poquitín más grande que el que trataba de conseguir. Lo había comprado aquella misma mañana en Burlington Arcade con el propósito de probar el aparato que sus servidores habían fabricado.

Metiendo muy cuidadosamente el falso collar en el fondo del cofrecito, dejó caer la tapa y dio una vuelta de llave a la cerradura. Cuando volvió a abrir el cofrecito, el collar había desaparecido y, aunque ya conocía el secreto, no fue capaz de ver dónde empezaba y terminaba el falso fondo. Seguidamente volvió a montar el armadijo y colocó cuidadosamente el collar en el interior del cofrecito. Para su gran satisfacción, el sistema funcionó tan estupendamente como antes. Carne contuvo a duras penas su alegría. Su conciencia era lo bastante elástica como para no perturbarle en lo más mínimo. Lo que planeaba, según pensaba, difícilmente podía calificarse de robo; se trataba más bien de una prueba de habilidad artística en la que contraponía su inteligencia y astucia a las fuerzas de la sociedad.

Cenó a las siete y media y luego pasó a la sala de billar para fumarse un puro y leer el periódico vespertino. La invitación para el baile estaba fijada a las diez de la noche. A las nueve y media se dirigió a su cuarto de aseo.

—Arréglame lo más pronto que puedas —le ordenó a Bulton tan pronto como se presentó— y mientras tanto, escucha mis últimas instrucciones: esta noche, como ya sabes, intentaré apoderarme del collar de la duquesa de Wiltshire. Mañana por la mañana, todo Londres estará escandalizado y he perfilado mis planes de tal manera que Klimo será la primera persona en ser consultada. Cuando el mensajero se presente, pues habrá de presentarse, trata de que la anciana de la puerta de al lado le ordene comunicarle al duque que venga personalmente a las doce. ¿Has comprendido?

—Perfectamente, señor.



—Muy bien. Y ahora dame el joyero y déjame salir. No necesitas velar por mí.

En el preciso momento en que los relojes del vecindario daban las diez de la noche, Simón Carne llegaba a Belgrave Square y, tal como lo esperaba, se encontró siendo el primer invitado que acudía.

La duquesa y su esposo lo recibieron en la antesala del gran salón.

—Les pido mil perdones —dijo al besar la mano de Lady Wiltshire, deshaciéndose en las ceremoniosas cortesías que eran muy características de él—. Reconozco que he llegado demasiado temprano, pero me he apresurado así porque deseaba devolverle rápidamente el cofrecito que tan gentilmente me había prestado. Confío en su generosidad para perdonarme, pero el dibujo me llevó más tiempo del que pensaba.

—Por favor, no tiene por qué disculparse. Es muy amable de su parte haber traído personalmente el cofrecito. Espero que los dibujos le salieran muy bien. Será para mí un verdadero placer verlos tan pronto como estén listos. Ah, pero está usted con el cofrecito en la mano; ahora mismo uno de los criados lo llevará a mi habitación.

Lady Wiltshire llamó a un lacayo y le entregó el joyero ordenándole que lo pusiera encima de su tocador.

—Antes de que se lo lleven, le rogaría, señora duquesa, que lo mirara para comprobar que no se ha estropeado en lo más mínimo ni por dentro ni por fuera —manifestó Carne con una sonrisa—. Se trata de un cofrecito tan precioso, que no me perdonaría a mí mismo el que sufriera el más leve arañazo mientras lo tuve en mi poder.

Al pronunciar estas palabras, alzó la tapa del cofrecito para que la duquesa viera su interior.

Aparentemente era exactamente el mismo que Lady Wiltshire le había dejado aquella mañana.

—Ha sido usted muy cuidadoso —dijo la duquesa. Prosiguió con gracejo— si lo desea, con mucho gusto le extenderé un certificado al respecto.

Así estuvieron conversando durante unos minutos tras la salida del criado, y Carne prometió que al día siguiente, a las 11, volvería a casa de la duquesa con las ilustraciones que había realizado y, además, con un pequeño objeto de arte chino que había tenido la suerte de encontrar en una tienda la tarde anterior. Mientras conversaban, la gente selecta de Londres iba subiendo por las grandes escaleras y la conversación se volvió imposible.

Poco después de las doce de la noche, Carne se despidió de los duques y se fue en su coche para dirigirse a su casa. Estaba muy satisfecho de la velada y, si la llave del cofrecito no era accionada antes de que colocaran dentro el collar de diamantes, estaba seguro de que se apoderaría de la famosa joya. Y aunque sólo fuese para demostrar la fortaleza de sus nervios, diremos que aquella noche durmió con un

sueño tan apacible y tranquilo como el de un niño.

A la mañana siguiente, apenas acababan de servirle el desayuno cuando un cabriolé se detuvo a la puerta de la casa de Simón Carne para que se apease de él Lord Amberley. Fue introducido inmediatamente y, al ver la sorpresa de Carne ante aquella visita tan temprana, se apresuró a explicarse:

—Mi buen amigo —comenzó diciendo al ocupar la silla que le ofrecían— he venido a toda prisa para hablarle de un asunto muy importante. Como le dije la noche pasada durante el baile, cuando tan amablemente me invitó a visitar el yate de vapor que había comprado, tenía una cita con Lord Wiltshire a las nueve y media de esta mañana. Cuando llegué a Belgrave Square, me encontré con toda la casa revuelta. Los criados iban de un lado para otro con caras de espanto, el mayordomo estaba al borde de la locura, la duquesa casi histérica en su *boudoir*, mientras que su esposo estaba en su despacho clamando venganza contra el mundo entero.

—Me está alarmando usted —exclamó Carne encendiendo un cigarrillo con el pulso tan firme como una roca—. ¿Qué ha sucedido?

—Creo que puedo permitirle hacer cincuenta conjeturas y luego apostarle cien libras a que no dará en el clavo, y, sin embargo, hasta cierto punto es un asunto que le concierne.

—¿Qué me concierne? ¡Válgame Dios! ¿Qué tengo que ver yo en todo eso?

—Por favor, no se alarme de esa manera —dijo Lord Amberley—. Personalmente no tiene nada que ver en todo ello. Además, por otra parte, no sé si tengo derecho a decirle que eso le concierne. El caso es, amigo Carne, que la noche pasada cometieron un robo en casa de los duques de Wiltshire, *y ha desaparecido el famoso collar de diamantes...*

—¡Por Dios, no me diga!

—Como lo está oyendo. Las circunstancias del caso son las siguientes: cuando mi prima se retiró a su habitación la noche pasada, después del baile, se quitó el collar y, en presencia de su esposo, lo metió cuidadosamente en el cofrecito, que ella misma cerró con llave. Seguidamente, Lord Wiltshire llevó el cofre a la habitación donde está la caja fuerte, y él mismo lo guardó en ella cerrando la puerta de acero con su propia llave. La habitación estuvo ocupada toda la noche, como de costumbre, por el mayordomo y uno de los criados, que llevan en la casa desde su niñez. A la mañana siguiente, después del desayuno, el duque abrió la caja fuerte y sacó el joyero con la intención de llevarlo al Banco como es costumbre. Antes de llevarlo, lo colocó sobre la mesa de su despacho y subió a la habitación de su esposa para hablar con ella. El duque no logra recordar exactamente cuánto tiempo estuvo ausente de su despacho, pero está convencido que no tardó más de un cuarto de hora. Cuando hubo terminado de hablar con su esposa, ésta lo acompañó hasta la planta baja y vio como Lord Wiltshire cogía el cofrecito y se lo llevaba hasta su carruaje. Pero antes de que saliera

de la casa, la duquesa le preguntó:

¿Supongo que habrás mirado si el collar está en su sitio?

»¡Cómo podría mirarlo si no tengo yo la llave! —replicó el duque—, ya sabes que la única llave capaz de abrir el joyero está en tu poder». Entonces, Lady Wiltshire miró en sus bolsillos pero, para su gran asombro, no llevaba la llave.

—Si yo fuese detective, diría que se trata de un detalle a no olvidar —dijo Carne con una sonrisa—. Dígame, ¿dónde estaba la llave?

—Encima del tocador —contestó Amberley—. Pero no recordaba en absoluto haberla dejado allí.

—Y cuando hubo encontrado la llave, ¿qué pasó?

—Pues abrieron el cofrecito y para su gran estupefacción y dolor se encontraron con que estaba vacío: *¡los diamantes habían desaparecido!*

—¡Válgame Dios! ¡Qué pérdida más tremenda! ¡Es casi imposible creerlo! ¿Y qué hicieron entonces?

—Primero estuvieron mirando el cofrecito vacío, como si se negaran a dar fe a sus propios ojos, pero por más que mirasen era claro que el collar no volvería por sí solo. Lo cierto es que los diamantes habían desaparecido, pero cuándo y cómo, nadie lo sabía. Inmediatamente llamaron a toda la servidumbre para interrogarla, pero como cabía preverlo desde el mayordomo hasta la cocinera nadie era capaz de esclarecer el asunto. Hasta ahora sigue siendo un misterio tan grande como cuando descubrieron la desaparición del collar de diamantes.

—Pues el asunto me concierne más de lo que usted cree —dijo Carne—. Menos mal que ayer en la noche le devolví el cofrecito a la duquesa. Pero por pensar en mí he olvidado preguntarle por qué ha venido a verme. Si puedo ayudar en algo, le ruego que me lo diga.

—Bien, le diré por lo que he venido —contestó Lord Amberley—. Naturalmente, los duques están ansiosos por resolver el misterio y recuperar los diamantes lo antes posible. Lord Wiltshire quería avisar inmediatamente a Scotland Yard, pero su esposa y yo la persuadimos de que era preferible consultar a Klimo. Como usted debe saber, si las autoridades policiales son avisadas en primer lugar, Klimo se niega en absoluto a ocuparse del asunto. Y puesto que es usted su vecino más inmediato, hemos pensado que tal vez pudiera ayudarnos.

—Puede estar seguro, Lord Amberley, que haré cuanto esté a mi alcance. Ahora mismo iremos a ver al detective.

Al pronunciar estas palabras, Simón Carne dejó la colilla de su cigarrillo en el cenicero. Su visitante siguió su ejemplo y, tras coger sus sombreros, se fueron directamente al número uno de Belverton Street. Después de haber tirado de la campanilla, la puerta se abrió y se encontraron ante la anciana que invariablemente recibía a los clientes del detective.

—¿Está Mr. Klimo en casa? —preguntó Carne—. Querríamos hablar con él.

La vieja era algo sorda, y tuvieron que repetir la pregunta varias veces hasta que se enterara. Tan pronto como comprendió de qué iba, la anciana contestó que su amo había salido de la capital pero que volvería como de costumbre a las doce para recibir a sus clientes.

—¡Demonios! ¿Y ahora qué hacemos? —exclamó Lord Amberley aterrado—. Temo mucho no poder volver pues tengo una cita muy importante dentro de una hora.

—¿No piensa que podría confiarme el asunto? —preguntó Carne—. En ese caso yo mismo me presentaré aquí a las doce y luego iré a casa de los duques de Wiltshire para informarles del resultado de la entrevista con el detective.

—Es muy amable de su parte —asintió Lord Amberley—. Si de veras no le molesta que le encargue el asunto, eso será lo mejor.

—Lo haré con mucho gusto. Ya sabe que considero como una obligación el poder servirles en lo que pueda.

—Se lo agradezco infinitamente —dijo Lord Amberley—. Así que, si mal no he comprendido, usted vendrá a ver a Klimo a las doce y luego irá a decir a mis primos lo que ha podido conseguir. Espero que nos ayude a atrapar al ladrón. Son ya demasiados los robos que estamos padeciendo. Bien, voy a coger ese cabriolé que pasa vacío y me marchó. ¡Muchas gracias, y hasta pronto!

—¡Hasta pronto! —contestó Carne.

Tan pronto como el cabriolé se hubo alejado, Simón Carne volvió a su casa.

«Es verdaderamente extraño —murmuraba al dirigirse hacia su puerta— cómo la suerte tan a menudo suele ayudarme en mis pequeños planes. El solo hecho de que Lord Wiltshire dejara el cofrecito sin vigilancia en su despacho durante un cuarto de hora, servirá para que la policía siga una pista totalmente distinta. También me alegra que decidieran abrir el cofrecito en la casa, pues si hubiese llegado hasta el Banco y lo hubieran metido en la caja fuerte sin mirarlo por dentro, nunca habría sido capaz de apoderarme de los diamantes».

Tres horas más tarde, Simón Carne llegaba a Wiltshire House y se entrevistaba con el duque, pues la duquesa estaba demasiado afligida por la catástrofe para ver a nadie.

—Es muy amable de su parte, Mr. Carne —dijo Lord Wiltshire tan pronto como su interlocutor le hubo informado de los resultados de su entrevista con Klimo—. Le estamos sumamente agradecidos. Lamento que el detective no pueda venir antes de las diez de la noche y que pusiera como condición que se le dejara solo pues debo confesarle que me habría gustado que alguien más estuviese presente para preguntarle lo que a mí pudiera escapárseme. Más si esa es su hora y su costumbre, no hay más remedio que conformarse, ¿no es así? Espero que Klimo sea una gran ayuda pues esta es la mayor calamidad que he sufrido en mi vida. Como le he dicho, mi esposa está

enferma por culpa del robo y recluida en su habitación totalmente histérica.

—Y no sospecha de nadie, claro —dijo Carne.

—En absoluto. El caso es tan misterioso que no sabemos qué pensar. Sin embargo, estoy convencido de que mis servidores son tan inocentes como yo. Nada podría hacerme pensar diferente sobre esto. Espero que podamos atrapar al ladrón y hacerle pagar su jugarreta.

Carne supo hallar la réplica adecuada y, después de una breve conversación sobre el asunto, se despidió del airado duque y abandonó la casa. Desde Belgrave Square se fue en su coche a uno de los *clubs* del que había sido elegido miembro, en busca de Lord Orpington con quien estaba comprometido a almorzar y llevarle luego a unos astilleros cerca de Greenwich para enseñarle el yate de vapor que acababa de comprar.

Era ya casi la hora de la cena cuando Carne regresó a su casa. Le acompañaba Lord Orpington y cenaron juntos. A las nueve su invitado se marchó, y a las diez de la noche, Carne se retiró a su cuarto de aseo y llamó a Belton.

—¿Cuál es tu informe —preguntó— acerca de lo que debías hacer en Belgrave Square?

—He seguido sus instrucciones al pie de la letra —contestó Belton—. Ayer por la mañana, mandé una carta a los Sres. Horniblow y Jimson, los agentes inmobiliarios de Piccadilly, en nombre del coronel Braithwaite, solicitando permiso para visitar la casa que está a la derecha de Wiltshire House. Dije que la orden de visita debía mandarse directamente a aquella casa pues el coronel se presentaría ahí tan pronto como llegase. Yo mismo eché la carta en Basingstoke, tal como usted me ordenó hacrlo. A las nueve de la mañana me vestí lo mejor posible, como si fuese un antiguo oficial del ejército, y cogí un cabriolé para Belgrave Square. El portero, un anciano de unos setenta años, me hizo entrar inmediatamente al oír mi nombre y me propuso acompañarme para visitarla. Naturalmente le dije que no era necesario, acompañando mis palabras de media corona, con lo que el hombre quedó muy satisfecho mientras yo andaba a mis anchas por toda la casa. Al llegar al piso sobre el cual se halla ubicada la habitación en la que se encuentra la caja fuerte donde el duque guarda el cofrecito con los diamantes, me di cuenta de que su hipótesis, señor, era totalmente correcta, y que a un hombre le sería posible, después de abrir la ventana, caminar a lo largo de la albardilla desde una casa a la otra sin ser visto. Me aseguré de que no había nadie en el dormitorio que suele ocupar el mayordomo, e inmediatamente preparé el largo bastón telescópico que usted me entregó, y colocando una de mis botas en el extremo con ayuda de un tornillo, marqué toda una serie de huellas de pasos sobre el polvo de la albardilla de una ventana a otra. Tras ello, bajé las escaleras de la casa, me despedí del portero y me fui en el cabriolé. De Belgrave Square fui a casa del prestamista que usted me dijo se encontraba ausente de la

capital. Su empleado me preguntó lo que deseaba y afirmó que trataría de hacer lo que pudiera por mí. Naturalmente, le dije que deseaba ver personalmente a su amo pues se trataba de la venta de unos diamantes que llevaba conmigo. Manifesté claramente mi contrariedad por no encontrar al prestamista en su casa, y murmuré para mí, pero lo bastante fuerte para que el empleado lo oyera, acerca de un viaje que iba a emprender hacia Amsterdam. Después de esto salí del despacho del prestamista, despedí al cabriolé y, mientras andaba por la calle, me quité los bigotes y cambié mi apariencia abandonando mi gran chaqueta y la bufanda. Unas calles más allá, me compré un sombrero hongo que cambié por el viejo sombrero de copa que llevaba hasta ese momento y, al llegar a Picadilly, subí a un cabriolé y me vine para casa.

—Has seguido admirablemente mis instrucciones —dijo Carne—, y si el negocio sale bien, como espero, recibirás, como siempre, un buen porcentaje. Y ahora he de convertirme en Klimo y salir para Belgrave Square para poner al duque sobre la pista de los ladrones.

Aquella noche, antes de retirarse a descansar. Simón Carne sacó del bolsillo de la chaqueta que Klimo llevaba puesta unos minutos antes, un objeto envuelto en un pañuelo de seda roja. Una vez desenrollado el pañuelo, sacó a luz el magnífico collar que durante tantos años había sido alegría y orgullo de la casa ducal de Wiltshire. La luz eléctrica hirió los diamantes que refulgieron con mil destellos diferentes.

«Donde tantos han fracasado no deja de ser agradable congratularse a sí mismo por haberlo conseguido» —se decía Simón Carne mientras volvía a envolver el collar en el pañuelo y lo encerraba en su caja fuerte.

A la mañana siguiente, todo Londres se asombró al enterarse de que los famosos diamantes de los duques de Wiltshire habían sido robados. Y unas horas más tarde, Carne supo por el periódico vespertino que los detectives que se ocupaban del asunto tras la supuesta negativa de Klimo, habían fracasado totalmente hasta ese momento.

Aquella noche había invitado a cenar a varios amigos, entre ellos, a Lord Amberley, Lord Orpington y a un insigne miembro del Consejo Privado. Lord Amberley llegó tarde, pero desbordando importancia; sus amigos inmediatamente le preguntaron a qué obedecía su estado de ánimo.

—Bien, caballeros —contestó al tiempo que ocupaba su silla a la cabecera de la mesa—, puedo informarles que Klimo ha emitido su dictamen acerca del caso, y que la conclusión del mismo es que el misterio de los diamantes de Wiltshire dejó ya de ser un misterio.

—¿Qué quiere decir? —exclamaron al unísono los demás.

—Quiero decir que, tal y como había quedado convenido, el detective mandó esta misma tarde su informe a los duques de Wiltshire. En él decía que la otra noche, después de quedarse solo en la habitación con el cofrecito vacío y una espléndida bebida durante un par de minuto» más o menos, ya estaba en condiciones de describir

el *modus operandi*, y más aún, de poner a la policía sobre la pista del ladrón.

—¿Y cómo operó el ladrón? —preguntó Carne.

—Desde la casa vecina que está deshabitada —explicó Lord Amberley—. La mañana del robo, un hombre que se hizo pasar por un oficial retirado del ejército, se presentó en la casa para visitarla y, tras haber esquivado la vigilancia del portero, se internó en la casa de los duques de Wiltshire por el saliente de la fachada y se metió en la habitación, mientras los criados estaban desayunando, para abrir la caja fuerte y llevarse las joyas.

—¿Pero cómo se las apañó Klimo para averiguar todo eso? —preguntó Lord Orpington.

—Gracias a su inimitable sagacidad —contestó Lord Amberley—. En cualquier caso, se ha probado que su hipótesis es correcta. El ladrón salió por la puerta vecina y la policía ya ha descubierto que un individuo, que responde a la descripción del sospechoso, estuvo en casa de un prestamista de la capital, una hora más tarde aproximadamente, diciendo que tenía unos diamantes para vender.

—Siendo así, al fin y al cabo se trata de un misterio muy simple —afirmó Lord Orpington cuando comenzaba la cena.

—Gracias a la sagacidad del más hábil detective del mundo —observó Lord Amberley.

—En tal caso, brindemos a la salud de Klimo —propuso el Consejero Privado levantando su copa.

—A ello me uno —dijo Simón Carne—. Salud por Klimo y su labor en relación con los diamantes de la duquesa de Wiltshire. ¡Qué siempre tenga el mismo éxito!

—¡Muy bien dicho, muy bien! —contestaron sus invitados.

# EL ASUNTO DE LA AVALANCHE BICYCLE AND TIRE Co., LIMITED

---

Arthur Morrison

---

## I

Las empresas fabricantes de bicicletas invadían el mercado. En pocos días hacían fortunas inmensas y, a veces, se perdían algunas por montar nuevas sociedades. Las acciones mineras no estaban muy boyantes por aquel entonces, y cualquier sociedad que tuviera en su denominación la palabra «bicicleta» o «neumático» estaba segura de atraer capital, independientemente de las perspectivas que pudiese ofrecer a los ojos de los expertos. Las viejas empresas privadas de fabricación de bicicletas se ofrecían repentinamente a la venta y sus antiguos dueños, ya enriquecidos, se hacían construir hermosas torres en la Riviera, compraban yates, caballos para las carreras, y se retiraban para siempre de los negocios. En ciertos casos, los accionistas cobraban el valor de sus acciones, algunas veces ganaban mucho dinero, otras menos, y en ocasiones todo eran pérdidas; pero esto no impedía que las cosas siguiesen adelante. Era muy raro que, al abrir un periódico, uno no encontrase, cubriendo varias columnas, anuncios publicitarios de nuevas sociedades fabricantes de bicicletas, con el capital expresado en cantidad de por lo menos seis números, y a menudo hasta de siete. Los más antiguos y tradicionales periódicos, en cuyos editoriales nunca se leía nada que no se hubiera olvidado desde hacía años, exhibieron de pronto en sus columnas el escandaloso fenómeno de «anuncios de quiebras», y las ofertas de suscripciones ocupaban afrentosamente media página y hasta toda ella en las secciones de anuncios, lo cual no dejaba de ser un hecho capaz de causar una apoplejía a los directores de la vieja escuela.

En medio de toda esta agitación, ocurrió que la firma detectivesca Dorrington & Hicks, fue llamada para realizar una investigación a cuenta de la famosa y antigua firma Indestructible Bicycle and Tricycle Manufacturing Company de Londres y Coventry. El caso no era lo bastante intrincado o dificultoso como para requerir la atención personal de Dorrington, razón por la cual lo puso en manos de uno de sus auxiliares. El caso es que existían ciertas dudas acerca de la validez y autenticidad de una patente relacionada con un método especial para tensar rayos y enderezar ruedas de las bicicletas, y el ayudante de Dorrington debía indagar, sin llamar la atención sobre el asunto, si existía o no alguna prueba evidente, un documento o memoria de algún veterano del ramo, sobre la aplicación de dicho método, o sistema similar, antes del año 1885. El ayudante cumplió con su tarea de investigación y entregó el



dictamen a Dorrington.

Hemos de decir, por cuanto esta es la verdad, que el principal motivo del interés de Dorrington por aquel asunto, era su propia conveniencia personal, pues como los demás, también estaba enterado de que era posible ganar mucho dinero con las sociedades fabricantes de bicicletas. Por eso mismo, al igual que la demás gente, abrigaba el gran deseo de conseguir consejos confidenciales de cualquier persona «metida en el secreto», consejos que podían permitirle introducirse en el «buen negocio», tan codiciado por cuantos revoloteaban angelicalmente al margen del mercado de rentas y acciones.

Esa es la razón por la cual Dorrington decidió convertir el pequeño asunto de la patente de ruedas en un propio y provechoso negocio. Dorrington era un hombre de infinitos recursos, muy capaz y buen compañero, y no olvidaba que había mucho dinero que ganar en el comercio de bicicletas. ¿Por qué perder la oportunidad de lucrarse en la selva de aquel negocio y, a la vez, conseguir cuanto pudiera en su camino: informaciones, participación en acciones, un puesto de dirección, etc.? De manera que Dorrington se adueñó de la información de su ayudante y fue directamente a la oficina central de la Sociedad «Indestructible» en Holborn Viaduct, decidido a convertirse en uno de los consejeros del director de la empresa.

Por el camino le llamó la atención el hermoso escaparate de un comercio de bicicletas, que le pareció recién instalado pues no recordaba haberlo visto anteriormente. En la luna de la vitrina rezaba el nombre de la sociedad The Avalanche Bicycle and Tyre Company; detrás de la vitrina podían contemplarse numerosas máquinas relucientes y flamantes con sus pinturas esmaltadas y sus níqueles, marcadas con el magnífico calco rojo y oro de la firma; en medio de todas aquellas máquinas nuevas, se mostraba otra bicicleta, cubierta de barro seco, pero que habían tenido el gran cuidado de limpiarla en el sitio indicado para que pudiera verse la misma marca que decoraba a las demás. Sobre la vieja bicicleta podía leerse un cartel que decía que su propietario, una persona cualquiera, había cubierto montada en ella una distancia increíble por malos caminos y en muy poco tiempo. La gente se detenía ante la vitrina y miraba con la boca abierta y gran respeto el cartel, las bicicletas, los calcos y el barro, pero sin dedicar mucha atención a unas pilas de tarjetas blancas, cubiertas de gruesos caracteres con el nombre de la empresa, con la palabra «limitado» y, al pie, la frase «suscripción pública» en letras negras muy destacadas. Se trataba naturalmente de la misma tarjeta que, al igual que varios miles de personas, Dorrington había recibido aquella misma mañana por correo: detalle que no se le escapó, ni mucho menos. Asimismo había podido leer en el diario matutino toda una media página con ese mismo anuncio de suscripción pública y, por la tarde, el periódico vespertino publicaba el mismo anuncio. En la relación de los directores de la firma, figuraban varios nombres ilustres, junto con otros nombres desconocidos,

sin duda los de los «artesanos». Al pie de la lista, rezaban positivas promesas de pingües dividendos, apoyadas y probadas incuestionablemente por un montón de cifras concretas, tan genuinas y seguras, que ningún hombre razonable, al parecer, podía dejar de vender inmediatamente el sombrero y las botas para comprar por lo menos una acción y con ello iniciar su fortuna.

Es cierto que el negocio acababa de montarse, pero las cosas iban muy bien pues se estaba desarrollando con asombrosa rapidez, lo cual era natural para una avalancha, se desbordaba y ya no era posible, en absoluto, cumplir con los pedidos; por esto los dueños se veían obligados, aunque a regañadientes, a dejar que el público participase de aquella fortuna.

Esto ocurría un jueves. La suscripción de las acciones se abriría el lunes siguiente por la mañana y se cerraría inexorablemente el martes a las cuatro de la tarde, pero habría una prórroga misericordiosa hasta el miércoles por la mañana para los candidatos a la riqueza que fuesen tan desventurados como para vivir en las aldeas y el campo. De manera que convenía no perder tiempo si uno no quería estar entre los desafortunados cuyo dinero les sería totalmente devuelto, sin que pudieran participar en el reparto de acciones. El anuncio de la suscripción no decía textualmente eso, pero ninguna persona sensata podía dejar de sentir que los directores de la firma estaban deseosos de que nadie sufriera una lesión en la avalancha que se avecinaba.

Dorrington abandonó el escaparate de la tienda de bicicletas y se dirigió hacia la sede de la conocida empresa Indestructible Bicycle Company. Desde hacía ya diez años, o más, la empresa estaba constituida como sociedad anónima de tipo privado y, durante los ocho o nueve años anteriores, había sido un consorcio de experiencia muy próspera. El fundador de la firma, Mr. Paul Mallows, ocupaba actualmente el cargo de director gerente y era considerado como uno de los grandes pilares de la industria de la bicicleta. Al llegar a la oficina central, Dorrington entregó su tarjeta a un empleado, solicitando entrevistarse con Mr. Mallows.

Al parecer, éste estaba fuera, pero su secretario, míster Stedman, se hallaba en su despacho y recibió a Dorrington. Mr. Stedman era un hombre joven y simpático, antiguo ciclista amateur y todavía gran aficionado a este deporte. En diez minutos el asunto quedó zanjado y el buen tacto de Dorrington enfrascó al secretario en una charla muy amena de intercambio de anécdotas. Dorrington manifestó gran interés por el ciclismo y, sabiendo que su interlocutor había sido corredor, se mostró especialmente apasionado por las carreras.

—El próximo sábado tendrá lugar una prueba interesantísima, cuando menos así lo espero —dijo Stedman—. Mejor dicho —prosiguió—, espero que el récord de las cincuenta millas será batido. Creo que nuestro hombre, Gillett, triunfará con toda seguridad, pero necesitará esforzarse. La semana que viene espero ver una buena lista de nuevos récords en nuestros anuncios publicitarios. Su rival más temible es Lant, el

nuevo corredor, ya sabe, que está contratado por la marca Avalanche.

—Por lo visto, se presenta ante el público como una sociedad limitada, ¿no es así? —preguntó casualmente Dorrington.

Stedman asintió con la cabeza, haciendo una pequeña mueca.

—¿Parece que no lo considera algo correcto? —dijo Dorrington al advertir la mueca—. ¿Qué ocurre?

—Bueno —contestó Stedman—, naturalmente yo no sé nada. No conozco mucho a esa firma; nada se sabe concretamente, pero en lo que a mí respecta, puedo decirle que parece que han realizado un gran negocio en muy poco tiempo. Bueno, si es que se trata de un negocio auténtico como se presenta a simple vista. Pero esa gente quiere un montón de capital, y luego está eso de la suscripción. Bueno, esa gente está muy satisfecha, sabe. No digo que las cosas no estén bien, claro, pero no me atrevería a aconsejarle a un amigo que se metiera en ese negocio.

—¿No?

—Desde luego que no. Aunque no dudo de que conseguirán el capital o gran parte de él. En estos momentos casi todos los fabricantes de bicicletas o de neumáticos logran cubrir sus suscripciones. Y esa Avalanche negocia con los dos productos a la vez, y además tiene una excelente publicidad, ya sabe. Lant ha ganado últimamente muchas carreras con sus máquinas y lo han pregonado por doquiera con todos los medios. Sabe Dios qué pasará si consiguen que su hombre gane la carrera de las cincuenta millas el sábado batiendo a nuestro corredor Gillett. ¡Eso les ayudaría mucho! Este sería precisamente el momento más oportuno. He de decirle que hasta la fecha, Gillett no ha perdido nunca en esa distancia; Lant no debería ganar aunque, como ya le he dicho, es muy rápido. ¡Va a ser una gran carrera, se lo aseguro!

—Me gustara verla.

—¿Por qué no viene? Trate de hacerlo. Tal vez quisiera venir esta noche después de cenar al velódromo para ver el entrenamiento de nuestro corredor. Puedo asegurarle que es muy interesante presenciar todo el sistema de máquinas necesarias para entrenar. ¿Querrá venir?

Dorrington aceptó con sumo gusto y sugirió que Stedman cenase con él antes de ir al velódromo. Stedman, encantado con su nueva relación —como le ocurría a cualquiera en su primer encuentro con Dorrington— aceptó con gran satisfacción.

En ese preciso momento se abrió la puerta del despacho y apareció un hombre muy bien vestido, de mediana edad y de cara afeitada y fofa.

—Le ruego que me disculpe —dijo el recién llegado—, pensaba que estaba usted solo. Acabo de lastimarme un dedo al abrir la puerta de mi cabriolé: uno de los tornillos de la empuñadura se salió... ¿No tendría un trozo de esparadrapo? —preguntó, enseñando su dedo ensangrentado.

Stedman miró en el cajón de su escritorio, con aire de duda, al tiempo que

Dorrington exclamaba:

—No busque, tengo un poco de esparadrupo en mi cuaderno de apuntes. Siempre es conveniente llevarlo. ¿Necesita mucho?

—Gracias, con una pulgada bastará.

—Permítanme presentarles —dijo Stedman—: Míster Dorrington, de la firma Dorrington & Hicks. Nuestro director gerente, Mr. Paul Mallows.

Dorrington estaba satisfechísimo de conocer a Mr. Mallows y personalmente se encargó de envolverle con esparadrupo el dedo lastimado.

Mr. Mallows tenía la fuerte corpulencia de un hombre que en otros tiempos tuvo que trabajar duramente, pero ahora lucía las carnes pesadas y flácidas que denotaban que vivía un período de holgura y pereza.

—Míster Mallows —exclamó Stedman—, ¡lo mejor es la bicicleta! Después de todo, los cabriolés son peligrosos.

—¡Ah, la juventud! —replicó Mr. Mallows enunciando lentamente las palabras—. Los jóvenes pueden permitirse el lujo de ser activos. Pero nosotros, los mayores...

—Podemos permitirnos el lujo de un cabriolé —agregó Dorrington antes de que el director pronunciara sus últimas palabras—. ¡Perfectamente, la bicicleta lo puede todo; la bicicleta es una cosa maravillosa!

Dorrington no se había equivocado al catalogar a su hombre y su indirecta referencia a su riqueza halagó mucho a Mr. Mallows. Dorrington volvió a exponer su informe acerca de la patente de los rayos, después de lo cual el director se despidió:

—Hasta la vista, Mr. Dorrington —dijo—, le estoy sumamente agradecido por haberse ocupado personalmente con tanto esmero de este asunto de la patente. Pienso que ahora Mr. Stedman y yo podremos atender el caso. ¡Hasta la vista! Espero tener el placer de encontrarle de nuevo.

Y Mr. Mallows se marchó haciendo gala de su torpe majestad.

## II

—¿De manera que piensa usted que esa Avalanche no es un buen negocio de inversión? —preguntó Dorrington tan pronto como Stedman y él, tras una cena excelente, se dirigían en un coche hacia el velódromo.

—Bueno, bueno —contestó Stedman— dejemos ese asunto. De momento hay otras cosas mucho más importantes que hacer. Tal vez un poco más tarde pueda indicarle algo más interesante, pero no debe apresurarse. En cuanto a Avalanche, aun cuando todo se desarrollara satisfactoriamente, se está haciendo demasiada propaganda en torno a ella como para poderme gustar. Ya sabe, corren toda clase de rumores, se dice que esa gente tiene algo metido «en las mangas» y cosas parecidas;

hay toda una serie de insinuaciones misteriosas en los periódicos y hasta se afirma que los de Avalanche tienen en sus manos un asunto capaz de revolucionar el negocio de las bicicletas. Tal vez sea cierto. Pero el hecho de que no lo saquen a relucir con miras a la suscripción pública de las acciones, es algo que no entiendo, a menos que esa gente no desee un verdadero alud. De todos modos, hasta ahora nunca se habían mostrado temerosos ante ningún asunto de ese tipo.

Llegaron al velódromo poco después de la siete, pero Gillett aún no estaba entrenándose. Dorrington observó que Gillett tal vez apareciera un poco más tarde.

—Le diré —explicó Stedman— que se trata de uno de esos corredores a quienes no les gusta mucho entrenar por la tarde, a no ser que se trate de un ligero ejercicio pedestre. Se conforma con hacer unas cuantas millas por la mañana y un par de sprints, y luego se presenta antes de la puesta del sol para hacer diez o quince millas a toda velocidad sobre la pista. Y esto cuando debe disputar una prueba como la del próximo sábado. Esta noche será su último recorrido antes del sábado pues mañana será la víspera de la competición y sólo realizará uno o dos sprints para luego descansar durante el resto del día.

Los dos hombres estuvieron paseando un momento por el velódromo, en cuya pista cercada por sólidas barreras ya se deslizaban, volando, los corredores con que entrenaría Gillett. Además de Dorrington y Stedman, sólo se encontraban tres o cuatro personas alrededor de la pista; míster Paul Mallows llegó diez minutos más tarde.

—¡Aquí tenemos al director! —dijo Stedman—. Es bastante raro verle aquí. Pero me imagino que está ansioso por ver cómo marcha Gillett antes de la prueba del sábado.

—¡Buenas tardes, Mr. Mallows! —dijo Dorrington—. ¿Cómo va su dedo? ¿Necesita más esparadrapo?

—¡Buenas tardes, buenas tardes! —contestó pesadamente Mr. Mallows—. Muchas gracias, el dedo ya no me molesta en lo más mínimo. —Y enseñó su dedo, adornado aún con el esparadrapo negro—. Le aseguro que su esparadrapo aguanta estupendamente bien. He tenido cuidado en no despegarlo al lavarme.

Míster Mallows se sentó en una de las sillas metálicas que guarnecían el borde exterior de la pista y se dispuso a contemplar la carrera.

La pista se divisaba nítidamente bajo la luz crepuscular, pues ya se había puesto el sol cuando, por fin, Gillett hizo su aparición. Contestó a las amistosas preguntas que le hicieron Mallows y Stedman, y, seguidamente, entregándole su chaqueta al preparador, se montó en su máquina y se deslizó sobre el anillo de la pista, detrás del tándem, el cual contaba a su vez con la presencia de una triplete, o bicileta de tres asientos. Al cabo de cincuenta yardas, Gillett marchaba a toda velocidad manteniendo el pedaleo con la regularidad de un reloj. El tándem y la triplete se relevaban delante

del corredor, sin que Gillett cambiase de rumbo, siguiendo al pie de la letra las instrucciones del preparador situado en el centro del velódromo. Los corredores iban cubriendo una milla tras otra y arrojaban tiempos de dos minutos y unos cuantos segundos.

—¡Miren como corre! —exclamó Stedman entusiasmado—. ¡Mírenlo! ¡No despilfarran ni un ápice de su fuerza! ¿Se han fijado en la regularidad de sus piernas? ¿Acaso hay otro que guarde una mejor posición y estilo? ¡Miren, miren! ¡Ni un solo movimiento más arriba de las caderas!

—¡Ah! —asintió Mr. Mallows—. Gillett tiene un estilo maravilloso, realmente maravilloso.

La gente que presenciaba el entrenamiento deambulaba de un lado a otro del césped, detrás de las barreras, admirando el estilo del campeón como si se tratase de una gran obra de arte, y, en verdad, de eso se trataba cuando Gillett corría. Allí se encontraban, además de Mallows, Stedman, Dorrington y el entrenador, dos directivos de la Unión Ciclista, un corredor amateur llamado Sparks, el director del velódromo y otro hombre. El cielo iba oscureciéndose y poco a poco la noche se cerraba sobre la pista. Las máquinas iban volviéndose invisibles y apenas si se podía distinguir a los corredores, el rítmico movimiento de sus piernas y el gorro blanco llevado por Gillett. El entrenador vino a decirle a Stedman que su hombre daría aún tres o cuatro vueltas a toda velocidad y que luego abandonaría la pista.

—Bien, Mr. Stedman —dijo Mr. Mallows—, supongo que todo saldrá estupendamente el próximo sábado.

—¡Seguro! —contestó Stedman con la mayor convicción—. ¡Gillett es un gran tipo y regular como un reloj! ¡Está en plena forma!

De pronto, los corredores aceleraron la marcha. El tándem se puso una vez más al frente, con la tripleta junto a él, y el grupo de los ciclistas voló sobre la pista a una velocidad de «un minuto y cincuenta segundos». Los espectadores corrían alrededor de las barreras siguiendo los destellos de las ruedas... Pero bruscamente, el tándem perdió la dirección, pegó un pequeño salto y Gillett chocó contra la rueda trasera, mientras la tripleta, sin poderlo evitar, chocaba a su vez con la máquina del campeón y caían todos sobre la pista. Las tres máquinas y los seis hombres formaban un embarullado montón de cuerpos y ruedas...

El entrenador corrió hacia el lugar del accidente, seguido por cuantos se hallaban presenciando el espectáculo. La causa del desastre apareció en el acto a la vista: en el borde de la pista, una silla metálica de las que se encontraban detrás de las barreras, estaba en medio del revoltijo de corredores y máquinas. Los tres hombres que montaban la tripleta ya se habían levantado del suelo, con las piernas vacilantes aún, y aunque con muchas contusiones y arañazos, parecían ser los menos lastimados de todos. Uno de los ciclistas del tándem había perdido el conocimiento, y Gillett, que

debido a su posición había encajado el golpe más duro, también yacía sin sentido, fuertemente lastimado y con el brazo izquierdo fracturado.

El entrenador se arrancaba los cabellos de desesperación.

—¡Si conociera al autor de esta fechoría lo haría papilla con esta misma silla! — gritaba Stedman.

—¡Ah! ¡Esas apuestas, esas apuestas! —se lamentaba Mr. Mallows, dando saltitos distraídamente—. ¡Fíjense en lo que las apuestas son capaces de hacerle cometer a un hombre! Esto no es un accidente, de ninguna manera.

—¿Un accidente? ¡Déjese de tonterías! Un hombre no puede lanzar por casualidad una silla sobre la pista en medio de la oscuridad. ¿Nadie escapó de aquí? ¿No vieron a nadie huir del velódromo? —preguntó Stedman.

—No, no hemos visto a nadie —contestó alguien—. Además, no esperaría a que se produjera el accidente. Hará ya más de un minuto o dos que habrá escapado.

—Fielders, cierre la puerta exterior —ordenó Stedman—. Veremos quienes salen por ella.

Pero allí no parecía haber ningún sospechoso. Fuera del empleado que cuidaba del césped, de su hijo, del entrenador de Gillett y de los corredores, que acababan de vestirse en el pabellón, parecía que no había habido en el interior del velódromo ninguna otra persona que las que estuvieron presenciando el entrenamiento al borde la pista. En cualquier caso, cualquier persona habría tenido tiempo más que suficiente para colocarse contra la barrera exterior sin ser visto y, aprovechando la oscuridad, lanzar la silla sobre la pista después del paso de los corredores, y escapar antes de que terminasen la vuelta y se estrellaran contra ella.

Los corredores lesionados fueron transportados al pabellón junto con las máquinas estropeadas.

—Ofrezco cincuenta libras; más, cien libras, a quien descubra al individuo que lanzó la silla sobre la pista —dijo acaloradamente Mr. Mallows—. Esto hubiera podido acabar con una muerte. Debe ser, me imagino, algún corredor de apuestas que habrá aceptado un montón de dinero a favor de Gillett. Como lo he dicho mil veces, las apuestas son la maldición del deporte.

—El director está muy excitado por las apuestas y los corredores de apuestas —dijo Stedman a Dorrington mientras se dirigían hacia el pabellón—. Aunque, y que esto quede entre nosotros, yo estoy persuadido que los de Avalanche están metidos en esto. El asunto de las apuestas es la mosca que siempre está detrás de la oreja de Mallows pero, en realidad, se apuesta muy poco en las carreras de bicicletas, a lo sumo media corona o medio soberano el día de la prueba. No siempre el corredor se llena los bolsillos. Aunque naturalmente no diré que no pueda haber algo de eso, pero debe existir alguna otra razón esta vez. En cuanto a los de la sociedad Avalanche, es un hecho que con Gillett fuera de combate, su corredor con toda seguridad ganará el

sábado y, si el tiempo es bueno, casi seguro batirá el record. Actualmente es muy fácil batir el record de las cincuenta millas, y eso se verá muy pronto. Claro que por eso nosotros estábamos seguros que Gillett lo pulverizará este sábado. De no sufrir un accidente era el seguro vencedor, y además estaba preparado para batir el record por poco que el tiempo fuese bueno. Pero ahora que nuestro corredor está descartado, Lant se llevará la palma con la misma seguridad con que lo habría hecho Gillett si las cosas no se hubieran torcido. Y la victoria de Lant será un verdadero «boom» para la sociedad Avalanche justo en la víspera, como quien dice, de la suscripción pública de las acciones. Le diré que toda esta temporada Lant se mantuvo en segunda fila, pero últimamente ha mejorado muchísimo, concretamente en los últimos dos meses, desde que fue contratado por los de Avalanche. Basta con que gane la prueba para que proclame que todo se lo debió a la máquina que monta: «Aquí tienen —clamarán—, un hombre que raras veces ganaba una prueba. Siempre en el segundo puesto... hasta que montó una Avalanche». Y no dejarán de añadir: «Con ella acaba de batir el récord de las cincuenta millas, colocándose en cabeza, de los profesionales». Eso les reportará un gran capital. Naturalmente que no nos preocupa en lo más mínimo la suscripción y el aumento de capital, pero sí la pérdida del récord y el hecho de que Gillett esté fuera de carrera en medio de la temporada; esto nos afecta mucho.

—Claro, imagino que para ustedes no se trata únicamente de esa prueba.

—Evidentemente, y todo esto redundará en beneficio de la sociedad Avalanche. Dése cuenta de que con Gillett sin poder competir todo el resto de la temporada, Lant tiene el camino abierto para nada menos que las cien millas. Eso será un nuevo «boom» para las acciones y habrá mucho dinero que ganar especulando con ellas. ¡Ah, ya le digo a usted que este asunto se me antoja muy sospechoso!

—Míster Stedman —dijo Dorrington—, ¿podría prestarme una linterna para ir hasta el lugar del accidente? La gente está en el pabellón y podré investigar con toda tranquilidad en el lugar.

—Se la conseguiré. ¿Trata de competir por la recompensa de las cien libras ofrecidas por el director?

—Tal vez. En cualquier caso, trataré de echarle una mano mientras esté aquí. A lo mejor un día usted podrá ayudarme a mí.

—Tiene mucha razón. Ahora mismo le pediré la linterna al empleado del velódromo.

Trajeron la linterna y Dorrington se fue directamente al lugar donde aún estaba la silla mientras Stedman se reunía con los demás en el pabellón.

Dorrington estuvo examinando minuciosamente el césped en un radio de dos yardas de donde yacía la silla y, seguidamente, saltó la barrera e hizo lo mismo en la grava húmeda que guarnecía la banda exterior de la pista. El suelo de la pista era de cemento y por consiguiente no podía conservar huellas de pisadas; sin embargo



estuvo escrutándolo con el mismo cuidado que la barrera. Luego volvió su atención hacia la silla. Como ya dijimos, era una silla fabricada con ligeras varillas planas de hierro, puestas en orden y remachadas. Estaba muy usada y la capa de pintura verde distaba mucho de ser la original. El hierro estaba salpicado de manchas de herrumbre y algunas partes de la silla habían sido restauradas y reforzadas con travesaños metálicos sujetos por tornillos y tuercas cuadradas, todo ello oxidado y faltando algún que otro tornillo. Los ojos del detective se clavaron de pronto en una de las tuercas de sujeción del respaldo superior de la silla: parecía ser un cabello. Dorrington lo cogió y lo puso cuidadosamente en su libreta de apuntes. Volvió a echar una última ojeada por los alrededores de la silla y se marchó hacia el pabellón.

Un médico acababa de llegar para examinar al herido principal. Gillett tenía una simple fractura sin importancia para un individuo tan sano como él. Cuando Dorrington entró, estaban vendándole el brazo.

—¿Encontró algo? —preguntó Stedman a Dorrington en voz baja.

El detective, movió la cabeza y musitó:

—No mucho. He de pensar en este asunto más adelante.

Dorrington preguntó a uno de los directivos de la Unión Ciclista si podía dejarle un lápiz, y tras anotar algo con él lo devolvió, y se dirigió seguidamente a Sparks, el corredor amateur, y le pidió prestado un lápiz.

Stedman había hablado mientras tanto a Mr. Mallows de la investigación efectuada por el detective con la linterna, y el director le dijo a éste con mucha calma:

—Míster Dorrington, ¿recuerda usted lo que dije acerca de la recompensa para quien descubriera al autor de esa fechoría? Pues bien, aunque en ese momento estaba muy excitado, he de decirle que mantengo mi promesa. Ese acto es vergonzoso. Acaban de decirme que ha estado investigando en el lugar del accidente y espero que haya ido allí con la idea de encontrar algo capaz de ayudarle a descubrir al culpable. Nada me agradaría más que el tener que entregarle la recompensa; se lo aseguro.

—Bien —contestó Dorrington—, pero temo no haber encontrado nada lo bastante importante como para dilucidar el caso, Mr. Mallows. No obstante, he de meditar en ello. Lo peor de todo es que no sé quiénes eran esos tipos de las apuestas. ¿Acaso usted conoce a los que han escapado? Hay tantos que cualquiera de ellos puede ser, y no sólo eso, sino que incluso pudieron haber pagado a alguien.

—Desde luego, esa gente es de lo más perversa. Estoy espantado. Stedman sugiere que nuestros competidores podrían estar metidos en este asunto. Pero eso me parece ir demasiado lejos, ¿no cree? Evidentemente nosotros estamos muy por encima y hay muchos celos en este negocio, pero hay un hecho, y es que estoy convencido de que ninguna firma podría rebajarse a ese extremo, al menos por ahora. No, le aseguro que el fondo de esto hay que buscarlo en las apuestas. Eso me temo. Y espero, Mr. Dorrington, que hará todo lo posible por desenmascarar a los culpables.

Stedman volvió a conversar con el detective.

—Estoy pensando que hay algo que pudiera ayudarle. Para comenzar, es posible que el acto haya sido cometido por una persona desde el exterior de la pista...

—¿De qué manera?

—Bueno, hay que contar con todas las probabilidades del caso. Los que estaban dentro del velódromo tenían interés en el éxito de Gillett, salvo los directivos de la Unión Ciclista y Sparks, quien es un hombre por encima de cualquier sospecha, igual, evidentemente, que los directivos de la Unión. También estaba el empleado que cuida del césped, pero es una persona de toda honradez, lo garantizo...

—¿Y el entrenador?

—¡Oh, hay que descartarle totalmente! Pero iba diciendo que...

—¿Qué iba a decir? —preguntó el detective, agregando inmediatamente—: ¿Qué había otro hombre junto a la pista? Pero no he oído su nombre.

—Eso mismo. Yo tampoco le conozco. A lo mejor aún está aquí.

Pero ese individuo había desaparecido.

—Voy a tratar de investigar ahora mismo quién era ese hombre —prosiguió Stedman—. Con la excitación del momento me olvidé enteramente de él. Quiero decir que aún cuando el culpable podría haber escapado fácilmente por la puerta antes de que se produjera la caída, muy posiblemente no lo habría hecho así por temor a ser visto al pasar por delante del pabellón. En tal caso pudo escapar, y naturalmente también pudo entrar por ahí para cometer su fechoría, por uno de los muros que cercan el velódromo por el lado donde se produjo la caída. De ser así, ese individuo debe vivir en una de esas casas o conocer a alguien que vive allí. Tal vez usted pueda mandar a uno de sus ayudantes para rastrear a lo largo de la calle; se trata de una calle corta llamada Chisnall Road.

—Sí, sí —contestó pacientemente Dorrington—. Es posible que allí encontremos algo.

Mientras tanto, el médico había atendido a Gillett, poniéndole unas férulas en el brazo y vendándose, y un cabriolé había llevado al herido a su casa. Mr. Mallows se fue con Stedman, con quien tenía que hablar de negocios, y Dorrington se marchó solo a su domicilio.

El detective no estuvo investigando en Chisnall Road. Se dirigió hasta la más cercana parada de carruajes riéndose un par de veces para su capote porque acababa de imaginar la manera de realizar una estupenda y lucrativa operación financiera en el negocio de las bicicletas sin arriesgar ningún capital.

Tan pronto como obtuvo un cabriolé, subió en él y fue a casa de dos de sus ayudantes para darles instrucciones precisas. Luego estuvo en su casa de Conduit Street, llenó una pequeña maleta y, a medianoche, cogió el último expreso para Birmingham.

### III

El anuncio para la suscripción de acciones de Avalanche Bicycle and Tyre Company indicaba que las fábricas se hallaban en Exeter y Birmingham. Exeter es una vieja y encantadora ciudad, pero muy difícilmente podía considerarse como el centro del negocio de bicicletas; tampoco tiene comunicaciones cómodas y rápidas con Birmingham. Este era un asunto que no podía pasar desapercibido a un crítico ansioso de encontrar algo extraño en el anuncio para la suscripción; por eso uno de los ayudantes de Dorrington viajó en el tren de la noche para investigar en la fábrica de Exeter.

Estando en Birmingham, Dorrington recibió al día siguiente del accidente de Gillett, a eso del mediodía, un telegrama de su ayudante:

*Fábrica este lugar vieja fábrica paños cerrada afueras ciudad. Cerrada y vacía pero gran cartel anunciando que ahora talleres instalados en Birmingham. Agente afirma sólo depósito pago corriendo acuerdo no firmado. Farrish.*

El telegrama no hizo sino incrementar la satisfacción de Dorrington porque precisamente acababa de echar un vistazo a los talleres de Birmingham. Estos no estaban vacíos, aunque poco les faltaba, pero tampoco eran muy grandes. Y allí mismo, un hombre le había afirmado que los edificios principales, donde se realizaba la mayoría del trabajo, estaban en Exeter. Con todo esto, ya sabía mucho más de lo que deseaba acerca de aquel pérfido negocio. En la mañana temprano, despachó un telegrama, sin firmarlo, en el que decía lo siguiente:

*Mallows, 58, Upper Sandown Place, Londres, W. Temo que las cosas no estén muy claras aquí. Salga en el tren de las 10,10 sin falta.*

Pero ocurrió que poco después de las ocho y media, el otro ayudante de Dorrington, que estaba vigilando el número 58 en Upper Sandown Place, observó cómo entregaban el telegrama e, inmediatamente después. Mr. Mallows salía apresuradamente de su casa y subía a un cabriolé que encontró al final de la calle. El ayudante del detective se metió en otro coche para seguirlo. Mr. Mallows se bajó de su cabriolé ante la tienda de un peluquero de teatro en Bow Street y entró en ella. Cuando salió de allí, al cabo de poco más de cuarenta minutos, nadie sino un experimentado investigador capaz de adivinar el objeto de su visita, hubiese reconocido a Mr. Mallows. No había recurrido al tosco disfraz de una falsa barba: iba maquillado muy hábilmente. Sus colores habían sido realzados y su rostro parecía más delgado. Tampoco había recurrido a una peluca; unas ligeras patillas postizas le hacían un disfraz mucho mejor y menos vistoso. Ahora parecía un hombre joven y sano. El espía lo siguió hasta que salió para Birmingham en el tren de las diez y diez, e inmediatamente puso un telegrama a Dorrington indicándole de qué manera iba disfrazado Mr. Mallows.

El tren debía llegar a la una a Birmingham. La entrada a la fábrica Avalanche estaba en un gran portal en el que se abría una pequeña puerta que sólo daba paso a un hombre y detrás de la puerta había un patio. Un poco antes de la una, el detective abrió aquella puerta, echó una ojeada y entró. En el patio no había nadie, pero podía escucharse un ligero ruido que provenga de la derecha del edificio. A la izquierda se veían pilas de sólidas cajas para exportación, las cuales ya había notado Dorrington aquella misma mañana durante su visita a la fábrica y que podían servirle de escondite en caso de necesidad. Por eso ahora se escondió tras el montón de cajas y esperó a que diera la una.

A la una en punto, la puerta se abrió en la puerta opuesta del patio, y dos hombres y un muchacho salieron del edificio y uno tras otro salieron por la pequeña puerta del gran portal. Inmediatamente después, otro hombre, que más que un obrero parecía un contraamaestre, salió por la misma puerta que los anteriores, cerrándola cuidadosamente y desapareció tras el portal. Dorrington se encontraba solo en los únicos talleres en servicio de la Avalanche Bicycle and Tyre Company Limited.

Se dirigió hacia la puerta del edificio y no tuvo más que empujarla para abrirla. Una vez dentro del taller vio en un rincón una lámpara que habían dejado encendida y, frente a él un gran horno de esmaltar, parecido a un enorme armario. Alrededor del horno había una serie de bancos llenos de relucientes calcografías de color rojo y oro, idénticas a las que el detective contemplara el día anterior en las bicicletas exhibidas en la vitrina del almacén de Holborn Viaduct. Algunas bicicletas ya lucían la marca recién aplicada, mientras que otras aún no la tenían. Todo parecía indicar que el trabajo principal en Avalanche Bicycle and Tyre Company, Limited consistía en colocar las marcas de la citada sociedad sobre bicicletas anónimas. Pero no había mucho tiempo que perder como para examinar las cosas detalladamente; efectivamente, de pronto Dorrington oyó el ruido de una llave en el portal exterior. Se puso a esperar junto al horno de esmaltar para saludar a Mr. Mallows.

Al abrirse la puerta del taller, Dorrington dio unos pasos y se inclinó cortésmente ante el que acababa de entrar. Mr. Mallows se estremeció con aire culpable pero, recordando su disfraz, recobró su aplomo en el acto y preguntó con voz huraña:

—Bien, señor, ¿quién es usted?

—Yo —contestó Dorrington con toda su sangre fría— soy Mr. Paul Mallows de quien habrá oído hablar en relación con Indestructible Bicycle Company.

Mallows estaba completamente desconcertado pero inmediatamente pensó que tal vez el detective, deseoso de cobrar la recompensa que había ofrecido por el asunto Gillett, estaba investigando y fingiendo ante el hombre que tenía al frente, irreconocible bajo su disfraz. Por eso, tras una pausa, volvió a preguntar, menos arisco:

—¿Y qué le trajo a este taller?

—Pues mire usted —contestó Dorrington— pienso adquirir acciones de esta sociedad. ¿Imagino que no habrá ningún inconveniente en que el director de otra sociedad desee participar en ésta?

—Claro que no —replicó Mallows, sorprendido por el carif?: que iban tomando las cosas.

—Bien. Pero estoy seguro que no piensa en eso ¿eh? —manifestó el detective, mirándole con ojos maliciosos mientras Mallows comenzaba a sentirse molesto—. Pero aquí traigo otra cosa —prosiguió Dorrington sacando su libreta de apuntes sin dejar de mirar a su interlocutor—; sí, otra cosa. ¿Dígame, no desea otro trozo de esparadrapo? Aquí lo traigo. No diga que no; es para mí una gran satisfacción poderle ayudar.

Y con una mirada realmente demoníaca, Dorrington le dio en las narices con el rollo de esparadrapo.

Mallows palideció bajo su maquillaje y buscó un apoyo. El detective se rió con ganas:

—¡Vamos, vamos, no ponga esa cara de espanto! Admiro su habilidad, Mr. Mallows, y arreglaremos las cosas muy bien. Ya sé que ya no necesita el esparadrapo; ya tiene otro. ¿Por qué no se pinta siempre en casa de Clarkson? ¡Le aseguro que lo hacen realmente bien! Y tiene usted mucha razón: un hombre como usted corría el riesgo de ser reconocido en un lugar como Birmingham, y hubiera sido una verdadera lástima para los dos. Para los dos, sí, se lo aseguro... Pero, por Dios, no me mire como si fuera a degollarle. Le certifico que no es mi intención. Es usted un hábil hombre de negocios y he tenido la suerte de descubrir una de sus pequeñas operaciones; eso es todo. Le voy a ofrecer las mejores condiciones... Recóbrese totalmente y hablemos de negocios antes de que regresen los obreros. Siéntese en este banco.

Completamente anonadado, Mallows se dejó llevar hasta un banco en el que se sentó pesadamente.

—Bien, lo primero que nos interesa —dijo Dorrington— es el pequeño asunto de las cien libras. Se trata de la recompensa que usted prometió si lograba descubrir al individuo que la otra noche le rompió el brazo a Gillett. Pues bien, ya lo tengo. ¿A lo mejor no lleva encima esa cantidad de dinero? En tal caso, me entrega un cheque y listo.

—Pero, pero... ¿cómo? Creo que... que... ¿Quién, quién?

—Vamos, vamos, déjese de cuentos y no pierda el tiempo, Mr. Mallows. ¿Quién ha de ser? Usted, naturalmente. Yo ya estaba enterado de todo la otra noche, aunque no era muy conveniente exigir la recompensa en ese momento por la razón que usted mismo ahora comprenderá. ¡Vengan esas cien libras!

—¿Pero qué pruebas tiene? ¡No estoy dispuesto a dejarme engañar de esa

manera! —exclamó Mr. Mallows, volviendo a recobrar todas sus facultades.

—¿Pruebas? Vamos, sea razonable. Suponga que no tengo ninguna, absolutamente ninguna. ¿Qué diferencia habría? No tengo más que salir y decir a los otros directivos de su sociedad el lugar dónde lo he encontrado. ¿Me entrega esas cien libras? ¿Qué prefiere? Más todavía. ¿Quiere que pregone por doquier que Mr. Paul Mallows es el alma que mueve la corrompida Avalanche Bicycle Company?

—Bueno —asintió Mallows a regañadientes—, si pone las cosas así...

—Solamente las pongo así para que vea usted las cosas razonablemente. En realidad, su relación con esta nueva sociedad basta para probar casi enteramente su pequeña acción con la silla metálica. Pero llegué a ello por otro lado. Es usted demasiado torpe con sus dedos, Mr. Mallows. En primer lugar va y se lastima el dedo medio al abrir la puerta de su cabriolé, tras lo cual yo he de ponerle un trozo de esparadrapo. Seguidamente deja que el esparadrapo se deshilache por los bordes, pero sigue llevándolo. Luego ejecuta su muy lograda operación con la silla. Mientras todos los demás están mirando a los corredores, usted agarra la silla con la mano que lleva el trozo de esparadrapo, sujetándola por el sitio donde están los rugosos tornillos y las tuercas de refuerzo, y lanza tan desmañadamente la silla sobre la pista, que en una de las tuercas que sobresalen se queda enganchado un hilo del esparadrapo. Y aquí lo llevo, mire, en mi libreta de apuntes, donde lo puse la noche pasada bajo la luz de la linterna; un simple hilito pegajoso de seda negra: eso es todo. Lo he traído sólo para demostrarle que juego limpio con usted. Evidentemente hubiese podido fácilmente encontrar testigos antes de sacar el hilo de la tuerca si hubiese creído que iba usted a luchar por este asunto. Pero sabía que no lucharía. No puede hacerlo, ya sabe, conociendo como conozco su equívoco negocio de la nueva sociedad. Así que solamente le estoy enseñando ese hilo como un acto de gracia, para demostrarle que le he puesto fuera de combate con perfecta lealtad. Y ahora, ¡vengan las cien libras! Aquí tiene una estilográfica por si la necesita.

—Bien —farfulló Mr. Mallows—, supongo que no tengo más remedio—. Cogió la estilográfica y extendió el cheque, que Dorrington metió en su libreta cerrándola.

—¡Asunto concluido! Pero se trata solamente de un simple preliminar, ¿entiende? —advirtió el detective—. Hemos hecho esta pequeña cosa sólo como garantía de nuestra buena fe. Claro que no es preciso publicarla, aunque ha de recordar que aún no hay nada que pueda impedirlo. He descubierto al que provocó la caída de Gillett, como tanto me dijo que deseaba, y usted ha cumplido lealmente con su parte del contrato al pagarme la prometida recompensa, aun cuando tiene que reconocer que no la ha pagado con todo el gusto que dijo que iba a tener si encontraba al culpable. Bueno, se lo perdono. Y puesto que este pequeño entremés ha sido despachado, vamos a abordar negocios más serios.

Mallows puso una cara muy sombría.

—No tiene por qué avergonzarse de esa manera, míster Mallows —dijo Dorrington fingiendo una mala interpretación de su aire—, los negocios son así. Usted estaba dispuesto a realizar una pequeña jugarreta —llamémoslo así—, una pequeña especulación al margen de su negocio corriente. De modo que no debe avergonzarse por ello ni mucho menos.

—Claro que no —observó Mr. Mallows, recobrando en parte sus pomposos modales—; es evidente que no. Se trata de una simple especulación. Todo el mundo suele hacerlo. Hay mucho dinero que ganar con ello.

—Precisamente. Y dado que todo el mundo lo hace y que hay tanto dinero que ganar, usted no hace más que sacar su parte.

—Naturalmente.

En ese momento, Mr. Mallows estaba casi pomposo.

—Naturalmente —asintió Dorrington, tosiendo ligeramente—. Pues le diré que soy el mismo tipo de hombre que usted, si me permite la comparación, y también estoy dispuesto a realizar una pequeña jugarreta, mejor dicho, una pequeña especulación al margen de mis ocupaciones corrientes. Yo tampoco me siento avergonzado por ello. Y puesto que todos lo hacen y hay mucho dinero que ganar en el negocio, pues yo también estoy pensando en conseguir *mi* parte. No cabe duda que formamos una buena pareja, y que estamos destinados a entendernos el uno con el otro.

Mr. Paul Mallows pareció desconcertarse nuevamente.

—Mire usted —prosiguió Dorrington—, hace ya algún tiempo que vengo pensando en trabajar un poquito en el mercado de las acciones de bicicletas. Esa fue la razón por la cual me metí personalmente en el pequeño asunto de los rayos en lugar de confiárselo a uno de mis ayudantes. Deseaba conocer a una persona que estuviese bien introducida en el mercado de bicicletas, con miras a conseguir ciertos informes confidenciales. Ya ve que soy enteramente sincero con usted. Pues bien, lo he logrado a las mil maravillas. Y quiero que comprenda que he dado todos los pasos necesarios para hacer un buen trabajo. No tenía nada seguro, pero he jugado limpiamente. Cuando usted me preguntó, pues tenía acuciantes motivos para hacerlo, si había encontrado algo en el lugar del accidente, le contesté que no había hallado ninguna cosa muy importante: ¡mire qué cosa más pequeña es un simple hilito! Antes de salir del pabellón, me aseguré bien de que era usted el único hombre que llevaba un trozo de esparadrapo negro en el dedo. Ya había observado las manos de cada uno de los que allí se encontraban, salvo dos hombres, por lo cual les pedí que me prestaran algo, un lápiz, para asegurarme totalmente. Me fijé en su pretendida sospecha de los que suelen apostar en las carreras, y en ello me basé. Esta mañana recibí un informe telegráfico sobre su fábrica de Exeter, una vieja fábrica de paños vacía en la cual no hay nada suyo más que un anuncio y el depósito del pago del

arriendo. Allí dijeron que los talleres se encuentran aquí. ¡Realmente la jugada es habilísima! Recibí igualmente otro informe telegráfico sobre su maquillaje de esta mañana; Clarkson lo realiza a las mil maravillas, ¿verdad? Y de la misma manera, el telegrama pidiéndole venir a Birmingham no era de su socio en este lugar, como tal vez usted imaginó, sino mío. ¡Gracias por haber venido tan rápidamente! Me las apañé para inspeccionar tranquilamente este taller antes de su llegada; la conclusión a la cual he podido llegar acerca de la Avalanche Bicycle and Tyre Company, Limited, es la siguiente: un hombre muy hábil, a quien tengo el gran placer de conocer, me inclino ante usted, Mr. Mallows, concibe la idea de ofrecerle al público la más fantasmal empresa de fabricación de bicicletas que jamás pudiera imaginarse; y todo ello sin dar la cara en lo más mínimo. Encuentra el pequeño capital que para ello necesita; dos o tres socios que le ayudan a montar una gerencia con un par de hombres de paja, que además no entienden nada del negocio ni tampoco se preocupan por él, y el resto es facilísimo. Se contrata a un corredor profesional para ganar carreras y establecer nuevos récords con máquinas fabricadas especialmente por otra empresa (tal vez por la Indestructible), y que luego se pintan según el estilo y la marca de la sociedad fantasma. Las bicicletas son adquiridas a un precio muy reducido y por centenares a los fabricantes, y lo único que falta es ponerle el nombre o la marca apetecida. Así resultan muy baratas y se venden a buen precio: los beneficios cubren sobradamente los gastos. Luego viene la quiebra. El capital se reparte, el que maneja el negocio y sus socios desaparecen, y a los hombres de paja se les deja para que se enfrenten con el barullo. Y el alma del corrompido negocio queda limpio de toda sospecha y continúa gozando de estima y respeto en el comercio. ¡Admirable! Todo el trabajo que ha de realizarse en «los talleres» consiste en un ligero esmaltado y en pegar la marca en las bicicletas. ¡Todo es estupendo! ¿No es esa la dimensión de sus operaciones?

—Pues sí —contestó Mallows de mala gana pero con algo de orgullo en el semblante; y añadió—: ésa era la idea, como acaba de explicar tan llanamente.

—Evidentemente, esa era la idea, y todo ha de ser cómo lo planeó, pero con una sola excepción, que es la siguiente: el alma del negocio se repartirá el botín conmigo.

—¿Con usted? Pero, pero... ¿por qué? ¡Acabo de entregarle cien libras!

—¡Querido Mr. Mallows! ¿Por qué vuelve con esa sosa cantinela de las cien libras? Eso quedó zanjado para siempre. Se trataba de nuestro pequeño pacto personal con relación al lamentable accidente de la silla. Ahora estamos hablando de un negocio mucho más cuantioso, no de centenares, sino de miles, y no de un millar, sino de un montón de miles. Bueno, un hombre como usted debe ser lo bastante inteligente como para ver las cosas con amplitud. Si me abstengo de divulgar un plan tan encantador como el suyo, habré de percibir una parte de ese escandaloso robo. De manera que quiero mi parte en dinero, y por el conducto normal. ¿Acaso puedo cerrar



los ojos y permitir tamaña iniquidad sin percibir nada en concepto de indemnización personal? Cuando todos los gastos estén pagados y sus socios despachados con lo poco que les pertenece, usted y yo podremos repartirnos limpiamente el dinero, Mr. Mallows, como unos respetables hermanos en truhanería. Mire que hubiese podido pedirle repartir el dinero pero dejando que pagara usted todos los gastos. Sin embargo no lo hice pues siempre he sido un socio leal en los asuntos de este tipo. Solamente deseo una pequeña garantía que es siempre lo más seguro en esta clase de negocios: digamos una letra con vencimiento a seis meses por una cantidad de diez mil libras, lo cual es muy poco. Tan pronto como procedamos satisfactoriamente al reparto del dinero, le será devuelta la letra. Vamos, aquí tengo lista la letra, y en la que gasté cinco libras esta mañana convencido de que se mostraría usted muy razonable.

—¡Eso es absurdo! ¡Está tratando de imponerme una cosa...! Puedo darle una cantidad razonable, pero la mitad no puede ser. ¡Ni hablar! ¿Qué se ha creído? ¡Después de todas las molestias y los sinsabores y los riesgos que he tenido!

—Basta con que levante tan sólo un dedo para que vaya usted a parar a la cárcel.

—¡Sea razonable! Admito que es usted un hombre muy hábil y que me tiene cogido por el cuello; pongamos el diez por ciento...

—Está perdiendo el tiempo. Los obreros no tardarán en volver. Ha de escoger entre darme la mitad o no hacerlo e ir a parar a la cárcel por añadidura. ¡Elija!

—Pero es justo considerar...

—¡Elija!

—Pero es justo considerar...

—¡Elija!

Mallows miraba al detective con aire desesperado:

—Realmente, me gusta el dinero más de lo que pueda imaginarse. Yo...

—¡Elija! ¡Por última vez se lo digo!

Los ojos angustiados de Mallows se clavaron en el horno de esmaltar:

—Bien, bien —asintió—, si debo hacerlo, lo haré. Pero le advierto que lo lamentaré.

—Querido Mr. Mallows, eso no. No soy tan pesimista. Vamos, llene usted el cheque, y ahora yo le daré la letra: «A los seis meses de esta fecha, me pagará a mí o a mi orden la suma de diez mil libras por el valor recibido». Excelente valor también, ¡ya lo creo! ¡Bien, aquí la tiene!

Tan pronto como la letra estuvo redactada y firmada, Mallows inscribió su conformidad con mucha más presteza de lo que cabía suponer. Seguidamente se puso en pie y manifestó con cierto buen humor:

—Muy bien, esto está hecho, y cuanto menos se hable de ello, mucho mejor será. Ganó usted y yo no voy a refunfuñar. Supongo que me he comportado bien, ¿eh? Bueno, ahora vamos a ver «los talleres».

Todo el resto del local, fuera del horno de esmaltar y los bancos, estaba casi totalmente vacío y sin ninguna maquinaria; sólo se veían unos cuadros y ruedas de bicicletas listos para montar y ponerlos a la venta, y en otro rincón las bicicletas ya montadas en las que únicamente faltaba imprimir la calcografía de color rojo y oro de la sociedad Avalanche Bicycle and Tyre.

Seguidamente Mallows abrió la puerta de acero del horno de esmaltar:

—Mire esto —dijo—, es el horno de esmaltar. Eche una ojeada por dentro. Los cuadros y las diferentes piezas cuelgan de los ganchos tras recibir el esmalte, y todas esas boquillas de gas se encienden para endurecerlo. ¿Quiere ver la profundidad del horno? Acérquese.

Dorrington sintió un empujón en la espalda y la puerta del horno se cerró con violencia; se oyó deslizarse el cerrojo. El infortunado detective quedó atrapado en el interior de la cámara de acero en medio de tinieblas.

—Ya le advertí —gritó Mallows desde fuera—, ya le advertí que lo lamentaría.

Dorrington notó inmediatamente el olor del gas que salía por las boquillas.

Mallows le había entregado la letra con la idea de asesinarle y volverla a recuperar; para ello lo había empujado dentro del horno y abierto el grifo del gas.

El detective estaba rodeado de tinieblas, pero encender una cerilla suponía la muerte instantánea por explosión, y sin luz para buscar cómo salir de aquella cámara, moriría intoxicado por el gas en pocos minutos. Era inútil llamar a Mallows; Dorrington sabía demasiado. Todo parecía indicar que, finalmente, un horrible castigo iba a terminar con su vida, igual que él y sus ayudantes habían perpetrado la muerte de otros. Las víctimas de Dorrington se habían ahogado, mientras que ahora él mismo se asfixiaría con el gas...

El horno estaba construido con planchas de acero, sujetas en el centro por un cerrojo. Dorrington se lanzó desesperadamente contra la puerta, empujándola por abajo con todas sus fuerzas; agarró una escuadra de hierro con la que sus manos habían tropezado, se volvió a lanzar contra la puerta y metió el hierro en la rendija de la puerta. Seguidamente, con otro tremendo empujón, hizo ceder un poco más la puerta hacia afuera y forzó sobre el otro extremo de la escuadra que le servía de palanca; forzó una vez más, otra vez, y otra... Estaba casi al borde de perder el sentido, cuando por fin saltó el cerrojo —que no estaba destinado a este tratamiento— y la puerta del horno se abrió, Dorrington, con la cara azulada de asfixia, empapado de sudor, tosiendo y vacilante sobre sus pies, se fue titubeando a respirar aire puro, envuelto en una nube de gas.

Mallows se había refugiado en el local contiguo. Dorrington, ganando en vigor y en furia a cada paso, no tardó en alcanzarlo.

Al verlo aparecer, el miserable Mallows se metió en un rincón, jadeando y temblando de espanto. El detective lo agarró por el cuello y lo sacudió como a un

guiñapo. Ahora ya no podía mediar ningún honor entre los dos ladrones. Ahora podía vengarse y recuperar la letra de diez mil libras. Arrastró al miserable y tembloroso Mallows por el local, arrancándole las falsas patillas, mientras que éste suplicaba y gemía temiendo que Dorrington lo encerrase en el horno de esmaltar. Pero conforme iban avanzando hacia el taller del horno, el gas acumulado había alcanzado a la lámpara que seguía encendida y, de repente, el muro de separación se desplomó en medio de una tremenda explosión sepultando a medias a Mallows y derribando a Dorrington.

Las ventanas del edificio volaron despedidas por la explosión y los obreros entraron corriendo por la puerta principal, y, atravesando el devastado taller, cerraron el gas que seguía saliendo. Cuando los dos obreros y el muchacho se reunieron con el socio encargado de talleres, se encontraron con una multitud estacionada frente al edificio que contemplaba con mucho interés el espectáculo ofrecido por la extracción de Mr. Paul Mallows, director general de Indestructible Bicycle Company, de entre ladrillos rotos, cascotes, bicicletas y calcografías de Avalanche Bicycle and Tyre Company, Limited, y lo preparaban para transportarlo a casa de un médico que le atendiese y recompusiera su pierna rota.

En cuanto a Dorrington se refiere, el sombrero aplastado y la chaqueta desgarrada fueron sus únicas lesiones, además de unos cuantos arañazos sin importancia.

Y en un par de horas ya se sabía en todo Birmingham, y el rumor se extendía a los demás lugares, que el negocio de la Avalanche Bicycle and Tyre Company consistía en pegar una flamante marca en bicicletas fabricadas y compradas a granel; todo fue descubierto al público con la explosión.

Así que, al día siguiente, cuando Lant ganó la prueba de las cincuenta millas en Londres, fue saludado con irónicas exclamaciones: «¡Vaya con tu calcografía!». «¡Eh, cuidado con la marca!». «¿Dónde robaste esa bicicleta?». «¿Vendes tus acciones?», y cosas por el estilo.

De todas maneras, nunca se procedió al reparto de las acciones de la Avalanche Bicycle and Tyre Company, Limited. Se decía que unas cuantas personas, residentes en lugares muy remotos y desconocidos, adonde no llegaban las noticias más que cuando ya figuraban en los libros de historia, solicitaron participar en la suscripción de acciones, pero que los banqueros les habían devuelto el dinero, sin duda para su gran decepción. También se consideró muy político que Mr. Paul Mallows se retirase de la dirección de la Indestructible Bicycle Company, una empresa que, según creo, sigue siendo muy próspera.

En cuanto a Dorrington, consiguió su recompensa de cien libras. Pero nunca presentó la letra de diez mil libras. El por qué lo ignoramos totalmente, a no ser que se diera cuenta de que la situación financiera de Mr. Mallows no era como la había insinuado ni tan buena como se suponía. De todos modos, la letra figuraba entre las

notas y telegramas relacionados con el caso, en el cofre de documentos de Dorrington.

## EL REJUVENECEDOR ASIRIO

---

Clifford Ashdown

---

Acababan de dar las seis de la tarde; los clientes en busca de la cena, comenzaron a fluir por debajo de la arcada eléctrica que adornaba la entrada del restaurante Cristiani's. Las puertas no cesaban de abrirse y cerrarse; los espejos no tardaron en reflejar los escuadrones de mesas y servilletas tiesas; el rumor de las conversaciones se mezclaba ahora con el estrépito de los cubiertos y los chasquidos de los corchos al saltar de las botellas, mientras el animado correteo de los camareros por la sala reemplazaba la calma y la tranquilidad de la tarde.

Aunque el restaurante estaba invadido ya por los clientes mucho antes de su llegada, Mr. Romney Pringle tenía reservado su asiento favorito enfrente de la reproducción de un retrato femenino del famoso pintor Gainsborough, y mientras servían la cena, escuchaba en el electrófono una selección de obras de Mascagni, tras haber echado seis peniques por la rendija del aparato. A pesar de la estación, la noche era tibia y un tiempo húmedo había seguido a toda una semana de viento del nordeste, con lo que la atmósfera se había vuelto un tanto pesada, muy especialmente para quienes habían cenado opíparamente. Sin embargo, ello no parecía afectar en lo más mínimo a Mr. Pringle, cuya tez (su único defecto era una pequeña mancha o roseta cárdena en la mejilla derecha) era tan hermosa, que le impartía a su feliz poseedor un aire de juventud, pese a haber cumplido los cuarenta con creces; sobre todo en una persona que se afeita pulcramente y acostumbra acostarse antes de las dos de la madrugada.

Mientras el humo de su habano ascendía en espiral hacia el extractor, la mirada de Pringle volvió a fijarse una vez más en el hombre que cenaba en la mesa de al lado. Era un anciano que ya debía rondar los setenta, pero cuyas facciones erguidas lo hacían aparecer algunos años más joven, y en él se adivinaba, por su escrupuloso aseo y sus bigotes esmeradamente retorcidos y engomados, a un militar retirado. Había terminado de cenar desde hacía un rato, pero seguía sentado a la mesa, examinando una carta con una atención y un interés sin duda inherentes mucho más a su objeto que a la longitud del escrito, ya que Pringle pudo percatarse que no era excesiva. Finalmente, con un gesto en el que entraban por igual el hastío y el disgusto, el anciano se levantó y fue a ponerse su abrigo con la ayuda de un camarero, que le abrió la puerta con aire obsequioso, habitual en esos menesteres.

La simple curiosidad con que Pringle había mirado a su vecino se convirtió rápidamente en un profundo interés, tan pronto como la puerta se cerró tras el anciano militar. Tuvo que reprimir un sobresalto, puesto que acababa de divisar sobre la

vecina mesa la carta que unos minutos antes el hombre había estado leyendo con tanto cuidado. Su primer impulso fue el de correr tras el anciano para devolverle el escrito olvidado sobre la mesa, pero ya había desaparecido y tampoco se veía al camarero por la sala. Pringle optó por sentarse y leer la carta que decía lo siguiente:

*The Assvrian Rejuvenator, Co.,  
82, Barbican, E. C. 5 de abril.*

*Distinguido Sr.:*

*Lamentamos oír que el «Rejuvenecedor» fracasó en sus manos. Ello puede haber ocurrido muy posiblemente por no haber seguido con todo el cuidado necesario las instrucciones para su uso, aunque hemos de señalar que nunca garantizamos su infalible éxito. Dado que se trata de una preparación sumamente costosa, no podemos admitir su reclamación según la cual nuestra tarifa es exorbitante. En ningún caso podemos acceder a su demanda de reintegrarle la totalidad o parte del importe. En el caso de que lleve a cabo su amenaza de recurrir a la vía judicial para recuperar su dinero, habrá de asumir toda la responsabilidad por cualquier publicidad que pueda resultar de su ensayo de la preparación.*

*Atentamente,*

*Henry Jacobs, secretario.*

*272, Piccadilly, W.  
Teniente coronel Sandstream*

A Pringle le pareció que aquella clara carta de tipo comercial difícilmente podía merecer la atención que el coronel Sandstream le había prestado; pero después de leerla y sopesarla nuevamente, regresó a su despacho de Furnival's Inn.

Residía en el n.º 33, a la izquierda viniendo de Holborn y cualquier persona que subiera las escaleras de piedra y llegase al segundo piso, podía observar, sobre la puerta del despacho, el rótulo: «Mr. Romney Pringle, agente literario». Según las altas autoridades, la razón de ser de un agente literario consiste en servir de intermediario entre un editor voraz y su presa. Sin embargo, pese al hermoso escritorio de roble fino con amplios estantes que se ofrecía a la vista en el pequeño salón de Pringle, el mueble estaba vacío de cualquier manuscrito u original mecanografiado. Por lo visto no era muy escaso, sino totalmente nulo, el negocio que se realizaba en aquel despacho. De momento, el agente literario se hallaba ocioso, o

«suspendida su actuación» para emplear la expresión teatral.

Mr. Pringle era madrugador, y a la mañana siguiente, cuando en el reloj-linterna de cobre que había encima de la chimenea —limpia del habitual barullo existente en las habitaciones de los solteros— dieron las nueve, ya había pasado un buen rato reflexionando acerca del incidente de la noche anterior, y tras un nuevo examen de la carta, su curiosidad no había dejado de crecer, por lo que decidió investigar el asunto del misterioso «Rejuvenecedor». Abriendo el armario situado en la parte inferior del escritorio, sacó una serie de botellas y de botes. Vertió unas gotas de uno de los frascos sobre una borla y, después de una leve fricción, hizo desaparecer por completo la rojez de su mejilla derecha. Acto seguido, puso un poco de líquido de otro frasco en una esponja y se lo pasó por las cejas, que de rubias se volvieron negras como el azabache. Luego, sacó una caja de falsos bigotes, escogió uno (el elemento más sencillo de un disfraz) y se lo pegó con unas gotas de goma líquida; cubrió su cabeza con una peluca negra que, como suele ocurrir en esos casos, seguía siendo un claro fraude a pesar de todos los arreglos. Satisfecho por la perfección de su disfraz, Pringle salió a la calle en busca de las oficinas del «Rejuvenecedor Asirio», fingiendo un porte militar que su alta y esbelta estatura y su rígida figura le permitieron componer en el acto.

—Mi nombre es Parkins, mayor Parkins —manifestó Pringle al abrir la puerta de una humilde habitación en el segundo piso del n.º 82, en la calle Barbican. Se dirigía a un caballero de aspecto lleno de unción— cuya rizada cabellera y luenga barba recordaban los toros alados de Nínive —que parecía ser el único representante de la sociedad. Este se inclinó cortésmente y le ofreció una silla.

—He sido encargado por un amigo —prosiguió Pringle— que ha leído su anuncio, para pedirle a usted alguna información suplementaria.

Como quiera que el problema del rejuvenecimiento era de los más delicados, sobre todo si se trataba de mujeres, los negocios de la sociedad The Assyrian Rejuvenator se realizaban en su mayoría por correspondencia. Era tan raro que un cliente deseara una entrevista personal que el hombre que parecía un asirio, llegó a la conclusión de que su visitante se interesaba por un asunto totalmente distinto.

—¡Ah, sí! Se refiere usted al producto «Pelosia» —dijo vivamente—. Permítame que le lea un extracto del prospecto.

Y antes que Pringle pudiera replicar, el de la barba empezó a leer una hojita con su voz cargada de unción:

—*Pelosia*. El soberano tratamiento del barro, se utilizaba ya desde los tiempos más antiguos y con el mayor éxito en los famosos balnearios de Schwalbach y Franzensbad. Los propietarios de *Pelosia*, tras haber observado los efectos benéficos que, para los animales inferiores, se derivan del consumo de la tierra en su

alimentación, se inclinaron a investigar sobre los usos internos del barro. El éxito que coronó el tratamiento de ciertos casos de dispepsia rebelde (la enfermedad tan característica de la edad neurótica) les indujo a que todo el mundo pudiera beneficiarse con el citado tratamiento. Para la absoluta salvaguarda del público, los empresarios se han asegurado los derechos de explotación de los depósitos de aluvión dejados por las corrientes de los ríos en los lugares más alejados de las aglomeraciones humanas y por consiguiente, de cualquier tipo de contaminación. Un cuidadoso análisis ha demostrado que los aluviones depositados en cierta zona, consistentes en partículas de minerales finamente divididas y prácticamente limpias de cualquier mezcla orgánica, dan los más satisfactorios resultados. Los propietarios de la empresa están dispuestos a facilitar las mejores condiciones a las entidades públicas.

—Muy agradecido —dijo Pringle, aprovechando una pausa del lector, pero me parece que anda usted un tanto confundido. He venido aquí para informarme acerca del «Rejuvenecedor Asirio». ¿Acaso me equivoqué de oficina?

—¡Le ruego disculpe mi absurdo error! Soy el secretario de la Assyrian Rejuvenator Company y nuestra empresa ostenta asimismo la propiedad de *Pelosia* —afirmó el barbudo, mirando fijamente a su interlocutor con sumo interés.

Era evidente que no era aquella la primera vez que el secretario se hallaba frente a una persona tímida, que fingía interesarse por la senilidad de un amigo, y en su fuero interno llegó a la conclusión que los bigotes postizos, las cejas teñidas de un negro azulado y la inconfundible peluca delataban, con toda evidencia, la decrepitud de Pringle, un nuevo cliente que a buen seguro venía en busca del auxilio de la compañía.

—Debo decirle, estimado señor —manifestó el secretario echándose hacia atrás en su sillón y juntando las yemas de los dedos—, debo decirle que nuestro específico es una fórmula reconocida y reputada en el mundo entero para aliviar los destrozos infligidos por los años en el cuerpo humano. Se trata de un secreto que se ha venido transmitiendo de generación en generación en la familia de su dueño original, y su fracaso es absolutamente imposible. No se trata de una droga, no es tampoco un cosmético aunque tenga las propiedades de ambos. Resulta agradable y calmante al usarlo y si es bien administrado durante las horas del sueño, no interfiere en lo más mínimo en las ocupaciones de la vida diaria. El precio es tan moderado, diez chelines y seis peniques, incluido el sello del Gobierno, que solamente puede resultar remunerador si se vende en enormes cantidades. Si usted, ¡naturalmente, en favor de su amigo!, desea comprar un frasco, con el mayor gusto le explicaré cómo ha de procederse a su uso.

Mr. Pringle depositó medio soberano y seis peniques encima de la mesa, mientras el secretario, metiendo la mano en una gran caja que tenía a su lado, sacó un paquete



que contenía una cajita de cartón adornada con la reproducción de la absurda ilustración de *La Tumba* de Blake, en la que se veía a un anciano centenario cojeando con sus muletas dentro de una especie de sótano de banco, con una cumbre rocosa en la cual estaba sentado un joven desnudo y con una expresión extática.

—¡Aquí tenemos todo el sistema! —dijo expresivamente Mr. Jacobs.

Abrió la cajita y extrajo de ella un frasco de tamaño regular y un infernillo de alcohol atado con un lacito.

—Antes de marcharse a la cama —explicó— se vierten unas gotas del frasco dentro del recipiente que está encima del infernillo, que hay que encender para vaporizar la preparación que el paciente debe inhalar. Lo mejor es concentrar el pensamiento en cualquier objeto hermoso, mientras que el delicioso aroma relaja al paciente para dormir.

—¿Pero cómo actúa? —inquirióse el mayor un tanto impaciente.

—Del siguiente modo —contestó el secretario, impertérrito—: Cabe recordar que la apariencia de la edad es debida esencialmente a las arrugas; esto significa que la piel pierde su elasticidad y su plenitud, y es una gran verdad que la belleza se halla a flor de piel. —El barbudo secretario se rió alegremente y prosiguió—: Las articulaciones se vuelven rígidas al perder su tonicidad natural, la figura se encorva y los órganos vitales declinan en sus funciones por la misma causa. En una palabra, la vejez es debida a la pérdida de la *elasticidad*, y esta es la verdadera propiedad que el «Rejuvenecedor» le imparte a todo el sistema, si se inhala durante unas horas cada día.

Mr. Pringle consiguió mantener diplomáticamente su seriedad mientras le explicaban los méritos del «Rejuvenecedor» y sólo después de haberse despedido muy cortésmente de Mr. Jacobs y una vez fuera del despacho, pudo soltar una carcajada sin importarle el buen equilibrio de su bigote postizo.

Aquella misma noche, alrededor de las nueve, la portera de la oficina de la calle Barbican regresaba de efectuar sus compras, pensando en el sabroso pescado fresco que había adquirido para la cena.

—¿Mistress Smith? —preguntó una voz masculina a sus espaldas, cuando sacaba la llave.

—¡Mi nombre es Hodges! —replicó la portera inadvertidamente, dejando caer la llave en su azoramiento.

—Es usted la portera, ¿verdad? —preguntó el forastero, recogiendo la llave y tendiéndosela cortésmente.

—¡Dios mío! Me ha dado usted un susto, señor —exclamó vacilante.

—Crea que lo siento. Solamente deseaba saber si puedo entrevistarme con Mr. Jacobs, de la Assyrian Rejuvenator Company.

—Bueno, señor, me ha dicho que no debía darle a nadie su dirección. Además, no

la sé en absoluto, señor, pues siempre mando las cartas a Mr. Weeks.

—No quiero que incurra usted en una falta. Ya sé que no le permitiría decírmela.

Un soberano sonó contra la llave en la palma de la señora Hodges; la mujer se quedó dudando unos segundos, pero sus ojos percibieron el destello del oro y cedió:

—Todo cuanto sé, señor, es que cuando Mr. Jacobs está fuera, yo mando las cartas —y hay un buen montón— a Mr. Newton Weeks, al Northumberland Avenue Hotel.

—¿Se trata de alguien de la firma?

—Lo ignoro, señor, pues nadie viene aquí a no ser Mr. Jacobs.

—Muy agradecido, señora, y buenas noches —dijo el forastero, bajando la calle Barbican, mientras Mistress Hodges seguía mirándose la mano, como si temiese que el tan ansiado oro pudiera desaparecer.

Al día siguiente, Mr. Jacobs recibía una carta en el hotel:

*7 de abril.*

*Señor: Mi amigo el coronel Sandstream me informa que se ha presentado a la policía solicitando que abra una investigación en contra de usted, con respecto del dinero que recibió de él con falsos pretextos, según sus alegaciones. Como quiera que estoy persuadido de que su postura es justa, hecho que pude comprender mucho mejor aún después de mi entrevista de ayer con usted, tengo a bien mandarle este aviso para que pueda escapar antes de que sea demasiado tarde. No confunda mis motivaciones; no tengo la intención de salvarle del castigo que tanto merece, sino que deseo simplemente ahorrar a mi amigo la ridícula situación en la que se hallaría ante la gente si le persiguiera a usted.*

*Su fiel servidor,*

*Mayor Joseph Parkins*

*Sr. Newton Weeks*

*Northumberland Avenue Hotel.*

Mr. Jacobs leyó aquella carta, mejor dicho, aquella declaración de guerra con toda una mezcla de impresiones.

¡De modo que su visitante de ayer era el amigo del coronel Sandstream! Evidentemente, se presentó para informarse en contra suya. ¡Viejo demonio ese Sandstream! ¿Pero cómo se las había apañado para descubrir su dirección? Todo parecía señalar que la policía había metido las narices en el asunto. La señora Hodges era muy discreta. A nadie más podía darle la dirección que no fuese la policía. Pese a

todas las precauciones, las cosas tomaban un cariz muy feo; todo parecía señalar que el juego había terminado. Algún día tenía que ocurrir, y ya se había encontrado en situaciones mucho peores. Al fin y al cabo, no podía quejarse: últimamente, el negocio del «Rejuvenecedor» había marchado óptimamente. Pero ¿y si todo aquello no fuera más que un camelo, un ardid para intimidarle?

Volvió a leer la carta; su autor había cuidado mucho en no dar sus señas, pero aquello no dejaba de ser muy lógico en un asunto de esa índole. De todas maneras, fueran cuales fueran las motivaciones del mayor, no podía ignorar el aviso y estaba claro que en aquel preciso momento Londres se había convertido en un lugar peligroso para él. Debía hacer sus maletas y estar preparado para cualquier emergencia y tenía que llegarse hasta Barbican para efectuar un reconocimiento. Si las cosas se ponían negras, correría directamente a la estación de Cannon Street para coger el tren continental de las 11,5. ¡Demostraría a aquella gente que Harry Jacobs no era de los que se dejan embaucar con reclamaciones!

Míster Jacobs mandó detener su carruaje a cierta distancia del edificio donde se hallaba la oficina del «Rejuvenecedor», pero en el momento en que iba a bajar se detuvo, fascinado por la brusca aparición de Pringle. Este estaba paseando tranquilamente por delante del n.º 82, y tan pronto como el carruaje se paró, se puso a consultar ostensiblemente una gran libreta, mirándola varias veces y luego mirando hacia su víctima, como si comparara una descripción. Vestido con un largo chaquetón, un hongo y unas gruesas botas que en la febril imaginación de Mr. Jacobs cobraban un aspecto claramente policial, Pringle representaba con toda evidencia el interés de la policía por el establecimiento; y esa idea se confirmó cuando Pringle, fingiendo su satisfacción por su minucioso examen, sacó un papel de su libreta y dio unos pasos hacia él. Sin esperar mayores acontecimientos, Mr. Jacobs se echó hacia atrás precipitadamente y susurró con voz ronca a través de la ventanilla.

—¡A Cannon Street! ¡A toda prisa!

El cochero hizo girar su caballo con rapidez. Interesado, había asistido a la escena, y simpatizaba con el deseo de su cliente de escapar cuanto antes a lo que parecía ser la larga mano de la ley. En aquel mismo instante, se presentó un cabriolé vacío en el que Pringle se metió prestamente:

—¡Siga aquel coche y no lo pierda de vista por lo que más quiera! —gritó, señalando al que se alejaba.

Mientras corrían por la calle Barbican, el cochero de Mr. Jacobs se volvía de vez en cuando para observar su expresiva pantomima, y con el instinto de un verdadero deportista, lanzó su caballo a pequeño galope. Pero al doblar la esquina de Aldersgate Street, la vigilante mirada de un guardia hizo frenar aquella moderada exhibición de velocidad, y de no haber sido por un pesado ómnibus sobre rieles que allí se interpuso cerrando el camino, Pringle habría alcanzado a su perseguido y la farsa hubiera

terminado allí mismo. Pero el ómnibus salvó la situación. Aquel momento de respiro era cuanto el perseguido míster Jacobs necesitaba, y correspondiendo a las munificentes promesas de su cliente, el cochero volvió a lanzar su caballo a galope por el pavimento de madera, seguido a larga distancia por el coche de Pringle.

Aquella carrera sembró la desbandada por Aldersgate Street. Ambos carruajes iban zigzagueando de una parte a otra de la calle por entre las apretadas filas de omnibuses y de carros; los caballos patinaban y resbalaban sobre el grasiento suelo, arrancando el barro con sus cascos y proyectándolo en todas las direcciones, siempre al borde de la colisión... En vano los guardias gritaban a los dos coches que se detuvieran: las órdenes caían en oídos de sordos; la gente agitaba las manos en balde e incluso algunos trataban de empuñar las riendas de las bestias aparentemente desbocadas... Si un carro hubiera surgido inesperadamente de una calle lateral, el desastre habría sido inevitable; los obstáculos se desvanecían a medida que los carruajes lanzados a toda velocidad se acercaban, conducidos triunfalmente en los pasos más estrechos, hasta que se metieron sanos y salvos en St. Martin's-le-Grand.

Al entrar en la Newgate Street, se encontraron con un embotellamiento que paralizaba el tráfico. El cabriolé de Mr. Jacobs se coló por una brecha, rozando el varal de un ómnibus y siendo insultado vigorosamente por los viajeros. Pero el cochero de Pringle que intentaba seguirlo, fue detenido por la orden imperiosa de un guardia.

—¡Lo siento, señor, no hay nada que hacer! —exclamó el cochero cuando, después de tres minutos de espera, entraron en St. Paul's Churchyard—. ¡Ya no lo veo por ninguna parte!

—¡No importa! —replicó Pringle alegremente—. ¡Lléveme a la oficina de telégrafos de Charing Cross!

Allí, Pringle mandó el siguiente mensaje:

*Para la Sra. Hodges, 82, Rarbican. He tenido que salir de la capital. Mr. Weeks se hará cargo de la oficina.*

Jacobs

A eso de las dos de la tarde, Pringle, disfrazado con la peluca y los bigotes del mayor Perkins, tiraba de la campanilla de la portería en el n.º 82.

—Soy Mr. Weeks —anunció a Mistress Hodges cuando ésta asomó, saliendo de las entrañas de la tierra—. Mr. Jacobs tuvo que salir de la ciudad y me ha pedido que me haga cargo de la oficina.

—¡Sí señor! He recibido un telegrama de Mr. Jacobs al respecto. Supongo que conoce usted el camino.

—Claro que sí, pero Mr. Jacobs se ha olvidado de mandarme la llave de la oficina.

—Será mejor que le deje la mía hasta que Mr. Jacobs pueda mandársela —dijo la portera, buscando en su voluminoso bolsillo—. ¿Espero que no le habrá ocurrido nada malo?

—¡Oh no! Por lo visto, necesitaba tomarse un corto descanso; eso es todo.

Cogiendo la llave que le tendía la confiada mujer, Pringle subió al segundo piso y entró en la oficina. Se sentó ante el escritorio y echó una ojeada al despacho.

Aquel Jacobs debía ser un pobre hombre, pues a pesar de toda su bajeza, no hubiera debido asustarse con tanta facilidad, pensó Pringle. Y sacando un trozo de cera de su bolsillo, se puso a extraer cuidadosamente un molde de la llave que la portera le había entregado.

Una vez tomada posesión del despacho del «Rejuvenecedor», no tardó mucho en percatarse de que el deseo de Mr. Jacobs de cambiar de negocio había fracasado totalmente. Hay que recordar que durante su entrevista con Pringle, Mr. Jacobs supuso que su visita se relacionaba con el preparado llamado *Pelosia* y cuyas virtudes elogió leyendo un papelito compuesto con su tan acusado estilo. Pringle encontró allí mismo varios miles de prospectos similares, que por lo visto llevaban mucho tiempo en el despacho, abandonados por completo. Ante la falta de cartas o de demandas al respecto, estaba claro que el público no había prestado la más mínima atención a las ventajas derivadas de la administración interna del barro, y que Mr. Jacobs no tuvo otro remedio que seguir aferrándose a la estafa que ya estaba en marcha. ¡Al fin y al cabo, el «Rejuvenecedor Asirio» era muy rentable! Además, el mercado de las especialidades farmacéuticas estaba francamente saturado.

El precio del «Rejuvenecedor Asirio» era de los que permitían hacer muy fácil el pago contra reembolso de la mercancía. Diez chelines y seis peniques era una cantidad que la mayoría de los banqueros se negaban a abonar por cheque, razón por la que los pagos se efectuaban generalmente por giro postal; y Pringle fue adquiriendo una confianza cada vez mayor en la opinión de Carlyle acerca de sus semejantes, al cobrar cada mañana en la Oficina General de Correos los giros del día anterior, de camino hacia el despacho de la calle Barbican. El negocio no podía ser más floreciente y lo único que empañaba su satisfacción era la posibilidad de una interferencia legal a petición del coronel Sandstream, contra las operaciones de la empresa *The Assyrian Rejuvenator*. Sin embargo, de momento la fortuna le sonreía y Pringle seguía despachando con suma energía los paquetes de «Rejuvenecedor» en respuesta a la lluvia diaria de pedidos postales. Lo cual pudo realizar sin la menor dificultad ya que había encontrado en el despacho una enorme cantidad de paquetes debidamente embalados y listos para ser expedidos por correo.

Un día en que se hallaba atareado en aquella operación, que con el tiempo habíase

vuelto puramente maquinal, oyó cómo alguien subía pausadamente las escaleras y se detenía en el descansillo ante la puerta del despacho. En el piso de arriba, el tercero, vivía un importador de cigarros puros de Alemania, y por lo visto el visitante estaba recobrando el aliento antes de subir el resto de las escaleras. Pero después de jadear un par de veces, el visitante recobró su respiración y se fue directamente hacia la puerta del despacho ocupado por Pringle, llamó perentoriamente y, abriéndola, entró sin más ceremonias.

No necesitaba presentarse: Pringle le reconoció a la primera mirada aunque nunca lo había vuelto a encontrar desde la noche memorable en el restaurante Cristiani's.

—¡Soy el coronel Sandstream! —gruñó, mirando en torno suyo con fiereza.

—Mucho gusto en conocerle, caballero —replicó Pringle con firmeza—. ¡Siéntese, por favor! —agregó cortésmente.

—¿Con quién tengo el gusto de hablar?

—Mi nombre es Newton Weeks. Soy...

—¡No es a usted a quien quiero ver! —interrumpió ásperamente el coronel—. Quiero ver al secretario de esta empresa, y no tengo tiempo que perder.

—Lamento decirle que míster Jacobs...

—¡Ah, sí, ese es el nombre! ¿Dónde está? —interrumpió de nuevo el viejo militar.

—El señor Jacobs se halla fuera de la ciudad en este momento.

—¡Bueno! Pero no voy a correr tras él... ¿Cuándo volverá?

—Me es totalmente imposible decírselo. Pero estaba diciéndole precisamente a usted que en mi calidad de director de la empresa, actúo asimismo de secretario durante la ausencia de Mr. Jacobs.

—¿Cómo dice que se llama? —preguntó el coronel, desdeñando la silla que Pringle le había ofrecido.

—Newton Weeks.

—Newton Weeks —repitió el viejo militar, anotando el nombre en el revés de un sobre.

—Director gerente —agregó con suavidad Pringle.

—Pues bien, míster Weeks, puesto que representa usted a la *compañía* —dijo el coronel con una mirada de desprecio a su alrededor—, le diré que he venido con motivo de la carta que tuvo usted la impertinencia de mandarme.

—¿De qué fecha es dicha carta? —preguntó ingenuamente Pringle.

—¡No lo recuerdo! —soltó el coronel.

—¿Puedo preguntarle cuál era el objeto de la carta?

—¿El objeto? ¡Ese maldito «Rejuvenecedor» suyo, evidentemente!

—Ha de saber que recibimos y mandamos un montón de cartas relacionadas con el «Rejuvenecedor», y mucho me temo que si no trae usted la carta...

—¡La perdí o se me olvidó en algún lugar!

—¡Lo siento! Aunque si recordase usted el contenido de su carta, puesto que a mí me es absolutamente imposible recordarlo...

—¡Lo recuerdo perfectamente bien! ¡No se me olvidará tan pronto! Les pedía que me devolviesen el dinero que les pagué por ese «Rejuvenecedor» que dicen... porque es totalmente inútil, y en su respuesta no sólo se niegan a devolvérmelo, sino que tienen la osadía de insinuar que no me atreva a demandarles.

Al ver que Pringle no contestaba, prosiguió con mayor furia:

—¿Quiere que le diga cuál es mi opinión acerca de usted?

—Siempre es agradable escuchar la opinión de nuestros clientes.

La calma de Pringle parecía enfurecer todavía más al coronel.

—¡Pues bien, señor, ahora mismo la va a escuchar! ¡Considero esa carta como la más imprudente tentativa de chantaje que jamás se haya visto! —Las palabras rechinaban entre los apretados dientes del viejo militar iracundo.

—¡Un chantaje! —repitió Pringle, fingiendo una expresión de horror para guardar su presencia de ánimo.

—¡Sí señor! ¡Un chantaje! —afirmó el coronel, asintiendo vigorosamente con la cabeza.

—Evidentemente —afirmó Pringle con un gesto de disculpa—, sé que entre nosotros ha habido un intercambio de correspondencia, pero no puedo recordar todas y cada una de las palabras de la misma. Además aunque trate usted de sacar esa lamentable conclusión de la carta, estoy persuadido de que existe algún, malentendido en este caso. Debo negarme a aceptar que por parte de nuestra compañía hubiera una intención semejante a la que acaba usted de aludir.

—¡Ah! ¿De manera que se niega a admitirla? ¡Tampoco admite que ha estado cobrándome libras y más libras por su absurda mixtura que no me ha servido de nada! ¿Acaso se niega a devolverme el dinero? ¡Se imagina usted que no me atreveré a demandarle porque ello pondría de manifiesto lo estúpido que he sido! ¡No me diga eso, señor! ¡Le juro que se acordará usted de mí!

—Siento mucho que haya surgido este desagradable incidente —manifestó Pringle—, pero...

—¡Desagradable o no, señor, voy a acabar con ese pequeño juego! Si no hubiera perdido su carta, habría venido antes. Pero puesto que es usted el director, mucho me alegra el haberle encontrado en lugar de su secretario. ¡En cualquier caso, he venido para decirles que son un atajo de estafadores! ¡De estafadores, señor!

—Puedo permitirle todos sus desplantes —dijo Pringle, levantándose de su silla con aire de afectada dignidad—, pero lamento ver a un honorable oficial de Su Majestad perdiendo los estribos de esa manera.

—¡Al igual que su impertinencia, señor! —vociferó el viejo militar—. ¡El dinero

no me preocupa, se lo aseguro, pero por mucho que me cueste, le juro que he de llevarles a ustedes ante el tribunal! ¡Sí señor, a usted y al tunante de su secretario también! ¡Hoy mismo presentaré una querrela!

Rojo de ira, el coronel salió del despacho y bajó furiosamente las escaleras.

Pringle lo siguió corriendo y llegó a la puerta exterior a punto para oír al coronel darle al conductor de un coche de alquiler la siguiente orden: «¡A la comisaría de Mansión House!». El coche arrancó a toda marcha.

De regreso al despacho, Pringle se dedicó inmediatamente a quemar toda la correspondencia de los últimos días. Seguidamente, recogió el último paquete de giros postales que fue a cobrar a la Oficina General de Correos, después de lo que volvió a su residencia de Furnival's Inn. De todas maneras, la farsa no podía prolongarse durante mucho tiempo.

Al llegar a su casa, Pringle se quitó rápidamente la peluca y el bigote postizo y volvió a hacer aparecer de nuevo la mancha cárdena de su mejilla derecha, con lo que volvió a ser un agente literario desocupado.

Era ya la una y media de la tarde cuando, después de almorzar ligeramente en un restaurante cercano, encendió un puro y se fue paseando ociosamente hacia el este.

En el momento en que llegaba a la calle Barbican, daban las tres en el reloj de St. Paul. Entró en una taberna situada frente al número 82 y se sentó ante una ventana que le permitía vigilar aquella casa.

Las campanadas iban marcando el tiempo que transcurría, un cuarto de hora tras otro. Pringle tuvo que pedir una nueva bebida. Encendía su tercer cigarro, cuando por fin su paciencia obtuvo su recompensa. Mirando de pronto hacia la ventana del segundo piso, pudo ver a un extraño individuo que vigilaba la calle.

La marcha de los acontecimientos no pudo ser más rápida: ¡Por lo visto, había renunciado a tiempo a su cargo de secretario!

Poco después de que la cara extraña desapareciera de la ventana, un carruaje de cuatro ruedas se detuvo frente a la taberna y un individuo con un par de gruesas gafas azules y con un bolso Gladstone, se apeó y miró cuidadosamente hacia la oficina del «Rejuvenecedor». Míster Jacobs —pues se trataba de él— no deseaba que le atraparan desprevenido esta vez.

Finalmente, satisfecho por la apariencia normal del edificio, cruzó la calle, y para mayor diversión de Pringle, desapareció en la casa de enfrente. No tuvo que esperar mucho tiempo para presenciar el nuevo acto del drama. No habrían transcurrido diez minutos desde la desaparición de Mr. Jacobs, cuando el hombre que vigilaba desde la ventana del segundo piso salió de la casa y llamó al cabriolé que esperaba delante de la taberna. Mientras abría la puerta del coche, un segundo individuo salió de la casa, sujetando a Mr. Jacobs por el brazo. El secretario, confuso y abatido, volvió a meterse en el carruaje seguido por el hombre que acababa de detenerle; el primer hombre



subió a su vez y el grupo salió hacia un destino que Pringle no tuvo que esforzarse mucho en adivinar. Pagó al camarero y salió a la calle.

La oficina del «Rejuvenecedor» parecía estar desierta una vez más, y el cartero entró durante su recorrido de la tarde. Pringle paseó por la calle y luego, tan pronto como reapareció el cartero, dio media vuelta y entró resueltamente en la casa. Subió las escaleras sin ruido y llamó a la puerta. Nadie contestaba. Volvió a llamar con más fuerza, y finalmente accionó el picaporte. Tal como pensaba, la puerta estaba cerrada con llave y satisfecho al ver que no había nadie, metió su duplicado de la llave en la cerradura, abrió y entró en la oficina.

Los libros yacían desordenadamente por el suelo, los cajones estaban abiertos y las cajas revueltas: todo ello atestiguaba claramente que habían registrado el despacho en busca de pruebas comprometedoras. Sin embargo, Pringle no prestó la menor atención a esos detalles. ¡Lo único que le interesaba era el buzón! Abrió los sobres recién llegados y se metió los giros postales en el bolsillo, tirando las cartas inservibles en una caja vacía.

Cuando deambulaba por la calle, dirigiéndose por última vez a la Oficina General de Correos, se cruzó con los dos detectives que regresaban en busca del «Director gerente».

## MADAME SARA

---

L. T. Meade y Robert Eustace

---

Todo el mundo relacionado con los negocios y gran número de quienes nada tienen que ver con ellos, han oído hablar de la agencia Werner, que se dedica a investigar sobre la solvencia de las firmas en todo el mercado británico. Su labor estriba en cerciorarse de las condiciones financieras de todas las empresas tanto mayoristas como detallistas, desde la Rothschild hasta las más pequeñas confiterías londinenses de Whitechapel. No diremos que la totalidad de las firmas figure en sus registros, pero lo que sí puede hacer con sus métodos secretos de investigación es averiguar la situación de cualquier empresa o propietario privado. Con ello, la Werner representa una gran salvaguardia para el comercio británico y evita numerosas acciones fraudulentas.

Vuestro servidor, Dixon Druce, entró a trabajar en 1890 en dicha agencia como director. Desde entonces, he tenido ocasión de tropezarme con gente extraña y he podido ver escenas asombrosas, pues los hombres suelen hacer por dinero las cosas más curiosas.

En junio de 1899, tuve que trasladarme a la isla de Madeira para realizar una investigación bastante importante. Salí de la isla el 14 del mismo mes con dirección a Southampton a bordo del *Norman Castle*, en el que embarqué después de cenar. Hacía una noche espléndida; los acordes de la orquesta de los jardines públicos de Funchal flotaban en el tibio y fragante aire de la bahía, bajo el cielo cuajado de estrellas. Sonó la campana del buque; el capitán dio la orden de zarpar, y con un último adiós a la más encantadora isla del mundo, me fui hacia el salón de fumadores para encender mi cigarro de Manila.

—¿Desea una cerilla, señor?

La voz venía de un hombre esbelto y joven que se hallaba cerca de la cubierta. Antes de que pudiera contestarle, me alargó la cerilla encendida.

—Le ruego que me disculpe —dijo al tirar la cerilla por encima de la borda— ¿acaso no me dirijo a Mr. Dixon Druce?

—Sí señor —contesté mirándole vivamente—, pero tiene usted una ventaja sobre mí.

—¿No me reconoce? —exclamó—. Jack Selby, de la casa Haywards, de Harrow, en 1879.

—¡Diablos! —grité—. ¡Quién iba a pensar...!

En el acto nuestras manos se estrecharon vigorosamente y al poco rato me encontraba sentado junto a mi viejo amigo, que había trabajado para mí en el pasado

y que no había vuelto a ver desde que me despedí de él para embarcar en el *Hill* una mañana lluviosa de diciembre, veinte años antes. Entonces tenía unos catorce años, era un muchacho; sin embargo le había reconocido. Tenía el rostro curtido por el aire y el sol y sus facciones se habían afinado. En su niñez, Selby destacaba por su gracia, la hermosura de su cabeza y de sus gestos; todo ello lo había conservado y aunque ya había pasado su primera juventud, seguía siendo francamente guapo. Me contó rápidamente su historia:

—Mi padre me dejó mucho dinero —comenzó diciendo— y ahora soy el dueño de Los Prados, nuestra antigua mansión familiar. Sentí una vocación por la historia natural y ello me condujo hace dos años a Sudamérica. He conocido las más extrañas aventuras y coleccionado valiosos especímenes y trofeos. Ahora regreso a mi casa desde Para, en la zona amazónica; llegué a Madeira con un barco de la compañía Booth y allí me embarqué en este buque de la Castle Line. ¿Pero por qué hablar tanto de mí mismo? —dijo, acercando su silla a la mía—. ¿Qué ha sido de su vida, querido amigo? ¿Fundó un hogar, tiene esposa e hijos, o bien consiguió realizar su sueño y posee ahora el mejor laboratorio privado de Londres?

—En cuanto al laboratorio se refiere —contesté sonriendo— ya vendrá y lo verá. Por lo demás, sigo siendo soltero. ¿Y usted?

—Me casé el día antes de salir de Para, y mi esposa está a bordo conmigo.

—¡Muy bien! Me gustaría saber algo de ella; cuénteme.

—Con mucho gusto. Su apellido de soltera es Dallas; Beatriz Dallas. Acaba de cumplir los veinte años. Su padre era inglés y su madre española, pero ambos murieron. Tiene una hermana mayor. Edith, de unos treinta años de edad, soltera, y que también viene con nosotros. Además, existe un hermanastro, mucho mayor que ellas. Conocí a mi mujer el año pasado en Para y en seguida me enamoré. Soy el hombre más feliz del mundo. Huelga que le diga que la encuentro muy hermosa; además ella también es muy rica. La historia de su riqueza es bastante curiosa. Su tío materno era un español riquísimo que reunió una enorme fortuna en el Brasil con los diamantes y los minerales. Pero al parecer, su riqueza le trastornó el cerebro. En cualquier caso, eso parece haber ocurrido en relación con su testamento. Repartió los beneficios y las rentas anuales entre sus sobrinos, pero manifestó que el capital propio nunca tendría que dividirse, legándose al último sobreviviente de los tres. Una cláusula insensata, claro, pero según creo no sin precedente en el Brasil.

—Totalmente absurda —dije a mi vez—. ¿A cuánto ascendía su fortuna?

—Rebasa los dos millones de libras esterlinas.

—¡Caracoles! ¡Vaya suma! ¿Pero qué pasa con el hermanastro?

—Ya debe tener más de cuarenta años, y por lo visto se trata de un canalla. Nunca le he visto. Sus hermanas no le hablan ni quieren saber nada de él. Tengo entendido que es un tahúr. Me han dicho que actualmente se encuentra en Inglaterra, y como

quiera que es preciso llenar ciertas formalidades para que las hermanas puedan disfrutar de sus rentas, lo primero que debo hacer es descubrir el paradero del hermanastro tan pronto como llegue a mi casa. Debe firmar ciertos documentos; para que todo esté en orden, no hay más remedio que encontrarle. Hace algún tiempo, mi esposa y Edith se enteraron de que estaba enfermo, pero muerto o vivo hemos de dar con él lo antes posible.

Como yo seguía callado, Selby prosiguió:

—Mañana le presentaré a mi esposa y a mi cuñada. Beatriz parece una niña al lado de Edith, quien se porta con ella casi como una madre. Bee —éste es el diminutivo de mi mujer— es hermosa, llena de gracia y de encanto. Edith también es guapa, pero a veces me da la impresión de ser vanidosa como un pavo real. Y esto me lleva de pasada, querido Druce, a otro aspecto de mi historia. Mi mujer y su hermana han conocido a bordo de este barco a la mujer más interesante que nunca haya conocido. Se llama Madame Sara y conoce Londres estupendamente. En realidad, confesó que posee un comercio en el Strand. Ignoro totalmente lo que la trajo al Brasil, pues sabe guardar celosamente sus asuntos personales. Se va a asombrar cuando le diga cuál es su profesión.

—¿Qué hace? —pregunté, interesado.

—Lo que pudiéramos llamar una embellecedora. Pues tiene el privilegio de rejuvenecer a quienes la consultan. Declara asimismo que es capaz de volver hermosa a una persona fea. No cabe duda que es muy inteligente. Sabe un poco de todo, y tiene unas recetas maravillosas en cuanto se refiere a la medicina, la cirugía y la odontología. Ella misma es una mujer encantadora, muy hermosa, de ojos azules, unos modales ingenuamente infantiles y gran cantidad de rizos y de bucles en su cabellera de un rubio dorado. Confiesa abiertamente que es mucho más vieja de lo que pudiera parecer, aunque no aparenta más de veinticinco años. Parece que ha viajado por todo el mundo y afirma que por su nacimiento es una mezcla de india y de italiana, ya que su padre era italiano y su madre india. Viaja en compañía de un árabe, un tipo hermoso y pintoresco, que le profesa la más absoluta devoción, y regresa a Inglaterra también con dos brasileños de Para. Esa mujer es depositaria de toda clase de secretos, sobre todo en lo que se refiere a la cosmética. Me figuro que por su negocio del Strand, podría contarnos una infinidad de historias. Sus clientes van a visitarla allí mismo y les atiende en lo que precisan. Es un hecho que en ciertos casos efectúa pequeñas intervenciones quirúrgicas y ningún dentista de Londres es capaz de competir con ella. Madame Sara asegura con toda ingenuidad que conoce ciertos secretos para colocar dientes postizos sin que nadie se dé cuenta de que son falsos. Edith la adora hasta tal punto que su adoración es pura idolatría.

—Me está usted haciendo una descripción muy brillante de esa mujer. ¿Podrá presentármela mañana?

—Desde luego —contestó Jack Selby con una sonrisa—. Me gustaría saber qué piensa usted de ella. Estoy contentísimo de haberle encontrado, Druce; esto es como volver a los buenos tiempos de antaño. Cuando llegemos a Inglaterra, nos alojaremos en mi casa de Londres, en Eaton Square durante el resto de la temporada. Los Prados necesita ser reamueblado, y Bee y yo nos trasladaremos allí en agosto para pasar algún tiempo; de manera que podrá venir a vernos cuando guste. Pero antes de tener el gusto de recibirle, tengo que encontrar a mi precioso cuñado, Henry Joachin Silva; crea que lo siento.

—Si tiene alguna dificultad, puede contar conmigo. Puedo poner a su disposición, extraoficialmente, claro está, a unos agentes capaces de encontrar en Inglaterra a una persona cualquiera, viva o muerta.

Entonces, informé rápidamente a Selby de mi trabajo personal.

—Se lo agradezco —contestó con alegría— eso es trascendental para mí; usted es el hombre que necesitamos.

A la mañana siguiente, después del desayuno, Jack me presentó a su esposa y a su cuñada. Ambas eran mujeres de aspecto extranjero, pero muy hermosas; su esposa, en especial, tenía una gracia y una figura extraordinarias.

Estuvimos charlando durante unos cinco minutos antes de ver aparecer en cubierta a una mujer más bien pequeña y esbelta, tocada con un gran sombrero que la preservaba del sol.

—¡Ah, madame! —exclamó Selby—. ¡Qué alegría que haya venido! He tenido la alegría de encontrar a bordo a un viejo amigo, Mr. Dixon Druce, con quien ya he hablado de usted. Me gustaría que se conocieran. Druce, le presento a Madame Sara de quien ya le he hablado. Madame Sara, le presento a Mr. Dixon Druce.

Madame Sara se inclinó con mucha gracia, y se quedó mirándome con atención. Pocas veces había visto a una mujer tan hermosa. A su lado, tanto la esposa de Selby como su cuñada palidecían en cuanto a belleza. Tenía un cutis deslumbrante, con un rostro de la más fina expresión, los ojos profundos, inteligentes, y con una mirada tan ingenua como la de un niño. Iba vestida con mucha sencillez, y parecía por completo una muchacha joven y llena de frescor.

A medida que conversábamos, hablando de los tópicos más corrientes, notaba instintivamente que Madame Sara sentía por mi persona un interés mucho mayor del que cabe esperar tras una mera presentación. Paulatinamente, fue desviando la conversación hasta conseguir que Selby, su esposa y su cuñada se alejaran de nosotros; entonces se acercó mucho más a mí y manifestó en voz baja:

—¡Estoy muy satisfecha de haberle conocido por muy extraño que haya sido nuestro encuentro! ¿Ha sido realmente casual?

—No entiendo lo que quiere usted decir —contesté.

—Sé quién es usted —dijo sonriente—. Es usted el director de la agencia Werner;

su labor consiste en averiguar los asuntos privados de quienes por lo general prefieren guardar sus secretos personales. Señor Druce, quiero ser absolutamente sincera con usted. Tengo una pequeña tienda en el Strand, una perfumería, y al amparo de ese inocente negocio, hago lo necesario para ganar dinero. ¿Tiene alguna objeción, señor Druce, a que siga ganándome la vida del modo más inocente?

—¡Claro que no! —contesté—. Me confunde usted al aludir a ello.

—Deseo que visite mi tienda cuando llegue a Londres. He estado fuera de la capital durante tres o cuatro meses. Hago maravillas para mis clientes y ellos me pagan espléndidamente mis servicios. Tengo unos secretos por completo inocentes que a nadie puedo desvelar; los he conseguido en parte de los indios y en parte de los nativos del Brasil. Últimamente estuve en Para con objeto de investigar ciertos métodos que han de mejorar mi comercio.

—¿Y en qué consiste su comercio? —pregunté, mirándola con detención y sorpresa.

—Soy embellecedora —contestó con cierto gracejo, sonriéndose—. Perdóneme, pero llegará el día, Mr. Druce, en que también a usted le aquejarán las dolencias de los muchos años; y ahora, dígame: ¿es capaz de adivinar mi edad?

—No me atrevería a hacerlo —contesté.

—Y yo no se lo he de decir. Más vale respetar el secreto. Pero ha de comprender que mi profesión es muy legítima y que guardo unos secretos; y debo aconsejarle, Mr. Druce, que pese a su capacidad profesional, no se interfiera en mis asuntos.

La expresión ingenua se desvaneció de su semblante al pronunciar sus últimas palabras. Parecía haber en su tono como de desafío. Al cabo de unos segundos, se reunió de nuevo con mis amigos.

—¿Mr. Druce, ya conoce a Madame Sara? —me preguntó la señora Selby—. ¿No le parece encantadora?

—Es una de las mujeres más hermosas que he visto en mi vida —respondí—, pero me parece que hay algún misterio en torno a ella.

—Desde luego que sí —manifestó Edith Dallas seriamente.

—Me preguntó si era capaz de adivinar su edad —proseguí—. No lo intenté, pero a buen seguro que no tiene más de veinticinco años.

—Nadie conoce su edad —dijo la señora Selby—, pero he de confiarle un hecho curioso que tal vez no quiera creer: fue la madrina de mi madre cuando se casó, hace treinta años. Dice que nunca ha de cambiar y que no teme a la vejez.

—¿Habla seriamente? —exclamé—. ¡Eso es imposible!

—Su nombre figura en el registro y mi madre la conocía muy bien. Entonces ya era misteriosa, y creo que mi madre penetró sus poderes, pero no puedo asegurarlo. En cualquier caso, Edith y yo la adoramos, ¿no es cierto, Edith?

Cogió afectuosamente a su hermana del brazo. Edith Dallas permanecía callada,

pero su rostro parecía preocupado. Al cabo de unos segundos, dijo con lentitud:

—Madame Sara es misteriosa y terrible.

Quizá no exista, aparte de los juristas una profesión que engendre más sospechas que la mía. Odio los misterios, tanto en las personas como en las cosas. Los misterios son mis enemigos naturales, y ahora sentía que aquella mujer era un misterio evidente. No había duda de que se interesaba por mi persona, tal vez porque me temía.

El resto de la travesía discurrió de manera bastante agradable. Cuanto más veía a la señora Selby y a su hermana, más me gustaban. Eran muy tranquilas, sencillas y sinceras. Estaba persuadido de que eran tan buenas como el oro de ley.

Nos separamos en la estación de Waterloo; Jack con su mujer y su cuñada se fueron a la casa de Eaton Square, mientras que por mi parte regresaba a mi domicilio de St. John's Wood. Allí tenía mi casa, con un gran jardín al fondo del cual se hallaba mi laboratorio; éste era mi orgullo, pues considerándolo bien, era el mejor laboratorio privado de Londres. Allí solía pasar mis ratos de ocio, realizando experimentos y ensayando combinaciones químicas, con la esperanza de realizar grandes cosas algún día, por cuanto la agencia Werner no tenía que ser el final de mi carrera. Sin embargo, esta labor me interesaba totalmente y no me disgustaba, ni mucho menos, volver a mis rompecabezas comerciales.

Al día siguiente, en el preciso momento en que me disponía a salir para mi despacho, se presentó Jack Selby.

—He venido a pedirle ayuda —me dijo—. He tratado ya por todos los medios de informarme acerca de mi cuñado, pero ha sido inútil. Su nombre no figura en ninguna guía. ¿Podría usted ayudarme a descubrir su paradero?

Le contesté que podía y que me gustaría hacerlo, si quería dejar el asunto en mis manos.

—Con sumo gusto —contestó—. Ya sabe cuál es nuestra situación. Ni Edith ni Beatriz podrán cobrar regularmente su dinero mientras no descubramos a ese hombre. No puedo imaginarme por qué se esconde de ese modo.

—Puedo insertar algunos anuncios en la pequeña correspondencia de los periódicos —le dije— pidiendo a cualquier persona que pueda facilitarme alguna información que me la comunique a mi despacho. También voy a dar las debidas instrucciones a todas las secciones de mi firma al igual que a todos mis ayudantes en Londres para que estén preparados para cualquier noticia. Puede estar seguro de que en una semana o dos sabremos algo acerca de su cuñado.

Selby pareció alegrarse por la propuesta que le hacía y después de rogarme que visitara a su esposa y a su cuñada lo antes posible, se marchó.

Ese mismo día los anuncios fueron enviados a los diferentes periódicos y se dieron las instrucciones oportunas a los agentes investigadores; pero las semanas

transcurrieron sin el menor resultado. Selby estaba muy preocupado por aquel retraso. Sólo se sentía feliz en mi presencia e insistía en que fuera a verle a su casa en mis ratos libres. Me satisfacía el hacerlo ya que sentía un gran interés por él y sus asuntos. En cuanto a Madame Sara, no podía quitármela de la mente. Cierta día, la señora Selby me dijo;

—¿Ha vuelto a ver a Madame Sara? Sé que a ella le gustaría que la visitara usted para mostrarle su tienda y cuanto la rodea.

—Le prometí hacerle una visita —contesté—, pero hasta ahora no he tenido tiempo.

—¿Le gustaría venir conmigo mañana por la mañana? —preguntó de pronto Edith.

Se había sonrojado al decirme eso y una expresión de preocupación se dibujó en su rostro. Desde hacía algún tiempo, la encontraba nerviosa y deprimida. Ya había observado esa peculiaridad a bordo del *Nonnah Castle*, pero con el tiempo, en lugar de desaparecer no había sino empeorado. Su rostro parecía ansioso en una mujer tan joven; se sobresaltaba al menor ruido y el nombre de Madame Sara le despertaba una emoción exagerada tan pronto como se pronunciaba.

—¿Quiere venir conmigo? —repitió con gran vehemencia.

Se lo prometí en el acto, y al día siguiente, alrededor de las once de la mañana, Edith Dallas y yo nos dirigíamos en un cabriolé hacia la tienda de Madame Sara. Llegamos allí al cabo de unos minutos y nos encontramos ante una pequeña casa situada entre una mercería y una pequeña tienda de estampas baratas. En los escaparates de la tienda de Madame Sara había unas pirámides de frascos de perfume, con sus tapones de cristal tallado adornados con lazos multicolores. Nos apeamos del coche y entramos en la tienda; en el interior había unas escaleras que conducían hasta una gruesa puerta de caoba.

—Esta es la puerta de sus habitaciones privadas —dijo Edith, señalando una pequeña placa de cobre con la inscripción: «Madame Sara, Parfumeuse».

Edith pulsó el timbre eléctrico y la puerta se abrió inmediatamente, apareciendo en el recuadro un botones vestido con mucha elegancia. Miró a Miss Dallas como si la conociera perfectamente y dijo:

—Madame la está esperando, Miss.

El muchacho nos introdujo a los dos en una habitación silenciosa, sobria y bellamente amueblada, y se fue, cerrando la puerta. Edith se volvió hacia mí:

—¿Sabe dónde nos encontramos? —preguntó.

—Ahora mismo estamos en una pequeña habitación inmediatamente contigua a la tienda de Madame Sara —contesté—. ¿Por qué está tan nerviosa, Miss Dallas? ¿Qué le pasa?

—Estamos en el umbral del sótano de una maga —replicó—. Pronto estaremos



frente a la mujer más maravillosa de todo Londres. No hay nadie como ella.

—¿Y le teme? —dije con voz susurrante.

Edith se estremeció, dio un paso hacia atrás, recobrando su calma con dificultad. En ese momento, el botones volvió para conducirnos a través de una serie de pequeñas salas de espera, y pronto nos encontramos ante Madame Sara en persona.

—¡Ah! —exclamó con una sonrisa—. ¡Qué bien! Edith, cumplió con su promesa y le estoy muy agradecida. Ahora voy a mostrarle a Mr. Druce algunos de los misterios de mi negocio. Pero tiene que comprender usted, señor Druce —agregó dirigiéndose a mí— que no puedo confiarle ninguno de mis secretos verdaderos, sino lo que le guste saber acerca de mi persona.

—¿Cómo puede saber lo que me gustaría saber acerca de usted? —pregunté.

Me dirigió una grave mirada que no dejó de sorprenderme y prosiguió:

—Del conocimiento nace el poder; no rechace usted lo que deseo ofrecerle. —Y dirigiéndose a Edith, manifestó—: Edith, no le molestará esperar aquí mientras le enseño las habitaciones al señor Druce ¿verdad? —Y volviéndose hacia mí, dijo—: En primer lugar, Mr. Druce, observe esta habitación. Está iluminada únicamente por el techo. Cuando la puerta se cierra, el techo queda cerrado 3 su vez automáticamente, lo cual impide cualquier intrusión desde el exterior. Este es mi *sanctum sanctorum*... Un ligero perfume flota en la habitación. ¿Qué le parece todo esto?

No contesté. Madame Sara atravesó la habitación, indicándome que la acompañara. Llegamos ante una mesa cuadrada de roble bruñido llena de toda una serie de artículos y de objetos: frascos conteniendo unos medicamentos extraños, espejos planos y cóncavos, cepillos, pulverizadores, esponjas, instrumentos finamente afilados de acero pulido, lancetas y fórceps. Junto a la mesa, había un sillón parecido al que usan los dentistas. Encima del sillón había colocada una lámpara eléctrica de potente reflector con lentes, parecidos a las linternas sordas. A su lado había otro sillón, con un zócalo de cristal; Madame Sara me explicó que era para administrar corriente estática. También observé unas pilas secas para la corriente continua y bobinas de inducción para las corrientes farádicas. Vi asimismo agujas de platino para quemar las raíces de los cabellos.

Madame Sara me llevó a otra habitación en la que había una gama más formidable todavía de instrumentos: una mesa de operaciones hecha de madera con toda la instalación para administrar cloroformo y éter. Cuando lo hube examinado todo, se volvió hacia mí:

—Ahora, ya sabe. Soy doctora, quizá un poco charlatana. Esos son mis secretos; gracias a ellos, puedo vivir y prosperar.

Regresó nuevamente a la habitación anterior con el paso ligero y vivo de una joven. Pálida como un fantasma, Edith Dallas seguía esperándonos.

—Cumplió usted con su obligación, hija mía —manifestó Madame Sara. Mister Druce ha visto cuanto yo deseaba mostrarle. Les estoy agradecida a los dos. Esta noche nos volveremos a encontrar en la recepción de Lady Farrington. ¡Hasta luego pues! ¡Adiós!

Tan pronto como nos volvimos a encontrar en la calle, subidos en el coche que nos llevaba de regreso a Eaton Square, le pregunté a Edith:

—Hay muchas cosas que me confunden con respecto a su amiga, pero ninguna como ésta: ¿Cómo es posible que una mujer que tiene una tienda consiga penetrar en las mejores casas de Londres? ¿Por qué la mejor sociedad le abre sus puertas a esa mujer, Miss Dallas?

—Soy absolutamente incapaz de decírselo —contestó—. Lo único que sé es que donde quiera que vaya, siempre es recibida con gran respeto y consideración y que donde quiera que deja de ir no cesan de lamentarse de ello.

También yo estaba invitado a asistir a la recepción de Lady Farrington aquella noche y me presenté allí, presa de una enorme curiosidad. Indudablemente, Madame Sara me interesaba sobremanera. No estaba seguro de ella; además de la duda, había en ella un misterio; por otra parte, existía también el hecho de que, por algún inconfesable motivo, aquella mujer deseaba conciliarse conmigo y desafiarme al mismo tiempo. ¿Qué significaba todo eso?

Llegué temprano, y estaba esperando en el salón, cerca de la escalera, cuando anunciaron la llegada de Madame Sara. Lucía un magnífico vestido de satén blanco y una gran cantidad de diamantes. Vi cómo Lady Farrington se dirigía hacia ella y ambas conversaban animadamente. Noté la respuesta de Madame Sara y la expresión de alegría que iluminó el semblante de su anfitriona.

Unos minutos más tarde, un hombre con cara de extranjero y con una larga barba, se sentó ante el piano. Tocó un leve prelude y Madame Sara comenzó a cantar. Su voz era melodiosa y baja, y había un extraordinario dramatismo en ella. Era ese tipo de voz que penetra el corazón. El ruido de la conversación se desvaneció en el acto. Madame Sara cantaba en medio del más perfecto de los silencios, y cuando finalizó su canto fue saludada por una salva de aplausos. Me disponía a decirle algo a mi vecino inmediato, cuando apercibí a Edith Dallas muy cerca de allí. Su mirada tropezó con la mía; me cogió por el brazo:

—Hace calor en esta sala —dijo, medio jadeante al hablar—. Lléveme hacia el balcón.

Así lo hice. La atmósfera de la sala de recepción era casi insoportable, pero en comparación al aire libre hacia fresco.

—No debo perderla de vista —dijo bruscamente Edith.

—¿De quién está usted hablando? —pregunté, asombrado.

—De Sara.

—Madame Sara está ahí mismo —contesté—. Puede usted verla desde aquí. Se daba el caso de que nos halláramos solos. Me acerqué un poco más a Edith:

—¿Por qué la teme usted de esa manera?

—¿Está seguro de que no nos puede escuchar nadie? —fue toda su respuesta. Al cabo de unos segundos, manifestó—: Me aterroriza.

—Le aseguro, Miss Dallas, que no la traicionaré. ¿No quiere confiar en mí? Debe explicarme el motivo de sus temores.

—No puedo; no me atrevo. Ya he dicho demasiado. No me toque Míster Druce; ella no debe vernos juntos.

Después de esas palabras, fue abriéndose paso a través de la multitud de invitados, y antes de que pudiera detenerla, ya estaba junto a Madame Sara.

Recuerdo que la recepción en Portland Place tuvo lugar el veintiséis de julio. Dos días después, los Selby tenían que dar su propia recepción antes de marcharse al campo. Naturalmente, me habían invitado, al igual que a Madame Sara.

Nunca la vi vestida con tanto esplendor, ni nunca la vi tan joven y tan hermosa. Donde quiera que estuviese, las miradas se clavaban en ella. Generalmente, su atuendo era sencillo, muy parecido al que pudiera lucir una muchacha, pero aquella noche iba vestida con un precioso tejido oriental de varios colores y reluciente de brillantes. Su áurea cabellera estaba adornada con una diadema de diamantes y alrededor del cuello lucía un collar de turquesas y de brillantes. En el salón había muchas mujeres jóvenes, pero por jóvenes y bellas que fueran, ninguna podía compararse a Madame Sara. La suya no era sólo belleza, sino encanto, un encanto que no la abandonaba donde quiera que estuviese.

Apercibí a Miss Dallas, alta y esbelta, pero pálida, que estaba de pie no lejos de mí. Me dirigí hacia ella. Antes de que le hablara, se inclinó hacia mí:

—¿No es divina? —susurró—. Es capaz de turbar y encantar a cualquiera. Está conquistando Londres por asalto.

—¿Así que esta noche no la teme?

—La temo más que nunca. Me tiene embrujada. Pero escuche, vuelve a cantar.

No se me había olvidado la canción que Madame Sara nos ofreciera en casa de Lady Farringdon, y me dispuse a escucharla. En el salón reinaba el más profundo silencio. Su voz flotaba por encima de las cabezas de los invitados; cantaba una canción de cuna española. Edith me explicó que Madame Sara se vanagloriaba de adormecer con esa canción a todos los que la escucharan.

—Tiene numerosos pacientes que padecen de insomnio —musitó Edith— y generalmente les cura con esa canción. ¡Ay! no podemos hablar; podría oírnos.

Antes de que tuviera la oportunidad de replicarle, Selby vino apresuradamente hacia nosotros. No pareció hacer caso de Edith y me agarró del brazo:

—Dixon, venga un minuto conmigo; allí, en aquella ventana. Tengo que hablarle.

¿Imagino que no tiene usted ninguna noticia acerca de mi cuñado?

—Ni una palabra —contesté.

—La verdad es que estoy tremendamente desconcertado con este asunto. No podemos solucionar ninguno de nuestros problemas financieros porque ese hombre prefiere esconderse. Los abogados de mi mujer telegrafiaron ayer al Brasil, pero sus banqueros se desentienden del caso y no saben nada de mi cuñado.

—Todo es cuestión de tiempo —le contesté—. ¿Cuándo sale para Hampshire?

—El sábado —al pronunciar estas palabras, Selby echó una ojeada a su alrededor y bajó la voz—: He de decirle algo más. Cuanto más la veo —dijo señalando con la cabeza a Madame Sara— menos me gusta. Edith se halla en un estado muy extraño, ¿no lo ha notado? Y lo peor es que también mi mujer se ha contagiado. Supongo que todo es debido a los trucos de esa mujer para embellecer a la gente. Indudablemente la tentación es arrolladora para una mujer fea, pero Beatriz es hermosa y joven. ¿Qué tiene ella que ver con los cosméticos y las píldoras de belleza?

—¿Acaso quiere decirme que su esposa ha consultado a madame Sara en calidad de médico?

—Concretamente no, pero sí que se ha dirigido a ella como dentista. Se quejaba de un dolor de muelas y madame Sara tiene un gran renombre como dentista. En cuanto a Edith, siempre está en su tienda por una u otra razón, pero mi cuñada está loca por ella.

Después de pronunciar aquellas palabras, Jack Selby me dejó para hablar con otro invitado, y antes de apartarme de la ventana, vi a Edith Dallas y madame Sara que conversaban muy animadamente. Al acercarme, no se me escaparon las siguientes palabras:

—No venga a verme mañana. Salga de vacaciones lo antes que pueda. Está lejos y apartado y es lo mejor que puede hacer.

Mientras hablaba, madame Sara volvió bruscamente la cabeza y se fijó en mi mirada. Me saludó con una inclinación y puede captar en su rostro esa especie de desafío que ya conocía. Aquello me incomodó y durante la noche siguiente no logré quitármelo de la cabeza. Recordaba lo que Selby me había dicho con respecto a su esposa y a sus negocios financieros. Sin duda alguna, mi amigo estaba metido en algún misterio, un misterio que madame Sara debía conocer. Se trataba de mucho dinero y suelen ocurrir cosas muy raras cuando andan en juego los millones.

A la mañana siguiente, acababa de levantarme y me había sentado a la mesa para el desayuno, cuando me entregaron una carta; la había traído un mensajero especial y llevaba la mención «Urgente». La abrí y leí su contenido:

*Querido Druce. Una terrible desgracia acaba de abatirse sobre nosotros.  
Mi cuñada Edith se puso enferma repentinamente esta mañana durante el*

*desayuno. Mandamos llamar al médico más cercano pero nada pudo hacer, Edith murió hace media hora. Venga inmediatamente y si conoce algún especialista experimentado procure que le acompañe hasta aquí. Mi esposa está totalmente aturdida por el choque.*

*Un abrazo,*

Jack Selby

Tuve que leer la carta varias veces antes de poder entender claramente su significado. Entonces salí apresuradamente, y parando el primero coche que pasó por la calle, ordené al cochero:

—Lléveme lo más pronto posible al número ciento noventa y dos, Victoria Street.

Allí vivía un tal Mr. Eric Vandeleur, un antiguo amigo mío, médico forense del distrito de Westminster al que pertenecía Eaton Square. No había nadie más sagaz y experimentado que Vandeleur y aquel caso entraba precisamente en su jurisdicción tanto legal como profesionalmente. No se hallaba en su apartamento cuando llegué, puesto que ya había salido hacia el tribunal. Por consiguiente me fui a toda prisa hacia el juzgado, donde me informaron de que el forense se encontraba en el depósito de cadáveres.

Su jovialidad y su viveza de ingenio eran destacables en un hombre que como él vivía en una perpetua atmósfera de crímenes y de violencias, de muertes y de jueces instructores. Tal vez se tratase únicamente de una reacción frente a su trabajo, ya que tenía la reputación de ser uno de los expertos más astutos del momento en jurisprudencia médica y el mejor y más probado analista de los asuntos de toxicología de la Policía metropolitana. Antes de que pudiera mandarle una nota diciendo que deseaba verle, oí un portazo y me tropecé con Vandeleur que se apresuraba por el pasillo mientras se ponía su chaqueta para salir.

—¡Hola! —gritó—. ¡Cuánto tiempo sin verle! ¿Qué se le ofrece?

—Un caso urgentísimo. ¿Está muy ocupado?

—¡Hasta la coronilla, querido amigo! Ahora no puedo atenderle ni por un momento, tal vez más tarde.

—¿Qué pasa? Lo veo a usted muy excitado.

—Acaban de informarme que debo salir hacia Eaton Square a toda prisa; pero si lo desea puede acompañarme y decirme de lo que se trata.

—¡Estupendo! —exclamé—. ¿Así que ya le han informado del caso? Se dirige a casa de míster Selby, al número 34 a, ¿no es así? Pues le acompaño.

Vandeleur me miró, asombrado:

—¡Si acaban de informarme del caso! ¿Cómo ha podido enterarse y qué sabe acerca del mismo?

—Todo. Cojamos ese coche y ya le explicaré las cosas.

Mientras nos dirigíamos hacia Eaton Square, le fui explicando rápidamente la situación, mirándole de vez en cuando para ver la expresión de su rostro limpiamente rasurado. Eric Vandeleur dejó muy pronto de ser el hombre del último chiste del club y del destello de jovialidad en sus ojos azules; ahora era el Vandeleur forense, con un rostro parecido a una máscara, con su maxilar inferior ligeramente protuberante y las facciones muy serias.

—¡La cosa parece ser muy grave! —manifestó cuando terminé de explicarle el asunto—. Pero no puedo hacer nada hasta después de la autopsia. ¡Bueno, ya hemos llegado! Ahí veo a mi hombre que me espera; ha ido muy rápido.

Ante la escalera de la casa había un hombre uniformado que le saludó.

—El juez instructor —explicó Vandeleur.

Entramos en la casa silenciosa y oscura. Selby nos esperaba en el *hall* y vino hacia nosotros. Le presenté a Vandeleur e inmediatamente nos condujo al comedor, donde nos encontramos con el doctor Osborne, a quien Selby había llamado cuando Edith empezó a sentirse mal. El doctor Osborne era un hombre muy joven, pálido y de baja estatura; su lustró parecía muy alarmado. Vandeleur hizo cuanto pudo para no impresionarle.

—Dentro de un rato, doctor Osborne, hablaremos usted y yo. Pero antes tengo que escuchar lo que me dice el señor Selby. ¿Hace usted el favor de contarme cómo ocurrieron los hechos exactamente? —le preguntó a mi amigo.

—Naturalmente —contestó Jack—. La noche pasada tuvimos una recepción en casa, y mi cuñada no se fue a acostar hasta muy entrada la madrugada. Aunque estaba de mal humor, su salud era la acostumbrada, se encontraba bien. Mi esposa entró en su habitación después de que se acostara y volvió diciéndome que había encontrado a Edith histérica, pero no logró que le diera explicación alguna. Mi esposa y yo estuvimos hablando de llevarnos sin más demora a Edith al campo. Teníamos la intención de salir esta misma tarde.

—¿Y qué más? —preguntó Vandeleur.

—Solemos desayunar alrededor de las nueve y media, y Edith bajó de su habitación, sin el menor índice de malestar y aparentemente de buen humor. Comió con apetito, y se da el caso que ella y mi esposa comieron lo mismo. Estábamos casi al final del desayuno, cuando Edith se levantó de la mesa, soltó un grito, se puso muy pálida, se llevó la mano al costado y salió corriendo. Mi mujer fue inmediatamente tras ella. Regresó al cabo de un par de minutos diciendo que su hermana sufría unos dolores tremendos y pidiéndome que fuera en busca de un médico. El doctor Osborne vive ahí mismo, en la esquina. Acudí de inmediato, pero Edith murió a los pocos segundos de su llegada.

—¿Estaba usted en la habitación? —preguntó Vandeleur, dirigiéndose a Osborne.

—Sí. Miss Dallas estuvo consciente hasta el último momento y falleció

repentinamente.

—¿Dijo algo?

—No dijo nada, salvo que no había comido ni tomado nada en absoluto antes de bajar a desayunar. Inmediatamente después del fallecimiento, mandé mi informe sobre el caso, cerré la habitación donde se encuentra la pobre mujer y cuidé asimismo de que nadie tocara nada de encima de la mesa.

Vandeleur tocó el timbre y se presentó un servidor. Dio rápidamente unas órdenes. Los restos de la comida fueron reunidos para ser analizados, después de lo que el forense y el juez instructor se marcharon.

Cuando estuvimos solos, Selby se sentó. Su rostro estaba descompuesto y sombrío.

—Lo más aterrador es la espantosa rapidez con que ha ocurrido todo esto —exclamó—. En cuanto a Beatriz, no creo que nunca vuelva a ser la misma. Sentía un afecto muy grande por Edith, que le llevaba diez años y siempre se había comportado como una madre para con ella. Este es un mal inicio de nuestro matrimonio. Me cuesta hilvanar mis ideas; estoy confundido por completo.

Me quedé junto a él un buen rato, y al ver que Vandeleur no regresaba, me fui a mi casa. Allí nada podía hacer y cuando a eso de las seis Vandeleur me llamó por teléfono, corrí a su domicilio. Al llegar vi que Selby estaba con él y en sus caras pude descifrar la expresión de la verdad.

—Se trata de un caso francamente malo —afirmó Vandeleur—. Miss Dallas ha muerto bajo la acción de un veneno que había absorbido. El examen y análisis exhaustivo que se ha efectuado, prueba que nos hallamos ante un veneno muy poderoso y desconocido por los toxicólogos europeos. Esto es ya muy extraño en sí, pero la incógnita mayor estriba en saber cómo ha sido administrado el veneno. He de confesar que de momento no sé qué pensar. Lo cierto es que el tóxico no figura entre los restos del desayuno; además, sabemos a través de las últimas palabras de la muerta que no tomó ninguna otra cosa antes del desayuno. Desde luego, un veneno tan potente tenía que obrar con mucha rapidez. Es evidente que la víctima se encontraba perfectamente bien cuando bajó a desayunar y que el veneno comenzó a actuar hacia el final de la comida. Pero ¿cómo le fue administrado? Ese es el problema que hay dilucidar en primerísimo lugar. La situación es grave si tomamos en consideración los asuntos financieros y el valor que tenía la vida de esa mujer. Examinando todos los aspectos del caso, su indudable buen estado de salud y el cariño que sentía hacia su hermana, podemos descartar casi totalmente la idea de un suicidio. Por consiguiente, podemos afirmar que nos hallamos ante un asesinato. Esa mujer indefensa e inofensiva ha sido víctima de un asesino tan diabólicamente astuto que no ha dejado el menor rastro ni la más ínfima pista. Para cometer un acto semejante, tienen que existir unas motivaciones muy poderosas y el individuo que

planeó y ejecutó ese asesinato debe ser un gran criminal dotado de habilidad científica. El señor Selby me ha explicado la exacta situación financiera de su pobre cuñada y también la de su esposa. La desaparición absoluta del hermanastro, dado el carácter del asunto, no deja de ser muy extraña, sabiendo como sabemos, que entre él y los dos millones de libras esterlinas se encuentran dos vidas. ¡Y una de ellas ya dejó de existir!

Un frío mortal corrió por mi espalda al oír las últimas palabras de Vandeleur. Miré a Selby. Estaba demacrado y las pupilas de sus ojos se habían encogido, como si contemplara una escena aterradora.

—Lo que acaba de ocurrir puede producirse de nuevo —prosiguió Vandeleur—. Nos enfrentamos a un profundo misterio, y le aconsejo, señor Selby, que vele con el máximo cuidado por la vida de su esposa.

Estas palabras, salidas de boca de un hombre con la autoridad y la experiencia en tales materias como la de Vandeleur, me impresionaron sobremanera. Pero eran mucho más terribles para Selby. Contenían una solemne puesta en guardia acerca de su joven y hermosa mujer, y Selby adoraba a su esposa.

El hombre se llevó las manos a la cabeza:

—¡Dios mío! —murmuró—. ¿Acaso no estamos en una nación civilizada, para que la muerte pueda rondar a nuestro alrededor, invisible, sin poder evitarla? Dígame, señor Vandeleur, ¿qué puedo hacer?

—Debe seguir mis consejos, y créame: en el mundo no existe la magia. Mandaré inmediatamente un detective a su casa. No se alarme; acudirá vestido de paisano y actuará sencillamente como un criado más. No obstante, debe estar enterado de todos los pasos de su esposa. En cuanto a usted, señor Druce —prosiguió—, la policía hace todo lo posible por encontrar a ese Silva y le pido que los ayude por medio de su agencia; hay que empezar ahora mismo.

Puede confiarme a su amigo; y no deje de telegrafiarle tan pronto como sepa algo.

—Puede contar conmigo —dije—, y al rato me marché.

Conforme iba caminando rápidamente por la calle, volví a pensar en madame Sara, su tienda y su misterioso trasfondo, sus instrumentos de cirugía, su mesa de operaciones, sus bobinas inductoras... Pero, ¿qué tenía que ver madame Sara con este misterio actual, tan extraño como inexplicable?

Aquellos pensamientos acababan de ocurrírseme cuando de pronto oír un ruido detrás de mí en la acera, y al volverme vi un carruaje abierto y muy elegante, arrastrado por un tiro de dos caballos; alguien me llamó y vi a madame Sara que bajaba del coche:

—Le he visto andando por la calle, míster Druce. Acabo de enterarme de la terrible noticia acerca de Edith Dallas y estoy tremendamente impresionada y



trastornada. Estuve en su casa, pero no quisieron recibirme. ¿Está enterado de cuál fue la causa de su muerte?

Los ojos de madame Sara, mientras me hablaba, estaban llenos de lágrimas.

—No puedo decirle lo que he oído, madame —contesté—, puesto que estoy vinculado oficialmente con el caso.

Sus ojos se estrecharon y sus lágrimas se secaron como por encanto. Me lanzó una mirada de desprecio:

—¡Gracias! —replicó—. Su respuesta me da a entender que Edith no ha muerto de muerte natural. ¡Qué cosa más espantosa! Pero no quiero detenerle. ¿Desea que lo lleve a alguna parte?

—No, se lo agradezco.

—Así, pues, ¡adiós!

Le hizo signo al cochero y cuando el coche se ponía en marcha, madame Sara se volvió para mirarme. Su rostro tenía una expresión mucho más desafiadora que nunca.

¿Acaso estaba relacionada con el crimen? Esa idea atravesó mi mente con tal violencia que parecía casi convincente. Pero no tenía razón alguna para pensar de aquella manera... ninguna razón.

Mi tarea principal era en aquel momento la de encontrar a Henry Joachim Silva. Mis colaboradores tenían la orden de realizar todas las investigaciones posibles, con una importante recompensa para estimularles. Las filiales de las otras agencias en todo el Brasil fueron alertadas por cable y se utilizaron todos los canales de Scotland Yard. Todo ello sin resultado. La prensa se ocupó del asunto; muchos diarios publicaban artículos sobre el desaparecido hermanastro y la muerte misteriosa de Edith Dallas. Luego, alguien sacó a relucir la historia del testamento, con toda una serie de aditamentos para mayor interés del público. Finalmente, la investigación del jurado criminal se cerró con el siguiente veredicto:

*«Se ha probado que Miss Edith Dallas murió tras la absorción de un veneno desconocido; pero no hay ninguna prueba que permita decir cómo o quién se lo administró».*

Sin embargo, esta situación desagradable iba a cambiar bruscamente. El día 6 de agosto, mientras me encontraba sentado en mi despacho, un mensajero privado me hizo llegar la carta siguiente:

*Norfolk Hotel, Strand*

*Estimado señor,*

*Acabo de llegar a Londres desde el Brasil y he podido leer sus anuncios. Yo*

*mismo estaba a punto de insertar uno con el fin de encontrar el paradero de mis hermanas. Soy un inválido, incapaz de dejar mi habitación. ¿Puede venir a verme lo antes posible?  
Atentamente, su servidor,*

*Henry Joachim Silva*

Con la mayor excitación, me apresuré en despachar dos telegramas, uno para Selby y otro para Vandeleur, rogándoles que vinieran a verme sin falta lo antes posible.

De manera que aquel hombre no estaba ni mucho menos en Inglaterra hasta aquel momento. La situación era más desorientadora que nunca. Con todo, una cosa parecía probable: la muerte de Edith Dallas no era obra de su hermanastro.

Selby se presentó en mi despacho un poco después de las seis y media de la tarde y Vandeleur llegó a los diez minutos. Les conté lo que había ocurrido y les enseñé la carta. Al cabo de media hora, los tres nos presentábamos en el hotel. Después de darme a conocer, nos condujeron a una habitación del tercer piso, guiados por el criado personal de Silva. Al entrar, vimos a un hombre sentado en un sillón. Su rostro era tremendamente delgado. Sus ojos y sus mejillas estaban tan hundidos que parecía una verdadera calavera. No hizo ningún esfuerzo para levantarse cuando nos vio entrar y nos estuvo mirando a uno tras otro con el mayor asombro. Me presenté inmediatamente y le expliqué quiénes éramos. Entonces, hizo un gesto a su criado para que se retirase.

—Seguramente, ya estará enterado usted de los hechos, señor Silva.

—¿Yo? ¿De qué cosas? —contestó mirándome fijamente como si intentara descifrar algo en mi rostro.

Se echó para atrás en su sillón y exclamó:

—¡Por Dios! ¿Alude a mis hermanas? ¿Dígame, pronto, están vivas?

—Su hermana mayor murió el veintinueve de julio y existen muchas razones para pensar que su muerte fue pérfidamente provocada.

Al oír mis palabras, la expresión de su semblante se alteró de un modo tremendamente significativo. Quedó mudo y sin movimiento. Sus manos descarnadas se agarraron a los brazos del sillón, sus ojos desencajados y fijos parecían querer salirse de las órbitas y su tez tomó un color arcilloso. Sentí cerca de mí la respiración jadeante de Selby, mientras Vandeleur, dando unos pasos hacia Silva, le ponía la mano sobre el hombro.

—Dígame cuanto sepa acerca del caso —dijo ásperamente.

Recobrándose con esfuerzo, el inválido comenzó con voz trémula:

—Escuchen con atención, porque tendrán que actuar con mucha rapidez. Yo soy el responsable indirecto de este espantoso caso. Mi vida entera ha sido insensata y

estéril, y ahora voy a morir. Los médicos me han asegurado que no viviré más de un mes; sufro de aneurisma cardíaco. Hace dieciocho meses, me encontraba en Río de Janeiro. Era un vividor y un tahúr. Entre mis compañeros de juego había un hombre mucho mayor que yo, llamado José Arango. Era un jugador más hábil que yo. Cierta noche, estuvimos jugando mano a mano. Las apuestas alcanzaron una suma muy considerable. Al amanecer, le debía cerca de doscientas mil libras esterlinas. Aunque yo era rico gracias a la renta que me había dejado mi tío en su testamento, no pude pagar ni la vigésima parte de aquella suma. Aquel hombre conocía mi situación financiera, y además de las cinco mil libras que le aboné en metálico, le entregué un documento. Tenía que estar completamente loco para hacer semejante cosa. En aquel documento, debidamente otorgado y certificado por un notario, me comprometía en caso de sobrevivir a mis hermanas y de heredar toda la fortuna de mi tío, a entregarle quinientas mil libras a José Arango. Yo ya notaba por entonces que mis fuerzas flaqueaban y que mis posibilidades de heredar eran muy pocas. Inmediatamente después de la entrega del documento, Arango se marchó de Río de Janeiro y fue entonces cuando me enteré de muchas cosas acerca de su persona que antes ignoraba. Era un individuo con los antecedentes más deplorables, mitad indio y mitad italiano. Había pasado gran parte de su vida entre los indios. También supe que era un hombre tan hábil y astuto como cruel y que poseía ciertos secretos acerca de unos venenos totalmente desconocidos en Occidente. No dejaba de pensar en todos aquellos hechos, pues al firmarle aquel documento, me di cuenta de que había interpuesto la vida de mis dos hermanas entre la fortuna y su persona. Salí hacia París hace seis semanas, y me enteré de que una de mis hermanas acababa de casarse y que ambas habían marchado a Inglaterra. Enfermo como me encontraba, resolví reunirme con ellas para prevenirlas. También deseaba arreglar las cosas con usted, señor Selby.

—¡Un momento! —le corté bruscamente—. ¿Acaso sabe usted si ese individuo, José Arango, conoció a una mujer llamada madame Sara?

—¡Sí, la conocía! —exclamó Silva—. Y además muy bien, eso me consta. Arango y madame Sara eran muy amigos y se veían constantemente. Ella decía ser una especialista en belleza, era muy hermosa y poseía ciertos secretos para su negocio que ni el mismo Arango conocía.

—¡Dios mío! —grité—. ¡Y esa mujer está ahora en Londres! Regresó aquí junto con la señora Selby y Miss Edith Dallas. Edith estaba muy influida por ella y siempre andaban juntas. A mi juicio, no cabe duda de que esa mujer es culpable. Hace ya algún tiempo que lo sospechaba, pero no conseguía encontrar el motivo. Ahora está claro. ¿Podría usted detenerla? —pregunté a Vandeleur.

Vandeleur no contestó. Me miró de un modo extraño y luego se volvió hacia Selby:

—¿Su mujer consultó también a madame Sara? —preguntó vivamente.

—Sí, estuvo una vez en su casa para que la atendiera de un dolor de muelas. Pero no ha vuelto allí desde que murió Edith. La rogué que dejara de ver a esa mujer y me prometió que así lo haría.

—¿Acaso tiene su esposa algún medicamento o alguna loción que le haya facilitado madame Sara, o sigue algún tratamiento que ésta le haya recetado?

—No, de ello estoy seguro.

—Bien. Esta noche veré a su esposa para formularle algunas preguntas. Ambos deberán abandonar la capital cuanto antes. Márchense al campo y permanezcan allí. Hablo muy en serio al afirmar que la señora Selby corre el mayor de los peligros después de la muerte de su hermana. Ahora tenemos que dejarle, señor Silva. Los asuntos financieros pueden esperar de momento. Es absolutamente imprescindible que la señora Selby salga en seguida de Londres. ¡Buenas noches, señor Silva! Mañana por la mañana vendré a visitarle de nuevo.

Los tres nos despedimos del enfermo. Tan pronto como estuvimos en la calle, Vandeleur manifestó:

—Señor Selby, le confío a usted la decisión acerca de lo que deba decirle a su mujer de todo este asunto. En su lugar, yo se lo diría todo. Ha llegado el momento de actuar sin perder un minuto y su esposa es una persona valiente y sensible. A partir de ahora, tendrá usted que vigilar los alimentos y las bebidas que pudiera tomar. Su esposa no debe quedar fuera de su vista o de la de las personas en que usted pueda tener absoluta confianza.

—Yo mismo cuidaré de mi mujer —aseguró Selby—. Pero esto es para volverse loco.

—Yo podría acompañarles a su casa de campo —propuse de repente a Selby.

—¡Ah! —exclamó Vandeleur— eso sería lo mejor y lo que yo mismo deseaba proponerle. Salgan los tres juntos mañana en el primer tren.

—Ahora tengo que ausentarme para resolver unos asuntos —dije—. Selby, mañana nos encontraremos nuevamente en la estación de Waterloo a la hora de salida del primer tren para Crons Moor.

Cuando me disponía a marchar, Vandeleur me cogió del brazo:

—Me alegra saber que usted irá con ellos. Esta noche le mandaré mis instrucciones. No olvide llevar siempre una pistola cargada. ¡Buenas noches!

A la mañana siguiente, a las 6,15, Selby, su esposa y yo nos encontrábamos en un compartimento cerrado de primera clase del tren que avanzaba a toda velocidad hacia el oeste. Los criados y la doncella de la señora Selby viajaban en otro coche. Selby tenía la cara de quien no ha pegado un ojo en toda la noche, lo que contrastaba con el rostro lleno de frescor de su mujer, por quien se libraba aquella tremenda lucha. Su marido la había puesto al corriente de todos los pormenores y aunque seguía afectada por el choque causado por la muerte de su hermana, su cara estaba descansada y

tranquila.

Un coche nos esperaba a nuestra llegada a Crons Moor, y a las nueve y media ya estábamos en la vieja mansión de los Selby, escondida entre los robles y los olmos. Se habían tomado todas las disposiciones para hacer la estancia en la casa de campo lo más agradable posible, pero Selby no podía arrancarse a la tristeza que le embargaba. Por muchos esfuerzos que hiciera, nada alcanzaba a interesarle.

A la mañana siguiente, recibí una carta de Vandeleur. Era muy corta y una vez más me aconsejaba que tuviese el máximo cuidado. Me decía que dos médicos eminentes habían examinado a Silva y que según su diagnóstico no llegaría a vivir otro mes. Por consiguiente, era preciso tomar las máximas precauciones hasta su fallecimiento.

Hacía un día hermoso y después del desayuno, me disponía a salir para dar un paseo, cuando el mayordomo de los Selby me entregó un telegrama. Lo abrí y vi que era de Vandeleur. En él rezaba lo siguiente:

*«Prohibido cualquier alimento hasta mi llegada.  
Me dirijo hacia Crons Moor».*

Me fui a toda prisa hacia el despacho y entregué el telegrama a Selby. Lo leyó y se quedó mirándome, atónito. Luego me dijo:

—Mire a qué hora llega el primer tren y salga al encuentro de Vandeleur. Esperemos que esto sea el final de esta odiosa historia.

Me apresuré a mirar el horario de los trenes: el primero llegaba a Crons Moor a las 10,45. Me dirigí a las cuadras y mandé que me preparasen un carruaje con el que salir a toda prisa. Sin duda, había ocurrido algo inesperado. El hecho de que Vandeleur viniera tan de repente podía significar el esclarecimiento definitivo del misterio. Apenas si acababa de pasar por delante del pabellón del guarda de la finca para esperar mi coche, cuando oí un ruido de caballos al galope y de ruedas. Las puertas estaban abiertas y el fiacre descubierto de Vandeleur entró a toda velocidad en la finca. Antes de que me recobrase de mi asombro, ya estaba Vandeleur fuera del vehículo y junto a mí, con una pequeña maleta negra en la mano.

—He venido con un tren especial —explicó rápidamente—. ¡No hay tiempo que perder! ¡Vamos! ¿La señora Selby está bien?

—¿Qué quiere decir? Claro que está bien. ¿Cree usted que está en peligro?

—¡En peligro de muerte, sí! ¡Vamos!

Corrimos juntos a la casa. Al oír nuestros pasos, Selby acudía hacia nosotros.

—¡Míster Vandeleur! —gritó asombrado—. ¿Qué ocurre? ¿Cómo ha llegado usted?

—Con un tren especial, señor Selby. Y he de ver a su esposa ahora mismo. Es

preciso hacerle una ligera operación.

—¡Una operación! —exclamó.

—¡Sí, de inmediato!

Nos apresuramos, atravesando el hall, hasta el pequeño salón donde la señora Selby estaba ocupada en leer y contestar su correspondencia. Se levantó al ver a Vandeleur con una exclamación de sorpresa:

—¿Qué ha ocurrido?

Vandeleur se le acercó y le tomó la mano:

—No debe alarmarse, he venido para acabar con todos sus temores. Ahora, le ruego que me escuche: Cuando visitó a madame Sara con su hermana. ¿Acaso fue para que la atendiera de alguna dolencia?

La señora Selby se sonrojó:

—Me dolía una muela, por eso estuve en su casa. Como debe saber usted sin duda, madame Sara es una dentista maravillosa. Me examinó la muela, dijo que había que empastarla, y llamó a uno de sus asistentes, creo que era brasileño, para que lo hiciera.

—¿Y desde entonces esa muela no la ha vuelto a molestar?

—Precisamente. No he vuelto a sentirla. Ese mismo día también le empastó una muela a mi hermana Edith.

—¿Quiere tener la gentileza de sentarse y enseñarme la muela que le empastaron?

Beatriz Selby se sentó con una sonrisa:

—Esta es —dijo, señalando con la punta del dedo una de las muelas de su maxilar inferior—. ¿Pero, qué significa todo esto? ¿Acaso hay algo que no esté bien?

Vandeleur examinó la muela larga y cuidadosamente. De pronto, hizo un rápido movimiento con la mano y la señora Selby soltó un agudo grito. Con la destreza que le daba su larga experiencia y con su poderosa mano acababa de extraer la muela de un solo golpe. Por muy asombroso que fuera todo aquello, no era nada en comparación con lo que siguió.

—Mande a la doncella que venga junto a su esposa —dijo Vandeleur al marido— y luego venga conmigo a la habitación de al lado.

Seguí a Vandeleur mientras Selby se ocupaba en llamar a la doncella. Tan pronto como ésta llegó, atendiendo solícitamente a la pobre señora Selby, aterrada y medio desfallecida en su silla, mi amigo se reunió con nosotros en el comedor.

—¡Muy bien! —dijo Vandeleur—. ¡Haga usted el favor de cerrar la puerta!

Abrió su negro maletín, extrayendo del mismo varios instrumentos. Con uno de ellos sacó la pasta que obstruía la carie de la muela que acababa de sacarle a Beatriz Selby tan diestramente. Estaba muy blanda y la extrajo con suma facilidad. Seguidamente, metió la mano en su maletín y sacó una cobaya muy pequeñito, y me mandó que la aguantara. Metió la punta de su instrumento en el interior de la muela y,

abriendo la boca del animalito, le aplicó la punta en cuestión sobre la lengua. El efecto no pudo ser más instantáneo: la cabeza de la cobaya cayó inerte sobre mi mano, ¡el animalito estaba muerto! Vandeleur estaba pálido como un cirio. Se precipitó hacia Selby y levantó los puños:

—¡Gracias a Dios, llegué a tiempo! ¡Ya era hora! ¡Su esposa está salvada! Ese empaste no podía durar más allá de una hora. He estado pensando toda la noche sobre la misteriosa muerte de su cuñada y en cada una de las posibilidades que pudieran ofrecerse para saber de qué manera podía haberse administrado ese veneno. Súbitamente, la coincidencia de que las dos hermanas llevaran las muelas empastadas, se me antojó extraordinaria. Cuanto más meditaba acerca de ese hecho tanto mayor era mi convicción de que tenía razón. Pero lo que ya no sabría explicar es cómo un plan tan demoníaco y astuto pudo concebirse y llevarse a efecto. El veneno es muy parecido a la hiosciamina, uno de los alcaloides más tóxicos que se conocen, tan violento en su acción letal que la cantidad que pueda contenerse en una muela cariada basta para causar una muerte casi instantánea. El veneno quedaba encerrado con un empaste de gutapercha, con la seguridad de que dicho empaste saltaría al cabo de un mes, tal vez antes, y muy probablemente durante la masticación. La persona habría de morir en el acto o al cabo de pocos minutos, y nadie pensaría en relacionar la visita al dentista con una muerte que se produciría al cabo de un mes.

Lo que siguió puede relatarse en pocas palabras. Madame Sara fue detenida como sospechosa. Se presentó ante el juez, hermosa y aparentemente inocente y se las apañó durante el interrogatorio para desconcertar y confundir a una persona tan clarividente. No negó los hechos, pero afirmó que el veneno pudo haberlo vertido en la muela de Edith y de Beatriz uno de los dos brasileños que había contratado para asistirle en su labor de dentista. Madame Sara tuvo alguna sospecha acerca de esos individuos y los despidió a los pocos días. Pensaba que estaban a sueldo de José Arango, pero no podía asegurar nada al respecto. De manera que madame Sara escapó al castigo. Yo estaba seguro de que era culpable, pero no había ni la sombra de una prueba. Silva falleció al cabo de un mes, y Selby es ahora dos veces millonario.

## EL SUBMARINO

---

Clifford Ashdown

---

¡Tric-trac!, ¡tric-trac! Así sonaban los discos blancos y negros sobre el tablero, justificando expresivamente con su ruido la expresión francesa aplicada al juego de tablas: ¡Tric-trac! «Se trata sin duda de una nación de poetas —pensaba míster Pringle—: ¿no tienen acaso “¡Teuf-teuf!” para designar un automóvil? ¡Una verdadera inspiración!». Mientras fumaba su puro, el chasquido de los enormes discos sonaba, llenando el aire de un modo discordante.

En una época como aquella en que la cocina no estaba basada totalmente en los *air-tights* —para emplear la expresión americana que designa las latas de conserva— a un hombre que deseaba cenar, distinguiéndose con ello de la mera alimentación animal, le bastaba con buscar furtivamente algún restaurante en el remoto barrio de Soho, guardando celosamente su secreto ante sus compañeros. Sin embargo, Mr. Pringle, con su predilecta afición por el estudio de la naturaleza humana, solía visitar de vez en cuando el local de la *Poissonière*, en Gerrard Street, y para mejor proseguir sus investigaciones detectivescas, se abstenía de relacionarse con las lenguas foráneas que escuchaba a su alrededor. El restaurante estaba lleno para no decir abarrotado de gente, y Pringle, aunque sentado cerca de un ventilador amablemente facilitado por la casa, estaba sumido en una especie de somnolencia, cuando de repente un hombre que acababa de sentarse a la mesa contigua con un compañero, se inclinó hacia él:

—*Nous ne vous dérangeons pas, monsieur?*

Pringle, con la sonrisa idiota de quien no comprende nada, inclinó la cabeza, pero sin decir palabra.

—*Cochon d'Angais, n'entendez-vous pas?*

—Lo siento, pero no le entiendo —replicó Pringle, moviendo la cabeza desesperadamente, pero siempre sonriente.

—*Canaille! Faut-il que je vous tire le nez?* —insistió el francés, y, escéptico ante la actitud y la respuesta de Pringle, hizo un gesto de amenaza.

Pero en aquel mismo momento, el camarero acudió diciendo:

—Hace mucho tiempo que conozco a este *gentleman* inglés y no hay duda de que no entiende el francés.

Satisfecho con aquella corroboración de la inocencia de Pringle, el francés se inclinó y le sonrió amablemente, y tras encargar una botella de Clos de Vougeot, se enfrancó en una animada conversación con el que lo acompañaba.

Mientras ocurría ese pequeño incidente, la somnolencia de Pringle se había desvanecido, reemplazada por una intensa curiosidad. ¿Por qué motivo había



insistido tanto aquel francés en no creer en su desconocimiento del idioma galo? Y sobre todo, ¿por qué se había esforzado de aquel modo en hacer que Pringle se traicionara a sí mismo tras los insultos proferidos contra él? Como muy bien sabía, en un restaurante parisién una afrenta mucho más trivial que ésa solía terminar con un desafío y un duelo en el Bois de Boulogne. Además, la palabra *cochon* era tenida en Francia como una de las más injuriosas.

El francés y su compañero estaban sentados en la única mesa libre, en un rincón de la sala. Pringle, que ocupaba la mesa más cercana, era la única persona que se hallaba al alcance de sus voces; y el sorprendente comportamiento del francés sólo podía ocultar un deseo devorante de secreto.

Instalándose lo más cómodamente posible, Pringle cerró los ojos, fingió reanudar su sueño y aguzó todos sus sentidos para discernir las palabras que se intercambiaban sordamente en la mesa vecina. Vestido a la última moda de Piccadilly, el francés hacía gala de la intolerable presunción de un *boulevardier*; pero no había en sus rasgos aguileños y sombríos el menor atisbo de frivolidad natural, y el destello de sus ojos hacía pensar en un Mefistófeles de ópera. Su compañero, en cambio, era sin la menor duda un inglés típico, con aire de empleado de banco, que participaba en la conversación con una vacilante y torpe jerga medio inglesa medio francesa, salpicada de una risa nerviosa cuando, a duras penas, extraía de su memoria algunas expresiones tan corrientes como evasivas.

Traducido libremente, he aquí lo que Pringle escuchó:

—¿De manera que su país está interesado por fin en botar el submarino?

—Sí; estoy elaborando los detalles de algunos dibujos a escala reducida.

—¿Pero proceden del Estado Mayor?

—¡Claro! Debidamente firmados y aceptados por el jefe constructor.

—¿Y usted está haciendo...?

—La totalidad de los dibujos.

—¿Y no habrá ninguna clase u otro secreto acerca de ellos?

—Cuanto hago puede ser comprendido por un arquitecto naval.

—¿Un arquitecto inglés?

—Naturalmente, las medidas están en inglés, pero pueden convertirse fácilmente.

—¿No podría hacerlo usted mismo?

—¡Sería demasiado peligroso! ¡Suponga que me encontraran encima una copia en escala métrica! Además, cualquier dibujante es capaz de reducir las medidas al sistema métrico en un par de horas.

—¿Y cuándo podrá entregármelos?

—Aproximadamente dentro de dos semanas.

—¡Imposible! No estaré aquí para entonces.

—A menos que suceda algo que me permita obtenerlos rápidamente, no veo la

manera de ir más de prisa. Nunca tengo el tiempo libre que necesitaría para coger los planos; allí son muchos los ojos que están sobre mí. La única posibilidad que tengo es la de estropear los dibujos en cuanto disponga de los detalles más sobresalientes y tras pretender que los voy a destruir, llevármelos a mi casa a escondidas. Además, he de tomar cada día las notas elaboradas y sobre la base de las mismas ultimar todos los detalles por la noche. Me es del todo imposible tratar de sacar los planos ultimados y completos de los astilleros y tal como están las cosas, no vea la manera de sacarlos aun cuando estén estropeados, pues controlan cuidadosamente los dibujos de ese tipo.

—¿Así que dice dos semanas?

—Eso mismo; y habré de pasarme muchas noches copiando el trabajo de la jornada en base a mis notas para conseguirlo.

—¡Entendido! Dentro de una semana, he de presentarme en el Ministerio de Marina en París, pero nuestro agregado militar es amigo mío. Puedo confiar en él; él mismo irá a verle.

—¿Qué? ¿En Chatham? ¿Quiere mi perdición? —y ante la sonrisa del francés, su interlocutor afirmó—: No, tiene que ser en Londres y no en los astilleros de Chatham; en Londres, donde nadie nos conoce.

—¡Perfecto! Mi amigo ya se las compondrá para encontrarle.

—Bien, tan pronto como esté listo, le mandaré un telegrama.

—¿No cree que los empleados de correos se fijarán en la dirección de la embajada? La administración de correos inglesa suele ser muy suspicaz, y no debemos arriesgarnos de ninguna manera.

—Es cierto. En ese caso, vendré a Londres y le telegrafiaré desde aquí. Pero, ¿estará preparado su representante?

—Le avisaré que debe esperar su telegrama dentro de catorce días. Lo anotará en su libreta de apuntes. ¿Cómo firmará el mensaje?

—Gustave Zédé —sugirió el inglés, riéndose a medias por primera vez.

—Demasiado sugestivo. Firme «Pauline» y agregue únicamente la hora.

—¡Bien! «Pauline», así firmaré. ¿Dónde fijamos la cita?

—En el lugar más público que podamos encontrar.

—¿Público?

—Claro. En un lugar donde la gente esté tan abstraída por sus propios asuntos como para no hacer caso de usted. ¿Qué le parece la columna de Nelson? Allí podría esperar del modo que mejor le convenga.

—Será difícil para mí llevar un disfraz.

—Todos los disfraces resultan inoperantes de no tratarse de una persona experta. Escuche: podría estar mirando la estatua con una mano puesta en el pecho, ¿qué le parece?

—¡Perfecto! Y en la otra mano puedo llevar un *Baedeker*.

—¡Estupendo! Amigo mío, tiene usted el verdadero sentido de un artista —rióse irónicamente el francés.

—Su representante vendrá hacia mí y me dirá «Pauline» y el intercambio podrá realizarse sin más palabras.

—¿El intercambio?

—Supongo que su gobierno estará dispuesto a pagarme espléndidamente por todos los riesgos que asumo en este asunto —dijo el inglés con voz ahogada.

—¡Perdone, amigo mío! ¡Qué imbécil soy! Estoy autorizado para ofrecerle diez mil francos.

Hubo una pausa durante la cual el inglés hizo números en el dorso de un sobre.

—Eso significa cuatrocientas libras esterlinas —hizo constar al tiempo que rompía el sobre en mil pedazos—. Demasiado poco para un riesgo como éste.

—Permítame recordarle, amigo mío, que fue usted quien vino en busca mía o mejor dicho de quienes represento. ¿Tiene algo que vender? ¡Muy bien! Pero habitualmente le toca al cliente adelantar su precio.

—Me he comprometido a entregarle las copias de los planos destinados a los propios constructores. Ya me he entrevistado con usted más veces de lo que la prudencia lo permite. Y como le digo, me ofrece demasiado poco.

—Tenga en cuenta que si los planos resultan inservibles para nosotros, desde luego tendremos que devolverlos al Almirantazgo británico, explicando de qué manera los conseguimos —afirmó el francés con una aviesa sonrisa por debajo de su bigote—. ¿Qué cantidad pide?

—Quinientas libras en billetes pequeños, digamos de cinco libras cada uno.

—¿Cuánto dice? ¡Ah sí, doce mil quinientos francos! ¡Imposible! No puedo ir más arriba de doce mil.

Finalmente, el inglés asintió de mala gana, y tras el intercambio de algunas palabras de cortesía, que por parte del francés llevaban implícitas ciertas amenazas, los dos hombres se levantaron de la mesa.

Bien sea por casualidad o intencionadamente, el francés tropezó con el pie de Pringle quien, con sus largas piernas estiradas por debajo de la mesa, la cabeza inclinada y los labios entreabiertos, parecía estar sumido en un profundo sueño. Abriendo con lentitud los ojos, fingió desperezarse, estiró los brazos y miró perezosamente a su alrededor, para mayor satisfacción del francés, quien al marcharse con su compañero, le vigilaba desde la puerta.

Pringle pidió un café, encendió un pitillo y se puso a meditar con un sentimiento de ardoroso e indignado patriotismo en la sórdida transacción a la que acababa de asistir. Es raro encontrar en un país como Inglaterra a un empleado dispuesto a traicionar a su patria. ¡Cabe recordarlo en honra suya! Pero siempre existe la posibilidad de que algún funcionario mal remunerado sucumba a la tentación de

dejarse sobornar por los representantes poco escrupulosos de una potencia extranjera, cuyas acciones al respecto siempre son ignoradas oficialmente por sus superiores.

Para la mente algo cínica de Pringle, la sórdida transacción de un dibujante de los astilleros navales con el agregado naval francés no dejaba de corroborar el famoso principio de Walpole, y mientras se dirigía hacia su apartamento de Furnival's Inn, decidió, en lo posible, volver su descubrimiento en provecho mutuo de su país y el suyo propio, sobre todo de este último.

Durante los días que siguieron, Pringle elaboró un plan encaminado a establecer su residencia en Chatcham, pero finalmente lo desechó como ya había hecho con los planes anteriores. Eran tantas las dificultades con que tropezaba en cada aspecto de su acción, que el décimo día después de su descubrimiento en el restaurante *La Poissonière*, por la mañana, iba paseando por la Bond Street sin haber adelantado un solo paso en su asunto. Con su característica y rebuscada pulcritud en sus problemas personales, iba vestido con un traje de un establecimiento de Piccadilly y llevaba un sombrero de West-Enders, la mejor casa de Londres.

—*Bretón Street, do you not?* —escuchó de pronto, y al volverse, Pringle se encontró con un atezado extranjero.

—*Bruton Street, n'est-ce pas?* —sugirió Pringle.

—*Mais oui, Bruton Street, monsieur!* —fue la réplica del forastero repitiendo con vacilación las sílabas inglesas.

—*La voilà, a droite* —indicó vivamente Pringle, señalando la calle a la derecha.

Levantó cortésmente su sombrero en respuesta al saludo de su interlocutor, y ya se disponía a reanudar su paseo cuando se fijó en que al francés se le unía un compañero, que parecía estar buscando lo mismo. Este último se detuvo y soltó una ligera exclamación cuando su mirada se cruzó con la de Pringle: se habían reconocido mutuamente: ¡era el agregado naval francés!

Mientras se apresuraba por Bond Street, después de aquel inesperado encuentro, Pringle se dio cuenta de que su estratagema en el restaurante no le había servido de nada y pensó con gran dolor que toda esperanza de un contragolpe por el honor de su patria, o sea, en su provecho personal, se había esfumado. La roseta cárdena que llevaba Pringle en la mejilla derecha era demasiado destacada para que el agregado francés no le hubiera reconocido, y se lamentó de su descuido de no haberla hecho desaparecer tan pronto como decidió meterse en aquel asunto. Olvidándose de todo lo demás, se internó en Piccadilly y solamente cuando ya se encontraba a medio camino de regreso a su domicilio, recordó el motivo por el cual había salido aquella mañana de su casa. Pero ahora no dejaba de pensar en la nueva situación y se esforzó por alejar de su mente algo de la preocupación que lo afectaba. Sólo al llegar a la Fonda de Furnival y cruzar el portal se le ocurrió pensar en que había cometido un grave error al venirse directamente a su apartamento. ¿Y si le habían seguido? Nunca se

había mostrado tan despreocupado en cuanto a las más simples medidas de precaución. Miró hacia atrás y apenas pudo percibir una silueta que parecía escapar detrás del ángulo del portal. Retrocedió unos pasos y miró hacia Holborn: el agregado francés en persona se hallaba todavía a unos pasos del portal, en franca retirada...

Maldiciéndose a sí mismo por su persistente locura, Pringle volvió a meterse en el portal de la fonda y conformándose con la idea de que el francés ya no descubriría nada más aquel día, giró rápidamente a la izquierda y se metió en su escalera antes de que su seguidor tuviera tiempo de regresar a la fonda.

Lo que más le dolía era su absoluta impotencia en relación con aquel asunto. Por falta de la más elemental clarividencia, sus propósitos se habían derrumbado y no veía la manera de salir de aquella embarazosa situación. Mudarse de domicilio, arrancarse a cuanto éste significaba para él, no cabía ni pensarlo; y al mirar en torno suyo, desde las blandas alfombras y los lujosos sillones hasta las tibias y pintadas paredes con sus viejos grabados por encima de la moldura de la biblioteca, sentía que nunca podría sufrir la angustia de separarse de cuanto se vinculaba con su apartamento. Además, en cualquier parte que se hallara, sería seguido. Nada ganaría con mudarse de casa. Finalmente, lo que sí era cierto es que el trabajo que el francés se tomaba en espiarle demostraba la importancia que asignaba al descubrimiento del secreto por parte de Pringle. Pero esto no hacía sino aumentar el disgusto del detective por la mala suerte con que había tropezado desde el comienzo. Bueno, al fin y al cabo, no había cometido ninguna ilegalidad, por muy contraria que fuese su acción al código de la ética, para que a toda la legación francesa se le ocurriera seguir espíandole hasta el día del Tuicio Final. Y consolándose con esa reflexión, procuró filosóficamente alejar el asunto de su mente.

Serían cerca de las seis de la tarde cuando Pringle volvió a salir de la fonda Furnival para ir al restaurante *Pagani*, en Great Portland Street, que le gustaba mucho. En lugar de dirigirse hacia el oeste, cruzó Holborn con la idea de dar la vuelta por el Strand y Regent Street y abrir su apetito. Se detuvo un momento en un portal de Staple Inn. La pequeña plaza ajardinada, siempre muy tranquila en medio del ajetreo y el ruido de los alrededores, lo parecía doblemente aquella tarde, con su calma digna del siglo dieciocho, tan acogedora después de las grandes arterias llenas de tumulto.

El ruido de unos pasos se iba acercando, y en el momento en que Pringle salió de la sombra de una estrecha muralla, el recién llegado vaciló y se detuvo, y seguidamente rodeó el jardín, mirando hacia las puertas de las casas como si buscara un nombre. Aquella acción parecía totalmente natural, y veinticuatro horas antes Pringle no hubiera sospechado nada al respecto, pero después de los acontecimientos de aquella mañana, no dejaba de suscitar su interés, con lo cual, reanudando su camino, subió las escaleras de Southampton Buildings y se detuvo cerca de una

empalizada. Al mirar hacia atrás, pudo darse cuenta cómo un hombre salía de las arcadas de la plaza y se dirigía hacia las escaleras, deteniéndose tan pronto como llegó a la altura de Pringle. Aunque su cara le era desconocida, Pringle sólo podía llegar a la conclusión de que aquel individuo le venía siguiendo; todas sus dudas se aclararon cuando después de haber seguido adelante por la calle y torcer a la entrada de Chancery Lane, vio que el espía había reemprendido la caza y ahora se encontraba a sólo unos pasos de él. Como buen filósofo, Pringle estaba más inclinado a reírse que a indignarse ante aquel ridículo espionaje. Con toda malicia, siguió su camino hacia el Strand a paso de tortuga, deteniéndose en cada esquina como si dudase de la dirección a seguir y mirando cada tienda cuyas luces encendidas invitaban a los clientes a entrar.

Un par de veces, su seguidor estuvo tan cerca de él, que optó por retroceder en su paseo, pasando muy cerca de aquel individuo para examinarlo. Su apariencia era de lo más discreta, casi respetable y no había nada en él de un extranjero, lo cual hizo pensar a Pringle que el agregado naval, cansado de seguirle los pasos, habría contratado a algún inglés en quien pudiera confiar.

Y así custodiado, Pringle llegó al restaurante, del que salió después de haber prolongado con toda malicia la degustación de cada plato del menú y tras haberse fumado no menos de tres cigarros puros de una marca especialmente recomendada por el dueño del restaurante. Con un sentido humanista que atenuaba su rencor, estuvo a punto de ofrecerle a su indudablemente cansado seguidor un refresco, pero cuando salió a la calle, no logró localizar al individuo en cuestión.

Pringle se fue para su casa, eligiendo casi el mismo camino que antes y calculando tranquilamente si los puros que acababa de comprar eran o no una buena inversión; hasta que volvió a alcanzar Southampton Buildings y vio la empalizada que le recordó el fracaso de su espía, no se volvió a mirar si aún era seguido. Pero las calles principales estaban ya desiertas y por mucho que mirara a un extremo y otro de Chancery Lane vacía de todo su tráfico, no percibió ni un alma cerca de donde se hallaba. De acuerdo con un curioso proceso psicológico, Pringle estaba a punto de lamentar la ausencia del hombre que le seguía. Pues había empezado a considerarle casi como un guardaespaldas, como la escolta de algún político eminente... Además, todos aquellos incidentes no dejaban de despertar su aguzado sentido del humor y al pasar por delante de la empalizada, escrutó la sombra que proyectaba con la esperanza de que su seguidor estuviera escondido en ella. Más tarde recordó cómo, mientras miraba hacia arriba, una sombra humana se deslizaba por una escalera hacia la plataforma superior de un andamio. La visión, flotante e insustancial, desapareció antes de que su retina la retuviera, pero su alto momentáneo fue su salvación. Antes de que reanudara el paso, un alud de tablas, de vigas y de ladrillos desprendidos se abatió sobre el lugar por donde se disponía a pasar; una viga perdida le golpeó en el

sombrero y rebotando sobre él, le hirió en el hombro, dando con Pringle en el suelo sobre el que yació aturdido por el espantoso tumulto y medio asfixiado por el nubarrón de polvo. A pesar de la rapidez y lo desconcertante de aquel acto, recordó posteriormente una forma oscura y espectral que se acercaba entre las tinieblas. De modo parecido a un sueño, la relacionó con la otra silueta fantasmagórica que había divisado sobre el andamio y, tan pronto como se inclinó sobre él, reconoció los rasgos que ahora ya le eran familiares del espía. Pero otras caras sustituyeron a ésta y cuando le ayudaron a levantarse, le buscó en vano entre la gente que se agrupaba a su alrededor. Pensó que se trataba de una mera alucinación. Después de haber escapado a aquella tentativa criminal, tuvo el ánimo suficiente para agradecer las simpáticas congratulaciones de la multitud y declinar la oferta de un guardia para acompañarle hasta su casa.

En la intimidad de su apartamento, las ideas de Pringle se volvieron mucho más claras. Los acontecimientos se encadenaron en una secuencia enteramente lógica y los espectros cobraron una forma más tangible. Una simple pregunta se imponía sobre todas las demás. Se preguntó a sí mismo: ¿Acaso la catástrofe a la que acababa de escapar era un accidente tal como lo parecía? Y al contemplar su sombrero destrozado, empezó a darse cuenta cuán cerca estuvo de ser víctima de una venganza asesina.

Cuando al día siguiente se levantó, apenas necesitó contemplar nuevamente su arruinado sombrero para recordar los acontecimientos de la víspera. En lugar de un reposo normal y sano, había pasado la noche entrecortada por una serie de breves sueños y de largos momentos de meditación. Aunque estaba asombrado ante la inexorable maldad con que indudablemente le perseguían —con un espíritu capital de nuestra época— no dejaba de arrepentirse amargamente de la fatal curiosidad que le había llevado a mezclarse en un asunto semejante. Aunque no carecía en ningún modo de las formas más groseras del valor físico, la intuición de que, en el juego que se ventilaba, sus adversarios, tan astutos como carentes de escrúpulos, estaban en poder de todos los triunfos, y sobre todo, que su espionaje le impedía efectivamente colmar el vacío que todavía le quedaba por llenar en la conjura que solamente había conseguido descubrir a medias, no dejaba de ser particularmente exasperante para su temperamento activo y algo neurótico. Hasta el día anterior, estaba casi decidido a abandonar el asunto del restaurante *Poissonière*, pero ahora, después de lo que consideraba firmemente como un intento de asesinarle, se hallaba en la situación de un duelista acorralado contra una pared, con muy poco terreno para moverse y sintiendo las puntas de las espadas de sus adversarios prestas a atravesarle al primer falso movimiento de su parte. ¿Lo consideraban como el depositario de un secreto peligroso? Esto lo movió a actuar sin demora.

Puesto que se había lanzado al ataque, era imprescindible disfrazarse; y al

reflexionar cuán lamentablemente había fracasado hasta entonces por falta de ello, se quitó la mancha cárdena que llevaba en la mejilla derecha con su loción habitual y se oscureció el cabello con una aplicación de la tintura que guardaba en su despacho. Después de tomarse como de costumbre un desayuno ligero, salió de su casa con la firme determinación de evitar las calles o paseo? oscuros y muy especialmente los edificios en construcción. Al principio, estuvo dudando de si era seguido o no, pero después de varias idas y venidas, fue incapaz de observar a ningún seguidor de sus pasos; o bien su disfraz había probado su eficacia o bien sus enemigos imaginaban que el atentado de la noche anterior había tenido unos resultados más concluyentes.

Tranquilizado en cierto modo por aquella idea, Pringle ya había subido hacia el Strand y se acercaba a Charing Cross, cuando de pronto observó a un individuo que salía de la estación por la esquina o puesta, llevando un rollo de papel oscuro. Con sus pensamientos fijos en aquella dirección, Pringle reconoció en el acto al dibujante de los astilleros. ¿Acaso se dirigía a la cita al pie de la columna de Nelson? ¿No le habrían avisado del descubrimiento de Pringle y se apresuraba a cumplir su traicionera labor?

En medio de sus reflexiones, el detective resolvió seguirle los pasos por si acaso. El dibujante se fue directamente hacia la oficina de correos. Era el momento de mayor afluencia del día y la mayoría de las taquillas estaban ocupadas por más o menos personas que expedían sus mensajes; el dibujante logró encontrar un sitio vacante en una de las extremidades de la sala de telégrafos; Pringle se fue tras él, alargó el brazo por encima de su hombro hacia el cajón de los formularios, y cogiendo tres o cuatro, los esparció tranquilamente sobre el escritorio, y con una miserable excusa los recuperó junto con el formulario que el dibujante rellenaba. Pringle volvió a pedir excusas, devolviendo la hoja, tras haberla mirado, al dibujante, y ocupando el primer escritorio vacante, fingió componer su propio telegrama.

El mensaje del dibujante era muy breve y (para Pringle) extraordinariamente dulce, consistente como lo esperaba en las tres palabras: «Cuatro treinta, Pauline». Pringle no había alcanzado a leer las señas del destinatario, pero ya las conocía. En el momento en que el otro se marchó, Pringle agarró un puñado de formularios y como si éste hubiera sido el único motivo de su visita, salió a toda prisa de la oficina de correos y se subió en el primer cabriolé que pasó para regresar a Furnival's Inn.

Lo primero que hizo al llegar a su apartamento fue doblar unos periódicos y meterlos en un paquete de papel oscuro parecido al que llevaba el dibujante, y después de recortar cierto número de rectángulos de papel de seda grueso, llenó un gran sobre con ellos, encendió un pitillo y reflexionó unos minutos sobre la fase más dificultosa de su operación. El dibujante le había visto ya dos veces seguidas: una vez en el restaurante, con su disfraz oficial de falso agente literario, con su cara melosa, su rubia cabellera y su falsa mancha cárdena en su mejilla derecha, y por segunda vez



aquella misma mañana, con los cabellos oscuros y su rostro inmaculado.

Realmente, debía haberse olvidado del extranjero del restaurante; por otra parte, cabía la posibilidad de que no fuese así, y Pringle, como siempre, estaba firmemente decidido a no dejar nada al azar. Además, teniendo en cuenta su brusco viaje a Londres, era muy probable que el dibujante estuviera prevenido del descubrimiento del detective. Finalmente, no cabía olvidar que con toda seguridad el espía aún estaría en funciones, aunque aquella mañana no hubiese reconocido a Pringle. El problema quedó zanjado con una simple mirada al espejo veneciano que había encima de la chimenea al reflejar el rasgo que se le había escapado: su cabellera oscura. No le quedaba más que disfrazarse de modo que pudiera engañar tanto al espía como al dibujante; después de pensarlo un rato, decidió disfrazarse de hombre del sur y aparecer bajo los rasgos de un funcionario de la Embajada francesa. Recordando al inmortal Tartarín, encontró inmediatamente en su despacho el tieso bigote negro y las recias crines de caballo que le sirvieron para componerse la típica barbita del héroe de Tarascón. Cuando salió al patio de la fonda a las cuatro menos cuarto con el paquete debajo del brazo y el Baedeker y el sobre lleno de rectángulos de papel de seda en el bolsillo, un coche estaba esperándole. Ordenó al cochero que lo llevara a Exeter Hall.

Disimulado en el coche, pensaba poder escapar a cualquier mirada, y cuando se apareara habría frustrado cualquier intento de persecución. Sin embargo, al bajar del carruaje, se dio cuenta de que un fiacre se detenía unos pasos detrás suyo. Un hombre salió de él y se fue paseando hacia el oeste detrás del detective. Alertado por aquella aparición y aunque aquel individuo parecía ser un extranjero, Pringle trató de salir de dudas en el acto. Entró en el bar *Romano* y pidió una copa de whisky. Tras un rato razonable de espera salió del bar; ¡su pulso se aceleró al ver a unos pasos de allí al mismo individuo mirando a un escaparate!

Pringle retrocedió unos metros por la acera, cruzó la calle, pero pese a deslizarse con grandes riesgos entre la fila de omnibuses, era incapaz de desembarazarse de su satélite que seguía ocupando el horizonte más cercano cuantas veces el detective se volvía para mirar.

Casi por primera vez en su vida Pringle comenzó a desesperarse. Todas sus precauciones se volvían totalmente ilusorias. A pesar de su cuidadoso disfraz, debía ser absolutamente reconocible para sus enemigos, y empezó a preguntarse si realmente valía la pena proseguir la lucha. Aminorando el paso, sintióse presa de una angustia inexplicable. Iba pensando en lo que había estado a punto de costarle su atrevida interferencia en aquel asunto. Este recuerdo lo llenó de ira y sus dedos se clavaron en el paquete que llevaba; aquel contacto le infundió el estímulo que necesitaba. En sus manos tenía el instrumento adecuado para ajustar las cuentas a esos canallas, y desechando sus timoratas dudas, echó adelante, firmemente

determinado a dar el golpe final y más atrevido para colmar su venganza.

Las sombras habíanse alargado apreciablemente y las campanadas de las cuatro y cuarto sonaron en el templo cercano de St. Martin, advirtiéndole que no había tiempo que perder: debía desembarazarse de su seguidor a toda costa. Ya podía divisar el estuario del Strand con la plaza que se extendía más allá; a su derecha apareció el túnel de Lowther Arcade, con la vista de los encantos juveniles. Eso fue una inspiración. Precipitándose bajo las arcadas, se metió bruscamente en una tienda artística cuya doble entrada daba al Strand y las arcadas; cerrando la puerta despacio, echó una ojeada sobre las paletas y los cuadros colgados en la vitrina. Acababa apenas de entrar en la tienda, cuanto tuvo la satisfacción de ver a su seguidor, siguiendo el rastro, lanzarse con furia hacia las arcadas, derribando en su carrera los juguetes en medio de los gritos de rabia de los tenderos. Dando media vuelta, Pringle compró lo primero que se le ofrecía, un cuaderno de dibujos, y salió por la puerta que daba al Strand. Se detuvo en la oficina de correos para vigilar la escena. Un solo guardia se encontraba en la parte oriental del zócalo de la columna; la gente que había por los alrededores parecía compuesta por simples viandantes, pero le interesaba mucho el espectáculo que le ofrecía el embrollado tráfico.

Daban las campanadas de las cuatro y cuarto en el reloj del Grand Hotel; paseando a la aventura por delante de las tiendas y demasiado agitado para mirarlas más de unos segundos, el dibujante aguardaba palpitante hasta que dieran las cuatro y media para consumir su traición. Siguiendo las instrucciones del francés, intentaba quedarse entre la multitud, evitando aparecer en el vacío de la plaza hasta el último instante.

Faltaban dos minutos para las cuatro y media cuando Pringle abrió su Baedeker, y llevándose una mano al pecho, se puso a contemplar la estatua y el rollo de cordaje erigidos a la gloria del gran héroe nacional inglés. «¡Pauline!» —dijo una voz con el deje musical inalcanzable para alguien que no sea un francés—. Junto a Pringle se hallaba un hombre joven esbelto y bien vestido, con el pelo corto, un bigote y una barbita estilo imperial, quien echó una significativa mirada al paquete. Pringle se lo entregó en el acto; el moreno francés sacó un sobre de su bolsillo interior y el intercambio se efectuó sin una palabra más. Levantando mutuamente sus sombreros, ambos se saludaron y se marcharon, cuando sonaban las ocho campanillas de Big Ben.

El representante del agregado naval había desaparecido desde hacía un par de minutos detrás del león situado más al oeste antes de que el dibujante hiciera su aparición en la dirección opuesta, con frecuentes altos en su andar indeciso y mirando hacia atrás con grandes muestras de nerviosismo. Volviendo la espalda a la National Gallery, sacó un Baedeker y empezó a levantar la vista hacia el monumento de Nelson, bajando los ojos a cada momento para mirar tímidamente a derecha e

izquierda. En su tremenda agitación, el dibujante se olvidó de llevarse la mano al pecho, y cuando Pringle llegó a su lado y murmuró «Pauline», sus piernas (por muy fuerte que fuera) parecían invitarle a escapar del campo del deshonor. Con trémulo apresuramiento, puso el paquete de papel oscuro en manos de Pringle, agarró el sobre que contenía los recortes de papel de seda y cruzó velozmente la calle, desapareciendo en el bar del Grand Hotel.

Pringle volvióse a marchar, pero se encontró ante una pistola; sus ojos, siguiendo el cañón, chocaron con los del individuo que lo encañonaba y reconoció al francés a quien acababa de vender el paquete de periódicos. Apartando el arma, trató de huir, pero se sintió agarrado por ambos codos y empujado contra un ángulo del zócalo, y al volverse se encontró bajo la vigilancia del individuo que unos momentos antes iba corriendo por Lowther Arcade.

Ningún guardia se encontraba por las inmediaciones y los raros transeúntes deambulaban indiferentes por aquel rincón dado el tranquilo desarrollo del pequeño drama que allí tenía lugar. Bajando su pistola, el moreno gentleman recogió el paquete que Pringle había dejado caer durante la lucha. Lo abrió con gran cuidado, extrajo parte de las hojas de dibujo que estuvo examinando atentamente, después de lo cual se metió el paquete en un bolsillo interior, y haciendo al espía un signo para que soltara al detective, habló por primera vez:

—¿Puedo sugerirle, señor —dijo en un excelente inglés con ligero acento extranjero—, puedo sugerirle que en el futuro no se meta en lo que no le importa en absoluto? Esos documentos han sido comprados y vendidos, y aunque ha tenido la bondad de actuar como intermediario en la transacción, puedo asegurarle que no necesitábamos ni mucho menos su ayuda. —En aquel punto su tono se endureció y al hablar con menos calma el acento extranjero se volvió más acusado—: Inmediatamente después de dejarle, me di cuenta de su impertinencia en venderme un paquete de papeles sin ningún valor. De haber logrado su intento tan cuidadosamente planeado, es posible que hubiera vivido lo bastante como para no lamentarlo, ¡pero quizás no! ¡Adiós, señor!

Saludó, imitado por su compañero, mientras que Pringle, prosiguiendo su marcha, desapareció por la esquina del Unión Club.

Eran las cinco menos veinte y Pringle meditaba en toda la serie de acontecimientos que había vivido en el último cuarto de hora. En realidad, no había evitado la venta de los secretos de su país; por otra parte, llevaba el sobre que contenía el dinero. Llamó un fiacre y estaba a punto de subir en él cuando mirando hacia atrás, hacia el rincón de los leones, observó un movimiento confuso. Los dos hombres que acababa de dejar peleaban con un tercero que blandía un puñado de papeles blancos y trataba de pegarles puñetazos: era el dibujante. La gente iba agrupándose alrededor de los combatientes y cuando Pringle subía a su fiacre, dos

policías entraban en el improvisado ring, poniendo imparcialmente sus manos sobre los tres hombres.

## EL SECRETO DEL CAZADOR DE ZORROS

---

William Le Queux

---

Hace ya tres años, en el invierno, acababa de regresar de Stuttgart, donde había pasado unas semanas en el Marquardt con el nombre que tan frecuentemente solía tomar, o sea, el de monsieur Gustave Dreux, viajante de comercio de París. Mi tarea consistía en vigilar y seguir los pasos de dos personas, un hombre y una mujer, que se hospedaban en aquel hotel. Estaba contento de encontrarme nuevamente en Bloomsbury para disfrutar de las comodidades de mi sillón y mi pipa.

Estaba satisfecho de haber concluido una labor muy delicada de espionaje y conseguido la información que deseaba, lo cual me permitió dar cuenta a mi jefe, el marqués de Macclesfield, de ciertos hechos capaces de reforzar su postura en unas negociaciones sumamente intrincadas con Alemania. El cargo de embajador en Berlín era quizá el más exigente de toda la diplomacia británica, por cuanto los alemanes eran de momento nuestros enemigos a la vez que nuestros amigos, y estaban dispuestos precisamente a entablar una querrela con nosotros por unos motivos de celos susceptibles de provocar unos resultados muy serios.

Los negros nubarrones de la guerra seguían planeando sobre Europa; de ahí que un enjambre de espías de ambos sexos tramaran sus intrigas y obraran en secreto en medio de nosotros. El lector se asombraría si pudiese echar una ojeada a cierto libro encuadernado en rojo, guardado bajo llave en el Foreign Office, en el que están registrados los nombres, las señas personales y demás datos relativos a todos los espías extranjeros que viven en Londres y otras ciudades de Inglaterra.

Pero por muy activos que sean los agentes de nuestros enemigos, los de nuestro país no se quedan atrás. Nuestro Imperio asume unas responsabilidades tan tremendas que no puede depender solamente de la gente bien nacida y con fortuna, ni bien relacionada, sino que debe recurrir a la sagacidad, el tacto, el subterfugio y al empleo de agentes secretos para luchar contra las conjuras de cuantos tratan de asestar un golpe demoledor a Inglaterra.

En mi calidad de atento observador de los asuntos internacionales, estaba enterado de los conflictos que se tramaban en China. Algunos de los despachos confidenciales de nuestro ministro en Pekín me habían sido enseñados por el marqués de Macclesfield, quien en varias ocasiones me honraba con su plena confianza, y así pude enterarme que Rusia estaba obrando en secreto para socavar nuestra influencia en el Lejano Oriente.

Sabía que el sagaz y amable viejo político estaba muy preocupado por las sombras siniestras que subían lentamente en el horizonte, pero cuando celebramos la

consulta al día siguiente de mi regreso de Stuttgart, Su Señoría opinó que de momento no contaba con bases suficientes para proceder a una investigación.

—Por de pronto, Drew —me dijo el marqués— hemos de permanecer vigilantes y esperar. La guerra está en el aire, primero en Pekín y luego en Europa. Pero hemos de evitarla a toda costa. Huntley sale esta noche para Pekín con un mensaje en el cual explicó detalladamente la línea a seguir por Sir Henry. De manera que debe usted estar alerta para el caso en que tenga que salir para Alemania o Rusia mañana. No podremos permanecer mucho tiempo en la sombra. Hemos de frustrar cualquier alianza entre Petersburgo y Berlín.

—Un telegrama a mi casa bastará para que me presente ante su Señoría —contesté.

—¿Dispuesto para ir a cualquier parte, eh, Drew? —dijo el marqués sonriéndose.

Tras una breve charla, salí de Downing Street y regresé a Bloomsbury.

Sabiendo que podía quedar libre durante una semana o dos cuando menos, le dejé mi dirección a Boyd y me marché a Cotterstock, en el condado de Northampton, para pasar unos días con mi amigo de colegio, George Hamilton, quien había alquilado un pabellón de caza y cabalgaba con la jauría de Fitzwilliam.

Hacía ya mucho tiempo que me había invitado a su casa para salir de caza con los perros, pero mis constantes viajes al extranjero me lo habían impedido hasta entonces. Naturalmente, ninguno de mis amigos estaba al corriente de mi verdadero empleo en el Foreign Office; todos creían que ostentaba el cargo de agregado.

Personalmente, soy un gran aficionado a la caza de montería, por lo que al cenar aquella noche junto a mi amigo George, su esposa y la prima de ésta, Beatrice Graham, estaba impaciente por participar en algunas buenas partidas de caza a caballo. Una casa de campo inglesa, con sus viejos robles, su vieja platería y su aire de solidez, resulta siempre muy agradable para mí después de la pacotilla inconsistente de la vida continental. Aquella velada transcurrió estupendamente. Nunca me había encontrado con Beatrice Graham hasta entonces, y me sentía atraído por su asombrosa belleza. Era alta y morena, de unos veintidós años de edad, con una hermosa figura que realzaba más aún su vestido de turquesa. Su voz tan hermosa al hablar, me pareció maravillosa cuando cantó la *Jeune Filie* de Dupont, y me habló de la caza con tal entusiasmo que antes de haber pasado una hora junto a ella, me sentía completamente hipnotizado por su encanto.

La cita para la cacería tuvo lugar tres días después en Wandsford, un antiguo coto situado a orillas del Nene, a unas seis millas de la casa de campo de mi amigo George. Conforme iba cabalgando a su lado a lo largo del camino que pasa por los históricos lugares de Fotheringhay y Nassington, me di cuenta de cuán magnífica amazona era Beatrice Graham. Llevaba su morena cabellera estrechamente recogida en la nuca y su sombrero hongo le sentaba admirablemente, mientras su chaqueta le

moldeaba su espléndida figura. La cola de su yegua llevaba un lazo encarnado, para avisar a los demás que era coceadora.

En Wandsford, frente al antiguo Haycock, una vieja posada de la época de las diligencias, ahora convertida en el pabellón de caza de Lord Chesham, había mucha gente reunida. De todos los pasillos del gran caserón, salían los criados llevando copas de licor de ciruela silvestre para cuantos compartían la hospitalidad de Su Señoría. La multitud crecía por momentos en medio del ajeteo de los caballos y los carruajes que no cesaban de llegar.

George estaba charlando con el Maestre de la montería, míster George Fitzwilliam, que acababa de llegar y aún estaba vestido con su abrigo, con lo que me encontré a solas con mi hermosa compañera, que parecía gozar de gran popularidad en todas partes. Docenas de caballeros y de señoras vinieron a saludarla, sobre todo los varones, hasta que por fin el montero Barnard apareció con la jauría; dieron la voz de partida y los perros se lanzaron hacia la colina para batir la primera madriguera.

La cacería tenía lugar en una mañana fría de mediados de febrero; había helado y todos contábamos con una estupenda jornada por cuanto los rastros tenían que ser excelentes para la jauría. Cabalgando junto a la encantadora Beatrice, íbamos conversando y bromeando a lo largo del camino hasta llegar al coto de caza, donde nos detuvimos junto a los demás jinetes, mientras los perros seguían rastreando.

La primera madriguera resultó decepcionante; pero ya en la segunda un zorro escapó hacia Elton, seguido por los perros que ladraban furiosamente y por los jinetes al galope. Habíamos recorrido un par de millas por el campo cuando de pronto, sin esfuerzo aparente, mi compañera de caza lanzó su yegua por encima de un seto y galopó por los pastizales antes de que me diese cuenta de que se había apartado de la senda que seguíamos. Quede asombrado al ver lo estupendamente que montaba a caballo y he de confesar que por mi parte preferí pasar por una de las puertas en lugar de saltar el seto y la zanja como ella acababa de hacer con tanta facilidad.

Media hora más tarde tenía lugar el último acoso del zorro y Beatrice Graham figuraba entre la media docena de cazadores que participaron en la muerte del animal.

Cuando llegué, cinco minutos más tarde, me sonrió. Tenía el rostro ligeramente sonrosado por la dura cabalgata, pero su cabellera no se había movido en lo más mínimo y me aseguró que había disfrutado tremendamente con aquel furioso galope.

Mirábamos cómo el montero Barnard cortaba el rabo del zorro, cuando se presentó un jinete, de alta estatura y buena apariencia, que por lo visto había venido detrás de mí. Al acercarse, me di cuenta que le lanzaba una extraña mirada a mi hermosa amiga, casi una advertencia, mientras que ella por su parte se retenía en reconocerle. Parecía como si le hubiera hecho una señal secreta, que ella había comprendido.

Pero había algo más que me intrigaba sobremanera: acababa de reconocer en

aquel jinete tan apuesto a una persona que en varias oportunidades se había presentado a mi memoria. Al principio no logré identificarlo, pero al cabo de un rato, cuando me fijé en su semblante, lo vi como en un sueño y entonces me acordé plenamente. Aquel jinete que cabalgaba con un porte tan militar no era sino un famoso espía, uno de los agentes secretos más hábiles del mundo, el propio Otto Krempelstein, jefe del Servicio Secreto alemán.

El que mi encantadora amiga no lo conociera era pura ficción, pues no se me había escapado el leve estremecimiento de sus párpados ni el fruncimiento de sus labios. Entre ellos había algún secreto cuya naturaleza desconocía, claro. Todo el resto de aquella jornada estuve con los ojos muy abiertos con la esperanza de volver a encontrar al hombre cuyo ingenio y astucia habían competido en tantas ocasiones con mi propia experiencia. Le vi dos veces más, la primera cabalgando junto a un hombre alto y moreno con una casaca roja y montado en un magnífico caballo bayo, seguido por un lacayo con un segundo caballo, y por segunda vez, en el seto de Stockhill Wood donde esperábamos Beatrice y yo cuando nos pasó por delante a todo galope, pero sin hacer el más pequeño signo de reconocimiento.

—Me pregunto quién puede ser ese caballero —dije casualmente, tan pronto como se hubo alejado.

—No lo sé —replicó con presteza mi amiga—. Suele estar muy a menudo con la jauría; debe ser algún extranjero; probablemente uno de los que vienen a Inglaterra durante la temporada de caza. Desde que la última emperadora de Austria adquirió la costumbre de venir a cazar aquí, la mesnada de Fitzwilliam siempre fue la favorita entre los cazadores extranjeros.

Me di cuenta de que no estaba dispuesta a admitir que le conocía. Como todas las mujeres, Beatrice era muy diplomática. Sin embargo, aquel hombre le había hecho una señal, una señal secreta.

Yo mismo me preguntaba si Krempelstein me había reconocido. Cabía pensar que no era así, pues nunca nos habíamos encontrado frente a frente. Tan sólo una vez me lo habían mostrado a distancia en la Wilhemstrasse de Berlín, gracias a uno de nuestros agentes secretos que le conocía y, desde entonces, sus rasgos habían quedado grabados en mi memoria.

Aquella misma noche, estando sentado junto a mi amigo George, pude enterarme por él de que el tío de su esposa, Mr. Graham, había vivido muchos años en el continente como director de una gran firma comercial, que Beatrice había nacido en Francia donde también había vivido mucho tiempo. Traté de averiguar quiénes eran los extranjeros que esta temporada cazaban con la mesnada de Fitzwilliam, pero mi amigo, con su prejuicio de inglés, afirmó que no conocía a ninguno y que tampoco deseaba enterarse de su identidad.

Los días fueron pasando y participamos en varias cacerías en Apethorpe, en



Castor Hanglands, en Laxton Park y otros lugares, pero ya no supe nada más acerca de Krempelstein. Sin embargo, me encontré en repetidas ocasiones con su distinguido amigo y me enteré que se trataba del barón Stern, un rico vienés que había arrendado un pabellón de caza cerca de Stoke Doyle y que tenía como amigo a un joven llamado Percival, quien salía frecuentemente de caza con las jaurías.

El hecho de haber descubierto a Krempelstein en aquel lugar había despertado por completo mi curiosidad. No cabía duda de que le había traído allí un asunto que nada tenía que ver con la caza. Por consiguiente, alerté inmediatamente a Kersch, uno de nuestros agentes secretos en Berlín, empleado en el Ministerio de Asuntos Exteriores, quien me hizo saber que Krempelstein había regresado a Berlín, y advirtiéndome de que tramaba algo insólito en Inglaterra.

Esto me inclinó a actuar prestamente. Sabía que Krempelstein y sus agentes se afanaban por conseguir los secretos de nuestra artillería, de nuestros navíos de guerra y de nuestra diplomacia con las demás naciones, y resolví que esta vez fracasarían. Aunque admiraba mucho a Beatrice Graham, ahora sabía que me había engañado y que con toda probabilidad era cómplice de aquellos manejos. Por ello, la vigilé cuidadosamente y tan pronto como salía a pasear montada en su yegua, lo que hacía frecuentemente, le seguía los pasos.

No me preocupaba en lo más mínimo si mi comportamiento era lícito o no. Inesperadamente había descubierto ciertos hechos sospechosos y estaba decidido a dilucidarlos cuanto antes. El único extranjero con quien Beatrice solía entrevistarse era Percival. Cierta atardecer, cuando ya anocheecía, detuvo su yegua debajo de los árboles mientras cruzaba Burghley Park, y al cabo de pocos minutos, vino hacia su encuentro el joven extranjero, quien después de saludarla, estuvo hablando en voz baja y animadamente, como si le estuviera impartiendo sus instrucciones. Beatrice parecía protestar, pero desde el lugar en que estaba escondido, no pude entender lo que decían. Sin embargo, pude ver cómo él le entregaba algo y luego, levantando su sombrero, volvió su caballo y salió al galope en dirección contraria.

No la volví a ver hasta la hora de la cena, en que me senté a la mesa a su vera; fue entonces cuando me di cuenta de lo pálida y angustiada que estaba, totalmente cambiada en su acostumbrado modo de ser alegre y cariñosa.

Me dijo que había estado cabalgando en Stamford para hacer un poco de ejercicio, pero nada agregó acerca de su clandestino encuentro. Yo ardía en deseos de conocer lo que el joven extranjero le había entregado. Pero fuera lo que fuese, guardó el más riguroso secreto.

Más de una vez estuve a punto de penetrar en su habitación durante su ausencia para buscar en sus cajones, sus armarios o sus maletas de viaje. Me comportaba hacia ella como un hombre completamente enamorado, pues me había percatado de que la muchacha se sentía muy halagada por cualquier atención hacia su persona.

Busqué alguna excusa para conocer al barón Stern, pero era raro que acudiera a las cacerías durante más de una semana. Parecía como si quisiera evitar mi encuentro premeditadamente. Aún se encontraba en Weldon Lodge, cerca de Stoke Doyle, y por George me enteré de que lo había visto sólo dos días antes en Oundle.

Pasaron tres semanas enteras y seguía tan confundido como antes. Al fin y al cabo, Beatrice Graham era una deliciosa compañera y aunque para mí fuese un misterio, nos habíamos hecho muy buenos amigos.

Una tarde, cuando penetré en el salón donde había quedado sola, vi cómo se apresuraba en romper una carta, cuyos pedazos tiró al fuego que ardía en la chimenea. Me di cuenta de que uno de los fragmentos no se había quemado y media hora más tarde me las arreglé para recuperarlo.

Sólo pude percatarme de que la carta estaba redactada en alemán, pues en el trozo que se había salvado del fuego, no quedaban más que cuatro palabras, que sin el contexto, no me daban absolutamente nada a entender.

La noche siguiente, la señora Hamilton, la esposa de mi amigo George y Beatrice permanecieron con nosotros en el salón hasta cerca de las once, y a medianoche me despedí de mi amigo para irme a descansar. Llevaba media hora en mi habitación cuando me pareció oír unos pasos muy ligeros. A los pocos segundos, supe que mi intuición era justa: era Beatrice, que bajaba las escaleras.

Me vestí apresuradamente y evitando el menor ruido me deslicé tras mi hermosa compañera a través del salón hasta llegar, después de atravesar el césped, al camino que se encontraba a poca distancia. Una neblina blanca subía del río y el sordo murmullo del agua impedía que Beatrice oyera mis pasos a su espalda. Temiendo perderla de vista, me acerqué cuanto pude, siguiéndola a través de varios prados hasta que llegó a Southwick Wood, un lugar oscuro y desierto, alejado de cualquier vivienda.

Estaba claro que iba al encuentro de alguna persona. Se detuvo muy pronto al pie de unos abetos, mientras yo me escondía a poca distancia.

Se sentó en el tronco de un árbol caído y allí se quedó esperando pacientemente. A medida que pasaba el tiempo, sentía cómo el frío de la noche me calaba los huesos. Sentía deseos de encender mi pipa, pero temía que el olor del tabaco o el resplandor de la cerilla me delatara. No tenía más remedio que acurrucarme y esperar la cita clandestina.

Beatrice seguía esperando tranquilamente. No se movía ni una sola hoja seca; ningún ruido me llegaba del lugar donde se encontraba. Me extrañaba que permaneciera en medio de aquel silencio tan profundo.

Transcurrieron casi dos horas, cuando por fin, lleno de calambres y medio muerto de frío, me puse en pie para escrutar las tinieblas hacia donde Beatrice se hallaba.

Al comienzo no pude ver nada, pero a medida que mis ojos se acostumbraban a la

oscuridad, logré ver, con gran consternación, que había caído del tronco en el que estaba sentada y que yacía, inerte y hecha un ovillo sobre el suelo.

La llamé, pero no contestó. Entonces corrí hacia el lugar donde yacía, me arrodillé lleno de espanto y traté de levantarla. Mi mano tocó su pálida mejilla: estaba fría como el mármol.

Seguidamente, desabroché su abrigo de piel y su blusa y puse mi mano sobre su corazón. Había dejado de latir: ¡Beatrice estaba muerta!

Aquel hecho me dejó atónito. Cuando a los pocos segundos me volví a incorporar para pasar a la acción, me enfrenté con un difícil problema: ¿Podía regresar furtivamente a mi habitación sin decir nada o debía dar la alarma y admitir que había espiado a la pobre Beatrice? Mi primera preocupación fue buscar en los bolsillos de la infortunada muchacha, pero solamente encontré su pañuelo y su monedero.

Entonces, volví corriendo a la casa y di la alarma sin reparar en las consecuencias.

Huelga describir la impresión causada por aquel descubrimiento o la escena que se produjo cuando trajimos el cuerpo de la muerta a la casa. Basta decir que llamamos al médico, quien no pudo encontrar ninguna huella de violencia ni el verdadero motivo de la muerte.

Además, Beatrice había fallecido bruscamente, sin un grito.

Sin embargo, un hecho intrigaba al doctor: el brazo y la mano izquierdos de la muerta estaban hinchados y casi negros mientras que su espina dorsal estaba encorvada. Todos estos hechos hacían sospechar de algún veneno relacionado con la estricnina.

Desde el principio pensé que había sido envenenada, pero era incapaz de imaginar por qué razón.

Al día siguiente, tres médicos procedieron a efectuar la autopsia, pero en contra de mi propia teoría del envenenamiento criminal, no descubrieron nada.

A la mañana siguiente, unas horas antes de que comenzara la investigación, un telegrama me mandaba presentarme en el Foreign Office y aquella misma tarde me encontraba en el despacho privado del marqués de Macclesfield, recibiendo sus instrucciones.

Un telegrama urgente de Lord Rockingham, nuestro embajador en Petersburgo, decía claramente que Rusia había propuesto una alianza a Alemania, con la finalidad de derrocar el poder británico en el Lejano Oriente. El embajador señalaba que las cláusulas secretas del tratado ya estaban redactadas y que sólo faltaba su firma. Agregaba que ya hubiera debido firmarse a no ser por la oposición de ciertos medios desconocidos, y que mientras dicha oposición subsistiera cabía ganar tiempo para enterarse de los términos concretos del citado tratado de alianza. Hay que decir que esta tarea no resultaría fácil en un país como Rusia donde existen a millares los

confidentes de la policía, y cuantas veces tuve que pasar la frontera en Wirballen, me había visto en la obligación de pensar con sumo cuidado en mi disfraz.

El marqués me instó a poner en marcha todo nuestro sistema secreto para descubrir los términos del tratado propuesto y muy especialmente en lo tocante al incremento de la influencia rusa en Manchuria.

—Conozco muy bien las enormes dificultades de esta investigación —manifestó el marqués—, pero tiene usted que recordar, Drew, que en este asunto, es usted nuestro principal instrumento para salvar la situación en el Lejano Oriente. Si consigue conocer la verdad, estaremos en condiciones de actuar pronta y eficazmente. De lo contrario... ¡bueno, ya sabe! —y el anciano político se encogió de hombros expresivamente sin concluir su frase.

Con todo el sentimiento que me causaba el no poder permanecer en Cotterstock y penetrar el misterio que rodeaba a la muerte de Beatrice Graham, aquella misma noche salí de Londres para Berlín, donde a la tarde siguiente, me reunía con nuestro agente secreto, Kersch, que vivía en una casita confortable de Teltow, uno de los suburbios de la capital germana. Kersch ostentaba un puesto responsable en el Ministerio alemán de Asuntos Exteriores, pero como quiera que tenía unos gustos muy onerosos y le gustaban las cartas, no vacilaba en aceptar el oro británico a cambio de las informaciones confidenciales que de vez en cuando nos facilitaba.

Ambos estuvimos sentados un buen rato, analizando la situación. Según me hizo saber, era cierto que un proyecto de tratado había sido elaborado y entregado al Zar y al Kaiser, pero aún no lo habían firmado. No sabía nada acerca de las cláusulas, por cuanto el propio ministro las había elaborado en secreto y no veía la manera de enterarse de las mismas.

Mi primer impulso fue el de salir al día siguiente para Petersburgo. Sin embargo, algo me decía que podría conseguir un mayor éxito en Alemania que en Rusia, y decidí proseguir mi investigación en Berlín.

—A propósito —manifestó Kersch— me escribió usted acerca de Krempelstein. Últimamente, estuvo ausente durante mucho tiempo, pero no tenía la menor idea de que estuviera en Inglaterra. ¿No estará interesado en el mismo asunto que el de usted ahora?

—¿Se encuentra en Berlín en este momento? —pregunté vivamente.

—Hace tres días que me lo encontré en Boxhagen. En estos momentos parece moverse mucho.

—¡Hace tres días! —repetí—. ¿Está completamente seguro de la fecha? —le pregunté, pues si su afirmación era cierta, ello atestiguaba sin la menor duda que el espía germano no estaba vinculado en la muerte de la desgraciada muchacha.

—Estoy totalmente seguro —replicó Kersch—. Lo vi entrar en la estación el lunes por la mañana.

Aquella misma noche, a las once, estuve en la embajada británica donde conversé largo rato con el embajador en su despacho privado. Su Excelencia me contó todo lo relacionado con las complicaciones internacionales, que el marqués de Macclesfield ya vislumbraba unas semanas atrás en su despacho de Downing Street, pero no pudo sugerirme nada acerca del desarrollo de mi acción. No cabía la menor duda de que los nubarrones de la guerra se acumulaban y que la firma del tratado de alianza entre nuestros enemigos podía desencadenar bruscamente el conflicto en Europa. La crisis era una de las más serias de la historia inglesa.

Un hecho nos intrigaba al igual que había intrigado a mi jefe en Londres, a saber: si el tratado había sido leído y aprobado por ambos emperadores ¿por qué no lo firmaban? Ello daba a pensar que el contratiempo que había surgido era más poderoso que la voluntad de los dos monarcas más potentes de Europa.

A mi regreso al hotel, redacté rápidamente una nota y la mandé con un mensajero a la residencia del hijo del Canciller imperial en Charlottenburg. La nota estaba dirigida a miss Maud Baines, el aya inglesa de los hijos del conde Canciller, quien, como muy bien sabía, estaba a nuestro servicio. Era una mujer joven, ingeniosa y fascinante. Bajo mi dirección, había actuado como institutriz en casa de varias grandes familias en Francia, Rusia y Alemania. Ahora estaba empleada en casa del Canciller para vigilar cuidadosamente al gran estadista alemán.

La cita tuvo lugar a la mañana siguiente en un café oscuro, cerca de la Behrenstrasse. Miss Maud era más bien pequeña, vestida con elegancia, con un rostro que disimulaba totalmente su fina inteligencia y su maravillosa astucia.

Cuando estuvo sentada a una mesa junto a mí, le revelé en voz baja el objeto de mi visita a Berlín, y solicité su ayuda.

—Han surgido serias complicaciones, y estaba a punto de informarle a través de la Embajada —explicó miss Maud—. La noche pasada, el Canciller cenó con nosotros y pude escuchar cómo discutía del problema con su hijo tan pronto como quedaron solos fumando después de que salieran las señoras. Escuché detrás de la puerta y oí claramente cómo el Canciller decía que el proyecto de tratado había sido robado.

—¡Robado! ¿Por quién? —exclamé sordamente.

—¡Ah! ese es el misterio; el misterio que hemos de dilucidar. El hecho de que alguien más conozca las intenciones de Alemania y de Rusia contra Inglaterra, intenciones que se consideraban absolutamente secretas, es sin duda el motivo que indujo a no firmarlo.

—¡Porque dejó de ser un secreto! —agregué—. ¿Está segura de no haberse equivocado?

—¡Absolutamente segura! —contestó vivamente—. Supongo que puede confiar en mí después de todos los asuntos intrincados que le ayudé a desenredar... ¿Cuándo

podré volver a Gloucester para visitar a mis amigos?

—Pronto, miss Baines, tan pronto como hayamos esclarecido este asunto. Pero dígame ¿el Canciller no expresó el temor de que surjan complicaciones cuando se desvele el secreto de la conjura contra Inglaterra?

—Sí; el Canciller confesó ante su hijo que temía las represalias inglesas. Explicó que todo cuanto se sabía era que después de haber sido presentado al Zar y aprobado por él, el documento secreto había desaparecido misteriosamente. Los agentes secretos de Rusia y de Alemania habían hecho investigaciones y el propio Krempelstein a quien habían encargado ulteriormente del asunto estaba totalmente confundido.

El nombre de Krempelstein me trajo nuevamente a la memoria la tragedia acontecida en la finca de mi amigo George Hamilton.

—Nos ha prestado un señalado servicio, miss Baines. Sus informaciones son de la mayor importancia. Le mandaré un despacho cifrado a Lord Macclesfield ahora mismo. ¿Acaso conocía usted a una joven mujer del nombre de Graham? —pregunté al recordar que la muerta había vivido en Alemania durante varios años.

La respuesta de miss Baines fue negativa. Entonces saqué de mi bolsillo una foto instantánea que había tomado durante una de las reuniones de caza en Wansford, y se la enseñé, preguntando si reconocía a alguien en ella.

Después de examinar atentamente la fotografía, miss Baines señaló con la punta del dedo al barón Stern, que había quedado fotografiado encendiendo un cigarrillo, y exclamó:

—¡Qué! ¡Este es el coronel Davidoff, que era el secretario del príncipe Obolenski cuando yo estaba a su servicio! ¿Lo conoce?

—No, pero estuvo cazando en Inglaterra bajo el nombre de barón Stern, de Viena. Y ese hombre —añadí señalando a Percival— es su amigo.

—Se trata sin duda del hombre que usted conoce muy bien de reputación: Moore, el jefe del Servicio Secreto ruso en Inglaterra. Una vez vino a casa del príncipe Obolenski, cuando estaba en Petersburgo, y el príncipe me dijo quién era.

Desgraciadamente, no había podido incluir a Beatrice en el grupo, por lo cual sólo pude describírsela a la sagaz miss Baines, quien en muchas ocasiones logró penetrar ciertos secretos que nos habían escapado a mis agentes y a mí. Su labor era siempre muy difícil, pero estaba muy bien pagada, era una lingüista maravillosa, y en cuanto a paciencia y astucia, inigualable.

Le describí lo mejor que pude a Beatrice, pero no la había conocido. Estuvo meditando un rato y entonces manifestó:

—Dijo usted que por lo visto ella conocía a Moore —puesto que es el nombre verdadero de ese Percival—. Sé que últimamente Moore volvió a estar en Petersburgo; por consiguiente es posible que se conocieran allí. Es probable que en

aquella capital sepan algo sobre Beatrice Graham. ¿Por qué no trata de buscar sus huellas en Rusia?

Esto parecía tanto como pedir la luna; sin embargo, aquel asunto era tan trágico y misterioso que estaba dispuesto a aceptar cualquier sugerencia capaz de darme la clave del enigma. Las reticencias de la señora Hamilton acerca de su prima, y la aparente relación secreta de la muerte de la muchacha con aquellos dos espías consumados, constituían un problema que me intrigaba tremendamente.

Miss Baines me manifestó que en Petersburgo podría encontrar probablemente a uno de los dos agentes rusos, Davidoff o Moore, quienes debían haber estado en Inglaterra con algún propósito desconocido que nada tenía que ver con la caza de montería.

Así que aquella misma noche salí con el expreso para la capital de Rusia. Me hospedé en un pequeño hotel de baja categoría en lugar de hacerlo en el Europe, y disimulando con sumo cuidado mi verdadera identidad, me dediqué en seguida a investigar en cuantos lugares pudiera enterarme si los dos espías habían regresado a Rusia. Supe que efectivamente habían regresado y que los dos se habían entrevistado largamente dos días antes, con el general Zouboff, jefe del Servicio Secreto y con el ministro ruso de Asuntos Exteriores.

Busqué las huellas de la mujer cuya muerte estaba rodeada de tan profundo misterio en la Embajada británica y en varias entidades inglesas de Petersburgo, pero sin resultado. Finalmente, pensé de pronto en otra fuente de información aún sin agotar, o sea en el registro de la Oficina de Asistencia Inglesa de la capital rusa. Y buscando en dicho registro, me encontré, para mayor satisfacción mía, con que unas seis semanas antes Beatrice Graham se había presentado en aquella oficina, donde le dieron el dinero necesario para regresar a Inglaterra. Según rezaba en el registro, era la hija de Mr. Charles Graham, el director de una fábrica textil de Moscú, fallecido a consecuencia de un accidente, y que había dejado a su hija sin un céntimo. Durante varios meses la muchacha trató de ganarse la vida en la tienda de un sastre de teatro del paseo Nevski, pero al no conocer suficientemente el ruso, la habían despedido. Antes de morir el padre, estuvo a punto de casarse con un joven inglés, cuyo nombre no se daba, pero que según decían era el preceptor de los hijos del gobernador general de Varsovia, el general Vraski.

La información era muy interesante, pero no me moví de Petersburgo, sino que traté de buscar y vigilar a los dos hombres que habían venido desde Inglaterra para consultar al principal consejero del Zar. Ayudado por dos rusos, que estaban a sueldo de Inglaterra, seguí los pasos de los dos espías durante seis días enteros, hasta que una tarde, logré seguir a Davidoff hasta la estación del ferrocarril donde sacó un billete para la frontera. Le seguí personalmente, sin equipaje, pues todos sus movimientos eran los de un hombre que escapa del país. Pasó la frontera y llegó a

Viena, donde cogió el tren directo hacia París; a su llegada a la capital de Francia, se hospedó en el Hotel Terminus, cerca de la estación de Saint-Lazare.

Hasta nuestra llegada al hotel, Davidoff no se había percatado de que le seguía, pero el segundo día de estancia en París, nos encontramos frente a frente en el gran *hall* central que servía como sala de espera del Terminus. Me miró furtivamente, pero no tuve la impresión de que me reconociera como el compañero de Beatrice Graham en la cacería. Todo lo que pude observar es que sus gestos eran extremadamente sospechosos, por lo que pedí la colaboración de tres de nuestros agentes secretos en París para vigilarle cuidadosamente, como ya lo había hecho en Petersburgo.

La cuarta noche de nuestra llegada a la capital de Francia, regresé al hotel a eso de la medianoche, después de cenar en el Café Américain con Greville, el agregado naval de nuestra Embajada. Al lavarme las manos antes de acostarme, me hice un arañazo en la muñeca izquierda con un alfiler que la lavandera había dejado descuidadamente en la toalla. Se trataba de una pequeña herida, me la vendé con el pañuelo y como estaba muy cansado, me acosté y me dormí muy pronto.

Sin embargo, al cabo de media hora, me desperté con un dolor espantoso en todo el costado izquierdo, con una extraña contracción de los músculos de la cara y de las manos y con la garganta tan apretada que me impedía respirar o gritar.

Traté de levantarme y de pulsar el timbre eléctrico para pedir auxilio, pero no pude. Parecía como si tuviese el cuerpo totalmente paralizado. Entonces, la espantosa verdad atravesó por mi mente, y tuve un sudor frío.

Aquel alfiler había sido colocado premeditadamente: ¡Me habían envenenado de la misma manera que a Beatrice Graham!

Recuerdo que mi corazón pareció dejar de latir y que mis uñas se crispaban contra las palmas de la mano angustiosamente; luego perdí el sentido.

Cuando recobré el conocimiento, Ted Greville junto a un hombre alto con una barba negra llamado Delisle, que pertenecía al departamento secreto del Quai d'Orsay y a menudo nos había facilitado informaciones, una gran persona, hay que decirlo, estaban a mi lado, mientras un médico francés estaba inclinado al pie de la cama, mirándome.

—¡Gracias a Dios, ya está mejor, amigo! —exclamó Greville—. Ellos pensaban que estaba muerto. ¡De buena ha escapado! ¿Cómo ocurrió?

—¡Ese alfiler! —grité, señalando la toalla.

—¿Qué alfiler? —preguntó sorprendido Greville.

—¡Cuidado! ¡No toquen esa toalla! —grité de nuevo—. ¡En ella hay un alfiler, y está envenenado! Ese ruso debió introducirse en mi habitación en mi ausencia y muy pérfidamente me montó esa trampa mortal.

—Querrá decir Davidoff —intervino Delisle—. Cuando el médico salga de aquí, tengo que decirle algo confidencial.



El doctor se eclipsó discretamente; entonces nuestro agente manifestó:

—Davidoff ha traicionado a su propia patria. He descubierto que el verdadero motivo de su llegada a París es debido a que se haya en poder del proyecto original del tratado secreto que Rusia y Alemania se disponían a firmar en contra de Inglaterra, y en este momento está negociando para vendérselo por cien mil francos. La noche pasada tuve una entrevista confidencial con nuestro jefe en su residencia privada de la Avenue des Champs Elysées.

—¡Eso significa que es Davidoff quien lo ha robado después de ser aprobado por el Zar! —grité, y saltando de la cama, me dispuse a actuar en seguida para informarme—. ¿Entregó ya el documento a Francia?

—Aún no; sigue en su poder.

—¿Y dónde se encuentra? ¿Aquí?

—No. Se esconde en una casa, en el n.º 247 de la Rué Lafayette, mientras el ministro de Asuntos Exteriores decide si ha de comprar el documento.

—¿Y bajo qué nombre se le conoce ahora?

—Se hace pasar por un griego llamado Geunadios.

—Hay que vigilarle muy de cerca. No debe escapar; trató de asesinarme.

—Ya está vigilado —contestó Delisle.

Agotado por mi esfuerzo, volví a meterme en la cama.

Antes de las doce de la noche, me presenté en la habitación del traidor, en la Rué Lafayette. Al verme, Davidoff retrocedió, pálido y con las manos temblorosas.

—No dudo que mi presencia le sorprenda —dije—, pero ahora mismo le diré por qué he venido aquí; quiero el documento que está relacionado con Alemania y con su propio país, el documento que ha robado usted para vendérselo a Francia.

—¿Qué me dice usted, monsieur? —replicó con fingida altanería.

—Lo que digo no puede ser más sencillo y claro: o me entrega ese documento o de lo contrario yo le entrego a usted a manos de la policía por tentativa de asesinato. La policía parisién le detendrá hasta que las autoridades de Petersburgo pidan su extradición por traidor. Ya sabe lo que significa: ¡la fortaleza de Schusselburg!

El nombre de la terrible isla-fortaleza, temida por todos los rusos, lo hizo estremecerse. Me miró fijamente y aunque levó mi determinación en mis ojos, seguía inflexible, negándose durante un buen rato a entregarme el preciado documento. Entonces le hablé de su estancia en Stoke Doyle y de su amistad con el espía Moore, para que se percatara de que conocía toda la verdad. Finalmente, me propuso un arreglo entre él y yo, a saber que a cambio del proyecto de tratado contra Inglaterra yo guardaría el silencio y le permitirá regresar a Rusia.

Naturalmente, acepté su proposición y el tipo extrajo de un secreto escondrijo de su maleta de viaje el papel de inocente apariencia, que de haberse firmado, habría arruinado el prestigio de Inglaterra en el Lejano Oriente. Me entregó el documento

por el cual contaba conseguir cien mil francos y a cambio, lo dejé libre de regresar a Rusia sin ser molestado.

Nuestra despedida distó mucho de ser cordial, pues sin la menor duda Davidoff era quien había puesto en mi toalla el alfiler impregnado de un veneno sutil y mortífero. Escapó inmediatamente del hotel, sabiendo que tarde o temprano me habría de arañar en aquel alfiler y ser su víctima.

Ciertamente, tuve mucha suerte de escapar con vida del pérfido atentado y por añadidura de poder entregar rápidamente el preciado documento a Lord Macclesfield, cosa que hice al día siguiente a las doce.

Mi vida había estado en juego, pues más tarde me enteré que otro individuo había sido el cómplice de Davidoff en su tentativa de asesinarme, pero afortunadamente todo había salido bien al conseguir el documento gracias al cual Inglaterra pudo actuar con la presteza y el vigor necesarios, salvando la situación y abriendo el Camino, como ya saben, al tratado anglo-japonés, firmado unos meses después para mayor fracaso de Alemania.

\*\*\*

Han transcurrido casi dos años desde aquellos dramáticos acontecimientos, y sólo el otro día, por pura casualidad, pude descubrir un nuevo elemento que explica la muerte de la infortunada Beatrice Graham.

Un joven teniente de infantería, llamado Bellingham, haciéndose pasar por ruso y que llevaba cuatro años en nuestro Servicio Secreto, había estado en Rusia para realizar una misión. Hace unos días, a su regreso a Londres después de haber efectuado una peligrosa misión de espionaje en la frontera ruso-germana, se presentó en mi domicilio de Bloomsburv. Durante nuestra conversación me dijo que un par de años antes había desempeñado el cargo de preceptor de los hijos del gobernador general de Varsovia, con el fin de poder conseguir cierto documento relacionado con el plan ruso de movilización militar en la frontera occidental.

Al oírle, una singular hipótesis me vino a la mente y le pregunté

—¿Acaso me equivoco al pensar que conoció en Rusia a una joven con el apellido de Graham, Beatrice Graham?

Me miró fijamente, lleno de extrañeza, y su rostro se cubrió de tristeza:

—Sí —contestó—. La conocí, y nuestro encuentro acabó en una terrible tragedia. Debido al cargo que ostentaba, hubiese sido mucho mejor guardar silencio sobre mi labor, pues eso ha sido la tragedia de mi vida.

—¿Por qué? ¡Cuénteme! —le pedí con gran simpatía.

—¡Ah! —suspiró—. Es una historia extraña. La conocí en Petersburgo, donde estaba empleada en una tienda de la avenida Nevski. Yo la quería y nos hicimos novios. Sin esconderle nada, le dije quién era y los motivos por los cuales estaba al

servicio del gobernador general de Varsovia. En lugar de despreciarme por mi labor de espía, se entusiasmó como buena inglesa que era y afirmó que estaba dispuesta a ayudarme. Ella estaba deseando que nos casáramos y sabía que si yo lograba dar un gran golpe, mi posición iba a mejorar con ello y que podríamos unirnos.

Bellingham se interrumpió y guardó silencio un momento, mirando con tristeza hacia la calle gris; luego prosiguió:

—Le expliqué que se sospechaba que Alemania y Rusia conspiraban en el Lejano Oriente y que probablemente existía un proyecto de tratado, siendo dicho documento de una importancia capital para los intereses británicos. Cuál no sería mi sorpresa, cuando una semana más tarde, Beatrice me entregaba dicho documento, del que se había apoderado en el despacho privado del príncipe Korolkoff, jefe de la Cancillería privado del emperador, en cuya residencia había podido entrar llevándole un encargo a la princesa. Realmente, había actuado con una habilidad y una audacia asombrosas. Conocedor de la trascendental importancia del citado documento, la insté a salir de Rusia sin demora para que fuera a esconderse en Inglaterra en casa de sus amigos o parientes, y que cuidara mucho de no desprenderse del documento secreto. Beatrice siguió ese plan, pero antes fue a colocarse bajo la protección de la Oficina Británica de Asistencia, para eludir las sospechas por parte de la policía.

La pobre muchacha se marchó a casa de una prima suya, Lady Hamilton, en el condado de Northampton, pero desde el mismo momento de la desaparición del documento los servicios secretos alemán y ruso estuvieron alerta y todo el aparato de investigación se puso en marcha; dos agentes de Rusia, un inglés llamado Moore y un ruso llamado Davidoff, al igual que el jefe del servicio germano, Krempelstein, tuvieron alguna sospecha y siguieron a Beatrice a Inglaterra con el propósito de recuperar el precioso documento. Durante varias semanas los tres espías conspiraron en balde, aunque el alemán y el inglés lograran relacionarse amistosamente con ella.

Beatrice me mandó un telegrama, preguntándome lo que tenía que hacer con el documento, pero al no estar enterado del carácter desesperado que el asunto había cobrado, le contesté que allí no había nada que temer. ¡Estaba loco! —exclamó amargamente mi interlocutor—. No supe reconocer la vital importancia de la información. No alcancé a ver que estaban en juego varios imperios! Davidoff, quien se hacía pasar por un rico barón austríaco, llegó a descubrir que mi novia seguía guardando el precioso proyecto de tratado en su corsé; por consiguiente recurrió a un ardid infame. Como descubrí más tarde, un día Davidoff logró esconder en el abrigo de piel de Beatrice un alfiler impregnado con un veneno mortal desconocido por los toxicólogos. Seguidamente, hizo despachar! desde Londres un telegrama firmado con mi nombre, instándola a reunirse conmigo aquella misma noche en cierto lugar secreto. La pobre muchacha acudió a la cita con la mayor expectación, pensando que yo había regresado inesperadamente de Rusia. Pero al ponerse el abrigo, se pinchó un

dedo en el alfiler envenenado. Mientras me esperaba fue presa de la fatal parálisis y expiró, después de lo cual Davidoff se arrastró hasta ella, le quitó el documento y desapareció. Estaba ansioso de apoderarse de él para vendérselo a una potencia extranjera por una crecida suma de dinero, pero antes de conseguir su propósito tuvo que regresar a Rusia para informar. Nadie sabía que Davidoff poseía realmente el documento, pues tanto Krempelstein como Moore creyeron que la muerte de mi pobre Beatrice obedecía a causas naturales, mientras que Davidoff había arreglado muy bien las cosas para que nunca pudiera probarse su presencia en el lugar donde mi infortunada novia había fallecido. Naturalmente, los espías se marcharon de Inglaterra después de la tragedia, pensando que aunque el documento hubiera estado en manos de mi infortunada Beatrice, ya habría pasado a otras manos desconocidas.

—¿Y qué ha sido del asesino Davidoff? —pregunté.

—He vengado la muerte de Beatrice —contestó Bellingham, apretando los dientes—. Informé al general Zouboff del intento del traidor de venderle el proyecto de tratado a Francia, lo que trajo como resultado que la corte marcial lo condenara a prisión perpetua en las celdas de Schusselburg.

## LA MISTERIOSA MUERTE DEL METROPOLITANO

---

Baronesa Orczy

---

Estuvo muy bien que Mr. Richard Frobisher (del *London Mail*) tomara tan mal la cosa. Polly no podía censurarle en lo más mínimo.

A ella le gustaba por encima de todo su arrebatado de mal humor, tan viril, y que al fin y al cabo no era sino una manifestación muy halagadora de los celos masculinos.

Además, Polly se sentía claramente culpable: había prometido reunirse con Dickie (o sea, con Richard Frobisher) a las dos en punto delante del Palace Theatre, porque deseaba asistir a la representación de la gran bailarina Maud Alian, y porque, como es natural, él estaba deseando ir con ella.

Pero ya habían dado las dos y Polly seguía en Norfolk Street, en el Strand, en un salón de té de la cadena A.B.C. (Aerated Bread Company), tomando su café, frente a un grotesco anciano ocupado en jugar con un trozo de cuerda.

¿Cómo iba a acordarse de Maud Alian, del Palace Theatre o del propio Dickie ante lo que estaba escuchando? Pues el «Hombre de la Esquina» —así llamaban al anciano— había empezado a hablar de la misteriosa muerte del ferrocarril metropolitano, y Polly se había olvidado del tiempo, del lugar y demás circunstancias.

Había llegado muy temprano al A.B.C. para almorzar con la intención de no perderse la representación en el Palace Theatre.

El viejo espantajo estaba sentado en su sitio habitual cuando Polly entró en el salón de té, pero no dijo una sola palabra mientras la muchacha estuvo comiendo su *scone* o galletas con mantequilla. Pensaba precisamente en lo arisco que era el anciano al no decir ni siquiera «buenos días», cuando de pronto una brusca observación del Hombre de la Esquina le hizo alzar la cabeza:

—¿Tendría la gentileza de describirme al hombre que hace tan sólo unos segundos estaba sentado ahí mismo a su lado mientras usted se tomaba su café y sus galletas?

Polly volvió involuntariamente la cabeza hacia la alejada puerta por la que un hombre vestido con un abrigo ligero salía en aquel momento. Aquel hombre había estado sentado ciertamente a su lado cuando ella pidió su café y sus galletas; y el hombre había terminado su almuerzo —o lo que fuera— hacía un rato, había pagado en la taquilla y se había marchado. La cosa no parecía tener la menor importancia; así pensaba Polly.

Por consiguiente, no contestó siquiera al arisco anciano, y encogiéndose de hombros, llamó a la camarera para que le trajera la nota del gasto.

—¿Sabría decirme si ese hombre era alto o bajo, moreno o rubio? —prosiguió el Hombre de la Esquina, sin! inmutarse ante la indiferencia de la muchacha—. ¿Podría decirme cuál era su aspecto?

—¡Claro que puedo! —replicó Polly impacientada—, pero no veo en qué podría interesarle mi descripción de uno de los clientes de un salón de té de la cadena A.B.C.

El anciano guardó silencio un minuto, mientras sus dedos buscaban afanosamente en sus amplios bolsillos para sacar otro trocito de cuerda. Tan pronto como tuvo en sus manos el indispensable «ayuda-memoria», miró a la muchacha entre sus párpados medio cerrados y dijo maliciosamente:

—Pero supongamos que fuera de capital importancia que facilitara una descripción exacta del hombre que hoy estuvo sentado a su lado durante media hora, ¿cómo se las arreglaría?

—Podría decir que era de mediana estatura...

—¿Unos cinco pies y ocho, nueve o diez pulgadas? —cortó tranquilamente el anciano.

—¿Cómo puede uno afirmar si tenía una o dos pulgadas de más o de menos? —replicó Polly de mal humor—. El color de su pelo, pongamos que ni lo uno ni lo otro...

—¿Es decir? —preguntó suavemente el anciano.

—Ni rubio ni moreno... Su nariz...

—¿A ver, cómo era su nariz? ¿Podría dibujarla?

—No soy ninguna artista. Su nariz era recta, sin duda; y tenía los ojos...

—Ni negros ni claros... su cabello tenía la misma particularidad... no era ni bajo ni alto... su nariz no era ni aguileña ni respingada —recapituló el Hombre de la Esquina sarcásticamente.

—No —replicó Polly—; era un hombre de apariencia corriente.

—¿Sería capaz de reconocerlo, pongamos mañana, entre un grupo de hombres que serían «ni altos ni bajos, ni morenos ni rubios, de nariz ni aguileña ni respingada, etcétera»?

—Pues no lo sé... Es posible... que efectivamente no fuera lo bastante singular en sus facciones para poderle recordar.

—Exactamente —afirmó el anciano; inclinándose excitadamente hacia la muchacha, se parecía totalmente a un polichinela enfurecido—. Precisamente; y es usted periodista —así por lo menos dice que es— y debe formar parte de su profesión tomar nota y describir a la gente. Y no me refiero solamente al admirable personaje con los claros rasgos del sajón, los hermosos ojos azules, las nobles cejas y el clásico rostro, sino a las personas corrientes, al individuo que representa a más del noventa por ciento del inglés medio, o sea, de la clase, que ni es muy alto ni muy bajo, que lleva unos bigotes ni rubios ni morenos, pero que le cubren la boca, y con un

sombrero de copa que disimula la forma de su cabeza y de sus cejas; en una palabra, un hombre que se viste igual que centenares de semejantes suyos, que habla como ellos, se mueve como ellos y no tiene ningún rasgo verdaderamente singular. Trate de describir a esa persona —prosiguió el anciano—, de reconocerla, digamos al cabo de una semana, entre otros ochenta o noventa que se le parecen; peor aún, mándelo al cadalso si se halla implicado por casualidad en algún crimen, por cuanto el hecho de reconocerlo es tanto como ponerle la soga al cuello. Trate de hacerlo —le digo— y después de haber fracasado completamente, comprenderá en el acto cómo uno de los peores racimos de horca sigue aún en libertad, y por qué nunca se esclareció el misterio de la muerte del ferrocarril metropolitano. Creo que esta ha sido la primera vez en mi vida en que estuve realmente tentado de facilitarle a la policía mi propio punto de vista sobre el asunto. Pues ha de saber usted que, por mucho que admire a ese bruto por su habilidad, no creo que el hecho de que escape al merecido castigo pueda beneficiar a nadie.

»En esta época de tracción a vapor y a motor de todos los tipos, el anticuado medio de transporte, el mejor, más barato y más rápido, para ir hacia la City y West End, con mucha frecuencia se encuentra vacío y no puede decirse que en ningún momento los compartimentos del ferrocarril metropolitano estén abarrotados. En cualquier caso, cuando el tren llegó a Aldgate alrededor de las cuatro de la tarde del día dieciocho de marzo próximo pasado, los vagones de primera clase estaban casi vacíos.

»El jefe de tren anduvo a una parte y otra del andén, mirando en el interior de los vagones por si alguien se había olvidado algún diario vespertino de medio penique para él, y al abrir la puerta de uno de los compartimentos de primera clase advirtió a una señora sentada en el rincón opuesto con la cara vuelta hacia la ventanilla, y que sin duda se había olvidado de que en aquella línea, Aldgate es la estación terminal.

»¿Qué hace usted ahí, señora? —preguntó.

»La señora no se movió y el jefe de tren entró en el compartimento, pensando que a lo mejor la señora se había quedado dormida. Le tocó levemente el brazo y miró su rostro. Según el poético lenguaje del jefe de tren se quedó «atontado». Los ojos vidriosos, el color ceniciento de las mejillas y la rigidez de la cabeza, probaban sin la menor duda que estaba muerta.

»Cerrando cuidadosamente la puerta del compartimento, el jefe de tren llamó a un par de mozos de cuerda, uno de los cuales fue a avisar al jefe de estación mientras el otro avisaba a la policía

»Afortunadamente, a aquellas horas no suele haber mucha gente por el andén, ya que todo el tráfico se dirige por la tarde hacia el oeste. La gente solamente empezó a aglomerarse, curiosa, cuando aparecieron un inspector y dos guardias, acompañados por un policía de paisano y el médico forense para inspeccionar el compartimento

donde el cadáver se encontraba.

»La prensa dio cuenta del extraordinario acontecimiento en sus últimas ediciones, bajo el sensacional título de «Misterioso suicidio en el ferrocarril metropolitano». El forense había llegado muy pronto a la conclusión de que el jefe de tren no se había equivocado y que aquella mujer estaba muerta.

»La mujer era joven y debía ser muy hermosa antes de que el espanto y el frío de la muerte alteraran tremendamente sus rasgos. Iba vestida con mucha elegancia, y los periódicos más frívolos no dejaron de ofrecer a sus lectoras el detallado relato descriptivo del vestido, los zapatos, el sombrero y los guantes de la infortunada mujer.

»Resultó que uno de los guantes, el de la mano derecha, estaba parcialmente quitado, dejando desnudos la muñeca y el pulgar. En esa misma mano la víctima llevaba un pequeño bolso, dentro del cual la policía sólo encontró, al abrirlo en busca de una posible identificación de la pobre mujer, un poco de calderilla, algunas sales volátiles inglesas y un Frasquito, que fue entregado al médico forense para su análisis.

»Fue la presencia de aquel Frasquito lo que originó que se extendiera por doquiera la noticia según la cual el caso misterioso del metropolitano era un suicidio. Un hecho era cierto, a saber, que ni en la víctima ni en la apariencia del compartimento, se había hallado el más mínimo rastro de lucha o de resistencia ante una posible agresión. Sólo los ojos de la infortunada mujer guardaban el súbito terror, la rápida visión de una muerte tan inesperada como violenta, la cual había debido producirse en una infinitesimal fracción de segundo, pero dejando sin embargo sus huellas indelebles en el rostro antes plácido y sereno.

»Trasladaron el cuerpo al depósito de cadáveres. Hasta entonces, naturalmente, nadie fue capaz de identificar a la muerta o de proyectar la más pequeña luz sobre el misterio de su muerte.

»En vista de ello, una multitud de ociosos —genuinamente interesados o no— fueron autorizados a ver el cadáver, bajo el pretexto de haber perdido a algún familiar o amigo.

»Hacia las ocho y media de la noche, un hombre joven y bien vestido llegó a la estación en un cabriolé y enseñó su tarjeta al comisario de policía. Era míster Hazeldene, agente naviero, con domicilio en el n.º 11 de Crow Lañe, E. C. y que vivía en Addison Row, 19, en Kensington.

»El recién llegado parecía estar en un estado de gran desesperación; sus manos estrujaban nerviosamente un ejemplar de la *St. James Gazette* que publicaba la fatal noticia. Dijo muy pocas cosas al comisario, salvo que una persona muy querida no había regresado a su casa aquella noche.

»No se había sentido verdaderamente angustiado hasta una media hora antes en



que bruscamente se le ocurrió mirar en el periódico que llevaba. La descripción de la muerta, aunque bastante vaga, le había alarmado terriblemente. Subió en un cabriolé y ahora pedía que le autorizaran a ver el cuerpo con miras a poder alejar de sí los peores temores.

»Ya imagina lo que siguió —prosiguió el Hombre de la Esquina—; el dolor del pobre joven era realmente lastimoso verlo: acababa de reconocer en el cuerpo que yacía ante él a su propia esposa.

»Me estoy volviendo melodramático —dijo el anciano, mirando a Polly con una leve, pero amable sonrisa, mientras sus dedos se afanaban nerviosamente en añadir otro nudo al pedazo de cuerda raída con el que no dejaba de jugar— y mucho me temo que toda esta historia huele a novelita de un penique; pero ha de admitir y no dudo que debe acordarse de que fue un momento de intensa emoción y verdaderamente dramático.

»Aquella noche, el desgraciado marido de la muerta no fue molestado con muchas preguntas. En verdad, no estaba en condiciones de hacer una declaración coherente. Al día siguiente, al iniciarse la investigación del juez instructor, cabía suponer que se proyectaría alguna luz sobre el misterio que envolvía la muerte de la señora Hazeldene, pero es un hecho que las tinieblas que rodeaban aquel caso se volvieron aún más densas si cabe.

»El primer testigo fue naturalmente el propio Mr. Hazeldene. Supongo que todos sentían simpatía hacia este joven e infortunado esposo cuando se presentó ante el juez instructor y trató de proyectar alguna luz sobre el misterio. Iba bien vestido, lo mismo que la noche anterior, pero parecía estar tremendamente afectado y preocupado y el hecho de que no se hubiese afeitado le daba a su rostro un aire sombrío y desaliñado.

»Se supo que se habían casado seis años antes y que en su vida matrimonial habían sido siempre muy felices. No tenían hijos. La señora Hazeldene parecía haber disfrutado de muy buena salud hasta hacía poco en que tuvo un ligero ataque de gripe, siendo atendida por el Dr. Arthur Iones. El doctor se hallaba también en la sala del tribunal y tanto el juez instructor como el jurado pudieron enterarse de si la señora Hazeldene tenía o no la más leve predisposición a una enfermedad cardíaca, capaz de haber tenido un brusco y fatal desenlace.

»Evidentemente, el juez instructor se mostró muy amable y cortés para el afligido marido. Tras varios circunloquios, llegó al punto que deseaba aclarar, o sea, si las condiciones mentales de su infortunada esposa eran buenas últimamente. Pero al señor Hazeldene parecía molestarle el hablar de ese asunto. No cabe duda de que ya estaba enterado del frasquito que habían encontrado en el bolso de su malograda esposa.

»A veces me pareció —admitió finalmente a regañadientes Mr. Hazeldene— que mi mujer no se encontraba demasiado bien. Acostumbraba a ser muy alegre y

despreocupada; sin embargo, de un tiempo a esta parte pude observarla cuando se sentaba por la noche meditando alguna cosa, pero evidentemente nunca tuvo la franqueza de decirme nada.

»El magistrado insistió y entonces sacó a relucir el frasquito.

»Ya sé, ya sé —contestó el joven marido, con un breve y pesado suspiro—. Piensa Su Señoría en el problema del suicidio, pero soy absolutamente incapaz de comprenderlo... todo ha sido tan brusco y tan espantoso... es cierto que mi esposa parecía estar últimamente distraída y preocupada, pero sólo a veces; y ayer por la mañana, cuando la dejé para irme al trabajo, parecía absolutamente tranquila y cuando le propuse que aquella noche fuéramos a la ópera, se alegró mucho, me consta, y me dijo que quería salir de compras y hacer algunas visitas por la tarde.

»¿Sabe usted adonde se dirigía cuando cogió el metropolitano? —le preguntó el juez.

»Pues no exactamente. Según creo, tenía la intención de ir a Baker Street y luego a Bond Street para sus compras. A veces, solía ir a una tienda de St. Paul's Churchyard, en cuyo caso tenía que sacar un billete para Aldersgate Street; pero no lo sé.

»Ahora, Mr. Hazeldene —dijo finalmente el magistrado con mucha amabilidad— ¿podría decirme si en la vida de la señora Hazeldene había algo conocido por usted y capaz de explicarnos en cierto modo el motivo de su angustioso estado de ánimo, algo que usted mismo haya podido observar? ¿Acaso existía alguna dificultad económica que pudiera preocupar a su esposa? ¿Algún amigo quizá, cuyas relaciones con la señora Hazeldene... ¡Hum!... le hubiese chocado a usted? ¿Podría usted —agregó el juez, como si afortunadamente hubiese salido de un trance desagradable— darme la más pequeña indicación tendente a confirmar la sospecha de que su infortunada señora, en un momento de ansiedad o de trastorno mental, pudo haber deseado quitarse la vida?

»Durante un momento, el más profundo silencio reinó en el tribunal. A todo el mundo le parecía que el señor Hazeldene era presa de la duda moral más terrible. Estaba muy pálido y lastimoso; intentó hablar por dos veces, y finalmente declaró con una voz apenas perceptible:

»No; no existían dificultades económicas de ningún tipo. Mi mujer tenía su propia fortuna, y no tenía ningún gasto excesivo...

»¿Tampoco ningún amigo contra quien pudiera usted objetar? —insistió el juez.

»Ni ningún amigo; nunca tuve que objetarle nada en ese sentido —balbuceó el infortunado joven, con un esfuerzo evidente.

»Yo mismo asistí a la encuesta judicial ante el jurado —manifestó el Hombre de la Esquina, después de tomarse un vaso de leche y de pedir otro— y puedo asegurarle que la persona más necia se dio cuenta claramente de que Mr. Hazeldene mentía.

Estaba clarísimo para la mente menos aguda, que la infortunada señora no había caído en lo más mínimo en un estado de depresión mórbida, y que tal vez existiera una tercera persona capaz de dar más luz sobre aquella muerte extraña y repentina que el desgraciado y afligido viudo.

»Muy pronto resultó que la muerte era mucho más misteriosa de lo que parecía al principio. Sin duda, usted leyó el caso en su tiempo, y debe recordar la excitación provocada entre la opinión pública por el testimonio de dos médicos: el Dr. Arthur Jones, médico de cabecera de la víctima, que la había atendido en su última y muy ligera enfermedad y la había visitado facultativamente hacía muy pocos días, declaró con mucho énfasis que la señora Hazeldene no padecía ninguna dolencia orgánica capaz de haber causado su repentino fallecimiento. Además, el Dr. Jones había asistido al médico forense del distrito, Andrew Thornton, en la autopsia, y ambos habían llegado a la conclusión de que el fallecimiento era debido a la acción de una dosis de ácido prúsico que había originado el paro instantáneo del corazón. Sin embargo, ni el uno ni el otro eran capaces de establecer de momento de qué manera había sido administrado el veneno en cuestión.

»Así que el juez instructor preguntó:

»¿Debo entender, Dr. Jones, que la víctima ha muerto envenenada con ácido prúsico?

»Así lo creo —contestó el doctor.

»¿La botellita hallada en el bolso de la muerta contenía ácido prúsico?

»Ciertamente, había contenido cierta cantidad.

»¿A juicio suyo, esa señora se quitó la vida tomando una dosis de dicho veneno?

»¡Perdón! Nunca sugerí tal cosa: la señora Hazeldene falleció envenenada por esa droga, pero ¿cómo fue administrado el veneno? eso no lo sabe nadie. Por inyección de algún tipo, eso es seguro. Sin embargo, lo cierto es que la droga no fue ingerida, pues no se halló ningún rastro de la misma en el estómago.

»Sí —agregó el doctor Jones a otra pregunta del magistrado— la muerte siguió casi instantáneamente a la inyección; digamos al cabo de un par de minutos, tal vez tres. Es muy posible que el cuerpo no tuviera más de una rápida y súbita convulsión, quizá ninguna; en tales casos, la muerte es repentina y fulminante.

»No creo que en ese momento ninguno de los que estaban en la sala del tribunal se diera cuenta de la trascendencia que revestía la afirmación del doctor —manifestó el Hombre de la Esquina prosiguiendo su relato—, afirmación que, por lo demás, fue ratificada por el forense del distrito que efectuó la autopsia. La señora Hazeldene había fallecido súbitamente tras la inyección de una dosis de ácido prúsico, administrada nadie sabía cómo ni cuándo. La infortunada mujer había viajado en un compartimento de primera clase en uno de los momentos de más tráfico de la jornada. Esa joven y elegante mujer hubiera debido tener unos nervios y una sangre fría muy

singulares para inyectarse ella misma el mortífero veneno en presencia de dos o tres personas.

»Bueno, cuando le dije que nadie se daba cuenta de la importancia de la afirmación del doctor en aquel momento, yo mismo incurrí en un error; pues había tres personas en la sala del tribunal que comprendieron en el acto la gravedad de la situación y el asombroso desarrollo que aquel caso iba a tener a partir de ese momento. Naturalmente, hubiese podido desentenderme del problema —agregó el extravagante anciano con la inimitable suficiencia tan peculiar en él—. Sin embargo, yo adiviné en el acto lo que había sucedido en unos momentos en que la policía andaba despistada y en que seguiría despistada hasta que la misteriosa muerte del ferrocarril metropolitano cayese en el olvido junto con otros casos en los que se suelen equivocar de vez en cuando.

»He dicho que en la sala había tres personas que comprendieron la gravedad de las aserciones de los dos doctores; las otras dos eran, en primer lugar, el detective que había examinado desde un principio el compartimento del metro, un hombre joven, enérgico y lleno de inteligencia, pero falto de sagacidad, y el propio Mr. Hazeldene.

»Llegados a este punto, el primer elemento interesante de todo el asunto fue introducido en el proceso a través del humilde canal de Emma Funel, la criada de la señora Hazeldene, que según se sabía por entonces era la última persona que había visto y hablado a la víctima.

»La señora Hazeldene almorzó en casa —explicó Emma, una mujer muy tímida y que hablaba casi en un susurro—; parecía sentirse muy bien y alegre. Se marchó a eso de las tres y media de la tarde y me dijo que iba a casa de Spence, en St. Paul's Churchyard, para probarse su nuevo traje chaqueta. La señora Hazeldene tenía la intención de ir allí por la mañana, pero no pudo hacerlo a causa de la visita de míster Errington.

»¿Míster Errington? —preguntó el juez—. ¿Y quién es Mr. Errington?

»Pero la criada tuvo muchas dificultades en explicarlo:

»Míster Errington es... Míster Errington es... ¡el señor Errington y nada más!

»Por fin pudo saberse que el señor Errington era un amigo de los Hazeldene, que vivía en un apartamento de Albert Mansions y que solía visitar a menudo Addison Row, quedándose generalmente hasta muy tarde.

»Acosada a preguntas, Emma manifestó finalmente que en los últimos tiempos la señora Hazeldene había ido varias veces al teatro con míster Errington, y que aquellas noches, su amo estaba muy triste y confuso.

»Cabe recordar —prosiguió el Hombre de la Esquina— que el joven viudo se mostraba muy reticente. Contestaba a regañadientes y el magistrado instructor se hallaba la mar de satisfecho cuando al cabo de un cuarto de hora de asaetarlo a preguntas el testigo se dignaba suministrarle la información apetecida.

»Así se llegó a saber que Mr. Errington era el amigo de su esposa. Que era un rico gentleman y que parecía tener mucho tiempo a disposición suya. El propio señor Hazeldene no sentía ninguna amistad hacia Mr. Errington, pero nunca le hizo una observación al respecto a su mujer.

»¿Pero quién es ese Mr. Errington? —volvió a preguntar el juez—. ¿Qué hace? ¿Cuál es su profesión o a qué se dedica?

»No tiene ninguna profesión ni se dedica a ningún negocio.

»¿Entonces, cuáles son sus ocupaciones?

»No tiene ninguna ocupación especial. Tiene una gran fortuna. Sin embargo tiene un *hobby* que le absorbe mucho.

»¿Y cuál es su *hobby*?

»Se pasa el tiempo haciendo experimentos químicos, y según creo, es, aunque aficionado, un distinguido toxicólogo».

El Hombre de la Esquina colocó ante miss Polly Burton unas cuantas fotos instantáneas de pequeño tamaño y le preguntó:

—¿Acaso ha visto alguna vez a Mr. Errington, el hombre tan íntimamente relacionado con la misteriosa muerte del metropolitano? Pues ahí lo tiene; muy animoso y apuesto, con un rostro bastante agradable, pero muy corriente, de lo más corriente.

»Y fue esa falta de toda peculiaridad la que estuvo casi a punto de causar su perdición y de ponerle la soga al cuello a míster Errington.

»¡Pero voy demasiado de prisa! —dijo el Hombre de la Esquina—. Corre usted el riesgo de perder el hilo. El público, evidentemente, nunca llegó a comprender cómo ni por qué Mr. Errington, el rico solterón de Albert Mansions, de Grosvenor y de otros clubs de los jóvenes elegantes, se encontró un buen día ante los magistrados de Bow Street, acusado de estar implicado en la muerte de Mary Beatrice Hazeldene, en vida domiciliada en el n.º 19 de Addison Row.

»Puedo asegurarle que tanto la prensa como el público se quedaron estupefactos. Pues le diré que Mr. Errington era un miembro muy conocido y popular de cierto sector elegante de la sociedad londinense. Asistía asiduamente a la ópera, a las carreras de caballos y se le veía en el Park, en el Carlton; tenía muchos amigos y por consiguiente había una gran expectación aquella mañana en el tribunal de justicia. He aquí lo que había sucedido:

»Ante las muy fragmentarias pruebas a las cuales la investigación criminal había dado lugar, dos señores llegaron a pensar que tal vez tuvieran alguna obligación para con el Estado y el público en general, con lo que se presentaron ante el tribunal con la intención de esclarecer en lo posible el misterioso caso del ferrocarril metropolitano.

»Naturalmente, la policía opinaba que las informaciones que aquellos dos nuevos testigos pudieran aducir llegaban un poco tarde; sin embargo eran de una importancia

capital. Además, ambos señores, que indudablemente ocupaban una buena posición en la sociedad, eran conscientes del paso que daban y actuaron en ese sentido, al denunciar a Mr. Errington y acusarle de asesinato ante el magistrado.

»El acusado estaba pálido y muy preocupado cuando lo vi por primera vez en el tribunal ese día, lo cual no era de extrañar teniendo en cuenta su situación. Pues le habían detenido en Marsella cuando se disponía a salir para Colombo.

»No creo que se diera cuenta de la terrible situación en que estaba metido, hasta después de oír a los testigos que relataron su detención y a la criada Emma Funnel que repetía su declaración según la cual Mr. Errington se había presentado por la mañana en el n.º 19 de Addison Row y que la señora Hazeldene se había marchado a St. Paul's Churchyard a las tres y media de la tarde. Por su parte, el señor Hazeldene no agregó nada a las declaraciones que ya le había hecho al juez instructor, en las que afirmaba que había visto a su mujer viva por última vez en la mañana del día fatal y que parecía estar muy bien y alegre.

»Creo —dijo el Hombre de la Esquina— que todos los que asistían a la vista de la causa comprendieron que el joven viudo trataba de decir lo menos posible, con el fin de no vincular el nombre de su fallecida esposa con el acusado. Sin embargo, se supo a través del testimonio de la criada, que la señor Hazeldene, que era una mujer muy hermosa y evidentemente muy aficionada a sentirse admirada, había molestado más de una vez a su esposo con su claro aunque inocente *flirt* con Mr. Errington. Me parece que todo el público se hallaba agradablemente impresionado por la actitud moderada y digna del joven viudo. Ahora mismo le enseñaré su foto —dijo el Hombre de la Esquina—: Aquí está. Así se presentó ante el tribunal. Vestido de luto, naturalmente, pero sin ningún gesto de ostentación en su dolor. Últimamente, se había dejado crecer la barba y la llevaba muy bien cortada.

»Después de su declaración, ocurrió lo más sensacional de la jornada: un hombre alto y moreno, que llevaba la palabra *City* pegada metafóricamente a su persona, prestó juramento sobre la Biblia y se disponía a decir la verdad y sólo la verdad. Dijo llamarse Andrew Campbell, director de la firma Campbell & Co., corredores de cambios, de Throgmorton Street.

»En la tarde del día 1 de marzo, cuando viajaba en el Metropolitano, Mr. Campbell había visto en su compartimento a una mujer muy hermosa, que le había preguntado si aquel era realmente el tren para Aldersgate. Míster Campbell respondió afirmativamente y luego se sumió en la lectura de las cotizaciones de la Bolsa en su periódico vespertino.

»En la estación de Gower Street, un caballero vestido con un traje de *tweed* y con sombrero hongo entró en el compartimento y se sentó frente de la señora. La dama se asombró muchísimo al verle, pero Mr. Campbell no recordaba con exactitud las palabras que pronunció.

»EL recién llegado y la mujer conversaron un buen rato y por lo visto la señora parecía estar muy animada y contenta. El testigo no prestó atención a la pareja, pues estaba demasiado atareado con sus cálculos, y por último, se apeó del vagón en Farrington Street. Sin embargo, vio cómo el hombre del traje de *tweed* también dejaba el compartimento detrás de él, después de dar la mano a la señora y decirle del modo más simpático: «*Au revoir!* ¡No te retrases esta noche!» Mr. Campbell no escuchó la respuesta de la mujer, y muy pronto el hombre que bajó del tren detrás de él se perdió entre la gente.

»Todo el público estaba a la expectativa, esperando con pasión el momento en que el testigo describiera e identificara al hombre que había visto hablando el último con la infortunada mujer, probablemente cinco minutos antes de su extraño y misterioso fallecimiento.

»Personalmente —manifestó el Hombre de la Esquina— yo ya sabía lo que iba a suceder antes de que el corredor de cambios escocés hablara. Hubiese podido ofrecer yo mismo el vivo retrato capaz de dar con el posible asesino. Y ese retrato se podría ajustar estupendamente al hombre que hace un rato estaba sentado almorzando en la mesa de al lado; mi retrato podía describir con toda seguridad a cinco de cada diez jóvenes ingleses que conoce usted.

»EL individuo en cuestión era de mediana estatura, con un bigote ni rubio ni moreno, con el pelo ni de un color ni de otro. Llevaba un sombrero hongo, un traje de *tweed*, y... ¡eso es todo! El señor Campbell tal vez le reconocería, pero tal vez no, puesto que no se había fijado demasiado en él; aquel individuo estaba sentado del mismo lado que Mr. Campbell en el compartimento y no se quitó el sombrero durante todo el viaje. Mr. Campbell estaba muy atareado con su periódico... bueno, tal vez sería capaz de reconocerle, pero realmente no sabía qué decir.

»De modo que el testimonio de Mr. Campbell no era demasiado valioso, hay que decirlo. En suma, no hubiera podido justificar ninguna detención a no ser por las declaraciones adicionales de Mr. Tames Verner, director de la firma Rodney & Co., impresores cromográficos.

»Mr. Verner es el amigo del señor Campbell, y dio la casualidad de que en Farrington Street, donde esperaba el tren, vio a su amigo Campbell salir del compartimento de primera clase. Mr. Verner habló con él unos segundos y luego, cuando el tren estaba a punto de salir, se subió en el mismo compartimento que antes ocuparan el corredor de cambios y el hombre del traje de *tweed*. Recordaba vagamente a la señora que estaba sentada en el rincón opuesto al suyo, con el rostro vuelto hacia él, aparentemente dormida, pero no se fijó especialmente en ella. Mr. Verner se parecía a casi todos los hombres de negocios cuando viajan: sumido en su periódico. En aquel momento, le interesaba alguna cotización que deseaba anotar; sacó un lápiz del bolsillo de su chaqueta y al ver en el suelo una tarjeta limpia, la

recogió, hizo en ella su anotación y se la metió en el bolsillo.

»Fue solamente dos o tres días más tarde —manifestó Mr. Verner en medio de un religioso silencio— cuando tuve la oportunidad de utilizar nuevamente mis notas. Entre tanto, los periódicos habían relatado extensamente la misteriosa muerte del ferrocarril subterráneo y me había familiarizado con los nombres que citaban, relacionados con el caso. De manera que fue para mí una gran sorpresa, al mirar la tarjeta de visita que había recogido casualmente en el compartimento del metropolitano, leer en ella el nombre de Frank Errington.

»La impresión causada por aquella declaración en la sala del tribunal fue evidentemente muy grande. Nunca se había notado tanta expectación desde los días del misterio de Fenchurch Street y del proceso de Smethurst. Sin embargo, le diré que personalmente no sentía ninguna excitación, pues ya conocía cada uno de los detalles de aquel crimen como si yo mismo lo hubiera cometido. En realidad —afirmó el Hombre de la Esquina— no lo hubiese perpetrado mejor, aunque llevo muchísimos años estudiando el crimen. Muchos de los que allí se encontraban, principalmente sus amigos, pensaron que Errington estaba perdido. Yo también llegué a creerlo, como el propio acusado, pues su rostro palideció terriblemente y no cesaba de pasarse la lengua por los labios, como si los tuviera resecos.

»Lo cierto es que Errington se hallaba en un espantoso dilema, ya que era por completo incapaz de alegar una coartada. El crimen —si es que lo era— había sido cometido tres semanas antes. Un hombre tan mundano como Mr. Frank Errington hubiese podido recordar que durante la tarde del crimen había pasado varias horas en su club, o en el Parque y es de suponer que existían nueve posibilidades contra una de que un amigo suyo jurara positivamente que lo había visto allí. Pero eso no se le ocurrió, ¡y Mr. Errington se encontraba en un gran aprieto! Pues además de los testigos, había dos o tres circunstancias que no le favorecían en absoluto. Para comenzar, estaba el hecho de su afición a la toxicología. La policía había encontrado en su apartamento la descripción de todas las sustancias venenosas, incluido el ácido prúsico. En segundo lugar, estaba el viaje a Marsella, y la salida para Colombo, por inocente que fuera, no dejaba de ser muy desafortunada. Mr. Errington había salido —según manifestó— en un viaje sin importancia, de recreo, pero el público pensaba que, aterrado por su crimen, había huido.

»Sin embargo, su defensor, Sir Arthur Inglewood, volvió a hacer gala de su maravillosa habilidad en favor de su cliente, anulando uno tras otro los testimonios de la acusación.

»Para empezar, el abogado consiguió de Mr. Andrew Campbell la declaración según la cual, en el acusado, no reconocía con toda certeza al hombre del traje de *tweed*; al cabo de veinte minutos de contrainterrogatorio, el eminente jurista había confundido de tal manera al corredor de cambios que es muy probable que no fuera



capaz de reconocer ni a su propio auxiliar administrativo.

»Sin embargo, pese a su confusión y su molestia, Mr. Andrew Campbell seguía estando seguro de una cosa, a saber, que la señora Hazeldene estaba muy animosa y alegre, que había conversado agradablemente con el hombre del traje de *tweed*, hasta que éste, después de estrechar su mano, se despidió de ella con un simpático: «*Au revoir!* ¡No te retrases esta noche!». No se había oído ningún grito ni hubo ningún forcejeo, y en opinión del testigo, si el individuo con el traje de *tweed* le había administrado a su compañera una dosis de veneno, ello tenía que haber sido con pleno conocimiento y libre voluntad de la señora Hazeldene; y ésta, categóricamente, no se parecía ni por asomo a una mujer dispuesta a una muerte súbita y violenta.

»A su vez, Mr. James Verner juró que había observado la puerta del compartimento desde que Mr. Campbell salió y él mismo subió al tren, que dentro del compartimento no había nadie más entre Farrington Street y Aldgate, y que aquella señora, estaba seguro de ello, no había hecho ni un solo movimiento durante todo el viaje.

»Pues no; Frank Errington no fue condenado a la pena capital gracias a la habilidad de su abogado Sir Arthur Inglewood —dijo el Hombre de la Esquina con su sardónica sonrisa—. El acusado negó ser el individuo del traje de *tweed* y juró que no había visto a la señora Hazeldene desde las once de la mañana de aquella trágica jornada. No había ninguna prueba de lo contrario. Además, a juicio de Mr. Campbell, el individuo del traje de *tweed* no podía ser el asesino; pues es absurdo pensar que una mujer pueda dejarse inyectar un veneno mortífero sin darse cuenta y mientras está charlando agradablemente con su asesino.

Míster Errington vive ahora en el extranjero y está a punto de casarse. No creo que ninguno de sus amigos verdaderos pensara en aquel momento que había cometido un crimen infame. La policía piensa que sabe más; pero sólo sabe que no puede tratarse de un caso de suicidio y que si el hombre que viajó con la señora Hazeldene en la tarde fatal no tuviera un crimen sobre la conciencia hace ya mucho tiempo que se habría presentado para ayudar en lo posible a esclarecer ese misterio. En cuanto a saber quién es ese hombre, la policía, en su ceguera, no tiene la más mínima duda. Con la inquebrantable convicción de que Errington es culpable se han pasado los últimos meses investigando y tratando de encontrar nuevas y más sólidas pruebas de su culpabilidad. Pero no las han encontrado, porque no existen. No existe ninguna prueba positiva contra el verdadero asesino, porque se trata de uno de esos hábiles canallas que piensan en todo, prevén cualquier eventualidad, conocen perfectamente la naturaleza humana y pueden predecir exactamente qué pruebas pueden presentarse contra ellos, y obran en consecuencia.

»Desde un principio, ese canalla tiene en la mente la figura y la personalidad de Frank Errington. Frank Errington es el polvo que metafóricamente el infame

individuo echa en los ojos de la policía y cabe afirmar que ha conseguido cegarla, hasta el extremo de hacerles olvidar por completo la sencilla frase que sorprendió a Mr. Andrew Campbell, y que era, evidentemente, la clave de todo el asunto y el único traspiés dado por el astuto criminal, la simple frase «*Au revoir!* ¡No te retrases esta noche!».

»Aquella noche, la señora Hazeldene debía ir a la ópera con su marido.

»¿¡Está usted asombrada?! —exclamó el Hombre de la Esquina, encogiéndose de hombros—. Aún no ve la tragedia como yo la he visto desde hace tiempo. ¿La joven esposa frívola? ¿Su *flirt* con el amigo? todo ficción y engaño. Pienso en la impresión de la policía si hubiese encontrado algo en relación con las finanzas del matrimonio Hazeldene. En el noventa por cien de los casos el dinero es el móvil del crimen.

»Yo descubrí que el testamento de Mary Beatrice Hazeldene había sido homologado por su marido, único albacea, y que la herencia ascendía a 15.000 libras esterlinas. Además, descubrí que Edward Sholto Hazeldene era un pobre empleado naviero cuando se casó con la hija de un rico constructor de Kensington. Y después noté el hecho de que el inconsolable viudo se había dejado crecer la barba desde la muerte de su esposa.

»No cabe duda de que se trata de un hábil canalla —agregó el extraño anciano, inclinándose con excitación sobre la mesa y mirando fijamente a Polly—. ¿Sabe de qué manera el mortífero veneno fue inyectado en el cuerpo de la pobre mujer? Del modo más sencillo, conocido por todos los tunantes del sur de Europa: con un anillo ¡sí! un simple anillo que lleva una aguja hueca capaz de contener una cantidad de veneno, de ácido prúsico, suficiente para matar a dos personas en lugar de una. El hombre con el traje de *tweed* apretó la mano de su hermosa compañera; ella sintió probablemente el pinchazo, pero no fue tan doloroso como para hacerla gritar. Y piense que el canalla tuvo todas las facilidades: gracias a sus amistosas relaciones con Mr. Errington, pudo procurarse el veneno que necesitaba, sin hablar de la tarjeta de visita. No podemos decir cuantos meses hace que comenzó a copiar a Frank Errington en su modo de vestir, de cortarse el bigote y en su apariencia general; sin duda realizaría el cambio paulatinamente, para evitar que quienes le rodeaban se apercibieran de ello. Había escogido como modelo a un hombre de su misma estatura y corpulencia, con el mismo color del pelo».

—Pero existía el tremendo riesgo de ser identificado por algún compañero de viaje en el metropolitano —sugirió Polly.

—Es cierto; existía ese riesgo, pero decidió afrontarlo y con ello demostró su sagacidad. Calculó que en cualquier caso transcurrirían unos días antes de que una persona que viajara en el mismo vagón, por lo general un hombre de negocios sumido en su periódico, lo volviese a ver. El gran secreto del crimen perfecto radica en el estudio de la naturaleza humana —agregó el Hombre de la Esquina al mirar hacia su

sombrero y su abrigo—. Y Edward Hazeldene la conocía muy bien.

—¿Pero, y el anillo?

—Tal vez lo comprara durante su viaje de luna de miel —sugirió el anciano con una sardónica sonrisa—. La tragedia no se planeó en una semana; tardó años en madurar. Puede estar segura de que nos hallamos ante un monstruoso criminal. Ya le he mostrado su fotografía sacada hace un año, y otra de cómo es ahora. Ha podido observar que se ha vuelto a quitar la barba, así como también el bigote. ¡Me figuro que ahora se ha hecho amigo de Mr. Andrew Campbell!

El extravagante Hombre de la Esquina se marchó, dejando a miss Polly asombrada, sin saber en qué creer.

Y fue así cómo Polly se olvidó de su cita con Mr. Richard Frobisher (del *London Mail*) para asistir aquella tarde a la representación de la bailarina Maud Alian en el Palace Theatre.

## LA CLAVE MOABITA

---

R. Austin Freeman

---

Una gran multitud abigarrada se aglomeraba en las aceras de Oxford Street cuando Thorndyke y yo nos dirigíamos tranquilamente hacia el este. Las decoraciones florales y las banderas que colgaban a lo largo de la calle anunciaban una de esas recepciones promovidas de vez en cuando por un Gobierno benévolo para mayor distracción de los elegantes azotacalles y consuelo de los afligidos carteristas. Pues un gran duque ruso, que no podía sustraerse a las manifestaciones de cariñosa despedida de la población, había de pasar de un momento a otro de camino hacia Guildhall, y un príncipe británico, heroicamente indiscreto, debía ocupar un asiento en el carruaje ducal.

Cerca de Rathbone Place, Thorndyke se detuvo y llamó mi atención, señalándome a un individuo de aspecto elegante que estaba debajo de un portal, boquiabierto y con un cigarrillo en la mano.

—Nuestro viejo amigo el inspector Badger —dijo Thorndyke—. Parece interesarse sobremanera por ese gentleman del abrigo ligero.

En aquel preciso momento, el detective miró hacia nosotros y se inclinó para saludar.

—¡Hola, Badger! ¿Qué tal? ¿Quién ese amigo suyo?

—Eso mismo es lo que querría saber, sir —replicó el inspector—. Lo vengo siguiendo desde hace media hora, pero no logro dar con su identidad, aunque me parece haberlo visto ya en alguna parte. No tiene aspecto de extranjero, pero lleva algo bastante voluminoso en uno de sus bolsillos, motivo por el cual he de vigilarle hasta que el duque haya pasado sin novedad; por lo menos así lo deseo —agregó sombríamente el inspector—. Esos bestias de rusos querrían darle un susto. ¡Ya podrían quedarse en su país, que bastantes quebraderos de cabeza nos están dando!

—¿Acaso espera algún incidente? —preguntó Thorndyke.

—¡No lo quiera Dios, sir! —exclamó Badger—. Todo el camino está bordeado por agentes de la policía secreta. Ya sabe, es notorio que varios forajidos han seguido al duque hasta Inglaterra y aquí mismo tenemos a muchos exiliados a quienes gustaría dar un golpe. ¡Eh! ¿Adónde se escapa ahora?

El del abrigo ligero acababa de escabullirse de la mirada inquisidora del inspector, colándose en el acto entre la multitud que esperaba en la acera. En su precipitación, le dio un pisotón a un hombre gordo y malcarado, quien de un empujón le mandó rodando en medio de la calle con tal violencia que cayó de bruces contra el pavimento. Y la desgracia ocurrió: un guardia montado retrocedía precisamente entre

la multitud y antes de percibir el significado del grito de los que allí estaban presenciando la escena, los cascotes traseros de su caballo golpearon duramente contra la espalda del hombre que yacía por el suelo.

El inspector llamó a un policía para que nos abriera paso entre la gente; pero antes de que nos acercásemos al herido, ya se había vuelto a levantar pesadamente, mirando en torno suyo con la cara atónita y pálida.

—¿Está usted herido? —le preguntó Thorndyke amablemente con una compasiva mirada.

—No señor —contestó el hombre—; sólo que ahora me siento mal y sin fuerzas.

Se llevó una mano temblorosa al pecho, y Thorndyke, sin dejar de mirarle ansiosamente, dijo en voz baja al inspector:

—¡Un cabriolé o una ambulancia, lo más rápido que pueda!

Un coche llegaba de Newman Street y el herido fue subido en él. Thorndyke, Badger y yo nos metimos también en el cabriolé que partió hacia Rathbone Place. A medida que avanzábamos, el rostro del hombre se volvía más ceniciento y angustiado; respiraba leve y entrecortadamente, y sus dientes castañeteaban. El coche se metió en Goodge Street a toda prisa. Súbitamente, en un abrir y cerrar de ojos, las cosas empeoraron terriblemente. Los párpados y los maxilares del herido se relajaron, los ojos se velaron y todo el cuerpo se desplomó en un encogido montón en el rincón del coche, con la blandura gelatinosa de un ser muerto aunque sus tejidos todavía siguieran vivos.

—¡Dios nos ampare! ¡Ese hombre está muerto! —exclamó el inspector con voz atónita (pues también los policías tienen sus sentimientos), Se quedó mirando el cuerpo, mecido por el traqueteo del cabriolé, hasta que nos detuvimos en el patio del Hospital de Middlesex.

El inspector bajó prestamente del coche; ya había recobrado su calma y ayudó a los enfermeros a colocar el cuerpo en la camilla de ruedas.

—Hemos de saber a toda costa quién es este hombre —dijo el inspector, siguiendo la camilla hasta la sala de urgencias.

Thorndyke asintió con cierto desagrado. En aquel momento, su instinto de médico era más fuerte que su instinto legal.

El médico de guardia se inclinó sobre la camilla, examinado rápidamente al herido mientras escuchaba nuestro relato del accidente. Luego se volvió a incorporar y miró a Thorndyke:

—Creo que se trata de una hemorragia interna —manifestó—. ¡Sea como fuere, este pobre diablo está muerto! ¡Tan muerto como Nabucodonosor! ¡Ah! Ahí viene un policía; es asunto suyo desde ahora.

El policía entró en la sala, jadeante, y miró con asombro el cadáver y luego al inspector. Pero éste, sin perder un segundo, ya se ocupaba en registrar los bolsillos

del muerto, empezando con el objeto voluminoso que tanto le había llamado la atención; se trataba de un paquete de papel oscuro atado con un lazo rojo.

—¡Demonios! —exclamó con aire desconcertado al cortar el lazo y abrir el paquete—. ¡Sargento, será mejor que mire en los otros bolsillos!

El pequeño montón de objetos resultantes del registro, con una sola excepción, parecía dar muy poca luz sobre la identidad del muerto. La excepción era una carta, cerrada pero sin sellar, dirigida por una mano muy inexperta en el arte de escribir a Mr. Adolf Schonberg, 213, Greek Street, Soho.

—Supongo que este hombre iba a llevar él mismo la carta —observó el inspector, con una mirada envidiosa hacia la carta cerrada—. Creo que voy a ir yo mismo a llevarla, y sería mejor que me acompañara, sargento.

Se metió la carta en el bolsillo, y dejando que el sargento se encargara de llevar los demás objetos, se dirigió hacia la salida del hospital.

—Imagino, doctor —manifestó el inspector cuando caminábamos por Berners Street—, que no seguimos el mismo camino. ¿No le gustaría saber quién es Mr. Schonberg?

Thorndyke estuvo reflexionando unos segundos:

—¡Bueno! No está tan lejos y nos gustaría ver en qué queda este incidente. Sí, vamos juntos.

El número 213 de Greek Street era una de esas casas que le sugiere al observador la idea de un órgano de iglesia, con los dos montantes de la puerta adornados con una fila de tirantes de campanillas de cobre que corresponden a las teclas de un órgano.

El sargento examinó aquello con el aire de un músico experto, y después de haber calibrado, por lo visto, la capacidad del instrumento, escogió la campanilla que había en medio del montante de la derecha y tiró de ella con viveza. Inmediatamente, una ventana se abrió en el primer piso y se asomó una cabeza. Pero solamente nos echó una rápida mirada y al ver al sargento que miraba hacia arriba, se retiró con sorprendente precipitación. Antes de que nos diera tiempo a especular sobre aquella aparición, la puerta de la calle se abrió y un hombre salió de ella. Tras haber cerrado la puerta, el inspector preguntó:

—¿Vive aquí el señor Adolf Schonberg?

El recién llegado, un verdadero judío pelirrojo, nos miró a través de sus gafas con montura de oro, al tiempo que repetía el nombre:

—¿Schonberg, Schonberg? ¡Ah, sí! Le conozco. Vive en el tercer piso. Hace poco que le he visto subir. El tercer piso, hacia el fondo; —e indicando la puerta con un gesto de la mano, levantó su sombrero y salió a la calle.

—Creo que lo mejor será subir —dijo el inspector con una mirada de duda hacia las hileras de campanillas.

Así lo hizo y lo seguimos escaleras arriba. Al fondo del pasillo del tercer piso

había dos puertas; una de ellas estaba abierta dejando ver un dormitorio desocupado. El inspector llamó con fuerza en la otra puerta, la cual se abrió casi en el acto, dejando aparecer a un hombre de aspecto brutal y de baja estatura, que nos echó una mirada hostil:

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¿El señor Adolf Shonberg? —preguntó el inspector.

—¿Y bien? ¿Qué quiere? —soltó nuestro nuevo conocido.

—Desearía hablarle —contestó el inspector Badger.

—¿Entonces, por qué demonios ha golpeado usted mi puerta? —se quejó el otro.

—¿Acaso no vive aquí?

—¡No! ¡En la parte delantera del primer piso! —volvió a soltar nuestro amigo, disponiéndose a cerrar la puerta.

—Le ruego que me perdone —intervino Thorndyke—, pero ¿cómo es el señor Schonberg? Quiero decir...

—¿Que cómo es? —cortó el inquilino—. Se parece a un próspero judío, con una barba pelirroja y unas antiparras de oro —y tras esa impresionante descripción, dio por terminada la entrevista pegando un portazo y echando la llave.

Con una exclamación de ira, el inspector volvió a bajar las escaleras por las que el sargento ya se deslizaba apresuradamente. Thorndyke y yo seguimos tras ellos hasta llegar a la planta baja. En las escaleras de la puerta de entrada nos encontramos al sargento jadeante e interrogando a un joven vestido con elegancia, que había visto bajar de un coupé cuando entrábamos en la casa unos minutos antes y que, con su libreta de apuntes debajo del brazo, sacaba punta a su lápiz con gran esmero.

—Míster James dice que lo ha visto escapar, sir —manifestó el sargento—. Se dirigía hacia la plaza.

—¿Iba corriendo? —preguntó el inspector.

—Yo diría que sí —contestó el reportero—. Tan pronto como ustedes entraron en la casa, él escapó como un farolero. Ahora ya no podrán atraparlo.

—¡No queremos atraparlo! —soltó el detective de mal humor.

Luego, alejándose un poco para no ser oído del impaciente periodista, el inspector dijo en voz baja:

—Sin ninguna duda, se trataba de Mr. Schonberg, y está claro que tenía algún motivo para escapar. De manera que ahora tengo todo el derecho de abrir esa carta.

Hizo lo que acababa de decir, y tras cortar el sobre con una pulcritud muy oficial, sacó la carta:

—¡Caramba! —exclamó, mientras sus ojos se clavaban en el contenido de la misiva—. ¡Esto no es estenografía, que digamos!; pero, ¿qué demonios puede ser?

Alargó el documento a Thorndyke, quien, sacando el escrito a la luz y palpando críticamente el papel, lo examinó con sumo interés. Se trataba de una simple media

hoja de papel de escribir, cuyas dos caras estaban cubiertas de unos extraños y enmarañados caracteres, escritos con una tinta negruzca en líneas continuas, sin ningún espacio que indicara la división de las palabras, y de no haber sido por el moderno material que soportaba la escritura, el documento en cuestión muy bien se parecía a un fragmento de antiguo manuscrito o de un código olvidado.

—¿Qué le parece ese documento, doctor? —inquirió el inspector ansioso, tras una pausa durante la cual Thorndyke escrutó la extraña misiva con el ceño fruncido.

—No sabría decirle gran cosa —contestó Thorndyke—. Los caracteres proceden del moabita o del fenicio, en todo caso, son del semita primitivo, y hay que leerlos desde la derecha hacia la izquierda. Me parece que se trata del idioma hebreo. En cualquier caso, no encuentro ninguna palabra griega y aquí veo un grupo de letras que pueden formar uno de los pocos términos hebreos que conozco: la palabra *badim* que significa «mentiras». Pero lo mejor será que se lo descifre un experto.

—Si está en hebreo —dijo el inspector Badger— todo se arreglará. Tenemos a una gran masa de judíos a disposición nuestra.

—Sería mucho mejor llevar esa carta al British Museum —sugirió Thorndyke— y que la examinara el conservador de las antigüedades fenicias para descifrarla.

El inspector Badger tuvo una sonrisa de zorro al meterse la carta en el bolsillo:

—Primero, veremos lo que podemos hacer con ella nosotros mismos —manifestó—, y muy agradecido por su consejo, doctor.

Y dirigiéndose al reportero, dijo:

—No, Mr. James, de momento no puedo darle ninguna información; vale más que vaya a preguntar en el hospital.

—Me imagino —dijo Thorndyke cuando regresábamos a casa— que Mr. James ha reunido ya el suficiente material para hacer su relato. Debió seguirnos desde el hospital y estoy seguro que ya tiene dispuestos todos los detalles del artículo en su mente, y con todos los pelos y señales. Y no estoy tan seguro que no le haya echado una ojeada al misterioso documento, pese a todas las precauciones del inspector.

—Puesto que nos referimos a ese documento —le pregunté a Thorndyke— ¿qué piensa acerca del mismo?

—Se trata muy probablemente de un mensaje cifrado —contestó—. Está redactado en el primitivo alfabeto semítico, que como usted sabe, es prácticamente igual al griego primitivo. Está escrito de derecha a izquierda, como el fenicio, el hebreo y el moabita, al igual que las más antiguas inscripciones griegas. El papel es un tipo corriente de papel de escribir y la tinta es una tinta china indeleble, parecida a la que utilizan los dibujantes. Tales son los hechos, y sin un examen ulterior del documento en sí, no podemos ir muy lejos.

—¿Por qué le parece que se trata más bien de un mensaje cifrado que de un documento escrito puramente en hebreo?



—Porque se trata sin duda de un mensaje secreto de algún tipo. Actualmente, cualquier judío ilustrado conoce más o menos el hebreo, y aunque sea capaz de leer y escribir solamente los caracteres del hebreo genuino, es fácil asimismo de trasponer un alfabeto en otro para que el mero lenguaje no ofrezca ninguna claridad. Por consiguiente, creo que cuando los expertos hayan traducido el documento, la traducción o la transcripción no sea sino un verdadero fárrago de términos absolutamente incomprensibles. Sin embargo, tendremos que verlo; mientras tanto, los datos que ya tenemos, nos brindan una serie de interesantes sugerencias que vale la pena tener muy en cuenta.

—¿Por ejemplo?

—¡Bueno! Mi querido Jervis —dijo Thorndyke apuntando su dedo hacia mí—, le ruego que no se deje arrastrar por la indolencia mental. Ya tiene esos hechos que acabo de referir. Considérelos por separado y colectivamente, y en relación con las circunstancias. No trate de exprimir mi cerebro cuando tiene usted una cabeza muy buena para buscar.

Al día siguiente, los periódicos matutinos justificaron totalmente la opinión de mi colega acerca de Mr. James. Todos los acontecimientos que habían ocurrido, así como algunos puramente inventados, se presentaban con los más vivos detalles, y se referían dilatadamente al documento «encontrado en los bolsillos del anarquista muerto» y «redactado en una estenografía secreta o en un criptograma».

El artículo de Mr. James terminaba con un comentario (aunque falso) muy elogioso, según el cual «en este caso intrincado e importante la policía se había asegurado sabiamente la asistencia del Dr. John Thorndyke, gracias a cuya sagaz inteligencia y gran experiencia, el portentoso criptograma revelaría muy pronto sus secretos».

—¡Muy lisonjero! —sonrió Thorndyke cuando le leí el artículo a su regreso del hospital—. Pero un poco molesto si induce a nuestros amigos a depositar en nuestra escalera principal o nuestra bodega un pequeño recuerdo bajo forma de compuesto nítrico. Por si las moscas, me entrevisté con el comisario Miller en el Puente de Londres. El «criptograma», como dice Mr. James, ha puesto en gran alarma a todo el aparato de Scotland Yard.

—Es natural. ¿Y qué han decidido al respecto?

—Adoptaron mi sugerencia; finalmente, vieron que ellos mismos no sacarían nada positivo del documento y lo han entregado al British Museum. Allí, les presentaron al profesor Poppelbaum, el insigne paleógrafo, quien debe examinarlo.

—¿Ha expresado ya su opinión acerca del documento?

—Sí, pero provisionalmente. Tras examinarlo rápidamente, manifestó que se trata según él de cierto número de palabras hebreas, entremezcladas con ciertos grupos de letras aparentemente sin ninguna significación. Le entregó al comisario la traducción

de las palabras, y Miller hizo policopiar en el acto cierto número de hojas que ha repartido entre las altas autoridades de su departamento. De manera que en estos momentos —dijo Thorndyke soltando una carcajada— Scotland Yard está metido en una especie de competición en busca de las palabras o mejor dicho del sentido que falta. Miller me ha invitado a participar en dicho deporte y para terminar me regaló una de esas copias con que ejercitar mi sagacidad; me regaló asimismo una fotografía del documento.

—¿Y va a hacerlo? —pregunté.

—¡Ni hablar! —replicó riéndose—. En primer lugar, no me han consultado formalmente; por consiguiente, sigo siendo un espectador pasivo, aunque interesado. En segundo lugar, tengo mi propia teoría que si ha lugar tendré que probar. Ahora bien, si usted desea tomar parte en esa competición estoy autorizado a enseñarle la fotografía y la traducción del documento. Se las paso ¡y le deseo que se divierta!

El doctor Thorndyke me entregó la fotografía y la hoja de papel que acababa de sacar de su bolsillo y se quedó mirándome con un aire de regocijo mientras yo leía las primeras líneas:

#### EL DOCUMENTO CIFRADO

*«Desgracia, ciudad, mentiras, robos, presa, ruidos, látigo, escándalo, ruedas, caballo, carro, día, oscuridad, tristeza, nubes, tinieblas, mañana, montaña, gente, fuerte, fuego, ellos, llama».*

—A simple vista, no me parece muy prometedor —manifestó—. ¿Cuál es la teoría del profesor Poppelbaum?

—Su teoría —provisional, naturalmente— es que las palabras forman un mensaje y los grupos de letras no son sino unos meros espacios colocados entre las palabras.

—Con toda seguridad —manifesté— todo eso debe formar una trampa la mar de transparente.

Thorndyke se rió:

—Todo ello es de una simplicidad infantil, muy atractiva, aunque desalentadora. Lo más probable es que las palabras sean palabras muertas, y que las letras contengan el mensaje. O que quepa buscar la solución en una dirección totalmente distinta. ¡Pero escuche! ¿No se acerca un cabriolé?

Efectivamente, un carruaje se detuvo enfrente de nuestra casa. A los pocos minutos, oímos que alguien subía por las escaleras y llamaba a la puerta. Al abrirla, me encontré ante un forastero muy bien vestido, quien después de una rápida mirada hacia mí, guiñó por encima de mi hombro hacia el interior de la habitación.

—¡Qué alivio para mí, doctor Jervis! —exclamó el recién llegado—, encontrarles a usted y al doctor Thorndyke en casa. Pues he venido con un recado urgentísimo. Mi

nombre —prosiguió mientras entraba en respuesta a mi invitación—, mi nombre es Barton, pero ustedes no me conocen, aunque yo les conozco de vista. He venido para pedirles si uno de ustedes, o, mejor todavía, ambos, pueden venir esta noche para ver a mi hermano.

—Todo depende —manifestó Thorndyke— de las circunstancias y de donde viva su hermano.

—Las circunstancias —afirmó míster Barton— son a mi juicio harto sospechosas y se las explicaré ahora mismo, pero, naturalmente, del modo más confidencial.

Thorndyke asintió con la cabeza y ofreció una silla.

—Mi hermano —prosiguió míster Barton sentándose en la silla que le ofrecían— se casó últimamente por segunda vez. Tiene cincuenta y cinco años y su mujer veintiséis, y debo decir que ese matrimonio no ha sido... digamos que no ha sido feliz. Resulta que hace quince días, mi hermano ha sufrido una misteriosa y muy dolorosa infección de estómago, que su médico es incapaz de diagnosticar con certeza. Todos los tratamientos hasta ahora resultaron ineficaces. Los dolores y la angustia son cada vez más acusados y temo que de no remediarlo rápidamente, mi hermano se muera.

—¿Arrecian los dolores después de las comidas? —preguntó Thorndyke.

—¡Precisamente! —exclamó nuestro visitante—. Ya sé lo que está usted pensando y eso mismo es lo que yo creo; por ese mismo he tratado repetidas veces de conseguir alguna muestra de los alimentos que toma. Esta mañana lo logré.

Entonces, sacó de su bolsillo un frasco de cuello ancho, lo deslió del papel que lo envolvía y lo colocó encima de la mesa.

—Cuando llegué esta mañana a casa de mi hermano, estaba desayunándose con arrurriz, y se quejaba de encontrarle un sabor a piedra muy extraño; su mujer dijo que posiblemente fuera debido al azúcar. Yo ya me había procurado este frasco antes de ir a su casa, y aprovechando la momentánea ausencia de su mujer, me las apañé para meter una porción de arrurriz en dicho frasco. Mucho les agradecería que lo analizaran y me dijeran si este alimento contiene algo que no debiera.

Entregó la botella a Thorndyke, quien se la llevó hacia la ventana y sacando una pequeña cantidad de aquella sustancia con una varilla de cristal, la examinó con un lupa; seguidamente, levantó la campana de vidrio que cubría el microscopio situado encima de una mesa frente a la ventana, puso una pequeña cantidad de la materia sospechosa sobre una lámina de cristal que colocó sobre el zócalo del aparato.

—Observo que contiene un cierto número de partículas cristalinas —declaró tras un breve examen— que tienen la apariencia de arsénico.

—¡Ah! —exclamó míster Barton—. Precisamente lo que yo temía. ¿Pero está seguro?

—No —contestó Thorndyke—, pero será fácil comprobarlo.

Apretó el botón del timbre que comunicaba con el laboratorio; era la señal que hizo presentarse muy prestamente al asistente que allí se encontraba.

—Polton, haga el favor de preparar el aparato de Marsh —dijo Thorndyke.

—Tengo ya listos Un par de ellos —contestó Polton.

—Entonces, llene uno de ácido y tráigamelo, junto con una losa de porcelana.

Mientras el asistente iba a buscar lo que le habían pedido, Thorndyke se volvió hacia Mr. Barton:

—Suponiendo que encontremos arsénico en el arrurruz, como lo creo, ¿qué quiere que hagamos?

—Me gustaría que viniesen para ver a mi hermano —dijo el cliente.

—¿Y por qué no llevarle una nota de mi parte al médico de su hermano?

—No, no; quiero que vengan ustedes dos y acaben con ese espantoso asunto. ¡Han de considerar que se trata de un caso de vida o muerte! ¡No pueden ustedes negarse! Les ruego que me ayuden en estas terribles circunstancias.

—¡Bien! —manifestó Thorndyke, al tiempo que el asistente volvía a aparecer—. Veamos en primer lugar lo que nos da la comprobación.

Polton fue hacia la mesa donde colocó un pequeño frasco cuyo contenido estaba en plena efervescencia; en la etiqueta del frasco rezaba: «hipoclorito de calcio»; también traía una losa de porcelana. El frasco llevaba un embudo con un tubo de cristal del que salía un fino chorro de gas al que Polton acercó con sumo cuidado una cerilla encendida. Inmediatamente, de la boca del tubo salió una tenue llama de color morado claro. Thorndyke cogió la losa de porcelana y la mantuvo sobre la llama unos segundos; la superficie de la losa parecía estar intacta, salvo un pequeño círculo de vapor condensado. Seguidamente, mezcló el arrurruz con agua destilada hasta convertirlo en una masa enteramente fluida; luego, vertió una pequeña cantidad en el embudo. El arrurruz licuado bajó lentamente por el tubo hasta el contenido efervescente del frasco con el que se mezcló en el acto. Casi instantáneamente, comenzó a verificarse un cambio en el aspecto de la llama, que de morado pálido se fue volviendo gradualmente azul claro, despidiendo una leve voluta de humo blanco. Thorndyke volvió a colocar la losa sobre la llama, pero esta vez, tan pronto como la llama tocó la fría superficie de la porcelana, sobre ésta apareció una mancha de un negro reluciente.

—La prueba no puede ser más concluyente —observó Thorndyke al tiempo que destapaba la botella de reactivo—, pero hemos de proceder a la última comprobación.

Entonces, vertió unas gotas de hipoclorito sobre la losa de porcelana e inmediatamente la mancha negra fue reduciéndose hasta desaparecer totalmente.

—Ahora podemos contestar a mi interrogante, míster Barton —afirmó al tiempo que volvía a tapar la botella de ácido—. La muestra que nos ha traído contiene arsénico, y en una proporción muy considerable.

—En ese caso —exclamó míster Barton saltando de su silla— tiene que venir ustedes y ayudarme a salvar a mi hermano de un peligro mortal. ¡No se niegue, doctor Thorndyke, por el amor de Dios no se niegue!

Thorndyke se quedó reflexionando unos segundos, luego dijo:

—Antes de decidir, tengo que ver los compromisos que tenemos.

Con una mirada significativa hacia mí, se fue al despacho, adonde le seguí bastante desconcertado, puesto que sabía que aquella noche no teníamos ningún compromiso.

—Y ahora, Tervis —dijo Thorndyke al tiempo que cerraba la puerta del despacho—, ¿qué hacemos?

—Supongo que vamos a ir —contesté—. Me parece que se trata de un caso de suma urgencia.

—Lo es —asintió—. Después de todo, ese hombre debe decir la verdad.

—¿Acaso piensa que nos está engañando?

—Bueno; es posible que sea un cuento, pues hay una cantidad demasiado grande de arsénico en ese arrurruz. Sin embargo, creo que he de ir. Se trata de un riesgo profesional muy corriente. Pero creo que no hay ninguna razón para que se meta usted en ese lío.

—¡Hombre, se lo agradezco! —repliqué un tanto picado—. Ignoro qué riesgo puede haber, pero si de veras lo hay, tengo derecho a compartirlo.

—¡Muy bien! —contestó Thorndyke con una sonrisa—. Iremos juntos. Sin embargo, creo que habremos de tener cuidado.

Thorndyke regresó a la sala de espera para anunciar su decisión a míster Barton, quien se deshizo literalmente en palabras de gratitud.

—Ahora pienso —dijo Thorndyke— que aún no nos ha dicho adónde vive su hermano.

—Vive en Rexford —contestó Barton—. Rexford, en Essex. Se trata de un lugar apartado, pero si cogemos el tren de las siete y cuarto en la estación de Liverpool Street, podemos estar allí dentro de hora y media.

—¿Y para regresar? ¿Supongo que conoce el horario de los trenes?

—¡Claro que sí! —contestó nuestro cliente—. Les aseguro que no perderán el tren de regreso.

—¡Bien! Vuelvo dentro de un minuto —dijo Thorndyke.

Cogiendo la botella de ácido aún hirviente, se fue al laboratorio, de donde regresó al cabo de unos minutos con su sombrero y su abrigo.

El cabriolé que había traído a nuestro cliente aún esperaba, y muy pronto estuvimos galopando por las calles hacia la estación, adonde llegamos con el tiempo suficiente para proveernos de unos cestos de comida y escoger con toda comodidad nuestro compartimento.

Durante la primera parte del viaje, nuestro compañero estaba de muy buen humor. Despachó con gran apetito el ave fría que iba en su cesta y se bebió el clarete más bien pésimo con un placer singular, como si no tuviera en el mundo a ningún pariente en trance de muerte, y después de comer se volvió de una jovialidad que rozaba con la hilaridad. Sin embargo, a medida que el tiempo transcurría, en sus facciones iba apareciendo cierta inquietud ansiosa. Se volvió silencioso y preocupado, y no dejaba de mirar su reloj.

—¡Este tren anda tremendamente retrasado! —exclamó irritado—. ¡Ya llevamos siete minutos de retraso!

—Unos minutos más o menos no tienen gran importancia —dijo Thorndyke.

—Evidentemente que no, pero de todas maneras. ¡Ah! ¡Gracias a Dios, ya llegamos!

Sacó la cabeza por la ventanilla y miró impacientemente hacia la locomotora; luego pegó un salto hacia la puerta del compartimento y se bajó antes de que el tren parase. Al tiempo que nosotros bajábamos, una campanilla de alarma tocaba con furia en el andén y mientras míster Barton salía a toda prisa de la estación, pudimos oír el ruido de un tren que se acercaba cubriendo el de nuestro propio tren que ya se disponía a salir.

—Me parece que mi carruaje aún no ha llegado —exclamó míster Barton, mirando ansiosamente a su alrededor—. Si quieren esperar un momento, ahora mismo voy a enterarme.

Volvió a entrar en la sala de espera y desde allí pasó al andén, en el preciso momento en que el nuevo tren silbaba, anunciando su partida. Thorndyke siguió a Barton con paso rápido pero furtivo, y mirando a través de la puerta de la sala de espera, vigiló sus movimientos; luego se volvió y me hizo signo de acercarme:

—Por allí anda —dijo, señalando la pasarela de hierro que cruzaba por encima de la vía.

Miré y vi, claramente dibujada sobre la tenue luz del cielo, una silueta corriendo hacia el andén de salida.

No habría recorrido las dos terceras partes del trayecto cuando el silbato del jefe de estación comenzó a pitar.

—¡Rápido, Jervis! —exclamó Thorndyke—, ¡que se nos escapa!

Dio un salto, y pisándole los talones, cruzamos la vía hasta el otro tren, en el que nos subimos al estribo de un vagón de primera clase. Pero siendo la parte contraria del andén, la puerta estaba cerrada. Mientras el tren arrancaba, Thorndyke, sacó su navaja de bolsillo, que entre otros instrumentos llevaba una llave, con la que muy pronto pudo abrir la puerta y entramos en el compartimento. Thorndyke salió al pasillo y regresó inmediatamente, exclamando:

—¡Llegamos a tiempo! ¡Está en uno de los compartimentos de adelante!

Volvió a cerrar la puerta, y sentándose, se puso a llenar su pipa.

—Y ahora —pregunté cuando salíamos de la estación— ¿quizá me pueda explicar esta pequeña comedia?

—¡Desde luego! —replicó Thorndyke—. Pero me parece que sobran las explicaciones: ¿acaso se olvidó de las palabras lisonjeras de Mr. Tames en su relato acerca del incidente de Greek Street, dando claramente la impresión de que yo estaba en poder del misterioso documento? Cuando leí ese artículo, ya sabía que cabía esperar que trataran de recuperar el mensaje cifrado, pero no me imaginaba que las cosas discurrieran tan rápidamente. Además, cuando Mr. Barton se presentó sin ninguna credencial ni cita previa, todo ello me pareció bastante sospechoso. Mis sospechas aumentaron cuando ese individuo manifestó el deseo de que usted y yo le acompañáramos a casa de su hermano; y mucho más aún cuando encontré en la muestra de comida que nos trajo una cantidad inverosímil de arsénico. Todas mis sospechas se confirmaron al dejar a Mr. Barton que eligiera los trenes en los que debíamos viajar, puesto que al volver al laboratorio estuve consultando la guía de los ferrocarriles y me di cuenta de que el último tren que salía de Rexford para regresar a Londres, lo hacía diez minutos después de nuestra prevista llegada a aquella localidad. De manera que se trataba con toda evidencia de un plan para dejarnos a los dos plantados mientras Mr. Barton y sus amigos registraban nuestra casa con miras a recuperar el famoso documento.

—Ya veo, y eso explica su extraordinaria ansiedad ante el retraso del tren. Pero ¿por qué decidió venir, sabiendo que se trataba de una jugarreta?

—Mi querido amigo —manifestó Thorndyke— nunca dejo de acometer una experiencia interesante si se me presenta. Además ¿no le parece que en todo esto se ofrecen una serie de posibilidades?

—¿Pero supongamos que los amigos de Barton ya estén registrando nuestra casa?

—También pensé en esa contingencia; pero lo más probable es que esperen a Mr. Barton... ¡y nosotros con él!

Nuestro tren era el último que regresaba a Londres, motivo por el cual paraba en todas las estaciones y corría muy poco entre una y otra; de modo que eran ya más de las once de la noche cuando llegamos a la estación de Liverpool Street. Mezclados entre los viajeros, obramos con gran cautela, siguiendo los pasos del desprevenido Barton por el andén hasta salir a la calle. No parecía tener mucha prisa, puesto que tomándose tiempo de encender un puro, se fue con paso tranquilo hacia New Broad Street.

Thorndyke llamó un cupé y los dos nos instalamos en él, ordenando al cochero que nos llevara hasta Clifford's Inn Passáge.

—Echese hacia atrás —dijo mi compañero cuando entramos por New Broad Street—. Ahora vamos a pasar delante de nuestro bellaco: ¡ahí le tenemos! En

realidad, se trata de la viva ilustración de la necia subestimación de la capacidad e inteligencia del adversario.

Dejando el cupé en Clifford's Inn Passage, nos disimulamos en la sombra del angosto pasaje, sin dejar de vigilar atentamente hacia el portal de Inner Temple Lane. Al cabo de unos veinte minutos, vimos acercarse a nuestro amigo por la parte sur de Fleet Street. Se detuvo en el portal, accionó la aldaba y después de hablar brevemente con el guardia nocturno, desapareció por el portillo. Esperamos unos cinco minutos y después de haberle dado tiempo de alejarse de la entrada, cruzamos la calle.

El portero nos miró con cierta sorpresa:

—Un señor acaba de dirigirse a su casa, sir —manifestó—. Me ha dicho que ustedes le esperaban.

—¡Muy bien! —contestó Thorndyke con una seca sonrisa—. Vamos allí. ¡Buenas noches!

Nos deslizamos furtivamente por el callejón, pasamos la iglesia y seguimos adelante, en medio del claustro sombrío, evitando todas las lámparas y las entradas iluminadas, hasta que llegamos a los edificios Paper; entonces atravesamos por la parte oscura hasta King's Bench Walk, desde donde Thorndyke se fue directamente hacia la casa de nuestro amigo Anstey que se encontraba dos puertas más allá de la nuestra.

—¿Por qué vamos a su casa? —pregunté cuando subíamos las escaleras.

Pero la pregunta no necesitaba ser contestada: cuando llegamos al descansillo, a través de la puerta abierta del apartamento de nuestro amigo, pude divisar en la oscura habitación al propio Anstey junto con dos guardias de uniforme y una pareja de policías de paisano.

—Todavía no hubo señal alguna, sir —dijo uno de los policías, en cuya persona reconocí al sargento detective de nuestra división.

—No —dijo Thorndyke—, pero el Maestre de Ceremonia ya llegó; nos llevaba cinco minutos de ventaja.

—Entonces —exclamó Anstey bromeando—, señoras y señores, la sala de baile abrirá pronto sus puertas, la pista está encerada, los violinistas están listos, y...

—¡Por favor, sir, no hable tan fuerte! —aconsejó el sargento—. Me parece que alguien viene por Crown Office Row.

En realidad, el baile había comenzado... Al mirar cuidadosamente por la ventana abierta, disimulándonos en la habitación, vimos a una silueta que surgía de las tinieblas; cruzando la calle, se deslizó furtivamente por la puerta de la casa de Thorndyke. Pronto fue seguido por otro individuo, y luego por un tercero, en quien pudimos reconocer a nuestro huidizo cliente.

—¡Ojo con la señal! —dijo Thorndyke—. Esos tipos no van a perder tiempo. ¡Maldito reloj!



La dulce voz de la campana de Innes Temple, mezclada con las estridentes tonalidades de los relojes de St. Dunstan y de Law Courts, dio lentamente las doce de la noche. Aún flotaban por el aire los últimos ecos de las campanadas, cuando un objeto metálico, probablemente una moneda, vino a caer con un seco chasquido sobre el pavimento debajo de nuestra ventana.

Al oír el sonido, todos los vigilantes se pusieron en pie.

—Ustedes dos salgan los primeros —dijo el sargento a los guardias, quienes deslizándose sin ruido sobre sus suelas de goma, bajaron a la calle. Nosotros les seguimos con menos cuidado, y al llegar a la casa de Thorndyke, pudimos escuchar unos pasos furtivos y rápidos por las escaleras.

—Ya han empezado a trabajar, vean —murmuró uno de los guardias, dirigiendo el haz luminoso de su linterna sobre el zuncho externo de la puerta del salón: las marcas de una gran palanqueta eran enteramente visibles.

Mientras subíamos, llegaban hasta nosotros algunos débiles ruidos de la parte alta y cuando alcanzamos el descansillo del segundo piso nos tropezamos con un individuo que bajaba vivamente aunque sin gran prisa del tercer piso. Era Mr. Barton, y no pude por menos que admirar la sangre fría con que pasó ante los dos detectives. Pero de pronto sus ojos tropezaron con Thorndyke y toda su presencia de ánimo se esfumó. Con una mirada de espanto increíble se detuvo, totalmente petrificado; luego, se lanzó furiosamente escaleras abajo y a los pocos segundos un grito ahogado y un ruido de lucha nos enteró que le habían echado el guante. En el piso siguiente, nos encontramos con otros dos individuos, mucho más apresurados y menos seguros de sí, que intentaron escapar; pero el sargento les cerró el paso.

—¡Vaya! —exclamó el sargento—. ¡Aquí tenemos a Moakey! ¿Y este no es Tom Harris?

—Tiene razón, sargento —contestó Moakey en tono lastimero. Y tratando de escabullirse de la garra del policía, manifestó—: Nos hemos equivocado de casa, eso es todo.

El sargento sonrió con indulgencia:

—Ya sé, Moakey, usted siempre se equivoca de casa; pero ahora ¡va a ir derecho a la buena casa!

Metió sus manos en los bolsillos del cautivo y diestramente sacó de uno de ellos una gran palanqueta plegable, con lo que el afligido ladrón dejó ya de protestar.

Al regresar al primer piso, nos encontramos con míster Barton esperando con muy mala cara, esposado a uno de los guardias, bajo la mirada desaprobadora de Polton.

—Bien, esta noche ya dejaremos de molestarle, doctor —dijo el sargento al tiempo que encabezaba a su pequeña tropa de policías y de cautivos—. Mañana por la mañana le informaremos. ¡Buenas noches, sir!

La triste procesión se fue escaleras abajo, mientras nosotros nos retirábamos en la habitación de Anstey para fumarnos una última pipa.

—Ese Barton es un tipo muy listo —observó Thorndyke—, dispuesto, con palique e ingenioso, pero echado a perder a través de su prolongado contacto con los idiotas. Me extrañaría que la policía percibiera la significación de este pequeño asunto.

—Si lo consigue, tendrá que mostrarse mucho más sagaz que yo lo he sido hasta ahora —manifesté.

—Naturalmente —intervino Anstey, a quien le gustaba «picar» a su respetado jefe— no hay por qué mostrar ninguna sagacidad. ¡Se trata únicamente de una jactancia de Thorndyke, pues él mismo está sumido en una niebla del demonio!

Sea lo que fuere, la policía se encontraba tremendamente confundida por el incidente, puesto que a la mañana siguiente, tuvimos la visita de nadie menos que del comisario Miller, de Scotland Yard.

—Nos hallamos ante un caso muy extraño —dijo Miller sin rodeos—. Me refiero a ese desvalijo. ¿Por qué esos individuos quisieron robar su apartamento, aquí mismo, en Temple? Explíquemelo. ¿Acaso aquí tiene algo que valga la pena? ¿Por ejemplo, algunos «objetos consistentes», como dice esa gente?

—No tengo otra cosa aparte de una cucharita de plata —replicó Thorndyke, quien además era enemigo de las vajillas de cualquier tipo.

—Esto no deja de ser raro —prosiguió el comisario—, muy raro. Cuando recibimos su mensaje, creímos que esos idiotas de anarquistas le habían metido a usted en ese lío, ya sabe, eso que dijeron los periódicos, y suponíamos que querían introducirse en su casa por esa razón. Pensamos que les habíamos echado el guante encima y en lugar de eso nos encontramos con una partida de vulgares ladrones que nos tienen asqueados. ¡Créame, sir, no hay nada peor que pensar que uno pescó un salmón y encontrarse con una simple anguila en el anzuelo!

—Desde luego, no puede haber mayor desilusión —asintió Thorndyke, reteniendo una sonrisa.

—Lo es, lo es —manifestó el detective—. No es que no estemos satisfechos de haber agarrado a esos tunantes, especialmente a Halkett, o Barton como se hace llamar; menudo pajarraco es ese Halkett, y malicioso, pero en estos momentos tropezamos con toda una serie de dificultades. Ahí tenemos ese importante asunto de las joyas en Piccadilly, ya sabe, la firma Taplin and Horne. Y no necesito decirle que aún no hemos encontrado ni la sombra de una pista. Luego, tenemos ese asunto de los anarquistas, y también seguimos en las tinieblas.

—¿Y qué ocurre con lo del documento cifrado? —preguntó Thorndyke.

—¡Al demonio con él! —exclamó irritado el detective—. Ese profesor Poppelbaum puede ser un hombre muy sabio, pero el caso es que nos ayuda muy

poco. Dice que el documento está redactado en hebreo y él mismo lo ha traducido en un lenguaje incomprensible. ¡Bueno, aquí se lo traigo, léalo usted!

Miller sacó de su bolsillo un paquete de papeles y facilitándole a Thorndyke una fotografía del documento, comenzó a leer en voz alta el dictamen del profesor:

*«El documento está redactado en los caracteres de una muy conocida inscripción de Mesha, rey de los moabitas». (¿Quién demonios será ese rey? Nadie oyó hablar nunca de él. ¡Muy conocido, en efecto!). «El lenguaje es hebreo, y las palabras están separadas por grupos de letras que carecen de significación, y que han sido introducidas en el texto para equivocar y confundir al lector. Las palabras en sí no son estrictamente consecutivas; sin embargo, mediante la interpolación de algunas otras palabras, se consiguen una serie de frases inteligibles, cuya significación no está clara, por ser sin duda alegórica. El método de desciframiento se muestra en las tablas adjuntas y la traducción total figura en la hoja que se acompaña. Cabe destacar que la persona que escribió dicho documento, por lo visto no está familiarizada con el idioma hebreo, tal como aparece ante la carencia de cualquier construcción gramatical».*

—Ahí tiene el dictamen del profesor, doctor, y aquí están las tablas que demuestran de qué manera lo elaboró. ¡La cabeza me da vueltas con sólo mirarlas!

Le alargó un rollo de papeles, que Thorndyke examinó cuidadosamente durante un rato, y luego me los pasó.

—Esto me parece muy sistemático y completo —manifestó—. Pero ahora veamos el resultado final al cual ha llegado el profesor.

—Tiene que ser todo muy sistemático —refunfuñó el comisario, rebuscando entre sus papeles—. ¡Yo le digo, sir, que todo eso es IDIOTA!

Soltó la última palabra con ira, al tiempo que tiraba sobre la mesa el producto final del trabajo del profesor Poppelbaum:

—¡Ahí tienen lo que él califica de «traducción completa», y estoy seguro de que se les van a poner los pelos de punta! ¡Eso debe ser el mensaje de una casa de locos como la de Bedlam!

*Análisis del documentó cifrado con su transposición en moderno idioma hebreo y su traducción al inglés. P.D.: el documento cifrado se lee de derecha a izquierda.*

#### EL ANÁLISIS DEL PROFESOR

Thorndyke cogió la primera hoja y comparó la traducción con la transposición literal: la sombra de una sonrisa pasó por su semblante habitualmente impasible:

—El significado es ciertamente un tanto oscuro —manifestó—, aunque la reconstrucción no deja de ser muy ingeniosa; además, creo que el profesor tiene razón. Quiero decir que las palabras que ha facilitado son probablemente las partes omitidas en los pasajes de los cuales fueron extraídas las palabras del criptograma.

¿Qué le parece, Jervis?

Me alargó las dos hojas, una de las cuales ofrecía las palabras reales del criptograma y la otra una reconstrucción con las palabras que faltaban. En la primera se leía:

*«Desgracia ciudad mentiras robo presa  
ruido látigo fragor rueda caballo  
carro día oscuridad tristeza  
nube tinieblas mañana montaña llama  
pueblo fuerte fuego ellos».*

En el segundo papel, pude leer la sugestiva traducción:

*«¡Desgracia en la ciudad ensangrentada! Está llena de mentiras y de robos; la presa no ha desaparecido. El ruido del látigo, y el fragor de las ruedas, y de los caballos caracoleando y de los carros traqueteando.  
»Un día de tinieblas y de tristeza, un día de nubarrones y de espesa oscuridad, cuando la mañana se levantaba sobre las montañas, un gran pueblo y un pueblo fuerte.  
»El fuego devorador delante de ellos y detrás de ellos las llamas ardientes».*

Aquí terminaba la primera hoja. Cuando la solté, Thorndyke me miró, esperando a ver lo que decía.

—A juicio mío, hay una buena parte de reconstrucción en relación con el documento original —objeté—. El profesor ha «facilitado» más de las tres cuartas partes de la traducción final.

—Exactamente —exclamó el comisario Miller—, todo es del profesor y muy poco del criptograma.

—Sin embargo, creo que la lectura es correcta —dijo Thorndyke—. Tanto como era de esperar, vaya.

—¡Por Dios! —soltó el espantado detective—. ¡No me dirá, sir, que esas tonterías tienen algo que ver con el documento!

—No he dicho tal cosa, pero si afirmo que en lo que cabe la traducción es correcta; aunque dudo que sea la solución del criptograma.

—¿Ha estudiado usted la fotografía que le entregué? —preguntó Miller con súbita impaciencia.

—La he mirado —contestó Thorndyke evasivamente—, pero preferiría examinar el original si lo lleva usted encima.

—Lo tengo. El profesor Poppelbaum me lo devolvió junto con la solución. Puede

usted mirarlo, pero no se lo puedo dejar sin una autorización especial.

El comisario sacó el documento de su bolsillo y se lo entregó a Thorndyke, quien se fue hacia la ventana y lo miró cuidadosamente. Seguidamente, se metió en la habitación contigua y cerró la puerta a su espalda; a los pocos segundos, oí el ruido de una ligera explosión, lo cual me indicó que acababa de encender, el gas.

—Naturalmente —dijo Miller al volver a coger la traducción— esa jerigonza es todo lo que cabe esperar de un atajo de anarquistas locos de remate; pero a mí me parece que no tiene ningún significado.

—A nosotros nos parece que no —asentí—; sin embargo, esas frases deben tener alguna significación pre-elaborada. Además, están las letras intercaladas entre las palabras, y es muy posible que tengan la forma de una clave.

—Eso mismo es lo que le sugerí al profesor —manifestó Miller—, pero no quiso escucharme. Está seguro que esas letras son nulas.

—Creo que está en un error, y asimismo piensa mi compañero, cuando menos así lo imagino; pero ahora mismo sobremos lo que opina.

—Ya sé lo que nos va a decir —gruñó Miller—. Pondrá el documento debajo del microscopio y nos dirá quién ha fabricado el papel, cuál es la composición de la tinta y luego seguiremos en el mismo punto en que estábamos.

Evidentemente, el comisario Miller se sentía muy deprimido.

Estuvimos sentados un rato, ponderando en silencio las nebulosas frases de la traducción realizada por el profesor Poppelbaum, hasta que por fin Thorndyke reapareció, con el documento en la mano. Lo dejó tranquilamente sobre la mesa delante del detective y preguntó:

—¿Se trata de una consulta oficial?

—Evidentemente —replicó Miller—. Estoy autorizado a consultarle acerca de la traducción, pero no se me ha dicho nada acerca del original. Si lo necesita para su estudio ulterior, conseguiré que se lo dejen.

—No, gracias —manifestó Thorndyke—. He terminado con él. Mi teoría se ha revelado totalmente correcta.

—¿Su teoría? —exclamó el detective vivamente—. ¿Qué quiere decir con eso? ¿No pretenderá...?

—Bueno, puesto que me consulta oficialmente, yo muy bien puedo entregarle esto.

Entonces, le entregó una hoja de papel, que Miller se dispuso a leer en el acto, exclamando:

—¿Qué es esto? ¿De dónde viene? —agregó frunciendo el ceño.

—La solución del criptograma —aseguró Thorndyke.

El comisario volvió a leer el contenido del papel, y perplejo, estuvo mirándonos a los dos:

—Esto es una broma, sir; está mofándose de mí —soltó refunfuñando.

—Nada de eso —contestó Thorndyke—. Esa es la verdadera solución.

—¡Eso es imposible! —exclamó Miller—. ¡Mire esto, doctor Jervis!

Me pasó la hoja de papel, y al echarle una ojeada, comprendí en el acto su asombro. El papel llevaba una breve inscripción en letras mayúsculas:

«EL BOTIN DE PICKERDILLEY SE ENCUENTRA EN LA CHIMENEA DEL 416 DE WARDOUR STREET, 2do PISO PARTE TRASERA; HA SIDO ESCONDIDO PORQUE EL MAYOR DE LOS MOAKEYS, JOOD MOAKEY ES UN FRESCALES».

—¿De manera que ese tipo no era ningún anarquista? —exclamé.

—Ni mucho menos —afirmó Miller—. Era uno de los miembros de la pandilla de Moakey. Nosotros sospechábamos que Moakey estaba metido en ese asunto, pero no conseguimos determinarlo. ¡Caramba! —soltó dándose una palmada en el muslo— ¡si eso es cierto, tengo que intentar poner las manos en el botín! ¿Doctor, podría dejarme una maleta? ¡Corro ahora mismo a Wardour Street!

Le dejamos una maleta vacía; y por la ventana, vimos a Miller apresurándose por Mitre Court.

—Me extrañaría que encontrara el botín —dijo Thorndyke—. Todo depende de si el escondite era conocido por más de uno de los miembros de la banda. ¡Bien! Ha sido un caso extraordinariamente raro y asimismo instructivo. Sospecho a nuestro amigo Barton y al escurridizo Schonberg de haber colaborado en la elaboración de esa curiosa literatura.

—¿Pero cómo consiguió descifrar el documento? —pregunté—. Por lo visto no tardó mucho en hacerlo.

—Desde luego que no. Se trataba simplemente de comprobar una hipótesis; y usted no hubiera debido hacerme esa pregunta —añadió con un aire de fingida severidad— puesto que hace ya dos días que los hechos necesarios para encontrar la solución estaban en su poder. Sin embargo, voy a preparar un documento y mañana por la mañana le haré la demostración.

—De manera que Miller ha tenido un éxito absoluto en su tarea —manifestó Thorndyke a la mañana siguiente, cuando estábamos fumando nuestras pipas después del desayuno—. Todo el botín —como él dice— se encontraba enterito «en la chimenea».

Me tendió el mensaje que un guardia había traído poco antes junto con la maleta vacía, y me disponía a leerlo cuando oímos que llamaban a la puerta.

Fui a abrir, y me encontré ante un anciano gentleman, más bien escuálido y despeinado, quien al entrar, nos estuvo mirando a mi compañero y a mí de un modo

inquisitivo a través de sus gafas de cristales cóncavos.

—Permitan que me presente, señores —dijo el anciano—. Soy el profesor Poppelbaum.

Thorndyke lo saludó y le ofreció una silla.

—Ayer tarde estuve en Scotland Yard —manifestó nuestro visitante— donde me informaron de su extraordinario desciframiento y de la prueba convincente de su corrección. Les pedí que me dejaran el criptograma y me he pasado toda la noche estudiándolo, pero no he logrado ligar su solución con ninguno de los caracteres del documento. Espero que tendrá la amabilidad de explicarme su método para descifrar en aras de evitarme así nuevas noches de insomnio. Puede contar con mi absoluta discreción.

—¿Trae usted el documento? —preguntó Thorndyke.

El profesor lo extrajo de su libro de apuntes, y se lo entregó a mi compañero.

—Observará usted, señor profesor —dijo Thorndyke— que se trata de un papel verjurado y sin filigrana.

—Así es, lo observé.

—Y que está escrito con tinta china indeleble.

—Sí, sí —dijo el sabio con impaciencia—, pero lo que me interesa es la inscripción, no el papel ni la tinta.

—Precisamente —replicó Thorndyke—. Sin embargo, lo que a mí me llamó la atención cuando miré el documento hace tres días fue la tinta. ¿Por qué razón —me pregunté a mí mismo— han utilizado esta tinta incómoda —pues vi que era una tinta pegajosa— cuando hubieran podido valerse de una buena tinta de escribir? ¿Cuáles son las ventajas de la tinta china sobre las demás tintas de escribir? Tiene varias ventajas como tinta de dibujar, pero como tinta de escribir solamente tiene una: la de ser totalmente inalterable a la humedad. Por consiguiente, cabía pensar que, por la causa que fuere, dicho documento pudiera ser expuesto posiblemente a la acción de la humedad. Sin embargo, esta deducción sugería al instante otra que ayer pude comprobar, de la siguiente manera:

Thorndyke llenó un gran vaso de agua y enrollando el documento, lo sumergió en ella. Inmediatamente, comenzaron a perfilarse en el papel unas nuevas líneas de caracteres de un curioso color gris. Al cabo de unos segundos, Thorndyke sacó el papel mojado, lo puso debajo de la luz y entonces apareció muy visible una inscripción en letras transparentes, semejantes a unas filigranas. La inscripción estaba impresa en letras mayúsculas romanas a través de la otra escritura, y rezaba como sigue:

*«El botín de Pickerdílley se encuentra en la chimenea del 416 de Wardour Street, 2.º piso parte trasera; ha sido escondido porque el mayor de los*

*Moakeys, Jood Moakey es un frescales».*

El profesor estuvo contemplando la inscripción con un aire altamente desaprobador:

—¿Cómo supone que se realizó esa inscripción? —refunfuñó.

—Ahora mismo se lo demostraré —contestó Thorndyke—. Yo mismo preparé una hoja de papel para demostrarle al doctor Jervis el procedimiento utilizado. Es francamente sencillo.

Sé fue a su despacho a buscar una pequeña lámina de cristal plano y una cubeta de fotógrafo en la cual estaba puesta a remojo en el agua una fina hoja de papel de escribir.

—Este papel —manifestó Thorndyke al sacar la hoja y colocarla sobre el cristal — ha estado en remojo toda la noche y ahora se ha convertido en una verdadera pulpa.

Entonces, extendió una hoja de papel seco sobre la hoja mojada, y con un lápiz duro escribió sobre la primera, acusando los trazos, las siguientes palabras: *Moakey es un frescales*.

Después, levantó la hoja de encima y se vio cómo la inscripción se había traspuesto, con un color gris oscuro, sobre el papel mojado; al colocarlo debajo de la luz, todo lo escrito apareció tan claro y transparente como si se hubiese impreso con aceite.

—Tan pronto como esta hoja quede seca —manifestó Thorndyke— la escritura desaparecerá totalmente, pero volverá a reaparecer cuando se vuelva a humedecer el papel.

El profesor Poppelbaum asintió con la cabeza:

—¡Verdaderamente ingenioso! —afirmó—. Es una especie de palimpsesto artificial; eso mismo. Pero no llego a entender de qué manera un analfabeto pudo redactar ese documento en el difícil idioma moabita.

—No lo redactó ningún analfabeto —dijo Thorndyke—. El criptograma, para así llamarlo, lo escribió probablemente uno de los cabecillas de la banda, quien sin duda, facilitó las copias del mismo a los demás miembros del gong con el fin de valerse de él para las comunicaciones secretas en lugar de servirse de una hoja en blanco. Sin duda alguna, el escrito moabita tendía a desviar la atención del papel en sí, en caso de que la comunicación cayese en manos enemigas, y me parece que cabe afirmar que consiguieron enteramente su propósito.

El profesor Poppelbaum se levantó de su silla, como picado de pronto por el recuerdo de sus trabajos:

—Sí, sí —dijo pegando un bufido—, pero yo soy un científico y no un policía. ¡Cada cual a su tarea!



Tomó su sombrero, y con un breve saludo, se marchó airado.

Thorndyke se sonrió:

—¡Pobre profesor! ¡Nuestro alegre amigo Barton tiene toda la culpa.

# LA MUJER DEL GRAN SOMBRERO

---

Baronesa Orczy

---

## 1

Lady Molly siempre pensó que si el dedo del Destino hubiese señalado el Mathis de Regent Street en lugar del Lyons, el local más adecuado para nosotros para tomar una taza de té aquella tarde, es muy posible que Mr. Cullodon siguiese vivo en estos momentos.

Mi querida lady está convencida —y huelga decir que yo misma comparto su fe en su propia persona— de que hubiese podido anticiparse a los designios del asesino, y evitar así uno de los más crueles y pérfidos crímenes jamás perpetrados en pleno corazón de Londres.

Lady Molly y yo habíamos estado en la representación de *Trilby* y a la salida del teatro nos metimos en el Lyons para tomar el té. Dicho local se halla situado enfrente mismo del café vienés Mathis en Regent Street. Desde el sitio donde nos sentábamos divisábamos estupendamente la calle y el café, que se había llenado de gente durante la última hora.

Habíamos estado prolongando nuestro té y nuestros bollos de leche tostados hasta después de las seis de la tarde, cuando de pronto nos llamó la atención el vivo ajetreo que observamos del otro lado de la calle, a la puerta del Mathis.

Vimos a dos hombres salir corriendo por la puerta del local y regresar a los pocos minutos acompañados de un policía. Ya saben lo que en tales casos suele ocurrir en una capital como Londres: al poco rato, la multitud ya se aglomeraba delante del café. Dos o tres guardias estaban ya allí y se las veían y deseaban para dejar la entrada del local libre de intrusos.

Pero mi querida Lady Molly, con la viveza de un perro de caza que sigue un rastro, ya había pagado apresuradamente su consumición, y sin esperar a ver si yo la seguía o no, atravesó rápidamente la calle y a los pocos segundos su graciosa figura se perdía entre la multitud.

Movida por la curiosidad, salí tras ella y pude verla, conversando en voz baja con uno de nuestros agentes. Siempre he pensado que Lady Molly tenía ojos en la espalda, pues de otro modo ¿cómo hubiera sabido que yo estaba detrás de ella? En cualquier caso, me hizo una señal y ambas penetramos en el café Mathis, ante el asombro y la ira de la gente menos afortunada.

El local, habitualmente tan alegre, se había llenado de tristeza. En un rincón de la sala, las camareras, ataviadas con sus delantales y sus finos gorros, cuchicheaban,

mirando furtivamente el pequeño grupo que se hallaba ante uno de los bonitos camarotes, que, como saben, se abren a lo largo de todo el perímetro de la gran sala de té del Mathis.

Allí había dos o tres personas muy ocupadas con sus lápices y sus libretas de notas, mientras una camarera rubia, desecha en lágrimas, parecía facilitarles un montón de informaciones tan irrelevantes como confusas.

Según entendí, ya habían mandado a buscar al inspector principal Saunders: los guardias, en presencia de aquella extraordinaria tragedia, no dejaban de mirar ansiosamente hacia la puerta del café, mientras proseguían formulando las preguntas convencionales a la joven camarera.

En aquel camarote, separado del piso de la sala por un par de escalones alfombrados, el origen de toda aquella conmoción, de toda aquella angustia y de todas aquellas lágrimas, se hallaba acurrucado en una silla, con los brazos en reposo sobre el mármol de la mesa y con los utensilios habituales del té delante de él. La parte superior del cuerpo, flácida, de través y blanda, apoyada contra la pared, y los miembros inertes, decía claramente que aquel hombre estaba muerto.

Antes de que mi querida Lady Molly y yo tuviéramos la oportunidad de formular alguna pregunta, Saunders llegó en un taxi. Le acompañaba el médico forense, Dr. Townson, quien se ocupó en el acto del cadáver, mientras Saunders se dirigía rápidamente hacia Lady Molly.

—El jefe sugirió que fuésemos a buscarla —dijo el inspector—. Le dejé telefoneándole a usted cuando salí. En este asunto hay una mujer y hemos de contar en buena parte con su ayuda.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó mi querida lady, cuyos ojos tan hermosos se encendieron de excitación ante la simple idea del trabajo.

—Sólo conozco ciertos indicios —contestó Saunders—, pero el principal testigo es esa muchacha rubia que está ahí. Tenemos que sonsacarle todo cuanto podamos tan pronto como el Dr. Townson nos haya dado su opinión.

El forense, que estaba arrodillado junto al cuerno, se incorporó y se dirigió hacia Saunders; su rostro reflejaba gran seriedad.

—En cuanto a mí respecta, el asunto es bastante sencillo —manifestó—. Este hombre ha fallecido tras la absorción de una dosis tremenda de morfina, que sin duda alguna le fue administrada en esa taza de chocolate —agregó el forense, señalando una taza en cuyo interior aún quedaban restos enfriados del espeso brebaje.

—Pero ¿cuándo ocurrió? —le preguntó Saunders a la camarera.

—No lo sé —contestó la muchacha, azorada—. Ese señor llegó muy temprano con una señora; serían las cuatro más o menos; y se instalaron directamente en este camarote. Los clientes empezaban a llenar la sala y la música ya había comenzado a tocar.

—¿Y dónde está esa señora?

—Se marchó casi en seguida. La señora pidió un té para ella y una taza de chocolate para el gentleman, así como también unos bollos de leche y unos pasteles. Cinco minutos después, al pasar cerca de la mesa que ocupaban, oí que ella le decía a él: «Lo siento mucho, pero he de salir ahora mismo porque si no en casa de Jay estará cerrado, volveré antes de media hora. ¿Me esperarás?».

—¿Y ese señor parecía estar de acuerdo?

—Pues sí —manifestó la camarera—. Había comenzado a tomarse su chocolate y lo único que dijo fue: «No tardes mucho» al tiempo que ella cogía sus guantes y su regalo y se marchaba.

—¿Y ya no volvió?

—No.

—¿Cuándo se dio cuenta por primera vez que algo le pasaba al señor? —preguntó Lady Molly.

—Pues, verá —contestó la muchacha con cierta vacilación—, miré a ese señor un par de veces mientras yo iba y venía por la sala, pues ciertamente parecía haberse desplomado. Naturalmente, pensé que se había dormido; cuando se lo dije a la directora, me aconsejó que lo dejásemos tranquilo un rato. Luego, estuvimos muy atareadas y dejé de preocuparme por ese señor hasta cerca de las seis, en que la mayoría de los clientes del té de la tarde ya se habían marchado y empezábamos a preparar las mesas para la cena. Fue entonces cuando pensé que algo malo le había pasado a ese señor. Llamé a la directora y avisamos a la policía.

—¿Podría decirnos cómo era la señora que estuvo con él a primera hora? ¿Sería capaz de reconocerla? —preguntó Saunders.

—No lo sé —contestó la muchacha—. Mire usted, en una tarde he de atender a tanta gente, que me resulta imposible fijarme en cada cliente. Además, esa señora llevaba un sombrero hongo tan gigantesco que no había manera de verle el rostro ni tampoco el mentón, a no ser de que una fuese a mirarla adrede por debajo de su sombrero.

—¿Sería capaz de reconocer ese sombrero? —preguntó Lady Molly.

—Creo que sí —contestó la camarera—. Era de terciopelo negro, con un gran penacho de plumas. ¡Un sombrero enorme! —añadió la muchacha con una mueca de admiración y de ardiente codicia por tan monumental tocado.

Mientras la rubia camarera hacía su relato, uno de los policías registró los bolsillos del muerto. Entre otros objetos, encontró varias cartas dirigidas al Sr. Mark Cullendon, algunas de las cuales llevaban una dirección en Lombard Street, mientras que otras llevaban la dirección de Fitzjohn's Avenue, Hapstead. Las iniciales M. C., que aparecían en el interior del sombrero y en la cartera del infortunado gentleman, probaban sin lugar a dudas su identidad.

En cualquier caso, una casa de Fitzjohn's Avenue no sugería ni mucho menos ningún establecimiento para solteros. Mientras Saunders y los demás agentes se preocupaban por las cosas pertenecientes al muerto, Lady Molly ya pensaba en sus familiares, sus hijos, su esposa o su madre ¿quién sabía?

¡Qué cosa más espantosa tener que comunicar semejante noticia a una familia feliz y confiada, que espera el regreso del padre, del marido o del hijo, cuando en ese preciso momento yace asesinado en un local público, víctima de una odiosa conjura o de una venganza femenina!

Como suelen decir nuestros estimados amigos de París, saltaba a la vista que alguna mujer estaba metida en el asunto: una mujer que llevaba un gigantesco sombrero con el claro propósito de no ser identificada cuando llegara la hora de resolver el caso de su infortunado compañero, víctima de un asesinato. ¡Y habría que exponer todos esos hechos ante una esposa que esperaba su regreso o ante una madre ansiosa!

Sin duda, nuestros lectores ya se imaginan que Lady Molly asumió esa dificultosa tarea. Ella y yo salimos juntas para Lorbury House, en Fitzjohn's Avenue. Al llegar allí y preguntar al servidor que nos abrió la puerta si la señora estaba en casa, nos contestó que Lady Irene Cullodon estaba en el salón.

Como quiera que mi relato no es ninguna historia sentimental, me ahorraré el exponer los pormenores de aquella entrevista, uno de los momentos más desagradables y penosos que hasta entonces me había tocado vivir.

Lady Irene era una mujer joven, no parecía tener más de veinticinco años; era más bien pequeña y de aspecto delicado, pero con un aire de dignidad tranquila en sus facciones que no dejaba de impresionar. Era irlandesa, hija del conde de Athyville, y al parecer se había casado con Mr. Mark Cullodon en contra de la voluntad de sus padres, tan aristocráticos como pobres, mientras que Mr. Cullodon tenía mucho dinero y un estupendo negocio, pero no tenía ni alta alcurnia ni relaciones poderosas. Lady Irene sólo llevaba seis meses de casada, la pobrecita, y con toda seguridad adoraría a su marido.

Lady Molly informó a la joven y desgraciada esposa con el más infinito tacto, pero la escena fue terrible. ¡Qué golpe más espantoso! ¡Una mujer tan joven y de pronto viuda! ¿Qué palabras de consuelo pueden ocurrírsele a un forastero en tales circunstancias? Pese a lo cariñoso de su voz, a su elocuencia persuasiva y a sus tiernas palabras, mi querida Lady Molly sólo pudo decir cosas que sonaban huecas y convencionales ante un dolor tan abrumador.

algunos elementos relacionados con la vida íntima del muerto, algo que efectivamente permitiera al público expectante penetrar, aunque solo fuera un poco, en el secreto vergel de Mr. Mark Cullodon, en el que paseaba una mujer que llevaba unos sombreros de terciopelo gigantescos y que escondía en su corazón un rencor tan tremendo contra aquel hombre que sólo pudo saciarlo por medio de un crimen.

Pero evidentemente, la investigación policial no sacó a relucir ningún elemento que ya no conociera el público. La joven viuda se mostraba muy reticente sobre la vida de su fallecido esposo y por otra parte la totalidad de la servidumbre acababa de ser contratada cuando la joven pareja, al regresar de su luna de miel, se instaló en su nueva casa de Lorbury House.

La víctima tenía una anciana tía, Mrs. Steinberg, que vivía con el joven matrimonio Cullodon, pero que en aquel preciso momento se encontraba muy enferma. Alguna persona de la casa —probablemente una de las sirvientas más jóvenes— había cometido la locura de contarle la espantosa tragedia con todos los detalles. Con una fuerza asombrosa, la débil anciana insistía en hacer una declaración bajo juramento y en presentarla ante el jurado que se ocupaba del caso. Mrs. Steinberg deseaba declarar únicamente con el propósito de atestiguar sobre la integridad moral de su desaparecido sobrino, Mark Cullodon, en el caso de que la personalidad de la misteriosa dama del gran sombrero pudiese dar lugar a cualquier escándalo.

—Mark Cullodon era el único sobrino que yo quería —manifestó la anciana tía con solemnidad—. Le he expresado mi cariño absoluto al legarle la gran fortuna que me dejó mi marido. Mark era el espejo de la honra, pues de lo contrario le habría dejado al margen de mi testamento, como ya lo hice con mis demás sobrinos y sobrinas. Yo me he criado en una casa escocesa y odio todas esas coqueterías y esas conductas ligeras que no son más que desvergüenza y libertinaje, como yo digo.

Huelga decir que la declaración de la anciana lady, por muy solemne que fuese, no aportó nada capaz de desentrañar y dilucidar el profundo misterio que rodeaba la muerte de Mr. Mark Cullodon. Ahora bien, como quiera que Mrs. Steinberg se había referido a «sus demás sobrinos», a los cuales había dejado fuera de su testamento, legando toda su fortuna al que ahora había muerto, la policía encarriló sus investigaciones hacia aquellas pistas.

Míster Mark Cullodon tenía efectivamente varios hermanos y hermanas, así como primos, que, en diferentes ocasiones —generalmente por algún pecadillo o cosas de ese tipo— se habían granjeado la ira de la gazmoña tía. Sin embargo, no parecía que aquel hecho hubiese suscitado ningún sentimiento rencoroso en el seno de sus familiares. Al fin y al cabo, Mrs. Steinberg era la dueña absoluta de su fortuna. Igualmente hubiera podido legársela en su totalidad a algún hospital en vez de hacerlo en favor de su sobrino preferido; a fin de cuentas, toda la familia estaba

satisfecha de que el dinero quedara dentro de ella, en lugar de ir a parar fuera.

A medida que el tiempo transcurría, el misterio de la mujer del gran sombrero se volvía cada vez más impenetrable. Y como es sabido, cuanto más tiempo pasa entre el momento del crimen y la identificación del criminal, tanto mayores son las posibilidades de que éste escape al castigo.

Pese a los esfuerzos más denodados y a los interrogatorios más hábiles de los empleados del Mathis, nadie fue capaz de ofrecer una clara descripción de la mujer que tomó el té con la víctima aquella tarde fatal.

El primer rayo de luz que se obtuvo acerca de aquel caso tan misterioso, fue aportado, al cabo de tres semanas, por una muchacha llamada Katherine Harris, que había trabajado como doncella en Lorbury House inmediatamente después de que los esposos Cullendon regresaran de su viaje de novios.

Cabe decir que la tía, Mrs. Steinberg, había fallecido a los pocos días de iniciarse la investigación policial: su débil corazón no pudo aguantar aquel tremendo golpe. Antes de su muerte, había depositado en casa de su banquero una cantidad de 250 libras esterlinas, suma que estaba destinada a recompensar a la persona que pudiera facilitar la información susceptible de permitir la detención y condena del asesino de Mark Cullendon.

Aquella prima estimuló el celo de todo el mundo, y cabe pensar que incitó a Katherine Harris a realizar lo que en cualquier caso no era sino su más apremiante obligación.

Lady Molly recibió a la antigua doncella en su despacho privado y tuvo grandes dificultades en desenmarañar los hilos del confuso relato de la muchacha. Sin embargo, el principal elemento de la historia de Katherine Harris resultó ser que una semana aproximadamente después del regreso de sus amos de su luna de miel, una señora extranjera se había presentado en Lorbury House. Lady Irene se encontraba fuera de casa en aquel preciso momento y fue Mr. Cullendon quien recibió a dicha señora en el salón.

—Esa señora era muy hermosa e iba vestida con mucha elegancia —manifestó la doncella.

—¿Acaso llevaba un gran sombrero? —preguntó Lady Molly.

—No recuerdo que fuese especialmente grande —contestó la muchacha.

—¿Pero recuerda cómo era esa señora? —sugirió Lady Molly.

—Ya lo creo. Era alta, muy alta y muy hermosa.

—¿Sería capaz de reconocerla si volviera a verla? —insistió mi querida lady.

—Creo que sí —contestó Katherine Harris.

Sin embargo, pese a su aplomo, la muchacha no pudo afirmar nada realmente concreto. Al parecer, la señora en cuestión permaneció durante una hora junto a míster Cullendon y fue entonces cuando Lady Irene regresó a casa.

Como quiera que el mayordomo se había ausentado aquella tarde, le tocó a Katherine Harris abrir la puerta a la señora Cullendon y dado que ésta no preguntó nada, la doncella no se atrevió a informarla de que su esposo tenía una visita. Katherine se reunió de nuevo con el resto de la servidumbre, pero al cabo de cinco minutos la campanilla del salón sonó y volvió a salir. En aquel momento, la señora extranjera ya esperaba en el *hall* para que la acompañaran a la puerta. Así lo hizo la doncella; inmediatamente después de ello, Mr. Cullendon salió de su habitación y según las propias y gráficas palabras de la muchacha, «se puso como una fiera».

—Yo no alcanzaba a imaginar lo que había hecho mal —explicó la muchacha—, pero mi amo parecía estar furiosísimo y me soltó que yo era una mala doncella, pues si hubiese conocido mi oficio, hubiese debido saber que nunca hay que permitir la entrada a los visitantes desconocidos de aquella manera tan torpe. Hubiera debido decirle a la visitante que no sabía si Mr. Cullendon estaba en casa en aquel preciso momento, y que antes tenía que haberle avisado. ¡Oh, las cosas que me dijo! —prosiguió Katherine Harris con locuacidad—. Y supongo que se quejó a la señora, puesto que al día siguiente ella misma me lo dijo.

—¿Y desde entonces no volvió a ver a la dama extranjera? —preguntó Lady Molly.

—No; nunca volvió mientras yo serví en casa de los Cullendon.

—Pero dígame ¿cómo supo que era extranjera? ¿Acaso se expresaba con un deje característico?

—Pues no —replicó la doncella—. La verdad es que no dijo gran cosa; limitóse a preguntar por Mr. Cullendon; de todas maneras, se parecía mucho a una francesa.

Las declaraciones de Katherine Harris concluyeron con esa irrefutable respuesta, matizada de lógica. Lo que más ansiaba era saber de qué manera podría cobrar las 250 libras de recompensa si la dama extranjera era colgada por asesina.

Al oír las palabras de Lady Molly de que, sin duda, las cobraría, la muchacha salió contentísima del despacho.

### 3

—¡Bien! —manifestó el jefe con un gesto de impaciencia después de que Katherine Harris hubiese salido del despacho—; me parece que hemos adelantado muy poco.

—No crea tal cosa —replicó suavemente Lady Molly.

—¿Acaso considera que lo que acabamos de oír nos ha ayudado a descubrir quién es la señora del gran sombrero? —soltó el jefe con cierta ironía.

—A lo mejor no —contestó mi querida lady con su dulce sonrisa—. Pero quizá pueda ayudarnos a descubrir a la persona que asesinó a Mr. Cullendon.



Lady Molly le cerró la boca al jefe con esas enigmáticas palabras, y finalmente salió del despacho, seguida por su fiel Mary.

De acuerdo con las indicaciones facilitadas por Katherine Harris, se hizo circular ampliamente la descripción de la mujer que la policía buscaba en relación con el asesinato de Mr. Cullodon, y a los dos días de la entrevista con la antigua doncella, otra persona muy importante se presentó en el despacho.

Lady Molly estaba examinando con el jefe algunos expedientes mientras yo tomaba notas taquigráficas en el escritorio de al lado, cuando uno de nuestros agentes trajo una tarjeta de visita. Al cabo de un momento y sin ni siquiera esperar que le dieran permiso para pasar o que la anunciaran más formalmente, una soberbia aparición surcó literalmente el pequeño y polvoriento despacho, llenándolo al segundo de una sutil fragancia de violetas de Parma y de cuero de Rusia...

No creo haber contemplado nunca a una mujer tan hermosa como aquella. Alta, con un rostro divino y una silueta perfecta, me recordaba vagamente los retratos que uno pudo admirar de la desaparecida Emperatriz de Austria. Aquella mujer iba vestida con suma elegancia y llevaba un gran sombrero adornado con una enorme cantidad de plumas.

Instintivamente, nuestro jefe se había levantado para saludarla, mientras que Lady Molly la miraba tranquilamente con una sonrisa burlona.

—Ya sabe usted quien soy —manifestó la visitante tan pronto como hubo ocupado con mucha gracia la silla que le ofrecían—; mi nombre figura en esa tarjeta de visita. Por lo visto, me parezco exactamente a la mujer que se sospecha ha asesinado a Mark Cullodon.

Pronunció aquellas palabras con tanta calma, con tal dominio de sí, que me quedé atónita. Por su parte, nuestro jefe parecía haber crecido metafóricamente e intentaba hallar la adecuada respuesta.

—¡Oh, no se preocupe usted, sir! —prosiguió la dama con una fina sonrisa—. La propietaria de la casa en donde vivo, mi criada y mis amigos han leído la descripción de la mujer que asesinó a Mr. Cullodon. Durante las últimas veinticuatro horas he sido seguida por sus policías, motivo por el que he decidido presentarme antes de que me detuvieran en mi apartamento. ¿Acaso he venido demasiado pronto? —preguntó con esa misma indiferencia y frialdad tan asombrosas, dado el tema de la entrevista.

Hablaba inglés con un acento extranjero casi imperceptible, pero entonces comprendí realmente lo que Katherine Harris quería expresar al afirmar que aquella mujer «se parecía a una francesa». Efectivamente no tenía los rasgos de una inglesa y tan pronto como pude leer su nombre la tarjeta de visita que el jefe le pasó a Lady Molly, inmediatamente vi que se trataba de una vienesa. Miss Elisabeth Lowenthal tenía toda la gracia y el encanto, la elegancia que sientan a una mujer austríaca mucho mejor que a las de cualquier otra nación.

No cabe extrañarse de que nuestro jefe se sintiera tan molesto para informarla de que efectivamente, la policía estaba a punto de lanzar una orden de arresto aquella misma mañana para detenerle bajo la acusación de asesinato premeditado.

—Ya sé, ya sé —manifestó Miss Elisabeth, quien parecía adivinar los pensamientos del jefe—. Pero permítame decirle ahora mismo, sir, que yo no he asesinado a Mark Cullodon. El me trató vergonzosamente y yo de todo corazón deseaba hacer un escándalo para afrentarle: ¡se había vuelto tan respetable y tan gazmoño! Pero entre un escándalo y un asesinato hay una gran diferencia... ¿No lo cree así, señora? —añadió, volviéndose por primera vez hacia Lady Molly.

—Claro que sí —replicó mi querida lady con la misma irónica sonrisa.

—Efectivamente, entre ambas cosas hay un abismo, que miss Elisabeth Lowenthal será capaz de demostrar mañana ante el magistrado instructor —agregó nuestro jefe con una severidad muy oficial en su tono.

Me pareció que, durante unos segundos, la hermosa dama había perdido su presencia de ánimo ante aquella clara sugerencia del jefe. Su fino rostro palideció y dos arrugas aparecieron, duramente marcadas, entre sus maravillosos ojos. Sin embargo, asustada o no, muy pronto recobró su calma y manifestó tranquilamente:

—Bien, estimado señor, tratemos de aclarar las cosas. He venido aquí movida por esa firme intención. Supongo que ustedes no querrán poner en ridículo a sus agentes de policía del mismo modo que yo no quiero levantar un escándalo. No quiero que los detectives sigan rondando por mi casa, haciendo presuntas a mis criados y a mis vecinos. Muy pronto habrían de convencerse, sin duda ninguna, de que yo no maté a Mark Cullodon, pero me hallaría sumida en una atmósfera policíaca... y, y yo prefiero el perfumado ambiente de las violetas de Parma —añadió miss Elisabeth Lowenthal, llevándose a la nariz un pañuelo de encaje perfumado.

—¿De manera que ha venido usted a hacer una declaración? —preguntó el jefe.

—Así es. Le diré todo cuanto sé —afirmó la bella criatura—. Mark Cullodon debía casarse conmigo, pero luego conoció a la hija de un conde y por lo visto pensó que sería para él una esposa mejor que no una simple miss Lowenthal. Imagino que yo no era la mujer ideal para un joven que tenía a una tía tan respetable y admiradora de la alta sociedad que había de legarle toda su fortuna a condición de que hiciese un gran casamiento. Yo tengo una bella voz y llegué a Inglaterra hace un par de años para estudiar el inglés; así pude cantar un oratorio en el Albert Hall. Conocí a Mark en el barco de Calais a Dover, cuando él regresaba de un viaje de vacaciones. Se enamoró de mí e inmediatamente me pidió que me casara con él. Después de pensarlo un poco, acepté y nos prometimos. Sin embargo, Mark me dijo que nuestro compromiso debía permanecer secreto porque tenía una vieja tía de quien esperaba una gran herencia y que sin duda no aprobaría su matrimonio con una muchacha extranjera, sin altas relaciones y por añadidura, cantante profesional. A partir de aquel

momento desconfié de Mark y no me sorprendió en lo más mínimo que su cariño hacia mí fuera enfriándose. Poco después, me dijo despiadadamente que había cambiado de idea y que iba a casarse con una aristocrática lady inglesa. Esto no me afectó demasiado, pero quería castigarle por su mal comportamiento hacia mí, promoviendo un escándalo. Eso es todo. De manera que me presenté en su casa simplemente para atormentarlo y fastidiarlo y finalmente decidí demandarlo por ruptura de promesa de matrimonio. Sé que eso lo habría derrotado y que su tía lo habría desheredado. Y eso era todo cuanto yo deseaba hacer; pues no me preocupaba su persona hasta el punto de querer su muerte.

El relato de miss Lowenthal no dejaba de ser convincente y todos los que lo oímos quedamos francamente impresionados. El único que parecía estar realmente preocupado era nuestro jefe y pude descifrar sin pena lo que en ese momento estaba pensando.

—Como bien lo ha hecho hace un momento usted misma, miss Lowenthal —manifestó el jefe— la policía hubiera descubierto todos esos elementos en las próximas horas. Desde que nos enteramos de sus relaciones con la víctima, lo más fácil para nosotros era investigar acerca de su pasado y el de Mark. No ha de dudar tampoco —agregó insinuante— que nuestros agentes habrían deseado hallarse rápidamente en poder de una prueba indiscutible acerca de su total inocencia en relación con la fatídica tarde pasada en el café Mathis.

—¿Qué quiere decir? —preguntó suavemente miss Lowenthal.

—Una coartada.

—¿Eso supone que debo decir dónde me encontraba cuando asesinaron a Mark en el salón de té?

—Exactamente —afirmó nuestro jefe.

—Había salido a dar un paseo —contestó tranquilamente la hermosa cantante.

—¿De compras tal vez?

—No.

—¿Acaso se encontró con alguna persona capaz de recordar esa circunstancia, o alguno de sus criados podría decirnos a qué hora regresó a su casa?

—No —repitió secamente miss Lowenthal—. No encontré a ninguna persona puesto que fui a dar un paseo y tomar el aire en Primrose Hill. Mis dos criadas solamente pueden decir que salí de casa a las tres de la tarde y que regresé después de las cinco.

Durante un momento, en el pequeño despacho reinó el silencio. Podía percibir el leve chirrido de la pluma con la que nuestro jefe dibujaba unas fútiles figuras geométricas sobre su carpeta.

Lady Molly permanecía muy tranquila. Sus grandes y luminosos ojos estaban clavados en la hermosa mujer que acababa de contarnos su asombrosa historia y

cuyas últimas palabras no habían hecho sino profundizar más aún el misterio caso del café Mathis. Yo me di cuenta de que miss Lowenthal tenía plena conciencia del peligro en que se hallaba. No soy sin embargo lo suficientemente psicólogo como para afirmar si era un sentimiento de culpabilidad o de mero temor el que en aquel mismo momento alteraba su hermoso semblante y hacía temblar sus labios.

Lady Molly anotó unas palabras en un trozo de papel y se lo pasó al jefe. Por lo visto, miss Lowenthal trataba de recobrar su presencia de ánimo, tensando todos sus nervios.

—Eso es todo cuanto tenía que decirles —manifestó la hermosa austríaca con un tono seco y brusco—. ¿Supongo que ahora ya puedo marcharme?

Sin embargo, no hizo ningún gesto para levantarse de su silla, como si temiera que no le concedieran permiso para salir del despacho.

Pero ante su gran asombro —y también al mío— nuestro jefe se levantó inmediatamente y le dijo muy cortésmente:

—Le estoy sumamente agradecido por las informaciones tan valiosas que tuvo a bien facilitarme. Naturalmente, deberá permanecer en la ciudad durante los próximos días ¿puedo contar con ello?

Miss Lowenthal asintió con un hondo suspiro de alivio, recobrando en el acto su primitivo encanto y toda la gracia y elegancia de sus facciones, y una sonrisa iluminó su hermoso semblante.

El jefe se inclinó ante ella como lo hiciera un verdadero extranjero, pero pese a su aparente tranquilidad miss Lowenthal lo estuvo mirando muy atentamente. Seguidamente se dirigió hacia Lady Molly y le tendió la mano.

Mi querida lady se la agarró sin la más mínima vacilación. Yo, sabedora de que las palabras rápidamente escritas por Lady Molly en el trozo de papel habían dictado al jefe su conducta hacia miss Lowenthal, me quedé asombrada al ver que la mujer que más quería en el mundo estrechaba la mano de una asesina.

### 3

El lector recordará sin duda la sensación causada por la detención de miss Lowenthal, acusada del asesinato de Mark Cullodon al administrarle una fuerte dosis de morfina en una taza de chocolate en el café Mathis de Regent Street. La belleza de la acusada, el encanto innegable de sus maneras, el carácter intachable de su vida hasta aquel momento, todo ello hizo que el público se pusiera con igual violencia a su lado o en contra de ella y el habitual torrente de cartas con sugerencias, recriminaciones y consejos inundó el despacho de nuestro jefe en unas proporciones titánicas.

Tengo que decir que, personalmente, todas mis simpatías iban a miss Lowenthal.

Como creo haber manifestado anteriormente, no soy una gran psicólogo, pero la había visto durante la declaración prestada en el despacho y no podía sacarme de la cabeza la absoluta, aunque irrazonada certeza, de que la hermosa cantante vienesa era inocente.

La sala del tribunal estaba abarrotada de público, como bien pueden imaginar, el día en que comenzó la vista de la causa. Naturalmente, el público manifestó abiertamente su simpatía hacia la acusada cuando se sentó en el banquillo, con toda su hermosura pese a que sus facciones no dejaban de verse afectadas por el horror, la angustia y el temor originados por la terrible amenaza que sobre ella se cernía.

El juez se mostró muy amable con ella; su abogado dio pruebas de una gran maestría y nuestros propios compañeros de la policía, llamados a probar los elementos de la acusación, se limitaron a cumplir con su obligación del modo más estricto, mostrándose lo más indulgentes posible en sus declaraciones.

Miss Lowenthal había sido detenida en su casa por el inspector Danvers, acompañado por dos guardias. La cantante no había dejado de proclamar su inocencia desde el primer momento y continuaba en esa misma postura ante el tribunal, alegando su inocencia con voz firme.

Lo que había determinado la detención de Miss Lowenthal era, en primer lugar, el motivo indudable de su rencor y deseo de venganza en contra su novio infiel, y en segundo lugar su total incapacidad en alegar una coartada; todo lo cual, dadas las circunstancias del caso, contribuía a agravar las apariencias de su culpabilidad.

El problema de cómo y en qué lugar se había conseguido el veneno fatal, resultó muy difícil de probar. Se demostró que Mr. Mark Cullendon era director de una serie de firmas importantes, una de las cuales se dedicaba al comercio al por mayor de los productos farmacéuticos.

Por consiguiente, se puso de manifiesto que en diferentes ocasiones y bajo distintos pretextos, la acusada había conseguido ciertas drogas a través del propio Mr. Cullendon. Ella reconoció que por dos veces, antes de su boda y después de la misma, había visitado a Mark Cullendon en su despacho de la City.

Miss Lowenthal escuchó todas las declaraciones de los testigos de la acusación con entereza, comportándose del mismo modo ante la declaración de Katherine Harris acerca de su visita a Mr. Culleton en su casa de Lorbury. Sin embargo, su semblante pareció animarse mucho más cuando introdujeron ante la corte a los empleados del café Mathis.

Se mostró a los testigos en cuestión un gran sombrero perteneciente a la acusada; sin embargo, pese a que la policía sostenía la teoría de que aquél era el sombrero que la misteriosa dama llevaba en el café en la tarde del crimen, las camareras hicieron unas declaraciones claramente contradictorias en relación con el mismo.

Mientras una de las muchachas juraba que reconocía el sombrero, otra afirmaba

con la misma firmeza que era mucho más pequeño que el que ella recordaba. Entonces, cuando ordenaron a Miss Lowenthal que se pusiese su sombrero, tres de los testigos sobre cuatro, se negaron formalmente a identificar a la acusada.

La mayoría de las muchachas del Mathis manifestaron que, aun cuando se puso el gran sombrero, Miss Lowenthal se parecía a la mujer incriminada, no dejaba de haber en ella cierto rasgo distinto.

Con la falta de concreción y los muy irritantes modales que suelen caracterizarlas, las camareras eludieron todas las preguntas, negándose a pronunciarse formalmente en pro o en contra de la identificación de Miss Lowenthal.

Finalmente, una de las muchachas afirmó tajantemente que de todas maneras, en la cantante había algo que la diferenciaba de la presunta mujer vista en la tarde del crimen en el café Mathis.

—¿En qué consiste esa diferencia? —preguntó el abobado, insistiendo sobre ese punto.

—No sabría decirlo.

Tal fue la contestación hecha reiteradamente por la interesada.

Naturalmente, la desgraciada y joven viuda había sido arrastrada hasta la sala del tribunal y, al parecer, las opiniones y las expresiones de simpatía hacia su persona eran unánimes por completo.

Aquella tragedia era dolorosísima para ella y las escenas del tribunal no hacían sino redoblar su angustia y su dolor. El escándalo en el que se había sumido el nombre de su marido sólo podía añadir su sentimiento de vergüenza a su profundo dolor. Mark Cullodon se había comportado tan vergonzosamente con la mujer con la cual se había casado por puros motivos de interés familiar, como con la que había abandonado tan despiadadamente, rompiendo su promesa de matrimonio.

Sin embargo, Lady Irene se manifestó con mucha moderación en sus declaraciones. Era indudable que estaba enterada del anterior compromiso de su marido con Miss Lowenthal, pero por lo visto no se le ocurrió pedirle ninguna responsabilidad por su pasado. No sabía que la cantante le había amenazado con llevarle a los tribunales por ruptura de su promesa de matrimonio.

Durante su declaración, Lady Irene se expresó con una calma y una dignidad absolutas, y ofreciendo a la vez el más vivo contraste, vestida con su estricto traje de chaqueta de franela negra y su modesta toca negra, con la mujer ataviada muchísimo más lucidamente que ocupaba el banquillo de los acusados.

Los dos elementos más importantes a favor de la acusada eran, en primer lugar, la vaguedad de las declaraciones hechas por los testigos llamadas a identificarla y, en segundo lugar, el hecho de que ya habían comenzado incuestionablemente los procedimientos judiciales para atacar al desaparecido Mark Cullodon por ruptura de su promesa de matrimonio. A tenor de las cartas de éste. Miss Lowenthal disponía de

un arma magnífica en contra de Mark Cullodon, hecho que no dejaba de asestar un fuerte golpe a la teoría del asesinato.

En resumen, el juez advirtió que no existían suficientes pruebas contra la acusada para procesarla formalmente, con lo que la absolvió, y Miss Lowenthal salió libremente del tribunal en medio de los vivos aplausos del público.

He de señalar que el público, muy justamente a juicio mío, criticó severamente a la policía por haber procedido a una detención tan injustificada como cruel. Me sentía vinculada más que nadie en aquel asunto, puesto que ya sabía que aquella detención se había llevado a cabo en contra de la clara voluntad y de los consejos de Lady Molly y en franca contradicción con las pruebas que ella misma había reunido. De manera que cuando nuestro jefe le pidió a mi querida lady que reanudara sus esfuerzos en relación con aquel misterioso caso, no es de extrañar que contestara con poco entusiasmo a su demanda. Era indudable que Lady Molly cumpliría a rajatabla con su compromiso, pero está claro que había perdido su más ferviente interés en el caso.

La misteriosa mujer del gran sombrero seguía siendo el principal tema de los comentarios de la prensa, junto con la incapacidad de la policía de dar con ella. En las vitrinas y escaparates de muchas tiendas podían contemplarse las caricaturas y los retratos de una figura tocada con un enorme sombrero, que solamente dejaba ver los pies y un mentón puntiagudo saliendo de tan gigantesca prenda. Al pie de dichas caricaturas podía leerse: «¿Quién es esta mujer? Pregúnteselo a la policía».

Un día, el segundo desde la absolución de Miss Lowenthal, mi querida lady entró en mi habitación, toda ella radiante. Era la primera vez que la veía sonreír desde hacía más de una semana, y ya había adivinado qué era lo que tanto la alegraba.

—Mary, tenemos noticias estupendas —exclamó jubilosamente—. Por fin, he conseguido que el jefe me dejara plena libertad... ¡Oh, querida, qué montón de argumentos hay que gastar para arrancar a ese hombre del intrincado laberinto de sus expedientes!

—¿Qué piensa usted hacer ahora? —le pregunté.

—Demostrar la justeza de mi teoría acerca de quién asesinó a Mark Cullodon —contestó seriamente—. Y en primer lugar, vamos a ir a Lorbury House para formular ciertas preguntas a los criados.

Eran las tres de la tarde. Siguiendo la orden de Lady Molly, me vestí con cierta elegancia y las dos salimos en un taxi para Fitzjohn's Avenue.

Lady Molly había escrito unas palabras en una de sus tarjetas, solicitando ser recibida con urgencia por Lady Irene Culleron. La entregó al criado que vino a abrirnos la puerta de la mansión de Lorbury. Al rato, nos hallábamos sentadas en el sofá del saloncito. La joven viuda, llena de dignidad y muy aristocrática con su estricto vestido negro, sentóse enfrente de nosotras, con sus blancas manos

gentilmente cruzadas sobre las rodillas. Su pequeña cabeza, con su tocado realmente ajustado, se tendía con sostenida atención hacia Lady Molly.

—Espero muy sinceramente —comenzó diciendo mi querida lady con su voz más persuasiva y dulce— que sabrá usted perdonar mi ardiente deseo, compartido, puedo asegurárselo, por todos mis superiores de Scotland Yard, de dilucidar el misterio que rodea la muerte de su difunto esposo.

Lady Molly hizo una pausa, como si esperase algún estímulo antes de proseguir, pues el asunto tenía que ser extremadamente doloroso para la joven viuda. Sin embargo, Lady Irene contestó con mucha amabilidad:

—Comprendo que la policía desea cumplir totalmente con sus obligaciones al respecto; en lo que a mí se refiere, creo haber hecho todo cuanto podía; no soy de hierro y después del día que he pasado en el tribunal...

Lady Irene se estremeció, como si temiera haber manifestado una emoción demasiado aparente para su aristocrática posición, y concluyó con más tranquilidad:

—No puedo hacer nada más.

—Aprecio plenamente sus sentimientos —dijo Lady Molly—, pero ¿no le sería posible ayudarme de una forma pasiva, con unos medios capaces de favorecer a la justicia?

—¿Qué desea que haga? —preguntó Lady Irene.

—Que me permita solamente llamar a dos de sus sirvientas para hacerles unas cuentas preguntas. Le prometo que lo que les preguntaré no habrá de infligirle a usted la más pequeña molestia.

Durante un momento, pensé que la joven viuda vacilaba, pero después, sin una palabra, se levantó y tiró de la campanilla; luego preguntó a mi querida lady tan pronto como el mayordomo se presentó:

—¿Con cuál de mis sirvientas desea hablar?

—Con su sirvienta y su doncella, si es posible.

Lady Irene impartió las necesarias órdenes y todas permanecimos sentadas hasta que, expectantes y silenciosas, vimos aparecer al cabo de unos minutos a las dos muchachas llamadas por el mayordomo. Una de ellas iba vestida con un delantal y tocada con un gorro, mientras que la otra, con su limpio vestido negro y su delicado cuello de encaje, parecía ser sin ninguna duda la doncella de Lady Irene.

—Esta señora —manifestó la joven viuda a ambas muchachas— desea hacerles algunas preguntas. Se trata de la representante de la policía, de modo que traten de contestar lo mejor posible a cuanto pueda preguntarles.

—¡Oh! —replicó Lady Molly suavemente, como si no hubiera advertido el tono acerbo utilizado por Lady Irene ni la clara barrera de hostilidad y reserva que sus palabras habían levantado inmediatamente entre las dos jóvenes criadas y la «representante de la policía»—. Cuanto he de preguntar a estas muchachas no es ni



difícil ni desagradable. Sólo deseo que se presten gentilmente a desempeñar un pequeño papel en la comedia que hemos de representar esta tarde con miras a comprobar la veracidad de ciertas afirmaciones hechas por una de las camareras del salón de té Mathis, en relación con la terrible tragedia que ha enlutado esta casa. ¿Querrán ustedes hacerlo? —agregó mi querida lady, dirigiéndose directamente a ambas muchachas.

Nadie sabía ser tan seductora o persuasiva como mi querida lady. En un abrir y cerrar de ojos, vi como la fría hostilidad de las criadas se derretía ante la radiante sonrisa de Lady Molly.

—Haremos lo que podamos, madame —contestó la criada.

—¡Qué buenas chicas! —afirmó mi querida lady—. Han de saber que la camarera principal del Mathis ha identificado esta misma mañana a la mujer del gran sombrero, que, según creemos, asesinó a su señorito. ¡Sí, tal como lo digo! —prosiguió en respuesta a la exclamación de asombro que rompió como una ola a través de la habitación—. Esa muchacha se mostró totalmente afirmativa tanto en lo que respecta al sombrero como a la mujer que lo llevaba puesto. Pero es claro que uno no puede dejar que una persona sea enviada al cadalso sin tener todas las pruebas posibles acerca de semejante testimonio, y estoy segura de que todos los que viven en esta casa comprenderán que no queremos introducir a más personas extrañas de las que realmente puedan ayudarnos en este triste asunto, que ya se ha extendido demasiado entre la opinión pública.

Lady Molly hizo una pequeña pausa, y viendo que ni Lady Irene ni sus criadas se manifestaban, prosiguió:

—Mis superiores de Scotland Yard opinan que tienen la obligación de probar y confundir lo más posible a la testigo en cuestión durante el acto de identificación. Por ello desean que un cierto número de señoras tocadas con unos sombreros anormalmente grandes desfilen ante la citada camarera. Entre ellas pudiera encontrarse, evidentemente, la mujer que esa muchacha ha identificado ya como la misteriosa persona que tomó el té con Mr. Culedon en el café Mathis aquella tarde.

»Mis jefes —prosiguió mi querida lady— podrán percatarse entonces de si la camarera está segura de su afirmación al señalar invariable y reiteradamente a una misma persona entre un grupo de mujeres tocadas con grandes sombreros.

—¿A buen seguro —cortó secamente Lady Irene— que usted y sus jefes no piensan que mis criadas les ayuden en semejante comedia?

—No consideramos que ello sea ninguna comedia, Lady Irene —replicó cortésmente Lady Molly—. Esto suele ser a menudo uno de los recursos para salir en defensa de una persona inculpada, y con toda seguridad tendremos que pedirle la colaboración de sus criados.

—No veo para qué pueden servirles.

Sin embargo, las dos muchachas no parecían echarse atrás. La idea parecía gustarles, puesto que sugería para ellas su apasionante episodio que prometía cambiar un poquitín sus vidas llenas de monotonía.

—Estoy segura de que estas muchachas disponen de unos hermosos y grandes sombreros —prosiguió Lady Molly con una alentadora sonrisa.

—¡No les permitiré que se pongan ningún ridículo tocado! —replicó con dureza Lady Irene.

—Yo tengo el sombrero que la señorita ya no quiso ponerse y desechó —intervino la joven doncella—. Me lo pondré junto con los vestidos viejos que encuentre en el desván.

En aquel momento, imperó el más absoluto silencio; era uno de esos momentos magnéticos en los que el Destino parece haber dejado caer la madeja en la que estaba enrollando el hilo de la vida y se inclina sobre ella para recogerla.

Lady Irene se llevó un pañuelo bordado de negro a los labios y dijo con tranquilidad:

—No sé lo que quiere usted decir, Mary. Yo nunca me puse ningún sombrero grande.

—Perdone, señora, pero no es cierto —cortó la otra criada—. Mary se refiere al sombrero que la señorita encargó en la tienda de Sanchia y que solamente se puso una vez, el día en que estuvo en el concierto.

—¿Qué día fue? —preguntó Lady Molly con suavidad.

—¡Oh, no puedo olvidar ese día! —exclamó la criada—. Ese día, la señorita regresó del concierto y cuando la ayudé a quitarse la ropa, me dijo que nunca volvería a llevar aquel sombrero porque era demasiado pesado. Fue el mismo día en que Mr. Cullodon murió asesinado.

—Ese sombrero respondería muy bien a nuestros propósitos —manifestó Lady Molly con perfecta calma—. Tal vez Mary pueda ir a buscarlo, y usted pueda ir con ella para ayudarla a ponérselo.

Las dos muchachas salieron de la habitación sin decir una palabra, mientras las tres mujeres quedábamos mirándonos, con aquel espantoso secreto a medio desvelar, flotando en el aire como un espectro intangible.

—¿Qué va a hacer, Lady Irene? —preguntó Lady Molly tras una larga pausa durante la que sentía latir mi propio corazón mientras miraba la rígida figura de la viuda con su ropa de luto, su rostro pálido y deshecho y sus ojos clavados en Lady Molly.

—¡Usted no puede probarlo! —gritó desafiadora.

—Creo poderlo hacer —replicó Lady Molly con suma sencillez—. En cualquier caso, lo intentaremos. En la puerta de su casa están esperando, en un cabriolé, dos de las camareras del Mathis, y ya he hablado con el empleado que la atendió en la tienda

de Sanchia, la desconocida modista de una callejuela cerca de Portland Road.

Sabemos que tuvo usted grandes dificultades para encargar un sombrero de ciertas dimensiones y confeccionado de acuerdo con su minuciosa descripción; ese sombrero era la réplica exacta del que Miss Lowenthal llevaba cuando la vio cierta vez en la oficina de su difunto esposo. Podemos probar asimismo ese encuentro entre ella y usted. Por otra parte, tenemos el testimonio de sus criadas afirmando que usted se puso ese sombrero una sola vez, el día en que, supuestamente, estuvo en el concierto —afirmación que les costaría mucho probar—, el día también en que su marido fue asesinado.

—¡Bah!, ¡la gente se reirá de usted! —replicó Lady Irene, siempre tan desafiadora—. ¡No se atreverá a formular una acusación tan monstruosa!

—No parecerá en absoluto monstruosa tan pronto como la justicia haya sopesado los hechos que podemos probar. Permítame adelantarle solamente algunos de esos hechos, que son el resultado de una esmerada investigación: Está el hecho de que usted estaba enterada del compromiso de Mr. Cullendon con Miss Elisabeth Lowenthal y mucho se guardó de que la anciana señora Steinberg lo conociera, sabiendo que cualquier escándalo relacionado con su sobrino preferido, llevaría a la vieja tía a borrarlo —y por ende a borrarla a usted también— de su testamento. Licenció a su primitiva doncella, Katherine Harris, por el solo motivo de que se hallaba presente cuando Miss Lowenthal fue introducida en el despacho de Mr. Cullendon. Está el hecho de que la señora Steinberg había redactado su testamento de tal manera que, en caso de que su sobrino muriese antes que ella, su fortuna recaería en usted; está el hecho de que con la acción judicial de Miss Lowenthal contra su marido, por ruptura de compromiso matrimonial, perdía usted toda esperanza de impedir que el escándalo llegase a oídos de la anciana tía. Entonces vio que la fortuna se le esfumaba y temió que la señora Steinberg alterara su testamento. Claro que hubiera preferido matar a la vieja dama, pero el crimen se habría descubierto muy pronto, y el otro crimen era mucho más fácil y seguro. Y usted ha heredado los millones de la vieja tía, porque ésta nunca se enteró de los pecadillos anteriores de su sobrino. Todo eso —afirmó mi querida lady— podemos presentarlo y demostrarlo; y la historia del sombrero, comprado y llevado sólo un día, ese día memorable, y luego tirado; eso también podemos probarlo.

Una risa pesada la interrumpió, una risa que me puso la carne de gallina.

—Hay un hecho del cual se olvidó, mi querida señora de Scotland Yard —gritó la enlutada figura que parecía haberse vuelto asombrosamente espectral en medio de la última luz crepuscular que envolvía el lujoso y pequeño saloncito—. Se olvidó del hecho de que el acusado se tomó la justicia por su propia mano.

Y antes de que mi querida Lady Molly y yo misma pudiésemos evitarlo, Lady Irene Cullendon se llevó algo —no nos atrevimos a pensar qué cosa— a la boca.

—¡Mary, vaya a buscar inmediatamente a Danver! —dijo con calma Lady Molly—. Lo encontrará delante de la puerta. Y traiga consigo a un médico.

Mientras Lady Molly me hablaba. Lady Irene, con un grito de agonía, se desplomó en sus brazos.

Como era de esperar, el médico acudió demasiado tarde. La desgraciada mujer conocía evidentemente los venenos. Estaba resuelta a no fracasar; en caso de descubrirse su crimen, estaba dispuesta a hacerse justicia.

No creo que el público conociera nunca toda la verdad acerca de la mujer del gran sombrero. El interés por ella siguió el camino de todo lo demás, y acabó por caer en el olvido. Mi querida lady tenía toda la razón desde el comienzo del caso. Con una exactitud infalible, había puesto su delicado dedo en el motivo concreto y en el verdadero autor del crimen: una mujer ambiciosa que sólo se había casado por dinero y que pensó apoderarse de ese dinero incluso a costa del asesinato más ignominioso que ensombreció la crónica criminal del país.

Pregunté a Lady Molly cómo y qué le había hecho pensar en Lady Irene como presunta asesina. Pues nadie más había imaginado ni por un momento que pudiese ser la culpable.

—El gran sombrero —afirmó mi querida lady con una sonrisa—. Si la misteriosa mujer del café Mathis hubiese sido alta, las camareras no se habrían podido asombrar, ni una ni otra, ante las dimensiones anormales del sombrero en cuestión. La que lo llevaba tenía que ser bajita, motivo por el cual bajo su ancha ala solamente podía divisarse el mentón. Inmediatamente pensé en una mujer de baja estatura; pero nuestros compañeros no repararon en ello, porque son varones.

¡Ya ven lo sencillo que fue!

## EL CABALLO DEL INVISIBLE

---

William Hope Hodgson

---

Aquella tarde recibí una invitación de Carnacki. Cuando llegué a su casa me lo encontré sentado y solitario. Al penetrar en su habitación, se levantó con un gesto imperceptible de desentumecimiento y me tendió su mano izquierda. Parecía tañer la cara tremendamente contusionada y lastimada y llevaba la mano derecha vendada. Me estrechó la mano y me ofreció su periódico, que yo rechacé. Seguidamente, me entregó un puñado de fotografías y volvió a sumirse en su lectura.

¡Bueno! ¡Así era Carnacki! Ni él ni yo intercambiamos una sola palabra. Más tarde me lo contaría todo. De manera que pasé cerca de media hora mirando las fotos, en su mayoría meras instantáneas (algunas de ellas tomadas con flash), de una muchacha extraordinariamente encantadora; sin embargo, en algunas de las fotografías se notaba que a pesar de toda su hermosura, los rasgos de aquella mujer estaban alterados por una tal expresión de miedo y de estremecimiento que no era difícil pensar que la habían fotografiado en presencia de un peligro tan inminente como espantoso.

Todas las fotos habían sido tomadas en el interior de habitaciones distintas y en cada una de ellas podía verse a la muchacha retratada a distancia o de cerca, pero en ningún caso se la veía de cuerpo entero, sino que los clichés se dedicaban en mostrar especialmente un brazo o una mano, una parte de la cabeza o del vestido. Todas las fotografías habían sido tomadas, sin lugar a dudas, con la intención de retratar, no ya a la muchacha en cuestión, sino cuanto la rodeaba, todo lo cual no hizo más que avivar sobre manera mi propia curiosidad, como bien lo pueden imaginar ustedes.

Al llegar casi al final del montón de fotografías, me encontré sin embargo con algo realmente extraordinario: la foto de la muchacha, de pie bajo la viva luz del flash. Tenía el rostro un tanto vuelto hacia arriba, como si de pronto algún ruido la hubiese hecho estremecer. Directamente sobre su cabeza, como una cosa difuminada y salida de las sombras, percibíase la forma de un enorme casco de caballo.

Examiné aquella foto durante largo rato, pero sin lograr entenderla mucho más de lo que hubiese comprendido alguno de los asuntos tan extraños por los que solía interesarse Carnacki.

Cuando Jessop, Arkright y Taylor llegaron, Carnacki volvió a tender la mano hacia las fotografías que yo le había devuelto con la misma naturalidad, y seguidamente, nos fuimos todos a cenar. Después de una hora pasada con toda tranquilidad en la mesa, nos acomodamos en nuestras sillas alrededor de Carnacki y éste comenzó su relato.

—Acabo de regresar del Norte —empezó diciendo lenta y fatigosamente entre las bocanadas de humo de su pipa—. Estuve en casa de los Hisgins, en el East Lancashire. Un caso sumamente extraño, como no dudo que así lo considerarán ustedes cuando termine de contárselo, había ocurrido en aquel lugar. Antes de llegar allí, ya había oído ciertas cosas acerca de la «historia del caballo», como así la llamaban, pero no se me ocurrió pensar en ella durante el viaje. Tengo que reconocer que hasta entonces me había negado a tomar en serio esa historia, y ello pese a mi regla de tener siempre la mente abierta a cualquier idea por extravagante que sea. Ahora sé. ¡Qué extraños son los seres humanos!

»Últimamente —prosiguió Carnacki— recibí un telegrama pidiéndome una entrevista, que me hizo pensar que algo inquietante pasaba en aquella casa. El capitán Hisgins vino a verme en la fecha establecida de antemano y me contó un montón de hechos nuevos acerca de la historia del famoso caballo; de todas maneras, yo ya estaba al corriente de los aspectos principales y sabía que si el primogénito de aquella familia era una hembra, ésta había de ser acosada y obsesionada por el caballo durante su noviazgo.

»Como pueden ustedes ver, se trata de una historia extraordinariamente extraña y aunque ya había oído hablar de ella, nunca pensé que fuera otra cosa más que una antigua leyenda, como ya he insinuado. Deben saber que, durante siete generaciones, la familia Hisgins tuvo siempre como primogénitos a niños varones y que durante mucho tiempo los propios Hisgins consideraron lo del caballo poco más o menos como un mito.

»Volviendo al presente, la mayor de la familia, llamada a ostentar el título aristocrático de la misma, es una muchacha, que en muchas ocasiones ha tenido que enfrentarse con las bromas de sus amigos y sus familiares por ser la primera hembra primogénita desde hace siete generaciones y que debe apartarse de los varones o entrar en un convento si desea escapar el acoso del fantasmal caballo. Creo que esto les demostrará hasta qué extremo habíase extendido esa leyenda para poderla considerar como algo carente de seriedad. ¿No les parece?

»Hace dos meses Miss Hisgins contrajo esponsales con un joven oficial de la Armada, Beaumont, y la noche misma en que debían prometerse oficialmente y antes de que se anunciara el noviazgo, acontecieron unos hechos muy extraños a raíz de los cuales el capitán Hisgins decidió entrevistarse conmigo y pedirme que me trasladara a su mansión para investigar el asunto.

»En los archivos y los viejos documentos de la familia que me fueron confiados, encontré algunos que atestiguaban qué ciento cincuenta años antes habían sucedido en aquel lugar unos hechos tan extraordinaria y desagradablemente similares, como para darle al caso el aspecto más apasionante. Durante los dos siglos anteriores a aquella fecha remota, en el seno de la familia Hisgins habían nacido cinco

primogénitas en siete generaciones. Todas ellas habían sido criadas con los máximos cuidados, se habían prometido, y habían muerto durante su noviazgo de maneras distintas: dos por suicidio, una al caerse por una ventana, otra por «fallo al corazón» (cabe pensar que el fatal fallo cardíaco fue motivado por un shock originado por el espanto), y a la quinta la mataron una noche en el parque que rodea a la mansión; pero no se supo nunca concretamente cómo había ocurrido aquella muerte: lo único que pude averiguar es que parecía haber sido herida por la coza de un caballo. Cuando la encontraron ya estaba muerta.

»Como ya pueden ustedes comprender —prosiguió Carnacki— todas esas muertes, incluidos ambos suicidios, podían tener muy bien unas causas lógicas y naturales, pues me resisto a creer en los hechos y fenómenos sobrenaturales. Ahora bien, en cada uno de los casos es indudable que aquellas muchachas habían sufrido unas experiencias tan extraordinarias como aterradoras durante su noviazgo; ya que en todos los relatos que pide conocer se hablaba de una manera o de otra del relincho de un caballo invisible o del ruido de un fantasmal corcel al galope, así como de toda una serie de manifestaciones y circunstancias tan singulares como inexplicables. Así que ya se dan cuenta del intrincado asunto que me habían llamado a investigar.

»En uno de los relatos pude leer que el acoso a las muchachas era tan constante y espantoso que en dos ocasiones los novios no tuvieron más remedio que escapar, abandonando a sus infortunadas prometidas. Y fue este hecho el que me inclinó, más que cualquier otro, a pensar que en aquella mera serie de coincidencias se escondía alguna circunstancia que era necesario descubrir.

»A las pocas horas de estancia en la mansión, ya estaba al corriente de todos aquellos detalles del pasado. Acto seguido, traté de enterarme de los pormenores relativos a lo que había sucedido la noche en que miss Hisgins contrajo esponsales con Beaumont. Al parecer, los dos deambulaban por el vasto corredor de la planta baja de la casa, cuando comenzaba ya a cerrar la noche y antes de que encendieran las lámparas; de pronto, muy cerca de la pareja, se oyó un horrible relincho. Inmediatamente después, Beaumont recibió un tremendo golpe o una coza que le rompió el antebrazo; el resto de la familia y toda la servidumbre acudieron corriendo a ver lo que pasaba; encendieron todas las luces y registraron toda la casa de arriba abajo, pero sin encontrar nada digno de atención.

»Pueden figurarse el revuelo que se armó en toda la mansión y las conversaciones que aquella misteriosa y espantosa escena dio lugar: medio incrédulos y medio afirmativos o convencidos, todos evocaban la antigua leyenda. Después, unas horas más tarde, hacia la medianoche, el viejo capitán Hisgins fue despertado por el ruido de un caballo que galopaba alrededor del gran caserón.

»Tanto Beaumont como su novia afirmaron que habían oído varias veces después de aquella escena inicial el ruido de los cascos de un caballo, siempre a la puesta del

sol y en diferentes habitaciones y pasillos de la mansión familiar.

»La tercera noche, Beaumont fue despertado por un extraño relincho, que parecía salir de la parte donde se encontraba el dormitorio de su novia. Corrió hacia la habitación del padre y ambos se apresuraron en entrar en el cuarto de la muchacha. La encontraron despierta, aterrorizada, pues había oído el horrible relincho, muy cerca de su cama, según pudo manifestar.

»La noche anterior a mi llegada —continuó Carnacki— el misterioso fenómeno se había reproducido y todos los que allí vivían, como muy bien pueden ustedes imaginar, tenían los nervios destrozados por el espanto.

»Como ya he dicho, me pasé casi todo el primer día informándome de los hechos; después de la cena, en lugar de volver a estudiar los antiguos documentos, jugué al billar con Beaumont y miss Hisgins. Dejamos de jugar a eso de las diez de la noche, tomamos café y entonces pedí al joven oficial de marina que me contara con todo detalle lo que había sucedido la noche anterior.

»Miss Hisgins y yo —me costestó— nos encontrábamos sentados tranquilamente en el saloncito de su tía que, al tiempo que leía un libro, servía de carabina a mi novia. Estaba oscureciendo y había una lámpara encendida sobre la mesa junto a ella. El resto de la casa aún estaba a oscuras, pese a que la noche había cerrado antes que de costumbre.

»De repente —siguió contándome Beaumont— la muchacha exclamó: ¡Silencio! ¿Qué es ese ruido?

»Al parecer, la puerta del *hall* estaba abierta. Ambos jóvenes escucharon con atención, y, seguidamente, Beaumont oyó el ruido de un caballo delante de la puerta principal de la casa.

»Debe ser tu padre —sugirió el novio—, pero su prometida le recordó que su padre no había salido a caballo aquella tarde.

»Naturalmente, la joven pareja, como pueden ustedes figurarse quedó tremendamente impresionada, pero Beaumont hizo un esfuerzo y sobreponiéndose al pánico se dirigió al *hall* para ver si alguien había llegado a la casa. El *hall* estaba muy oscuro; al extremo del largo pasillo, pudo divisar los cristales de la puerta interior recortándose contra las tinieblas. Abrió la puerta y miró hacia la alameda, pero no vio nada insólito en los alrededores de la mansión.

»Nervioso y confuso, el joven oficial de marina salió de la casa y fue a echar un vistazo por los alrededores, por si acaso veía algún carruaje. Inmediatamente, la gran puerta del *hall* se cerró con estrépito a sus espaldas. Beaumont me confesó que entonces tuvo la impresión de haber sido atrapado, estas fueron sus palabras textuales. Se volvió y agarró el picaporte, pero algo o alguien parecía, sujetarlo fuertemente desde el interior del *hall*. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que ocurría en realidad, el picaporte se aflojó, pudo abrir la puerta y penetrar nuevamente



en la casa.

»Se detuvo unos segundos y trató de escrutar la oscuridad del *hall*, puesto que ya había recobrado por completo su presencia de ánimo como para saber si estaba realmente asustado o no. En aquel momento, sintió a su amada que le daba un beso en medio de la oscuridad del *hall* y entonces se dio cuenta de que la muchacha le había seguido desde el saloncito en el que se encontraban. Le devolvió el beso y anduvo por el largo pasillo, creyendo que iba junto a ella. De repente, tuvo la amarga sensación de que no era su novia quien le había besado; se dio cuenta de que algo intentaba tentarle y seducirle en medio de las tinieblas y que su novia no había abandonado el saloncito. Dio un salto hacia atrás en el preciso momento en que volvía a sentir un beso muy cerca de él. Entonces gritó con todas sus fuerzas:

»¡Mary, quédate en el salón! ¡No te muevas de él hasta que llegue!

»Oyó que su prometida le contestaba algo desde el saloncito y fue en aquel momento cuando tuvo la idea de encender unas cerillas para ver lo que significaba todo aquello. Pero en el *hall* no había nadie, aunque mientras ardían las cerillas, volvieron a oírse delante del caserón los cascos de un poderoso caballo lanzado a todo galope por la alameda desierta...

»Como ya les he dicho —continuó Carnacki entre las bocanadas de humo de su pipa— tanto miss Hisgins como su novio habían oído el galope del caballo; sin embargo, cuando traté de interrogarles no sólo a ellos, sino a todos los que se hallaban en la casa, me encontré con que la anciana tía no se había enterado de nada; en verdad era algo dura de oído y estaba sentada en uno de los rincones del saloncito. Como pueden ustedes figurarse, la joven pareja estaba muy nerviosa y presta a oír cualquier ruido por imaginario que fuese. Muy bien pudo ocurrir que la puerta del *hall* se abriera y se cerrase luego bajo la acción del viento; por lo que respecta al picaporte, el mismo portazo pudo haberlo encasquillado aunque sólo fuera durante unos segundos.

»Ahora bien, en lo que atañe a los besos y al estruendo del caballo al galope, manifesté al joven oficial que, razonando con la necesaria calma y frialdad, aquellos ruidos a lo mejor le hubiesen parecido bastante naturales. Como le dije, y él también debía saberlo, el ruido de un caballo al galope suele oírse, llevado por el aire, a muy largas distancias, lo cual significa que aquel sonido que había llegado hasta él podía no ser otra cosa que el de una bestia corriendo a lo lejos. En cuanto al beso o los besos, en medio del silencio, el ruido débil de una hoja de papel o de árbol al estremecerse suelen parecerse al sonido de un beso, sobre todo si uno se halla en unas condiciones de sobreexcitación nerviosa e imagina cosas.

»Acabé con mi pequeño sermón de sentido común, tendente a aplacar los nervios de la joven pareja, al tiempo en que apagábamos las luces y dejábamos la sala de billar. Pero ni miss Hisgins ni Beaumont quisieron admitir que hubiera, en cuanto a

los citados incidentes, cualquier atisbo de fantasía por su parte.

»Habíamos ya abandonado la sala de billar y deambulábamos por el pasillo, mientras yo seguía esforzándome por demostrar a la joven pareja que todos aquellos acontecimientos podían ser analizados con sentido común y naturalidad lo cual permitía desentrañarlos por muy extraños que fueran, cuando, ¡anda y fastíciate!, en la oscura sala de billar que acabábamos de dejar ¡se oyeron las pisadas de un caballo!

»Sentí yo mismo cómo se me ponía la carne de gallina y una extraña sensación corrió a lo largo de mi espina dorsal. Miss Hisgins se puso a toser como una niña que tiene la tosferina y de pronto echó a correr por el pasillo, soltando gritos entrecortados. Por su parte, Beaumont, dándose la vuelta retrocedió un par de yardas por el pasillo y yo con él, naturalmente.

»¡Ahí lo tiene! —exclamó con voz sorda y jadeante—. ¡Ahora, tal vez nos crea!

»Ciertamente, debe haber algo —murmuré, sin dejar de mirar hacia la puerta cerrada de la sala de billar.

»¡Silencio! —susurró Beaumont—. ¡Escuche! ¡Vuelve a oírse!

»Era un ruido semejante al que pudiera hacer un gran caballo andando lenta y deliberadamente por la sala de billar. Sentí un espantoso escalofrío y se me cortó la respiración... ¡Ya saben lo que uno puede sentir en tales casos! Luego me di cuenta de que habíamos andado sin saberlo hasta la salida del largo pasillo.

»Allí nos detuvimos, aguzando el oído: el ruido continuaba detrás de nosotros con una especie de horrenda y lenta intención, como si aquella bestia experimentara un malicioso placer en hollar el piso de la habitación que acabábamos de abandonar. ¿Comprenden lo que podía sentir en aquel instante?

»Después hubo una pausa y un largo silencio, turbado de pronto por el murmullo excitado de varias personas que se habían reunido en el vasto *hall* de la planta baja. El ruido de la gente subía claramente por el hueco de las escaleras; pensé que estaba reunida en torno a miss Hisgins y trataba de protegerla.

»Me figuro que Beaumont y yo debimos permanecer al final del pasillo durante unos cinco minutos, escuchando si algún ruido nos llegaba desde la sala de billar. Entonces me di cuenta de lo asustado que me encontraba y le dije:

»Voy a ver lo que pasa en esa habitación.

»Entonces, yo también voy —me contestó el joven marino—. Estaba muy pálido, pero era valiente. Le dije que me esperara un minuto mientras iba hasta mi habitación para coger mi cámara y el flash.

»Antes de salir de mi habitación, me metí el revólver en el bolsillo y armé mi mano izquierda con un puño americano, con el que estaba presto a pegar, pudiendo manejar sin estorbo mi flash, en caso de necesidad, y corrí hacia donde había dejado a Beaumont.

»El muchacho me hizo una seña con la mano para indicarme que también llevaba

su pistola; asentí con la cabeza, pero le dije en voz baja que no se apresurara a disparar, puesto que al fin y al cabo, era muy posible que tuviésemos que vérnoslas con algún bromista idiota. También había descolgado una de las lámparas que iluminaban el gran corredor del piso superior y la llevaba sujeta del gancho en el brazo lisiado, de modo que teníamos buena luz. Entonces, nos dirigimos hacia el pasillo que conducía a la sala de billar. Ya pueden figurarse lo nerviosos que debíamos estar Beaumont y yo.

»Durante todo aquel tiempo, no se había oído ningún ruido extraño, pero de repente, cuando nos hallábamos a un par de metros de la puerta, oímos el brusco y pesado pisoteo de unos cascos sobre el recio parquet de la sala de billar. A los pocos segundos, se me antojó que toda la estancia se estremecía bajo las tremendas pisadas de una bestia enorme que *venía hacia la puerta*.

»Beaumont y yo retrocedimos unos pasos, y haciendo de tripas corazón, como quien dice, esperamos a ver lo que pasaba. Las poderosas pisadas siguieron avanzando hacia la puerta, deteniéndose bruscamente; hubo un momento de silencio absoluto, durante el cual los latidos de mi corazón y de mis sienes casi me ensordecieron.

»Me atrevo a decir que esperamos allí más de medio minuto, hasta que pudimos escuchar de nuevo las pisadas de los enormes cascos. Inmediatamente después, el ruido se volvió más nítido frente a nosotros, como si un ente invisible atravesara la puerta cerrada y los pesados cascos estuvieran encima de nosotros. Los dos dimos un salto, arrojándonos a la pared del pasillo; confieso que me tiré al suelo allí mismo, contra la pared protectora... Beaumont había hecho otro tanto, tumbándose contra la pared opuesta. El *clungk, clungk, clungk, clungk* de los tremendos cascos pasó entre nuestros cuerpos y lentamente, con una implacable e intencionada potencia, siguió avanzando por el pasillo. Pude sentir las horribles pisadas a través de los fragorosos latidos de la sangre en mis oídos y en mis sienes, mientras todo mi cuerpo estaba tremendamente rígido y estirado, y jadeaba espantosamente. Así estuve un momento, con la cabeza vuelta hacia la salida del pasillo por si podía ver algo. Era consciente únicamente de que allí, en aquella casa, se cernía una horrorosa amenaza, que alguien corría un peligro espantoso.

»De pronto, recobré el valor. Sabía que el ruido de los cascos de la bestia acababan de resonar cerca del final del pasillo. Me incorporé rápidamente y enfocando mi cámara, disparé el flash de magnesio.

»A los pocos segundos, Beaumont, disparó su pistola hacia la salida del pasillo y se lanzó hacia adelante, gritando:

»¡Persigue a Mary! ¡Vamos, de prisa!

»Beaumont voló por el pasillo y yo tras él. Al llegar al descansillo principal pudimos escuchar el ruido de los cascos por las escaleras, y de pronto, nada; a partir

de aquel momento, el ruido de las pisadas desapareció por completo.

»Por debajo de nosotros, en el gran *hall*, varios criados, rodeaban a miss Hisgins que parecía haberse desvanecido, mientras que los demás estaban reunidos un poco más allá, mirando hacia el descansillo principal sin decir ni una palabra. En medio de las escaleras, el viejo capitán Hisgins, con su espada desenvainada en la mano, acababa de detenerse al oír las últimas pisadas. Creo que nunca he visto una escena tan hermosa como la del anciano, firme en su puesto entre su hija y aquella infernal aparición.

»Se figurarán sin duda la extraña sensación de horror que experimenté al pasar por la parte de las escaleras donde el ruido de los cascos acababa de cesar. Era como si el monstruo prosiguiera allí mismo, agazapado e invisible. Y lo más singular es que ya no oíamos pisada alguna de caballo, ni escaleras arriba ni escaleras abajo.

»Después de que hubieran llevado a miss Hisgins a su habitación, pedí permiso para entrar en la misma tan pronto como fuera posible. Cuando me anunciaron que podía hacerlo cuando quisiera, pedí al padre que me echara una mano para transportar mi caja de instrumentos dentro de la habitación de la muchacha. Mandé colocar la cama en medio de la habitación e instalé una estrella eléctrica de cinco puntas a su alrededor.

»Seguidamente, mandé situar las lámparas a todo lo largo de las paredes, para que en ningún caso la luz diera dentro del recinto formado por la cabalística estrella; además, nadie debía entrar o salir del citado recinto, salvo la madre de miss Hisgins a quien mandé que se quedara dentro de la estrella, mientras que su doncella tenía que sentarse en la parte exterior, presta a avisar inmediatamente en el caso de que la muchacha tuviese que hacerlo, evitando así que miss Hisgins saliera del interior del pentáculo. Sugerí asimismo al capitán Hisgins que permaneciera toda la noche en la habitación de su hija y que por si acaso, llevase un arma consigo.

»Al dejar la habitación, me encontré a Beaumont que me esperaba en la puerta, en un estado de tremenda ansiedad. Le dije lo que acababa de hacer y le expliqué que muy probablemente miss Hisgins estaría perfectamente segura dentro de aquella «protección»; sin embargo, y para mayor seguridad, además de la guardia montada por el padre de su novia en la misma habitación, yo mismo permanecería de vigilancia en la puerta. Sabiendo que en el estado en que se hallaba, no lograría conciliar el sueño, pedí al joven oficial de marina que se quedase conmigo, a lo cual accedió gustosamente. Por mi parte, me alegré de tener a un compañero de guardia y, además, deseaba que no se alejara de mi lado por cuanto no cabía duda de que también él corría en aquellos momentos un peligro tan grande como el de su novia. Esa era mi opinión y sigue siéndola, como lo verán más adelante.

»Le pregunté si no le importaba que trazara alrededor suyo una estrella de cinco puntas para protegerle a él también durante la noche; el muchacho aceptó, pero me di

cuenta que no era ni mucho menos supersticioso; tomó aquello como una tontería. Sin embargo, lo admitió con bastante seriedad cuando le expliqué algunos detalles acerca del asunto del Velo Negro, en el que murió el joven Aster. Ya recuerdan: afirmó que se trataba de una necia superstición, y quedó fuera de la figura cabalística. ¡Pobre diablo!

»La noche discurrió bastante tranquilamente, hasta que un poco antes del alba, Beaumont y yo oímos el ruido de un gran caballo que galopaba por los alrededores de la casa, tal como el capitán Hisgins nos lo había relatado. Pueden imaginar la extraña impresión que me causó aquel ruido; inmediatamente después oí que alguien se movía dentro de la habitación. Llamé a la puerta, pues estaba inquieto y el capitán salió. Le pregunté si todo estaba bien, me contestó afirmativamente y me preguntó a su vez si había oído un ruido de galope, con lo que comprendí que también él lo había oído. Entonces le sugerí que dejase la puerta de la habitación de su hija un poco entornada hasta que despuntara el alba y ver si realmente ocurría algo fuera de la casa. Así lo hizo y volvió a meterse en el dormitorio para estar cerca de su hija y su esposa.

»En este punto tengo que confesar que no estaba muy seguro de que la «defensa» que había montado en torno a miss Hisgins tuviera algún valor, puesto que lo que califico de «sonidos personales» de la manifestación eran tan extraordinariamente materiales, que me inclinaba a sentar un paralelo con el caso de Harford, en el que la mano del niño se encontraba materialmente dentro del pentáculo y acariciaba el suelo. Como recordarán ustedes, aquel fue un caso horrible.

»Sin embargo, por fortuna, aquella noche no pasó nada y tan pronto como se hizo de día totalmente, todos nos marchamos a dormir.

»Beaumont vino a llamarme a eso del mediodía; bajé al comedor y desayuné y almorcé a un tiempo. Miss Hisgins ya se hallaba allí y parecía estar de muy buen humor, dadas las circunstancias. Me dijo que gracias a mí se sentía casi segura por primera vez desde hacía muchos días. También me hizo saber que un primo suyo, Harry Parsket, iba a llegar de Londres y que sin duda nos ayudaría a luchar contra la espantosa aparición. Después del almuerzo, ella y Beaumont salieron a dar un paseo por el campo.

»Yo también me fui a tomar el aire y me di una vuelta por los alrededores de la mansión, pero no vi ninguna huella de cascos de caballo; me pasé el resto del día observando la casa y sus dependencias, pero sin encontrar nada interesante o que fuera susceptible de ponerme sobre alguna pista.

»Di por terminada mi investigación antes de que cayera la noche y subí a mi habitación para cambiarme de ropa. Cuando bajé, al salón, el primo de miss Hisgins acababa de llegar y me encontré con uno de los hombres más simpáticos que había conocido desde hacía largo tiempo. Era un muchacho muy valiente y pertenecía a esa

clase de hombres que me gusta tener al lado en un caso tan peliagudo como el que en aquellos momentos me ocupaba.

»He de confesar que lo que más desconcertó a Parsket fue nuestra creencia en la autenticidad del acoso a miss Hisgins por parte del espantoso animal invisible, hasta el punto que me hizo desear que algo sucediera para demostrarle cuán real era lo que afirmábamos. Afortunadamente, así sucedió.

»Beaumont y su novia habían salido a pasear antes del crepúsculo y el capitán Hisgins me había llamado a su despacho para conversar un rato, mientras Parsket subía las escaleras con sus bártulos, pues no llevaba ningún servidor consigo.

Durante mi larga conversación con el anciano capitán, le indiqué que a juicio mío la «aparición» no tenía ninguna conexión especial con la casa, sino únicamente con su propia hija y que cuanto antes se casara mejor, puesto que entonces Beaumont podría permanecer todo el tiempo junto a ella y que después de la boda, era muy probable que las manifestaciones cesaran por completo.

»EL anciano estuvo de acuerdo con ello, sobre todo con la primera parte de mis afirmaciones y me recordó que tres de las muchachas de las que se decía que habían sido acosadas por la aparición habían sido mandadas fuera de la mansión y habían muerto durante su estancia lejos de ella.

»Seguíamos conversando tranquilamente, cuando, bruscamente, el viejo mayordomo penetró en nuestra habitación, pálido y agitadísimo:

»¡Miss Mary, sir! ¡Miss Mary, sir! ¡Está gritando! ¡allí... en el parque, sir! ¡Dicen que oyen al caballo!

»EL capitán se lanzó hacia la panoplia de armas y descolgando su antigua espada salió precipitadamente de la casa, blandiendo furiosamente su arma, mientras yo, por mi parte, subía a toda prisa a mi habitación para coger mi cámara y mi flash y mi grueso revólver. Al pasar ante la puerta de Parsket pegué un grito: ¡El caballo! y salí corriendo hacia el parque.

»A cierta distancia, en medio de la oscuridad del parque, se oía un griterío confuso y a los pocos segundos se escucharon unos disparos entre los árboles. Seguidamente, de las sombras que había a mi izquierda, surgió bruscamente una especie de relincho infernal. Inmediatamente corrí hacia allí y disparé el flash; a la luz cegadora del magnesio, pude divisar las hojas del gran árbol mecidas por la brisa nocturna, pero no vi nada más y cuando las tinieblas volvieron a caer sobre mí, oí a Parsket que gritaba a corta distancia detrás de donde me encontraba preguntándome si había visto algo.

»A los pocos segundos, estaba a mi lado y me sentí más seguro en su compañía, pues cerca de nosotros sucedía algo muy extraño y espantoso y la luz resplandecedora del flash me había cegado por un momento.

»¿Qué sucede? ¿qué sucede? —repetía Parsket con gran excitación—, mientras

yo no apartaba mi mirada de la oscuridad del parque, y le contestaba maquinalmente:

»No lo sé, no lo sé.

»De pronto, oímos un grito delante de nosotros y luego un disparo. Nos lanzamos corriendo hacia la parte de donde llegaban los sonidos, ordenando a la gente que no disparara; el pánico y la oscuridad podían causar tremendas desgracias si se usaban las armas de fuego. En aquel momento vimos a dos guardamontes corriendo por el sendero del bosque con sus linternas y sus fusiles; al poco rato, una hilera de luces vino en nuestra dirección desde la casa, llevadas por algunos servidores.

»Al llegar los portadores de linternas, hachas y antorchas, me di cuenta que estábamos cerca de Beaumont, quien, inclinado sobre el cuerpo de miss Hisgins desvanecida, llevaba su revólver en la mano. Entonces me fijé en su rostro y vi que tenía una larga herida en la frente. El capitán se hallaba junto al muchacho, blandiendo su espada hacia la oscuridad del bosque; un poco más allá, vi al viejo mayordomo armado con un hacha de guerra que había cogido al pasar de la panoplia del gran *hall*. No obstante, por aquellos parajes no llegamos a ver nada de extraño o singular.

»Llevamos a miss Hisgins a su habitación donde la dejamos junto a su madre y a Beaumont, mientras un criado iba en busca del médico. Todos los demás, con cuatro guardamontes armados con fusiles y llevando linternas, nos dedicamos a investigar por todo el parque; pero sin resultado.

»Cuando regresamos, el médico ya había venido. Curó la herida de Beaumont, que afortunadamente no era muy profunda y ordenó que miss Hisgins se quedara en la cama. Subí las escaleras junto con el padre de la muchacha y nos encontramos a Beaumont montando la guardia a la puerta de la habitación de su prometida. Le pregunté cómo se sentía y acto seguido, tan pronto como la muchacha y su madre nos lo permitieron entré con el capitán en el dormitorio y volví a colocar la cabalística estrella de cinco puntas, o pentáculo, alrededor de la cama. Ya habían instalado las lámparas a lo largo de las paredes de la habitación. De modo que di las mismas órdenes de vigilancia que la noche anterior y salí para reunirme con Beaumont en la puerta del dormitorio.

»Mientras tanto, Parsket había subido a reunirse con nosotros y Beaumont nos contó lo que le había sucedido en el parque. Al parecer, su novia y él regresaban a la casa después de su paseo en dirección del pabellón de caza del Oeste. Ya había cerrado la noche cuando de pronto miss Hisgins se detuvo y dijo: «¡Silencio!». Los dos aguzaron el oído durante un rato, pero no oyeron nada extraño entre el rumor del bosque. Bruscamente, Beaumont sintió algo: el ruido de un caballo que galopaba a lo lejos; el estruendo de los cascos se acercaba más y más hacia donde se encontraban. El joven tranquilizó a su novia, diciéndole que no se asustara y que corriera hacia su casa, pero naturalmente la muchacha no se había equivocado. En menos de un

minuto, el ruido pareció echárseles encima en medio de la oscuridad del bosque y ambos echaron a correr, pero miss Hisgins tropezó en una raíz que afloraba del suelo y cayó, empezando a gritar.

»Esos fueron los gritos que el mayordomo había oído. Al arrodillarse para auxiliar a la muchacha, Beaumont tuvo la impresión que el espantoso animal corría derecho hacia él. Se incorporó rápidamente para proteger a su novia y fue entonces cuando disparó todas las balas de su revólver contra el lugar de donde venía el ruido. Nos aseguró que había visto algo que se parecía a una enorme cabeza de caballo directamente encima de él, al resplandor de los disparos. A los pocos segundos, recibió un golpe que dio con él en el suelo, un golpe tremendo, y fue entonces cuando llegaron gritando el padre de su novia y el mayordomo. Lo que sucedió luego, ya lo saben ustedes.

»Hacia las diez de la noche, el viejo mayordomo nos trajo unas bebidas y unos pasteles, cosa que le agradecí, por cuanto la noche anterior estuve desfallecido de hambre. Sin embargo, advertí a Beaumont que no tomara ningún alcohol y le dije asimismo que me dejara su pipa y sus cerillas.

»A medianoche, tracé en torno al joven oficial una estrella de cinco puntas mientras Parsket y yo nos sentábamos a ambos lados de él, pero fuera de la figura cabalística, puesto que no temía que pudiera producirse ninguna manifestación en contra de nadie, a no ser Beaumont o miss Hisgins.

»Finalizada aquella operación, nos quedamos los tres muy tranquilos. El pasillo donde nos encontrábamos estaba iluminado en cada uno de sus extremos por una gran lámpara, de manera que teníamos suficiente luz; los tres íbamos armados: Beaumont y yo con nuestros revólveres y Parsket con una buena escopeta. Además de mi revólver, yo llevaba mi cámara y mi flash.

»De vez en cuando, conversábamos en voz baja, y por dos veces el capitán Hisgins salió de la habitación de su hija para intercambiar unas palabras con nosotros. A eso de la una y media de la madrugada, todos estábamos muy callados, aguantando el sueño, cuando levanté la mano sin decir una palabra: fuera parecía sentirse un ruido de galope en la noche. Llamé inmediatamente a la puerta para que el capitán abriera y cuando apareció le dije en voz baja que me parecía haber oído el caballo. Escuchamos durante un rato; Parsket y el capitán también creían haberlo oído, pero ahora yo ya no estaba tan seguro, ni Beaumont tampoco.

»Sin embargo, unos minutos después, me pareció que volvía a oír las pisadas del espantoso animal. Le dije al capitán que era mejor que regresara a la habitación de su hija y dejara la puerta entornada. Así lo hizo. Pero a partir de aquel momento, ya no oímos nada y el alba volvió a despuntar sin novedad, marchándonos todos a dormir, que buena falta nos hacía.

»Cuando al mediodía bajé al comedor para el almuerzo, me llevé una pequeña



sorpresa, pues el capitán Hisgins me manifestó que habían celebrado un consejo de familia y decidido consultarme con miras a que la boda tuviera lugar lo antes posible. Beaumont ya había salido para Londres para solicitar un permiso especial y deseaban celebrar la boda al día siguiente.

»Esto me alegró porque a mi juicio era lo más acertado que podía hacerse en aquellas circunstancias tan extraordinarias, aunque por mi parte proseguiría mis investigaciones. De todas maneras, hasta que tuviera lugar el enlace, mi mayor deseo era que miss Hisgins continuase bajo mi vigilancia y protección.

»Después del almuerzo, se me ocurrió la idea de tomar algunas fotografías experimentales de miss Hisgins y de cuanto la rodeaba. Pues a veces la cámara suele percibir cosas que pueden parecerle muy extrañas a la vista normal de un ser humano.

»Con esa intención y en parte como excusa para tenerla a mi lado durante el mayor tiempo posible, rogué a miss Hisgins que se uniera a mis experimentos fotográficos. Aceptó de muy buena gana y así pasé varias horas con ella, recorriendo toda la casa, habitación tras habitación y pasillo tras pasillo, tomando fotografías allí donde mejor se me antojaba.

»Después de haber visitado de esa manera toda la antigua mansión, ya no nos quedaba más que las bodegas y los sótanos por recorrer. Entonces pregunté a la muchacha si se sentía con ánimos suficientes para bajar hasta allí. Dijo que estaba dispuesta a hacerlo y llamé al capitán Hisgins y a Parsket para que nos acompañaran hasta las oscuras bodegas para ayudarme a tomar las fotografías y también por si ocurría algo en medio de aquellas tinieblas.

»Cuando todo estuvo listo, nos dirigimos hacia la bodega del vino. El padre de la muchacha llevaba una escopeta y Parsket un panel de fondo especialmente preparado y una linterna. Una vez llegados, situé a miss Hisgins en el centro de la bodega mientras que su padre y Parsket colocaban y sujetaban el panel de fondo detrás de ella. Seguidamente, disparé mi flash y pasamos a la bodega contigua, donde repetimos el experimento.

»Así llegamos a la tercera bodega, un lugar tenebroso en extremo, algo extraordinario y espantoso de por sí. Acababa de colocar a la muchacha en el centro de aquel antro, con su padre y su primo sujetando el panel de fondo, como siempre. Cuando todos estuvimos listos y disparé el botón del flash, oímos allí mismo el espantoso relincho que ya habíamos escuchado entre los árboles del parque; aquel relincho aterrador parecía llegar de algún lugar por encima de la muchacha y en medio del relámpago de luz del flash la vi con la mirada clavada hacia arriba, hacia una cosa invisible; inmediatamente, grité al capitán y a Parsket que sacaran a miss Hisgins a la luz del día.

»Mientras los tres escapaban corriendo escaleras arriba, cerré apresuradamente con llave la puerta de la bodega, tras lo cual hice los signos Primero y Octavo del

Ritual Saaamaaa en cada montante de la puerta, reuniendo ambos signos con una triple raya sobre el travesaño.

»Mientras Parsket y el capitán se llevaban a la muchacha y la dejaban con su madre, pues la pobre estaba medio desfallecida, me quedé montando guardia delante de la puerta de la bodega, preso de una horrible impresión, por cuanto sabía que dentro de aquella bodega había algo tremendamente espantoso, pero al mismo tiempo me sentía casi avergonzado y más bien miserable, por haber expuesto a miss Hisgins a semejante peligro.

»Me había quedado con la escopeta del capitán mientras salían de la bodega. Cuando regresaron a mi lado, ambos venían armados con sendas escopetas y llevaban linternas. Huelga decir lo aliviado que me sentí de cuerpo y alma cuando volvieron junto a mí. ¿Imaginan ustedes lo que yo sentía, allí solo, ante la puerta de aquella infernal bodega?

»Recuerdo haber observado, en el momento de volver a abrir la puerta de la bodega, lo pálido que Parsket estaba y la tez grisácea del viejo capitán; supongo que mi rostro se parecería al de mis compañeros. Sin embargo, toda aquella escena tuvo un efecto muy distinto sobre mis nervios, pues parecía que aquella monstruosidad me había intimidado en gran manera, y confieso que sólo la pura fuerza de voluntad me llevó hasta aquella puerta y me hizo girar la llave.

»Tras unos segundos de vacilación, empujé nerviosamente la puerta, abriéndola de par en par, y proyecté la luz de mi linterna en el interior de la bodega; Parsket y el capitán entraron a su vez; con las tres linternas el lugar quedó iluminado por completo, pero lo encontramos completamente vacío... Naturalmente, no confié en aquella somera inspección y con la ayuda de mis dos compañeros, estuvimos varias horas metidos en aquella bodega, inspeccionando cada palmo cuadrado del piso, del techo y de las paredes.

»Sin embargo, al final no tuve más remedio que admitir que en aquel lugar todo parecía ser absolutamente normal. De modo que dimos por terminada nuestra inspección y dejamos la bodega, después de cerrar la puerta con llave y de volver a trazar en su parte exterior los signos Primero y Octavo del Ritual Saaamaaa, reunidos como antes con una triple raya. ¿Imaginan ustedes lo que pudo ser la inspección de aquella bodega?

»De manera que volvimos a subir las escaleras y una vez arriba, lo primero que hice fue preguntar cómo se encontraba miss Hisgins. La muchacha personalmente vino a decirme que se sentía muy bien y no tenía por qué preocuparme ni excusarme de haberla llevado hasta las bodegas.

»Tranquilizado por las palabras de la muchacha, fui a cambiarme para la cena y después de la misma, Parsket y yo nos encerramos en uno de los cuartos de baño para revelar los negativos que había tomado en compañía de miss Hisgins aquel mismo

día. Ninguna de las placas nos reveló nada interesante hasta que llegamos a la que habíamos impresionado en la bodega. Parsket estaba revelando los clichés mientras yo los examinaba después de fijados uno tras otro a la luz de la lámpara.

»Seguía atareado con el lote de clichés cuando Parsket soltó un grito; al llegar junto a él, lo hallé mirando un negativo a medio revelar a la luz de la lámpara roja. En dicho negativo se veía claramente a la muchacha, mirando hacia arriba como yo mismo había visto que lo hacía cuando había disparado el flash dentro de la tercera bodega, pero lo que me asombró fue la sombra de un casco enorme que aparecía directamente encima de su cabeza, como si se precipitase sobre la muchacha desde las sombras. Como ya saben, yo mismo la había expuesto voluntariamente, aunque sin saberlo, a aquel peligro y eso era lo que más me preocupaba.

»Tan pronto como acabamos el revelado del negativo, fijé la placa y estuve examinándola atentamente con buena luz. No cabía duda alguna: lo que aparecía sobre la cabeza de miss Hisgins era la sombra gigantesca de un casco de caballo. Sin embargo, distaba mucho de tener cualquier conocimiento definitivo de aquel fenómeno y lo único que pude hacer fue advertir a Parsket que no dijera nada acerca de aquello a la muchacha, ya que sólo conseguiríamos aumentar su espanto. No obstante, se lo comuniqué al padre, por considerar que éste debía estar enterado de aquel hecho tan singular.

»Aquella noche, tomamos para la seguridad de miss Hisgins las mismas precauciones que las dos noches anteriores y Parsket se quedó conmigo montando la guardia. Pero, una vez más, el alba clareó sin que sucediera nada nuevo y nos fuimos a descansar.

»Cuando bajé para el almuerzo, me comunicaron que Beaumont había mandado un telegrama en el que avisaba que esperaba regresar de Londres a eso de las cuatro de la tarde; me enteré también que habían mandado llamar al sacerdote. Como es natural, todas las mujeres de la casa estaban muy atareadas con los preparativos de la boda.

»EL tren en el que Beaumont viajaba tuvo algún retraso y el joven no llegó a la mansión de los Hisgins hasta las cinco; por su parte, el sacerdote tampoco había aparecido a esa hora, pues el mayordomo vino a decir que el cochero había regresado sin el señor cura, quien, al parecer, había tenido que salir inesperadamente para otro lugar. Volvieron a mandar el carruaje dos veces más, pero el sacerdote no había regresado aún a su casa y no hubo más remedio que retrasar el enlace hasta el día siguiente.

»Esa misma noche, volví a montar todo el tinglado «defensivo» alrededor de la cama de la muchacha, mientras sus padres permanecían junto a ella como las noches anteriores. Tal como era de esperar, Beaumont insistió en montar la guardia conmigo, pues parecía estar muy inquieto, no por sí mismo, sino, como era lógico, por su

novia. Me confió que tenía la horrible impresión de que aquella misma noche habría de producirse el atentado definitivo contra la muchacha.

»Yo le contesté naturalmente que aquella impresión no era otra cosa que su estado de nerviosismo, pero en realidad, esa intuición suya me causó una gran ansiedad, pues ya había presenciado demasiadas escenas en mi vida como para no saber que en tales circunstancias, una convicción premonitoria ante un peligro inminente no debe achacarse necesariamente a los nervios. Beaumont estaba tan sinceramente preocupado y convencido de que esa misma noche había de suceder algún hecho extraordinario, que mandé a Parsket que atara una larga cuerda al alambre que pendía de la campanilla del mayordomo, de manera que pudiésemos hacerla sonar desde el mismo pasillo en caso de urgencia.

»Además, ordené el mayordomo que se acostara vestido y que mandase seguir su ejemplo a otros dos criados. Si oía la campana, había de acudir en el acto con los dos criados y las linternas que habrían de quedar encendidas durante toda la noche. En caso de que no sonara la campana y que oyeran mi silbato, también debían correr hacia donde nos encontrábamos.

»Después de arreglar todos aquellos pequeños detalles, tracé nuevamente una estrella de cinco puntas alrededor de Beaumont, advirtiéndole que no se moviera de su interior, pasara lo que pasara. Cuando todo estuvo listo, no hubo más que esperar y pedir al cielo que aquella noche discurriera tan tranquilamente como las anteriores.

»Apenas si conversamos durante las primeras horas de la noche. A eso de la una de la madrugada, Parsket se levantó y se puso a pasear de un extremo a otro del pasillo para estirar un poco las piernas. Inmediatamente después, seguí su ejemplo y ambos estuvimos deambulando por el pasillo y conversando en voz baja durante más de una hora, hasta que, al darme la vuelta, me enredé el pie con la cuerda de la campana y di con mi cuerpo en el suelo, pero afortunadamente, sin hacerme daño ni armar demasiado ruido.

»Cuando volví a encontrarme de pie, Parsket me susurró:

»¿Se ha fijado en que la campana no se ha oído?

»¡Caramba! Tiene usted razón, no ha sonado.

»Espere usted un minuto —replicó Parsket—. Voy a comprobar si la cuerda se ha enganchado en algún lugar.

»Dejó su escopeta y se deslizó por el pasillo con su linterna de gavia, deambulando sigilosamente por la casa, armado con el revólver de Beaumont y presto a disparar. Parsket era un tipo valiente como bien lo demostró en aquel preciso momento y también más tarde.

»Fue entonces cuando Beaumont me hizo una señal, instándome a guardar el silencio más absoluto. Inmediatamente pude escuchar lo que él mismo acababa de oír: el ruido de un caballo al galope, fuera en la noche Me estremecí. El ruido pareció

extinguirse a lo lejos, dejando en el aire una horrible y desolada sensación de misterio sobrenatural. Entonces agarré la cuerda de la campana, creyendo que Parsket ya la había vuelto a poner en orden, y me quedé a la espera, mirando hacia delante y hacia atrás.

»Transcurrieron un par de minutos llenos del más expectante de los silencios, cuando, de repente, al extremo del pasillo iluminado resonó la pisada de un gran casco de caballo e instantáneamente la lámpara se vino abajo con un estrépito tremendo y nos quedamos a oscuras. Tiré de la cuerda y al mismo tiempo hice sonar mi silbato; seguidamente, me apresuré a colocar mi cámara y disparé el flash; el pasillo entero apareció bajo el resplandor del magnesio, pero allí no había nada, y las tinieblas volvieron a caer como un trueno. Oí al capitán a la puerta de la habitación de su hija y le grité que trajera una lámpara lo más rápidamente posible; pero en aquel mismo momento algo empujó la puerta y oí al capitán que blasfemaba en la habitación, en medio del griterío de las mujeres. Tuve bruscamente un miedo espantoso al imaginar que el monstruo había podido colocarse dentro de la habitación, pero en aquel preciso momento, desde el otro extremo del pasillo llegó hasta nosotros el odioso relincho que ya habíamos oído en el parque y en los sótanos de la casa. Volví a hacer sonar mi silbato y sacudí furiosamente la cuerda de la campana, gritando a Beaumont que no saliese del recinto del cabalístico pentáculo por lo que más quisiera. Llamé nuevamente al capitán pidiéndole que sacara una lámpara y en aquel instante se oyó un estruendo terrible contra la puerta. Saqué mis cerillas para hacer un poco de luz antes de que el increíble e invisible monstruo se nos echara encima.

»Acababa de encender mi primera cerilla, cuando bruscamente oí un ruido a mis espaldas. Me volví con una especie de terror salvaje y entonces pude percibir, a la luz vacilante y tenue de la cerilla, una monstruosa cabeza de caballo muy cerca de Beaumont.

»¡Cuidado, Beaumont! —grité—. ¡Está detrás de usted!

»Mi cerilla se apagó bruscamente e instantáneamente sonaron los disparos de la escopeta de dos cañones de Parsket (ambos a la vez), pues Beaumont había apretado ambos gatillos a un tiempo. Ensoberdecido por aquellos tiros disparados a quemarropa, pude percibir en medio del fogonazo y del humo un casco enorme descendiendo sobre Beaumont. En aquel mismo momento, disparé tres balas de mi revólver. Oí el ruido de un golpe sordo y el espantoso relincho volvió a estallar a mi lado; disparé de nuevo dos veces seguidas y fue cuando algo me asestó un golpe y caí de espaldas contra el piso. Volví a levantarme, pidiendo auxilio con todas mis fuerzas; mientras oía a las mujeres que gritaban detrás de la puerta de la habitación, me di cuenta que alguien derribaba la puerta desde el interior. Cerca de mí, Beaumont luchaba con un ser horrible en medio de la oscuridad; estúpidamente, me eché para atrás, paralizado

por el terror, pero al cabo de unos segundos, ciegamente y con una especie de sudor frío por toda mi carne, me lancé a prestarle auxilio, gritando su nombre. Puedo asegurarles que estaba casi a punto de vomitar del miedo que sentía. En medio de las tinieblas sonó un grito sordo y pegué un salto hacia donde parecía haber surgido: mis manos se agarraron a una oreja peluda y enorme, y en ese mismo instante recibí otro golpe que me arrancó un grito de dolor; devolví el golpe como pude, ciego y sin fuerzas y aferrado con ambas manos a aquella cosa increíble y asquerosa. De repente, sentí un terrible estruendo detrás de mí y hubo una explosión de luz. Por el pasillo acudían varios hombres con sus lámparas, gritando cómo demonios. Tenía las uñas torcidas por la furia con que me había agarrado a aquella bestia invisible; cerré los ojos estúpidamente y oí un aullido encima de mí y luego un hálito pesado, como el de un carnicero cortando la carne, y algo se me vino encima.

»EL capitán y el mayordomo me ayudaron a levantarme. Sobre el piso yacía una enorme cabeza de caballo de la cual salían un tronco humano y unas piernas; en cada mano el portador de aquella odiosa máscara llevaba sujetos unos cascos gigantes: ¡ése era el monstruo! El capitán cortó algo con su espada y arrancó la máscara, dejando aparecer el rostro del que la llevaba: ¡Era Parsket! Tenía una gran herida en la frente, producida por la espada que el capitán había asestado al supuesto monstruo y sus ojos alocados se clavaron en el anciano y luego en Beaumont, quien acababa de incorporarse y estaba apoyado en la pared opuesta del pasillo. Entonces volví a fijarme en Parsket; por fin exclamé:

»¡Caramba, qué faena la suya! —pero me sentí avergonzado por él y me calmé—. ¿Se da cuenta de lo que estaba usted haciendo?

»Parsket volvió a abrir los ojos. Como pueden imaginar, yo mismo estaba tan asustado como él. Cuando recobró sus sentidos, se quedó mirándonos a todos y empezó a recordar; en aquel mismo instante, sucedió un hecho tan extraño como increíble: al final del pasillo volvió a oírse bruscamente la pisada de un gran casco. Miré hacia allí e inmediatamente después hacia Parsket y entonces vi un espanto indecible reflejado en sus ojos y en todo su rostro; se volvió débilmente y se quedó paralizado de horror, mirando alocadamente hacia donde se acababan de oír las pisadas, y todos nosotros también, helados de espanto.

»Recuerdo vagamente los llantos y los gritos sordos que nos llegaban de la habitación de Miss Hisgins, mientras que ni yo ni los que me rodeaban podíamos reaccionar ante aquel fenómeno sobrenatural.

»Hubo un silencio y, nuevamente, volvió a oírse el estruendo de las pisadas del caballo hacia el final del pasillo, e inmediatamente, el clungk, clungk, clungk, clungk de los cascos que avanzaban hacia nosotros.

»Entonces, la mayoría de los que estábamos allí llegamos a pensar que aquello no podía ser sino el ruido de algún mecanismo montado por el propio Parsket y que aún

seguía en acción; un sentimiento extraño, mezcla de miedo y de duda, nos embargó a todos. Creo que todos mirábamos a Parsket. Bruscamente, el capitán gritó:

»¡Acaba ya con esa maldita locura! ¿Acaso no hiciste bastante daño ya?

»Por mi parte, me sentía más asustado que nunca, pues algo me decía que en aquel fenómeno había una maldad horrible. Fue entonces cuando Parsket consiguió gritar:

»¡No soy yo! ¡Por Dios, no soy yo! ¡Créame, por Dios, no soy yo!

»Como pueden figurar, todos pensaron en escapar ante aquella aterradora aparición que avanzaba por el pasillo. Hubo un pánico infernal y hasta el propio capitán Hisgins se echó para atrás con el mayordomo y los demás criados. Beaumont perdió totalmente el sentido, pues como me enteré más tarde había recibido un golpe terrible, mientras yo mismo me aplastaba literalmente contra la pared, vacilante sobre mis piernas y demasiado entumecido y alelado para echar a correr. Casi en aquel mismo segundo, los pesados cascos sonaron muy cerca de mí; parecía como si el piso se hundiera a su paso. De repente, el estruendo cesó y me di cuenta con una especie de angustia de que aquello se había detenido enfrente de la puerta del dormitorio de la muchacha. Luego vi que Parsket estaba de pie, vacilante y con los brazos extendidos sobre la puerta, como si quisiera cerrar el paso con su cuerpo. Estaba terriblemente pálido y la sangre que manaba de la herida de su frente le chorreaba por todo el rostro; parecía mirar algo en el pasillo con unos ojos increíblemente fijos y desesperadamente imperiosos. Pero allí no había realmente nada que ver. De nuevo, el clungk, clungk se dejó oír hasta alejarse por el pasillo. En aquel preciso momento, Parsket se desplomó y dio con la frente en la puerta.

»La gente seguía corriendo atropelladamente por el pasillo, detrás del mayordomo y los criados portadores de linternas, mientras que el anciano capitán se había quedado apoyado contra una de las paredes, con su farol levantado por encima de su cabeza. Las lentas pisadas del caballo pasaron junto a él, dejándolo sano y salvo y pude escuchar cómo los monstruosos cascos seguían alejándose más y más a través de la casa; luego, se hizo un silencio mortal.

»EL capitán acudió hacia nosotros, con paso lento y vacilante; tenía el rostro ceniciento.

»Me deslicé hacia Parsket, ayudado por el capitán. Lo volvimos y entonces me di cuenta de que estaba muerto. ¡Imaginen ustedes lo que pude sentir en ese momento!

»Me quedé mirando al capitán, quien exclamó de pronto:

»¡Este!... ¡Ese!... ¡Este hombre! —y adivinó que me quería decir que Parsket había tratado de interponerse entre su hija y lo que fuera que acababa de pasar por el corredor.

»Traté de sujetar al anciano para que no cayera, aunque yo mismo no me sentía muy firme. Pero de pronto su rostro se animó y arrodillándose junto al cuerpo de

Parsket, se puso a llorar como un niño. Las mujeres salieron de la habitación y lo dejó con ellas mientras me acercaba a Beaumont.

»Esa es prácticamente toda la historia —dijo Carnacki— y lo único que me queda es tratar de aclarar ahora mismo algunos de los puntos del enigma.

»Sin duda se dieron ustedes cuenta de que Parsket estaba enamorado de Miss Hisgins y ese hecho es la clave de ese caso tan extraordinario. Él fue el responsable de buena parte del famoso «acoso» del caballo; en realidad, creo que de la totalidad, pero no puedo probarlo y todo cuanto voy a decirles principalmente es resultado de mis deducciones.

»En primer lugar, está claro que la intención de Parsket era la de asustar a Beaumont para apartarlo de Miss Hisgins, pero al percatarse que no lo conseguiría, creo que sintió una desesperación tal que trató realmente de matarlo. Odio decir eso, pero los mismos hechos me inclinan a pensarlo.

»Estoy completamente seguro de que fue Parsket quien le fracturó el brazo a Beaumont. Conocía todos los detalles de la llamada «Leyenda del Caballo» y se le ocurrió aprovechar esa idea para sus fines personales. Naturalmente, conocía la manera de entrar y salir de la antigua mansión de los Hisgins sin ser visto; es muy probable que lo hiciera por una de las numerosas ventanas francesas del edificio o que tuviera, sencillamente, la llave de una de las puertas del jardín; de forma que cuando le creían en Londres u otro lugar alejado, Parsket no hacía sino marcharse tranquilamente a un lugar poco apartado en el que se escondía.

»En cuanto al incidente del beso en la oscuridad del *hall*, muy bien podemos achacárselo al nerviosismo imaginario de Beaumont y de Miss Hisgins; sin embargo, reconozco que el ruido del caballo galopando delante de la puerta de la casa es un poco más difícil de explicar. Pero sigo inclinándome hacia mi primera idea al respecto, según la cual no hay nada de verdaderamente sobrenatural en ese fenómeno.

»Las pisadas de los cascos en la sala de billar y en el pasillo, las producía el mismo Parsket desde el piso inferior al golpear el techo entarimado con un bloque de madera sujeto a uno de los ganchos de las ventanas. Esto puede comprobarlo al proceder a un examen del techo donde se percibían las abolladuras provocadas por el bloque de madera.

»Es muy posible que el ruido del caballo galopando alrededor de la mansión también lo hiciera Parsket, al dejar un caballo suelto por el bosque cercano, a no ser, naturalmente, que se las arreglará para simular aquel ruido con sus propios medios; pero dudo que pudiera correr con la debida velocidad como para crear esa ilusión de galope. En cualquier caso, no tengo ninguna certidumbre a este respecto. Como ya recordarán, no conseguí encontrar ninguna huella de los cascos.

»En lo que atañe al relincho en el parque, se trataba de una manifestación del arte de ventrílocuo que Parsket dominaba a la perfección, y fue él también quien agredió a



Beaumont en medio del parque aquella noche, pues cuando yo mismo le creía en su dormitorio, el taimado primo debía estar escondido en el oscuro bosque, acechando a su víctima, y no tuvo más que acudir hacia mí cuando yo salí precipitadamente de la casa. Eso sería lo más probable. Sigo pensando que Parsket era culpable de todo aquello; de haber sido más razonable se habría dado cuenta de que sus artimañas no le servían para nada y habría renunciado a sus locuras. No alcanzo a imaginar cómo escapó a las balas disparadas contra él por Beaumont tanto en el parque como en el pasillo durante la última y tremenda escena que acabo de contarles. Desde luego, era un hombre que no conocía el miedo y extraordinariamente atrevido.

»Durante todo el tiempo en que Parsket estuvo con nosotros en el pasillo y cuando nos pareció oír al caballo galopando alrededor de la casa, debíamos estar equivocados, pues ninguno estaba muy seguro, salvo, naturalmente, Parsket, quien no tenía otro remedio que alentarnos en aquella creencia que tanto favorecía sus malos designios.

»También existe el relincho que oímos dentro de la bodega, y aquí es donde considero que Parsket llegó a sospechar por primera vez que en todo aquello había algo más en acción que su propia maquinación relacionada con el fingido acoso a Miss Hisgins y su novio. Es evidente que el mismo Parsket lanzó el relincho al igual que lo hizo en el parque; pero al recordar lo macabro que parecía su semblante después de escuchar el grito bestial, estoy seguro que aquel sonido debía tener alguna característica infernal que Parsket no conocía y que le asustó, pues él mismo se percató de que era de lo más fantástico. Además, no puedo olvidar que el efecto causado por aquel grito demoníaco sobre Miss Hisgins tuvo que hacerle sentirse muy desgraciado.

»Nos queda por explicar el problema del sacerdote, quien, al parecer, había sido llamado fuera de su casa cuando mandaron el carruaje a buscarlo para celebrar la boda. Bien, pues después supe que se trataba de un mensaje falso, o mejor dicho de una falsa llamada y que Parsket estaba metido en aquel asunto, con vistas a disponer de unas horas más para conseguir totalmente sus fines, los cuales, con un poco de imaginación, no dejan de ser muy claros. Pero se encontró con que Beaumont no se dejaba amilanar. Ya saben que odio pronunciar estas palabras, pero no tengo más remedio y está claro que Parsket estaba fuera de sus casillas: ¡el amor es una enfermedad extraña!

»Prosigamos: no cabe la menor duda que la última noche, cuando los tres montábamos la guardia en el pasillo ante la puerta de la habitación de Miss Hisgins, fue Parsket quien dejó la cuerda de la campana del mayordomo enganchada en algún sitio, para así tener una excusa y escapar de nuestro lado, lo cual le permitió asimismo derribar una de las lámparas. Luego, solamente tuvo que romper la otra para dejar el pasillo totalmente a oscuras y agredir nuevamente a Beaumont.

»También fue Parsket quien cerró la puerta de la habitación de la muchacha y se guardó la llave (pues la encontramos en uno de sus bolsillos). Eso impidió que el capitán saliese de allí con la luz, como yo mismo se lo pedí para que acudiera en nuestro auxilio. Pero el anciano derribó la puerta con ayuda de un pesado morillo sacado del hogar de la chimenea y ése fue el estruendo que tan espantosamente sonó en medio de la oscuridad del pasillo.

»En cuanto a la foto que mostraba el monstruoso casco sobre la cabeza de Miss Hisgins en la bodega, es una de las cosas sobre las que estoy menos seguro. Es muy posible que Parsket trancara aquel negativo mientras yo estaba fuera del cuarto de baño donde se efectuaba el revelado de las placas, cosa que no deja de ser bastante fácil cuando se conoce el método. Sin embargo, no parecía ni mucho menos que se tratara de algún hábil trucaje; digamos que tanto podía serlo como no serlo; puesto que no dispongo de los elementos de juicio suficientes como para aseverar que se trataba de una foto trucada, prefiero no pronunciarme ni en pro ni en contra. De todas maneras, esa foto es horrorosa.

»Y ahora llegamos al hecho más terrible, al final de toda esa pesadilla. Como quiera que posteriormente no se produjeron otras manifestaciones anormales, no puedo por menos que llegar a unas conclusiones extraordinariamente inseguras. Si no hubiésemos escuchado aquellos últimos ruidos y Parsket no hubiese expresado aquella tremenda sensación de espanto, todo el caso quedaría explicado del modo que acabo de hacerlo. En realidad, tal como dije hace un rato, opino que casi todos los fenómenos se prestan a un esclarecimiento normal, pero confieso que no consigo explicarme yo mismo los últimos ruidos que escuchamos por el pasillo y luego por toda la casa ni el pavoroso espanto de Parsket ante aquella postrera manifestación del fatídico caballo.

»Su muerte, por lo demás, no nos aportó ninguna luz. Según parece, murió a consecuencia de un espasmo cardíaco, cosa que me parece bastante natural en aquellas circunstancias; sin embargo, ello nos deja totalmente a oscuras en cuanto a saber si perdió la vida o no por haberse interpuesto entre la muchacha que amaba y algún ser tan monstruoso como invisible.

»EL rostro de Parsket y las cosas que gritó al oír las pisadas de los enormes cascos avanzando por el pasillo, parecen señalar que en ese momento tuvo ante sí la brusca realización, la encarnación si podemos decirlo, de lo que anteriormente no pudo ser más que una horrible sospecha, me refiero al relincho oído en la última bodega. Y su pavor y su conciencia del tremendo peligro que se iba acercando tuvieron que ser mucho más acusados que cuanto yo mismo podía experimentar. Y luego ¡cómo se comportó en defensa de su amada!

—Bueno, pero ¿cuál fue la causa concreta? ¿Quién o qué cosa se hallaba en la base de toda esa historia —pregunté.

Carnacki se limitó a mover la cabeza:

—Sólo Dios lo sabe —contestó con una peculiar y sincera reverencia—. Se trata de una de esas cosas que parecen tener una explicación razonable, pero que resultaría absolutamente mala. Sin embargo, he pensado, aunque ello requiere una larga conferencia sobre el Pensamiento por Inducción, exponerles a todos ustedes mis razones, para demostrar de qué manera Parsket consiguió provocar lo que pudiéramos llamar como una especie de «aparición inducida», una especie de simulación inducida de sus concepciones mentales, debida a sus desesperadas cavilaciones. Pero es imposible aclararlo en pocas palabras.

—Pero, ¿y la vieja leyenda? —volví a preguntar—. ¿Acaso no encerraba algo?

—Es muy posible que sí —replicó Carnacki—, pero no creo que tuviera que ver nada con el caso. Aún no he meditado lo suficiente acerca de mi teoría, pero más tarde estaré en condiciones de exponerles a ustedes mis ideas al respecto.

—¿Y la boda? ¿Y la bodega? Por fin se encontró algo en ella? —preguntó Taylor.

—La boda se celebró aquel mismo día a pesar de la tragedia —aclaró Carnacki—. Era lo mejor que podía hacerse teniendo en cuenta esas cosas que aún no puedo explicar. En cuanto a la bodega, levantaron el piso de la misma por cuanto yo tenía la impresión de que allí podría encontrar algo que me diera un poco de luz, pero tampoco encontramos nada.

»Ya lo ven: todo ese asunto es tan extraordinario como espantoso. Nunca olvidaré el rostro de Parsket antes de morir ni el sonido pavoroso de los enormes cascos alejándose por la casa silenciosa en medio de la oscuridad.

Carnacki se levantó:

—¡Y ahora, todos a la calle! —exclamó con tono amistoso, utilizando la consabida fórmula.

Todos salimos inmediatamente, y tras un paseo por las orillas del Támesis, nos fuimos a casa.

## JUEGO EN LAS TINIEBLAS

---

Ernest Bramah

---

—No deja de ser curioso, sir —manifestó el inspector Beedel al mirar a Mr. Carrados con aquel reflexivo respeto que siempre había demostrado hacia el ciego detective-amateur—, no deja de ser curioso que, por poco que usted se lo proponga y se tome la molestia de investigar, son pocas, al parecer, las cosas que suceden en el extranjero y que no dejen alguna huella aquí mismo, en Londres.

—Siempre y cuando tenga la suerte de investigar en el buen lugar —agregó Carrados.

—Claro —asintió el inspector—. Pero en el noventa por ciento de los casos no se saca nada porque a uno no le corresponde mirar en ese lugar o porque el asunto debe abordarse y concluirse por el otro extremo. No me refiero a los asesinatos o a los simples desvalijamientos, naturalmente, sino a los verdaderos delitos de primera clase —subrayó el inspector con un tono de modesto orgullo profesional que contrastaba con su tranquila manera de ser.

—¿La Finca Antonio, los Bonos de Renta al cinco por ciento? —sugirió Carrados.

—Eso mismo, Mr. Carrados; eso mismo, tiene usted razón —afirmó Beedel moviendo la cabeza tristemente, como si en aquel momento alguien estuviese mirándolo—. Un individuo ocupa un puesto en el Servicio de Información del Agente General del Ecuador Británico y resulta que en Méjico se descubren cincuenta mil libras de valores camuflados. Luego tenemos esa joya, esa cruz gamada de jade empeñada por unos chelines en casa de Basin y el uso que pudo hacerse de esa joya en el proceso del «asesinato ritual» de Kharkov.

—El misterio del anésico de West Hampstead y la conspiración de la bomba de Baripur, que hubiera podido sofocarse si alguien hubiese sabido.

—Muy cierto, sir. ¿Y qué me dice de los tres hijos del millonario de Chicago, Cyrus V. Bunting, si mal no recuerdo, raptados en pleno día delante del New York Lyric; y aquí mismo, en Londres, tres semanas más tarde, la muchacha muda que escribía con tiza en la pared de la estación de Charing Cross? Recuerdo haber leído en un artículo financiero que cada moneda de oro extranjera llevaba un hilo atado antes de salir para Threadneedle Street. Claro, se trata de una manera de hablar, pero bastante acertada, no cabe duda. En resumen, sir, en mi opinión cualquier delito importante que se comete en el extranjero, siempre deja algunas huellas dactilares en Londres, a condición, naturalmente, de que uno sepa mirar en el lugar adecuado, como dice usted muy bien.

—Y en el momento adecuado —agregó Carrados—. El tiempo suele ser a menudo el presente; el lugar, el que uno tiene delante de sus narices. Sin embargo, basta con dar un paso para que la oportunidad se pierda para siempre.

El inspector asintió con la cabeza y pronunció algunos monosílabos en señal de conformidad con lo que su interlocutor acababa de afirmar. Pues el más prosaico de los hombres no deja de manifestar algún atisbo de vanidad con tal de que su profesión sea considerada románticamente cuando no está empeñado en una labor importante.

—Tal vez no se pierda la oportunidad para siempre en un casco sobre mil — corrigió el ciego con tono meditativo—. El duelo constante entre la Ley y el Criminal siempre se me ha antojado como una especie de juego de cricket, inspector. La Ley está en el campo y el criminal en su puesto con el bate. Si la Ley incurre en falta, el criminal marca un punto y disfruta de un respiro, que a lo mejor le permite seguir viviendo. Pero si por el contrario, es el criminal quien yerra, entonces está perdido, pues sus errores le resultan siempre fatales, mientras que los de la Ley suelen ser temporales y corregibles.

—Muy bien dicho, sir —afirmó el inspector Beedel al levantarse de su silla para despedirse, pues la entrevista tenía lugar en el despacho del mismo Carrados, en su casa de Richmond, denominada The Turrets—; es muy acertada su imagen y no se me olvidará, se lo aseguro. Bien, sir, solamente me queda por desear que *ese* Guido el Navajero cometa alguna falta en relación con *nosotros*.

El demostrativo «ése», delicadamente subrayado por el inspector Beedel, expresaba su instintivo desprecio hacia el mencionado Guido, un individuo muy hábil a quien no había que subestimar en atención a su triste fama. Por eso mismo, el inspector se había valido de su amistad con Carrados para estudiar el asunto. Guido el Navajero era un extranjero; peor aún, un italiano, y si Beedel hubiese tenido que contar con sus propios recursos, hubiera debido oponer a la sinuosa flexibilidad de su adversario sus métodos tan rígidos y de corte puramente británico, aquellos métodos tan pesados y convencionales, que asombran al observador imparcial, aunque, la verdad sea dicha, a menudo resultan tan extraña e inexplicablemente coronados por el éxito.

El delito, que indirectamente había llevado al Navajero y a «destino» a enfrentarse con Scotland Yard, perfilaba ese tipo de historias que suelen sugerir con suma discreción los periodistas dedicados a recoger los ecos de sociedad y que el lector perspicaz, y cortés, no se traga nunca; o sea esos sucesos que al cabo de una generación aparecen indiscretamente desvelados con todos sus detalles en las ineludibles memorias de algún príncipe. Todo el asunto giraba en torno a una boda real en Viena, en el que andaba metida una muy celosa «condesa X» (aquí tenemos la discreción del periodista), y un par de documentos relacionados con dicho casamiento (el aristocrático biógrafo daría a conocer en sus memorias todas las contingencias

ligadas con esos misteriosos papeles) y que estaban destinados a frustrar y arruinar el inminente enlace matrimonial de los príncipes en cuestión. Para procurarse aquellos documentos, la condesa se había confabulado con el tal Guido, un miserable con toda seguridad, pero al parecer merecedor de su confianza. Hasta cierto punto, o sea, la sustracción de los documentos, todo había salido bien; pero la policía andaba pisando los talones del individuo contratado por la condesa para aquella faena. Y la desventaja que tiene el emplear a un canalla para cometer una canallada es que por muy legítimos que fueran los derechos de la condesa sobre aquellos documentos, su cómplice no tenía ningún derecho a disfrutar de la libertad. Ya que sobre él pesaban media docena de cargos criminales y podían detenerlo en varias capitales de Europa con tal de que la policía lo viera. El tal Guido escapó de Viena con el Nordbahn, o tren del Norte, pero dado que el destino del tren era conocido, se las ingenió para detener el expreso en las inmediaciones de Czaslau y escapar hacia Chrudin. Mientras tanto, en muchos lugares altamente interesados en el asunto, se tomaron las medidas pertinentes; la diplomacia se sumó a la justicia y la historia de Guido se convirtió inmediatamente en la de un zorro perseguido por los cazadores de madrigüera, sin poder detenerse en ninguna de ellas. Desde Pardubitz escapó a Glatz, logró alcanzar Breslau y desde allí, bajó siguiendo el río Oder hasta encontrarse en Stetin. Además de los adelantos generosos de quienes lo empleaban, Guido contaba con importantes fondos para seguir adelante y reunirse con sus cómplices cuando la ocasión se presentara. Al cabo de una semana de acoso, se encontraba en Copenhague, pero sin tiempo que perder, y allí también le fallaron las cosas. Entonces se fue a Malmoe con el ferry, cogió el tren de la noche para Estocolmo y al día siguiente por la mañana se subió en un barco que zarpaba hacia Reval con la intención, una vez allí, de regresar al centro de Europa por los caminos menos transitados. Sin embargo, una vez más la suerte dejó de sonreírle y al recibir el aviso a tiempo por parte de la misteriosa agencia que hasta allí le venía protegiendo, se las arregló para abandonar el vapor y subir en una barca en medio de las islas hasta alcanzar Helsinki. Al cabo de cuarenta y ocho horas ya estaba de regreso a Frihaven donde momentáneamente la persecución policíaca amainó y pudo respirar un poco.

Para valorar la significación exacta de aquel vagabundeo es preciso recordar las circunstancias. Guido no corría en zigzag por Europa en busca de lo pintoresco o movido por algún interés melodramático, sino que cada uno de sus pasos era vital, cada tangente o desvío era consecuencia del acoso constante que frustraba sus planes. Llevaba en sus bolsillos los documentos por los que había asumido tantos riesgos. La retribución prometida era lo suficientemente fuerte como para enfrentarse con todos los peligros; pero para consumar la transacción era indispensable que el botín llegara a manos de quienes le habían contratado, en este caso la condesa. Esta anduvo a través de media Europa, esperando, con toda la paciencia de que era capaz, pero

también a ella la seguían cada paso, siempre bajo la vigilancia de la policía. La condesa X ostentaba un rango demasiado alto como para no estar inmunizada contra los métodos arbitrarios de los servicios secretos de su país, pero no había quien pudiese acercársele. Para Guido, el problema consistía en conseguir un respiro y una libertad de movimientos que le permitiera comunicarse con la condesa, mientras que para ella se planteaba el llegar hasta su cómplice o mandar hacia él a una persona de confianza. En aquella situación, toda la intriga corría el riesgo de desmoronarse por la sencilla razón de que el tiempo transcurría mientras Guido el Navajero escapaba de un lugar a otro a la persecución de la policía y los agentes de las potencias interesadas en su captura.

Se perdió la pista del malhechor después de Hutola —según aclaró el inspector Beedel al contarle el caso a Max Carrados—. Tres días más tarde, se encontraron que Guido había vuelto a Copenhague, pero ya había volado de la capital danesa. Ahora mismo, se habían perdido todas las huellas, a excepción de la inferencia de esos «azahares» que aparecen de vez en cuando en las columnas de anuncios personales del *The Times*. Pero la condesa salió apresuradamente hacia París, y Lafayard, nuestro colega, cree que todos los hilos de la maquinación conducen a Londres.

—¿En tal caso —manifestó el ciego detective— el Foreign Office debe ansiar que aquí se ocupen del caso?

—Así lo espero, sir —asintió Beedel— pero las instrucciones que tengo no proceden de ese departamento. Lo que a *nosotros* nos interesa es la gloria que pueda granjearnos el nuevo caso, pues en Scotland Yard siguen todavía bastante doloridos con el caso de Hans el Gaitero.

—Me lo figuro —admitió Carrados—. Bien, estudiaré el caso para ver lo que puede hacerse si se me depara una verdadera oportunidad. Déjeme instruirme de todos los detalles y si por su parte vislumbra alguna posibilidad, venga usted a verme cuando le parezca bien. ¿Estamos a miércoles ¿no es así? En cualquier caso, nos veremos el viernes por la noche.

Sin pecar de rigorista, el ciego detective solía ser puntual en sus citas. Hay personas que sostienen que es obligatorio cumplir con un compromiso a toda costa; hasta el extremo de no contestar a un parte de defunción por cumplir con la promesa dada a un mendigo. Pero Carrados solía pisar un terreno más firme.

—Mi palabra —como le gustaba decir—, está sujeta a las contingencias de la vida, al igual que todo lo que me rodea. Si hago una promesa, siempre está condicionada a que no surja algún hecho más importante que me impida cumplir con ella. Esto lo comprende cualquier persona de buen sentido.

Y en esta ocasión, fue lo que sucedió.

El viernes por la noche, justo antes de la cena, Carrados fue llamado al teléfono para un asunto estrictamente personal. Su secretario, Greatorex, acababa de recoger la

llamada, pero entró en el despacho de su jefe diciendo que el que llamaba se había limitado a dar su nombre: Brebner. Carrados no conocía dicho nombre, pero como estaba acostumbrado a aquellas cosas, contestó al teléfono.

—Diga, Max Carrados al habla. ¿Qué se le ofrece, señor?

—¡Ah!, ¿es usted mismo, señor Carrados? Míster Brickwell me ha encargado que le llamara personalmente.

—Pues aquí me tiene. ¿Brickwell? ¿Acaso pertenece usted al British Museum?

—Precisamente. Soy Brebner, del Departamento de Arte Caldeo. En estos momentos reina una tremenda confusión en nuestro Museo. Acabamos de descubrir que alguien consiguió introducirse en la segunda Sala Griega y han desvalijado algunas vitrinas. Se trata de un robo misterioso.

—¿Qué han encontrado a faltar? —preguntó Carrados.

—Por de pronto, solamente podemos afirmar que han desaparecido seis colecciones de monedas griegas, como unas cien a ciento veinte piezas más o menos.

—¿Importantes?

En la línea se escuchó una especie de dramático plañido:

—¡Ya lo creo! Puedo asegurarle que se trata de un robo muy importante. El ladrón conoce muy bien el asunto: han desaparecido los más hermosos especímenes del mejor período; monedas de Siracusa, Mesina, Creta, Amfípolis, Eumens, Evainetos, Kimons... lo principal ha sido sustraído.

Carrados dejó escapar un gruñido: en todo ello no había un solo ejemplar que no hubiera palpado con toda su pasión de coleccionista.

—¿Qué han decidido? —preguntó.

—Mr. Brickwell ha estado en Scotland Yard, pero siguiendo sus instrucciones, no daremos a conocer el robo; como siempre, esperaremos. No queremos que se sepa ni una sola palabra de este asunto sin que usted nos dé su opinión.

—Eso está muy bien.

—Esa es la razón por la cual quise hablarle personalmente. Vamos a avisar a los principales comerciantes y coleccionistas a los que es muy posible que ofrezcan todo el botín o algunas de las monedas antiguas, en el caso de que no logremos recuperarlas antes. A juzgar por la pericia del ladrón o los ladrones en escoger las piezas más valiosas, no pensamos que se corra el riesgo de que todo el lote sea vendido a un prestamista o un negociante en metales preciosos, por lo cual opinamos que se corre poco peligro al no anunciar el robo.

—Efectivamente, quizá sea mejor. Bien, usted me dirá lo que Mr. Brickwell desea de mí.

—Solamente una cosa, sir: en el caso de que le llegaran a ofrecer una colección de antiguas monedas griegas o que oiga hablar de semejante oferta, trate de averiguar si se trata de las nuestras —pues estoy seguro de que serán las mismas— y en caso



afirmativo comuníquese inmediatamente con nosotros y con Scotland Yard.

—Bien. Diga a Mr. Brickwell que puede contar conmigo si llego a tener alguna indicación relacionada con el asunto. Dígale también que siento mucho ese incidente, pues esa pérdida me afecta como si se tratara de algo personal... Pero dígame, señor Brebner ¿hemos tenido ya el gusto de encontrarnos anteriormente?

—Pues no señor —contestó su interlocutor con cierta vacilación—; aunque hubiera sido para mí un gran placer; tal vez este desgraciado asunto me brinde la oportunidad de conocerle a usted personalmente, lo cual me encantaría.

—Es usted muy amable, gracias. En todo caso... Quería decirle que a lo mejor no conoce usted mi debilidad, pues he pasado muchos ratos agradables junto a sus maravillosas colecciones. Ello me caracteriza como persona, se lo aseguro. ¡Hasta la vista, señor!

Carrados se sentía verdaderamente afectado por la desaparición de aquellas valiosas colecciones, aunque estaba convencido de que las monedas antiguas volverían a emprender ineludiblemente su camino de vuelta al Museo. El hecho de que su devolución implicara un rescate que a lo mejor sumaría varios miles de libras no era el único detalle amargo del caso. Lo peor de todo, lo más lamentable era que por ignorancia o por imperiosa necesidad el botín fuese a parar al crisol. Aquella contingencia, por remota no menos peligrosa, bastaba para perturbar el apetito de Max Carrados, apasionado coleccionista pese a su invidencia.

Estaba esperando al inspector Beedel, quien a buen seguro tendría mucho que contarle acerca del caso que tanto le preocupaba, pero sin embargo, Carrados no podía renunciar de ningún modo a la oportunidad que le acababa de deparar la comunicación del empleado del Museo. No podía quitarse de la mente la idea de que quizá la preciada colección quedase destruida y su preocupación era mayor aún por cuanto Greatorex parecía indiferente ante dicho asunto. El secretario estaba sentado junto a él cuando se presentó Parkinson. Ya habían cenado, pero Carrados se quedó a la mesa más tiempo del que acostumbraba, fumando su cigarrillo turco en silencio.

—Una señora desea verle, sir —dijo Parkinson—. Pretende que no conoce usted su nombre, pero que trae un asunto muy interesante.

El mensaje era bastante inhabitual en su forma como para no despertar el interés de ambos hombres.

—¿Naturalmente, usted tampoco la conoce, verdad? —preguntó el ciego.

El irreprochable Parkinson se quedó mudo por unos segundos. Pero inmediatamente recuperó su tono más ceremonioso:

—Siento decir que no tengo ese gusto, sir.

—Vale más que me deje ocuparme de ella, sir —sugirió Greatorex con cierto desparpajo—. Se trata probablemente de alguna subalterna.

Carrados declinó la oferta con una sonrisa y se volvió hacia su criado:

—Ahora subiré a mi despacho, Parkinson. Conduzca a esa mujer allí mismo dentro de tres minutos. Mientras tanto, Greateorex, se fuma usted otro cigarrillo. Para cuando lo termine, esa mujer ya se habrá marchado o de lo contrario me interesará lo que trae.

A los tres minutos, Parkinson abrió la puerta del despacho:

—La señora, sir —anunció.

Si no hubiese sido ciego, Carrados habría tenido la impresión de encontrarse ante una mujer joven, regordeta y vestida sin gusto. Llevaba un velo, pero era totalmente superfluo por cuanto el rostro que pretendía disimular no tenía ningún atractivo. Los rasgos eran más bien oscuros y en el labio superior se percibía la sombra de algo más que el incipiente bigote de las morenas del Sur. Además, tenía la piel picada de viruelas. Al penetrar en el despacho, echó una mirada circular por el mismo y sus ocupantes.

—Haga el favor de sentarse, madame. ¿Desea hablarme?

La sombra de una sonrisa de gatita muerta dibujóse en sus labios y en aquel momento su rostro pareció menos feo. Durante unos segundos clavó su mirada en la vitrina que había encima del escritorio; sus ojos tuvieron un relámpago de codicia. Seguidamente manifestó:

—¿Es usted el *signor* Carrados en... en persona?

Carrados sonrióse afirmativamente y cambió algo su postura, quizá para captar un poco mejor el curioso acento de la visitante.

—¿El gran coleccionista de antigüedades?

—Soy un poco coleccionista —asintió prudentemente el ciego.

—Tiene usted que perdonarme, *signor*, si mi forma de expresar no es buena. Cuando vivíamos en Nápoles con mi madre, alquilábamos habitaciones, sobre todo a ingleses y americanos. Entonces aprendí el inglés, pero después me casé y con mi marido fuimos a vivir a Calabria; ello explica que mi inglés se haya vuelto tan, tan... erum... herrumbroso. ¡Eso mismo, herrumbroso de tan poco servir!

—Lo habla usted perfectamente —afirmó Carrados cortésmente— y estoy seguro que nos vamos a entender muy bien usted y yo.

La recién llegada lanzó una mirada penetrante, pero la expresión del detective ciego era de lo más suave y cortés. Entonces prosiguió:

—Mi marido se llama Ferraja, Michele Ferraja. Tenemos una finca vinícola y una pequeña propiedad cerca de Forenzana.

La mujer se detuvo para examinar la punta de sus guantes durante un buen momento; luego exclamó con cierta vehemencia:

—¡*Signor*, las leyes de mi país no son buenas en absoluto!

—Me consta que ello es igual en todos los países —repuso Carrados—. Temo que su país no sea el único en cuanto a eso se refiere.

—En Forenzana tenemos a un pobre labrador, llamado Gian Verde —prosiguió la visitante con volubilidad—. Un día cavaba en la viña de mi esposo, cuando su azada tropezó contra un obstáculo. «¡Ajá!» dijo Gian «¿qué será esto?» y se arrodilló para ver lo que era: era una antigua jarra para poner el aceite, *signor*, como las que se usaban en otros tiempos; y estaba llena de monedas de plata... Gian es pobre, pero honrado y muy sagaz. ¿Tenía que entregar parte de su hallazgo a las autoridades? ¡De ninguna manera! Pues él sabía muy bien que están corrompidas; con que llevó el tesoro a mi esposo sabiendo que es un hombre de honor. Por su parte, mi marido no tardó en tomar una decisión: «Gian —dijo al labrador— no te vayas de la lengua, que eso no beneficiaría a nadie. En cambio, si callas, recibirás tu buena parte». Gian asintió, pues tiene confianza en mi marido, hizo una señal de mutua implicación en el negocio y se volvió a la viña a cavar. Mi esposo entiende un tanto de esas cosas, pero no lo bastante. Fuimos a ver las colecciones de monedas en Mesina y Nápoles; estuvimos incluso en Roma y allí pudimos contemplar unas monedas de plata similares a las nuestras, enterándonos de que tenían un valor muy grande. Se trata de unas monedas de varios tamaños, pero cada una de ellas es tan grande como una lira y dos veces más espesa. En una de las caras llevan una deidad pagana y en la cara opuesta... en la cara opuesta hay muchas cosas que ahora no llego a recordar — exclamó la visitante con un gesto expresivo de la infinita variedad de aquellas figuras...

—¿Una biga o una cuadriga de muías? —sugirió Carrados—. ¿Un águila llevando una liebre en sus garras? ¿Una figura volando con una corona? ¿Un trofeo de armas? ¿Algo de eso, quizá?

—¡Sí, sí, *bene!* —gritó Madame Ferraja—. Veo que me entiende usted, *signor*. El caso es que hemos de tener mucho cuidado, puesto que en todos lados no hay más que extorsión y leyes injustas. Hasta nos está prohibido sacar esas cosas de Italia y si llegaran a encontrárnoslas en nuestra casa, nos detendrían y nos castigarían por tratarse de un *tesoro trovado*, o sea un hallazgo que por derecho pertenece al Estado. ¡Se da cuenta, unas monedas descubiertas gracias a Gian y que llevaban tantos siglos enterradas en la viña de mi marido!

—¿De manera que las trajeron a Inglaterra?

—Sí, *signor*. Pues nos dijeron que es una nación de gran justicia y de gente rica que compran esas cosas a un precio muy alto. Por eso, el hecho de que yo hable un poco el inglés puede sernos muy útil ahora.

—Supongo que tienen las monedas a su disposición ¿podrán enseñármelas?

—Es mi marido quien las guarda. Puedo llevarle a usted conmigo, pero antes ha de darme su palabra de honor de *signor* inglés de no traicionarnos o de hablar de esto a otra persona.

Carrados ya había vislumbrado aquella eventualidad y decidió aceptarla. No cabía

descartar la posibilidad de que su promesa acerca del tesoro encontrado lo pusiera en relación con los ladrones del British Museum. La prudencia requería que investigara inmediatamente aquella oferta que se le hacía, pero cualquier regateo acerca de las condiciones planteadas por la señora Ferraja podía resultar fatal. Si las monedas eran el producto de un robo, y eran muchas las razones para creerlo, una suma modesta a guisa de rescate sería la mejor manera de salvaguardar el irremplazable tesoro, y en tal caso, Carrados podía ofrecer sus servicios en calidad de imprescindible intermediario.

—Le hago la promesa que usted exige, señora —afirmó Carrados.

—Eso me basta. Ahora mismo le llevaré al lugar. Es necesario que venga solo; nadie más debe acompañarle, pues mi esposo se siente tan perdido en este país donde no entiende ni una sola palabra de lo que habla la gente, que sería capaz de gritar: «¡Estamos cercados!» si viera a dos forasteros acercarse a la casa. Mi marido siente una angustia espantosa, se lo aseguro. Figúrese que guarda constantemente un caldero lleno de plomo hirviendo sobre el fuego y no vacilaría en meter en él todo el tesoro y hacerlo desaparecer si imaginara que corre cualquier peligro.

—¡Vaya! —pensó para sí Carrados—. ¡Cuántas precauciones por parte de un simple agricultor de Calabria!

Sin embargo, contestó afirmativamente:

—Está bien. Iré solo con usted. ¿Dónde está su casa?

La señora Ferraja buscó en su raído bolso y sacó una hoja de papel:

—A veces, la gente no me entiende cuando lo digo —explicó—. Sette, Herringbone...

—¿Me permite? —dijo Carrados alargando la mano hacia la esquila—. Agarró la hoja de papel y estuvo tocando el escrito con la yema de sus dedos: ¡Ah, sí! Se trata de Heronsbourne Place n.º 7 ¿no es cierto?

Carrados metió la hoja de papel en su cajón, como si lo hiciera inadvertidamente y se levantó:

—¿Cómo vino usted hasta aquí, Madame Ferraja? La italiana dibujó una sonrisa, pero manifestó con una voz muy tranquila:

—En autobús, primero uno y luego otro, preguntando en cada esquina. Eso era interminable —exclamó.

—Mi chófer ya se marchó —manifestó Carrados—. Esta noche ya no pensaba salir, pero ahora mismo mandaré llamaré un taxi y lo tendremos esperando a la puerta cuando nosotros bajemos.

El ciego despachó la orden y seguidamente, descolgó el teléfono interior para comunicar con su secretario:

—Greatorex, ahora mismo salgo para Heronsbourne Park; si alguien pregunta por mí, puede usted decirle que cuento estar de regreso dentro de una hora más o menos.

Parkinson estaba muy atareado en el hall, acarreado para su amo toda una serie de cosas que no eran necesarias. Todo parecía indicar que la fea señora Ferraja ejercía una tremenda fascinación sobre el complaciente criado, pues en repetidas ocasiones la italiana le sorprendió mirándola y otras tantas veces Parkinson volvió la mirada a otra parte, confuso y avergonzado. Pero esas incongruencias no duraron más que los pocos minutos en que el criado tardó en abrir la puerta y en decir:

—¿No acompaño al señor? —preguntó, como dando a entender que sería mucho más seguro que fuese con él.

—Esta vez no hace falta, Parkinson —contestó Carrados.

—Bien, señor. ¿Puedo telefonearle a alguna dirección en caso de que alguien pregunte por el señor?

—Ya tiene Mr. Greatorex mis instrucciones.

Parkinson dejó de insistir, mientras Madame Ferraja se reía un poquitín, mofándose de él, al subir en el coche:

—Su criado debe figurarse que me lo voy a comer a usted, *signor* Carrados —exclamó con vivacidad.

Carrados, que ya estaba en posesión del motivo que tanto parecía perturbar a su fiel criado —pues el ciego también había reconocido en la señora Ferraja a la angélica Nina Brun, la del famoso asunto del tetradacma siciliano, desde el preciso instante en que había abierto la boca— admitió lo picante de su audacia femenina. Sin embargo, Parkinson tardó más de media hora en ver claramente las cosas. El inspector Beedel acababa de llegar y estaba conversando con Greatorex, cuando el concienzudo criado, que desde la salida de su amo con aquella mujer había meditado tratando de hacer memoria, entró precipitadamente en el despacho, angustiado como nunca lo había estado en toda su vida y con la respiración jadeante exclamó:

—¡Eran sus orejas! ¡Finalmente he reconocido sus orejas! —con lo que expresaba todas sus sospechas, su reconocimiento e identificación de aquella mujer, y sus actuales temores acerca de su amo.

Mientras tanto, Carrados y Madame Ferraja ya hacía tiempo que habían marchado. Al subir en el coche, el ciego había indicado la dirección al chófer:

—Heronbourne Place, n.º 7.

—No, no —se interpuso la mujer resueltamente—. Dígale que pare a la entrada de la calle. No hay mucho, que andar, y mi esposo podría asustarse al ver llegar un coche creyendo que se trata de la policía, ¿entiende?

—Entonces, nos dejará en Brackedge Road, frente al extremo de Heronbourne Place —corrigió Carrados.

Para quienes se interesan por tales materias, Heronbourne Place tenía fama de ser uno de los lugares residenciales más retirados y discretos en cuatro millas a la redonda. En resumen, se trataba de un verdadero callejón sin salida, que daba por uno

de sus extremos a Heronsbourne Park. A todo lo largo del mismo se levantaban únicamente unas casitas carentes de cualquier ostentación, de estilo chalet o *cottage*, algunas aisladas o bien un par de ellas juntas, pero todas poseían un vasto jardín muy sombreado para protegerse del sol. Los agentes inmobiliarios describían aquellas moradas como «deliciosamente anticuadas» o bien «completamente modernizadas» según las exigencias del eventual inquilino.

El coche fue despedido en la esquina citada por Carrados y Madame Ferraja condujo a su acompañante a través del callejón silencioso y oscuro. La presunta italiana había vuelto a hablar con renovada animación, pero su incesante charla solamente tenía por objeto disimular ante Carrados una verdad que el ciego, astutamente, fingía no conocer.

—¿Acaso no se equivocará de casa al tener que ocuparse de mí, Madame Ferraja? Es el número siete —manifestó Carrados.

—No tema —replicó ella prestamente—. Es un poco más adelante. La numeración empieza en el fondo de la calle. Pero, ¡ya hemos llegado! ¡*Ecco!*

Se detuvo ante el portal y lo abrió, guiando al ciego. Penetraron en el jardín, húmedo y lleno de fragancias con el rocío de la noche. Madame Ferraja se volvió para cerrar el portal; Carrados quiso adelantarse cortésmente para hacerlo, pero el sombrero se le cayó al suelo.

—¡Qué torpe soy! —exclamó, excusándose a la vez que recogía su sombrero—. Mis viejos impulsos han sido traicionados por mi actual impotencia al pretender ayudarla. ¡Qué desgracia la mía, Madame Ferraja!

—Uno aprende a ser prudente con la experiencia —replicó sagazmente la italiana.

Sin embargo, la pobre mujer no se había dado cuenta de que, al amparo de la oscuridad y de su sombrero caído, y antes de que soltase su triste aforismo, Carrados había echado a perder su sortija de oro al trazar un «7» sobre el peldaño del portal, para identificar la casa en caso de necesidad. Pues el callejón estaba bastante mal numerado y debía costar un poco encontrar la casa que uno quería. En contestación a las palabras aleccionadoras de Madame Ferraja, Carrados manifestó:

—Eso ocurre rara vez; se aprende mucho más al arriesgarse. ¿Así que ya hemos llegado?

A guisa de respuesta, la señora Ferraja abrió la puerta de la casa y tras dejar pasar al ciego, volvió a cerrarla, echando el cerrojo. Seguidamente, guió a Carrados por el angosto pasillo. La habitación adonde se dirigían abría al fondo del mismo y sus ventanas daban al parque que se extendía detrás de la casa.

—¡El famoso míster Carrados! —anunció madame Ferraja con un tono triunfal al introducir al ciego en la habitación y cerrarla con llave. Hizo un gesto con la mano hacia un hombre moreno y descarnado que estaba cerca de la puerta al entrar—: ¡Mi marido!

—En esta humilde morada, se sentirá como en su propia casa —manifestó el supuesto marido con la misma ironía que la Ferraja gastara al presentar a Carrados—. ¡Esto no deja de ser realmente maravilloso! —agregó con énfasis.

—Si no me equivoco —replicó Carrados con suavidad— aquí tenemos al muy célebre Monsieur Dompierre. Tengo el gusto de saludarle en nuestro primer encuentro real y verdadero.

—¡Ya estaba enterado! —exclamó Dompierre asombrado e incrédulo a raíz de ese primer incidente—. Stoker, usted tenía razón y le debo cien liras. ¿Cómo te reconoció, Nina?

—Qué sé yo —replicó la auténtica Madame Dompierre de mal humor—. Ese ciego lo habrá adivinado por casualidad.

—¡Qué pésimo cumplido le hace a su encantadora esposa al imaginar que uno puede olvidarse tan pronto de ella! —terció Carrados irónicamente—. ¡Dompierre, un francés como usted!; ¡eso no está bien!

—Monsieur Carrados —reiteró Dompierre— ya estaba enterado del asunto y sin embargo se atrevió a venir hasta aquí. ¡Es usted un loco o un héroe!

—Yo más bien diría un entusiasta, que es lo mismo que lo uno y lo otro —cortó la mujer—. ¿No te lo decía? ¡Ya ves cómo me ha reconocido!

—No exagere, Monsieur Dompierre —terció nuevamente Carrados—. Aún soy capaz de pagar el necesario tributo a su industria. Tal vez me duelan las circunstancias y la necesidad en que me hallo, sin embargo, he venido aquí para hacer las cosas lo mejor posible. Déjeme ver las monedas de las que me habló su mujer y seguidamente contemplaremos los detalles del precio, tanto si me las quedo para mí como si son para otras personas.

No hubo respuesta a sus palabras, por lo menos de inmediato. Dompierre soltó un sordo graznido, mientras Madame Dompierre dejaba escapar una risa ahogada, acompañada de una mueca.

Raras eran las veces en su vida en que Carrados se había encontrado en una situación tan extraña como aquélla. Instintivamente volvió la cabeza hacia el otro ocupante de la habitación, el llamado Stoker, quien —el ciego ya lo había intuido— estaba de pie cerca de la ventana.

—Este desgraciado negocio me ha servido de presentación —manifestó una voz conocida.

Durante unos segundos, a Carrados le pareció que el suelo se hundía bajo sus plantas. Fue entonces cuando, en su agitada mente, todo el plan demoníaco de sus adversarios se fue perfilando, al igual que las diferentes piezas de un gigantesco rompecabezas van colocándose en su sitio una tras otra.

¡En el British Museum no se había producido ningún robo! Todo aquel tinglado no era sino una ficción al igual que el cuento del tesoro hallado en la viña. Ahora,

Carrados era consciente de cuán ineficaz hubiese resultado una estratagema sin la otra para arrastrarle a la trampa, y cuán convincentes habían sido las dos juntas, y pese a sentirse herido por el agujón de cierta humillación, no pudo por menos que sentir una franca admiración por la ingeniosa conjura. De nuevo se trataba del truco corriente, de la maliciosa trampa disimulada por una tosca cubierta. ¡Y había que ver de qué manera tan atolondrada había caído en ella!

—¡Y éste es Carrados —prosiguió la misma voz—, Max Carrados, en cuya perspicacia confía el gobierno —solamente el actual gobierno, en verdad sea dicho— para encontrar, la pista de un indeseable extranjero! ¡Ay, desgraciada patria mía!

—¿Acaso se trata realmente de Max Carrados —terció Dompierre sarcásticamente—; estás segura, Nina, de no habernos traído en su lugar a uno de los agentes de Scotland Yard?

—¡Basta! Aquí lo tenéis. ¿Qué más queréis? Hagan el favor de no mofarse de un pobre ciego —replicó Madame Dompierre con dudosa simpatía.

—Eso es lo que yo esperaba —manifestó Carrados suavemente—. Aquí estoy ¿qué más quieren? ¿A lo mejor, míster Stoker...?

—Perdone —replicó el tal Stoker—. Ese nombre no es más que una mera cualificación coloquial basada en un incidente insignificante de mi carrera relacionado con un transatlántico averiado. Ése nombre ilustra la debilidad infantil que los delincuentes sienten por los apodos, conjuntamente a su lamentable falta de espíritu inventivo. Mi verdadero apellido es Montmorency, míster Carrados, Eustace Montmorency.

—Le agradezco su sinceridad, míster Montmorency —replicó seriamente el ciego. Esta noche nos hallamos uno frente a otro, pero ello no es óbice para que aún me sienta orgulloso de haberme encontrado junto a usted en el cuarto de fogoneros del *Benvenuto*.

—Fue un gran placer para mí —musitó el inglés—. Así son los negocios.

—Desde luego —asintió Carrados—. Y no seré yo quien se queje. Pero considero que ya es hora de que se me diga —y me dirijo a usted en persona— por qué motivo se me ha arrastrado hasta aquí y que esperan de mí.

Míster Montmorency se volvió hacia sus cómplices:

—¿Dompierre —preguntó con suma nitidez— por qué demonios no hace sentarse al señor Carrados?

Madame Dompierre dejó escapar un suspiro de trágica resignación y se levantó del sofá.

—¡Scusi! —farfulló el descarnado Dompierre, y con una gracia burlona se apresuró a ofrecer una silla al ciego.

—Su curiosidad es muy natural —prosiguió Montmorency con una fría mirada hacia las bufonadas de Dompierre— aunque yo estaba convencido que a estas alturas,



míster Carrados, ya habría adivinado las cosas y que solamente trataba de ganar tiempo. En realidad, estoy seguro que sabe usted la verdad. Por eso mismo, y para convencerle tal vez de que no tenemos nada que temer, no me molesta en lo más mínimo el complacerle.

—¡Venga, y sin rodeos! —murmuró Dompierre de mal humor.

—¡Gracias, Bill! —exclamó el inglés con genial desparpajo—. No dejaré de hablarle de tu inteligencia al Rasojo. Pues, efectivamente, míster Carrados, tal como ya se lo habrá imaginado, le debe estas molestias al asunto de la condesa X. Estoy seguro que sabrá apreciar las felicitaciones que han de derivarse de su temporal aislamiento. Cuando las circunstancias favorecieron nuestros planes y Londres se convirtió en el lugar ineludible de nuestra reunión, usted y sólo usted se interpuso en nuestro camino. Nosotros adivinamos que le consultarían, y, sinceramente, temimos su intervención. Y fueron a consultarle. Supimos que el inspector Beedel le visitó hace dos días y que no tenía ningún otro caso entre sus manos. Habíamos de conseguir a toda costa que usted se mantuviera tranquilo durante tres días. Por eso se encuentra aquí.

—Comprendo —asintió Carrados—. ¿Y ahora que ya me han arrastrado hasta aquí, cómo se proponen guardarme?

—Naturalmente, no nos hemos olvidado de ese pequeño detalle. Con esa intención precisamente alquilamos esta casa amueblada. Ahora nos hallamos ante tres soluciones: la primera, francamente agradable, consiste en lograr su conformidad; la segunda, más drástica, es tomar las medidas adecuadas si usted rechaza nuestros planes, y la tercera... Pero realmente, míster Carrados, supongo que no querrá obligarme a explicarle esa tercera solución. Comprenderá muy bien que me dolería mucho tener que contemplar la necesidad de que dos hombres con sus plenas facultades físicas tuvieran que ejercer las más mínimas coacciones contra un hombre ciego e indefenso. Supongo que se mostrará razonable y aceptará lo inevitable.

—Lo inevitable es lo único que yo acepto invariablemente —replicó Carrados—. ¿Qué es lo que implica?

—Tendrá usted que escribir una nota a su secretario explicándole que los hechos que logró investigar en el número 7 de Heronsbourne Place le obligan a usted a salir inmediatamente para el extranjero por unos días. Y permítame decirle, míster Carrados, que aunque nos encontremos en Heronsbourne Place, éste no es el número 7.

—¡Vaya, vaya! —musitó el prisionero—. Al parecer, míster Montmorency, me tienen agarrado por todos los costados.

—Se trata de una precaución muy natural. Hemos desechado totalmente la idea de indicarle otra calle por ser demasiado arriesgado el arrancarle de ella. Proseguimos: Para que sea más convincente, en el mensaje ordenará a su criado Parkinson que le

siga a usted con el primer tren-paquebote de mañana por la mañana, con todos los requisitos para una breve estancia y que como de costumbre se hospede en el Hotel Mascot para esperar en él su llegada.

—¡Muy convincente! —exclamó Carrados—. ¿Y dónde estaré en realidad?

—En un encantador aunque bastante aislado *bungalow* de la costa del Sur. Allí no le faltará nada. Estará usted muy bien atendido. Habrá una barca con la que podrá practicar el remo y pescar. Podrá llegar hasta la costa en automóvil y regresar con él a su casa. Resultará muy agradable para unos días. Yo mismo he pasado varias temporadas en ese lugar.

—Su recomendación no deja de pesar. Pero ¿supongamos que me niegue?

—De todas maneras irá usted allí, pero en tal caso nos veremos obligados a tratarle en función de su comportamiento. El coche que tiene que llevarle ya espera en este momento en un lugar adecuado del otro lado del parque. Saldremos por la puerta trasera del jardín, atravesaremos el parque y lo meteremos a usted en el coche, lo quiera o no.

—¿Y si me resisto?

El individuo que por bromear se había llamado a sí mismo Eustace Montmorency se encogió de hombros:

—No se haga el loco —manifestó con tono tolerante—. Ya sabe con quién se las juega usted y el riesgo que corremos. Si grita o nos pone en peligro en el momento crítico, no vacilaremos en silenciarle eficientemente.

El ciego sabía que no se trataba de una amenaza fútil. Pese a todo el humor y la fantasía de los procedimientos, se hallaba en poder de unos individuos dispuestos a todo. La ventana estaba cerrada y con las cortinas echadas, nadie podría verle ni oírle y la puerta estaba cerrada con llave. A lo mejor, en aquel momento un revólver apuntaba en su dirección; en cualquier caso, sus enemigos debían tener alguna arma al alcance de la mano.

—Dígame lo que he de escribir —manifestó Carrados con un tono de capitulación.

Dompierre se retorció los bigotes en señal de alegre aprobación. Madame Ferraja se rió en su sofá y agarró un libro, mirando a Montmorency por encima de sus páginas. En cuanto al citado gentleman, disimuló su satisfacción al ocuparse de colocar en la mesa delante de Carrados lo necesario para escribir una carta.

—Escriba con su puño y letra el mensaje que ahora mismo le voy a dictar —manifestó Montmorency.

—Quizá sea más natural que escriba la carta en una de las hojas de mi cuaderno de apuntes, como suelo hacerlo siempre —sugirió Carrados.

—¿Piensa que así el mensaje parecerá totalmente natural? —preguntó Montmorency con cierta sospecha.

—Si no quiere que sus planes fracasen, he de hacerlo así —replicó Carrados.

—¡Bien! —gruñó Dompierre; tratando de capear la fría mirada que Montmorency le lanzó y encendió la lámpara que había sobre la mesa, como si realmente Carrados necesitara la luz para escribir el citado mensaje.

Madame Dompierre soltó una carcajada.

—Muchas gracias, Monsieur —dijo Carrados—. Hizo muy bien las cosas: lo que para ustedes es luz, para mí representa calor... cabeza, energía, inspiración. ¡Ahora, a trabajar!

Sacó su cuaderno de apuntes y lo abrió cómodamente sobre la mesa delante de él. Sus apacibles y hermosos ojos recorrieron toda la habitación, hasta el punto que resultaba difícil creer que los postigos de unas tinieblas impenetrables mediaban entre ellos y el mundo que le rodeaba. Durante unos segundos, sus ojos se clavaron en los dos cómplices, se volvieron hacia Madame Dompierre echada perezosamente en el sofá a su derecha y midieron las proporciones de la estancia larga y angosta. Aquellos ojos parecían anotar la posición de la ventana a una de las extremidades de la habitación y de la puerta a la extremidad opuesta, y darse cuenta incluso de la existencia de la araña eléctrica que hasta ese momento había sido la única luz en dicha habitación.

—¿Acaso prefiere un lápiz? —preguntó Montmorency.

—Suelo emplearlo en contados casos; pero esta vez prefiero un lápiz —contestó el ciego en aquel punto crítico.

Vigilantes ante cualquier síntoma de represalias, los dos hombres le vieron sacar de su bolsillo una navaja diminuta con la cual se puso a sacarle punta a su lápiz. ¿Qué podía hacer con un arma tan insignificante? En cualquier caso, Dompierre torció el rostro con una expresión feroz y apretó el puño de su navaja para mayor seguridad. Montmorency se quedó mirando a su cómplice unos segundos y luego, silbando para sí mismo, volvió la espalda a la mesa y se fue hacia la ventana.

Las cosas se desarrollaron con una rapidez vertiginosa y totalmente inesperadas y asombrosas: Carrados acababa de afilar el lápiz sin la menor precipitación, regodeándose en su tarea, sin el menor gesto sospechoso capaz de llamar la atención de sus secuestradores; poquito a poco, del modo más natural, había ido acercando la punta de su navajita al cordón eléctrico de la lámpara de sobremesa... de pronto, la habitación se sumió en las tinieblas!

—¡A la puerta, Dom! —gritó Montmorency—, yo me quedo en la ventana. No lo dejes pasar y todo saldrá bien...

—Ya estoy en ella —contestó Dompierre desde la puerta.

—No trate de salir —aconsejó el ciego con voz muy tranquila desde la mesa—. En este momento, los dos se encuentran en el lugar que yo deseaba precisamente y a ambos los tengo enfilados con mi pistola. Un solo movimiento, un solo paso que den

y disparo. Y no olviden que yo disparo al sonido, no necesito verles.

—¿Pero... pero, qué significa esto? —exclamó Montmorency por encima del grito de lamentación de Madame Dompierre.

—Significa que ahora nos encontramos en iguales condiciones: tres hombres ciegos en una habitación. Su ventaja numérica se halla anulada por encontrarse totalmente fuera de su elemento, mientras que las tinieblas son el mío.

—Dom —murmuró Montmorency desde la ventana— enciende una cerilla, yo no llevo ninguna.

—Guárdese mucho de hacerlo, Dompierre, pudiera resultarle muy peligroso —advirtió Carrados con una risa breve.

La voz del ciego se volvió bruscamente amenazadora:

—¡Tire esa caja de cerillas o cava su propia tumba!

¡Idiota! ¡Le mando que la tire al suelo, para que yo la oiga al caer! ¡Vamos!

Hubo un suspiro tras una pausa brevísima y se oyó el ruido de la caja que chocaba contra el piso alfombrado cerca de la puerta. Los dos cómplices parecían aguantar el aliento.

—Así está bien —dijo Carrados con un tono nuevamente sosegado—. ¿Por qué no hacer las cosas agradablemente? Odio tener que disparar, pero por lo visto aún no se han dado cuenta de la situación. Recuerden que yo no suelo tomar el más mínimo riesgo en estos casos. Por eso mismo, míster Montmorency, no deje de recordar que incluso una automática de doble gatillo hace ruido, aunque muy ligero, al armarla. Se lo advierto para su bien, porque si tuviera la mala idea de intentar disparar contra mí al amparo de la oscuridad, ese ruido que usted haría yo lo captaría unas décimas de segundo antes que usted. ¿Acaso no conoce el stand de Zinghi en Mercer Street? Conque permanezca quieto y no haga tonterías.

—¿El stand de tiro? —preguntó Mr. Montmorency de mal humor.

—Eso mismo. Si desea salir con vida de aquí y pedirle a Zinghi que le enseñe un blanco de tiro que él guarda, con siete dianas a veinte yardas, con el blanco indicado por cuatro relojes, y ninguno de ellos tan ruidoso como el que usted lleva, podrá satisfacer su curiosidad.

—Yo no llevo ningún reloj —murmuró Dompierre, expresando su pensamiento en voz alta.

—De acuerdo, Monsieur Dompierre, pero lleva un corazón y para el caso es lo mismo —afirmó Carrados—. Y en este momento hace tanto ruido como el reloj de Mr. Montmorency. También es más céntrico, y no podré fallar. Así que ya lo saben ustedes, y trate de respirar normalmente (el pobre Dompierre acababa de hipar de miedo), pues para mí no hay diferencia y me resulta penoso oírle jadear de esa manera.

—Monsieur —manifestó Dompierre con sinceridad— no tenemos la más mínima

intención de hacerle daño. Se lo juro. Este inglés habla mucho pero no deja de pensárselo. En el peor de los casos a usted lo habríamos atado y amordazado. Pero tenga cuidado: matar es muy peligroso.

—Para ustedes sí, pero no para mí —replicó el ciego—. Si ustedes me matan, serán colgados. Pero si yo los mato me indultarán honrosamente. ¿Imaginan la escena?: Los jueces simpáticos, el relato de sus villanías, la historia de mis ultrajes y de mis penalidades. Seguidamente, con su paso vacilante y sus manos tanteadores, introducen al acusado, al hombre ciego, para que declare. ¡Sensación en la sala! No, no, sé que eso no está bien, pero yo los puedo matar a ambos con plena certidumbre y todas las responsabilidades se las cargarían a la Providencia. ¡Señor Dompierre, cuidado con no mover sus pies! Ya sé que no trata de hacer nada, pero uno está expuesto a incurrir en un lamentable error.

—Antes de morir —manifestó Montmorency, riendo por algún motivo y sin gran convicción en la oscuridad—, antes de morir, míster Carrados, me gustaría saber lo que ha ocurrido con la luz. ¡¿A buen seguro se trata de la Providencia, no?!

—¿No sería mezquino sugerir que está tratando de ganar tiempo, míster Montmorency? Debería saber lo que ha ocurrido; pero si ello ha de satisfacer su curiosidad, puesto que nada he de temer con alargar las cosas, se lo voy a decir: En mis manos tenía una navajita muy afilada aunque despreciable como arma, como bien lo pudo observar; delante de mis narices tenía el cordón eléctrico de la lámpara de sobremesa. Sólo bastaba con cortarlo para provocar un cortocircuito en todo el sistema eléctrico. Todas las lámparas de la habitación se han quemado y los plomos se han fundido en la caja de distribución de la corriente situada en el pasillo. A usted quizá no se le ocurriera, pero a Monsieur Dompierre su experiencia en el arte de tal galvanoplástica debió indicarle que se trataba sencillamente de un cortocircuito.

—¿Y cómo sabe que la caja de distribución se encuentra en el pasillo? —preguntó Dompierre con un obtuso rencor.

—Mi querido Dompierre, ¿a qué vienen esas fútiles preguntas? —replicó Carrados—. Si lo prefiere, puede que esté en la bodega.

—Cierto —terció Montmorency—. Lo único que ahora nos interesa...

—Pues yo afirmo que la caja de distribución de la corriente está en el pasillo, a una altura de nueve pies —gruñó Dompierre de mal humor—. Y ese ciego...

—Lo único que nos interesa —prosiguió el inglés sin hacer caso de las palabras de su cómplice— es saber lo que se propone hacer en definitiva, míster Carrados.

—Es muy difícil vaticinar el final. Por de pronto, me pronuncio totalmente por mantener el *status quo*. ¿Acaso despuntará el alba y nos encuentre en este callejón sin salida? Eso no ha de ocurrir puesto que entre todos hemos condenado la habitación a la oscuridad eterna. Es posible que al clarear el día, a Dompierre le entre tanto sueño que se desplome junto a la puerta y que yo, por interpretar erróneamente sus

intenciones, dispare contra él... Perdone, Madame, siento recordárselo, pero haga el favor de no moverse.

—¡Protesto, Monsieur!

—No proteste y permanezca sentada. A lo mejor es a míster Montmorency a quien le entra sueño el primero.

—En tal caso, vamos a anticiparnos a dichas dificultades —replicó Montmorency con renovado aplomo.

Si así lo desea, vamos a poner las cartas boca arriba. Nina, míster Carrados no se atreverá a disparar contra ti pase lo que pase. Ha llegado el momento de que te levantes.

—Ojo —replicó Carrados con tono resuelto—. Mi postura es precaria y no voy a tomar ningún riesgo. Como bien dice, Montmorency, no le haré ningún daño a Madame Dompierre, pero ustedes dos, los varones, son mis rehenes y la garantía de su buen comportamiento. Si ella se levanta del sofá, usted, Dompierre caerá el primero, y si ella da un nuevo paso, la bala siguiente será para usted, Montmorency.

—No te atrevas a moverte, *carissima* —la apremió su marido con apasionada solicitud— podrías morir en lugar de tocarme a mí. Ya encontraremos otro medio mejor.

—¡No se atreverá, Mr. Carrados! —gritó Montmorency, quien por primera vez daba muestras de debilidad en aquel duelo de sangre fría que se libraba en la habitación oscura— ¡Dompierre, ese hombre no se atreverá a matarnos; no puede asesinarlos a sangre fría! ¡Ningún jurado lo absolvería!

—Otro que se equivoca en relación con usted, Madame Nina —dijo el ciego con irónica galantería—. Cabe admitir que las cosas serían un tanto arbitrarias, pero cuando usted, adecuadamente vestida y con su recta silueta llegara ante el tribunal para prestar declaración, y yo exclamara: ¿Señores del jurado, cuál es mi crimen? ¿El haber hecho de Madame Dompierre una viuda?, ¿acaso puede dudar que me lo agradecerían y me absolverían? Puede estar segura, Madame, de que mis compatriotas no son todos unos vividores o unos frailes.

Ahora, Dompierre respiraba con holgura, mientras que del sofá le llegaban unos ruidos ahogados: los de su mujer que muy bien podía estar sollozando como aguantando difícilmente la risa.

Habría transcurrido una hora más o menos desde la floreada presentación con la cual Madame Dompierre había cerrado la puerta de la habitación y el ciego había caído en la trampa.

Los minutos habían ido pasando, pero la situación seguía sin variar, pese a que ambos secuestradores se hubieron devanado los sesos para encontrar la manera de volver las cosas a su favor. Además, la tremenda omnisciencia del ciego en las tinieblas y el respeto que infundía su destreza al tiro junto con su presencia de ánimo

habían dominado y subyugado al grupo. Sin embargo, aún quedaba por jugar una baza y finalmente llegó el momento en el que los conjurados habían depositado sus últimas esperanzas.

Se oyeron unos ruidos de pasos en el hall; ya se habían escuchado otros ruidos anteriormente alrededor de la casa, pero esta vez Carrados pareció no preocuparse lo más mínimo. Es cierto que Montmorency, para pasar los ratos más peligrosos, había estado hablando en voz bastante alta. Pero ahora se acercaban unos pasos inconfundibles, que para ambos cómplices sólo podían significar una cosa. Montmorency gritó inmediatamente:

—¡Cuerpo a tierra, Dom! ¡Echate al suelo! ¡Aguanta la puerta, Guido, aguántala! ¡Nos van a detener!

La respuesta no tardó en llegar. Bajo la presión de un ariete humano, la puerta cedió estrepitosamente. Cuatro o cinco hombres se perfilaron en el marco, contemplando con gran asombro la escena tan extraordinaria que se les ofrecía a la luz del pasillo y de sus linternas: estirados contra el piso, ofreciendo el menor bulto posible a la pistola de Carrados, Dompierre y Montmorency yacían en el suelo, éste delante de la ventana y aquél detrás de la puerta. Madame Dompierre, con su cabeza metida debajo de los cojines del sofá, trataba de ignorar la visión y el ruido de aquella violencia.

Carrados no se había movido siquiera; con las manos sobre la mesa y sus dedos apaciblemente apretados, se sonrió afablemente ante los recién llegados. En comparación con la extravagancia que lo rodeaba, su actitud semejóbase a la de una moderna y complaciente deidad presidiendo algún ceremonial grotesco de un culto pagano.

—¿Y bien, inspector, en resumidas cuentas, no pudo esperarme? —dijo Carrados a guisa de saludo.

## FUENTES

MAX PEMBERTON: *Jewel Mysteries I Have Known*. Ward, Lock & Bowden, 1894.

ARTHUR MORRISON: *Chronicles of Martin Hewit*. Ward, Lock & Bowden, 1895.

GUY BOOTHBY: *A Prince of Swindlers*. Ward, Lock & Bowden, sin fecha.  
Publicado por primera vez en *Pearson's Magazine*, de enero hasta julio de 1897.

ARTHUR MORRISON: *The Dorrington Deed-Box*. Ward, Lock & Bowden, 1897.

CLIFFORD ASHDOWN: *The Adventures of Romney Pringle*. Ward, Lock & Bowden, 1902. Publicado por primera vez en *Cassell's Magazine*, de junio hasta noviembre de 1902.

L. T. MEAD AND ROBERT EUSTACE: *The Sorceress of the Strand*. Ward, Lock & Bowden, 1903. Publicado por primera vez en *The Strand Magazine*, desde octubre de 1902 hasta marzo de 1903.

CLIFFORD ASHDOWN: *Further Adventures of Romney Pringle*. *Cassell's Magazine*, junio-noviembre de 1903. No se publicó anteriormente en volumen.

WILLIAM LE QUEUX: *Secrets of the Foreign Office*. Hutchinson, 1903.

BARONESA ORCZY: *The Old Man in the Corner*. *Greening*, 1909. Publicado por primera vez en *Royal Magazine* en 1901 y 1902.

R. AUSTIN FREEMAN: *John Thorndyke's Cases*. Chatto & Windus, 1909.

BARONESA OGCZY: *Lady Molly of Scotland Yard*. Cassell's, 1910.

WILLIAM HOPE HODGSON: *Carnacki the Ghost-Finder*. Eveleigh Nash, 1913.

ERNEST BRAMAH: *Max Carrados*. Methuen, 1914.



# Notas

[\*] En aquellos días una locomotora, para formar un convoy especial, parecía estar siempre dispuesta en la principal estación de Londres «despidiendo humo por la chimenea». En la novela de misterio de Richard Marsh *The Beetle*, publicada en 1897, 50 minutos o menos eran considerados como un tiempo razonable para el recorrido de un tren especial desde St. Paneras a Bedford. Pocos trenes expresos lo recorren en este tiempo hoy en día. <<

[\*] Desde que leí por primera vez las narraciones de *The old man in the corner*, me he preguntado lo que era el *pan esponjado*. Estoy en deuda con la «Aerated Bread Company», fundada en 1862, por la información que me proporcionó. La compañía se denominaba así por el tipo de pan que hacía en aquel tiempo, sin levadura, manufacturado mediante un proceso de aireación con ácido carbónico. <<

[1] R. Austin Freeman apareció, sin embargo, muy pronto (en agosto de 1900) en el *Casell's Magazine*, con el relato titulado *Cave at Empíor: The Story of a Pram*, cuyo tema (el barquero y su bote) era una pobre imitación de W. W. Jacobs. <<